

MI VIDA ~~ES~~ FUE UN PATCHWORK

Registro de la propiedad intelectual Safe Creative n° 1505013994395 con fecha 1 de mayo de 2015.
Todos los derechos reservados.

CAPÍTULOS

1	Cuatro palabritas tontas como introducción	9
2	HAND MADE = YO ME LO GUISO Y YO ME LO COMO Y amparada por mi buena estrella, el guiso me salió de rechupete – ITALIA.....	11
	¡Qué envidia cochina les tengo a los caracoles!.....	13
	Cada rosa tiene su espinita.....	53
	Coser y tricotar es todo empezar	55
	Enlaces	59
	Reminiscencia tontorróna	60
	Para que no falte nada: collares de mi corazón	62
	Las perifrasas con sangría salen mejor	65
	Experiencias suplementarias y relacionadas	74
	Traduce que te pego	77
	Experiencia rosa y verde	78
	Algo que me dio satisfacción...y no poca	81
	Confidencia confidencial	83
	Algo que no vale la pena recordar	84
	La larga y variada experiencia de mis deditos	88
	¡Ay Jesús, lo que se sufre!	91
	Mirando hacia atrás	95
	Tramando mis “Tramas”	113
	Haciendo pinitos en doblaje	125
	Entre pucheros	127
3	A QUIEN DIOS NO LE DA HIJOS EL DIABLO LE PROPINA BABY- SITTING	139
	Beibita nº X	141
	El niño de G	142
	Mi amiguito y vecino Loren	143
	Luc & Vi	145
	Lo que se llama una noche toledana donde las hay	146
	Y lo que no tenía que haber ocurrido nunca: pasar un finde con Tonnerre	148
	Sobre perros y gatos mejor no hacer tratos	151

4	ESO DE VIAJAR ES COSA MALA	153
	-Zascandileando por aquí y por allí-	
	Mini introducción de poca monta	155
	Marruecos	156
	Perú	159
	Turquía – Grecia	171
	Nueva York	178
	Lamu	181
	Cuba	183
	Curaçao	187
	Buenos Aires- Montevideo-Rio de Janeiro-Iguazú	193
	Hurgada	196
	Santo Domingo	199
	India – Nepal	203
	Siria-Jordania	211
	Camboya-Myanmar	222
	Pegando algún saltito que otro: Devon- Suiza	229
5	HISTORIAS TONTORRONAS E INTRASCENDENTES	
	(lo más parecido a deshojar margaritas).....	239
6	QUÉ COÑAZO LA TERCERA/CUARTA EDAD	251
	Prologuito sin pretensiones	253
	Cuando a una le dan una noticia inesperada	254
	Como machacar a una paciente sin darse cuenta	257
	Agarrando al toro por los cuernos	259
	Así fue, tal como lo cuento	261
	Convalecencia si, convalecencia no	280
	Efecto colateral insólito	281
	El que espera desespera	282
	Comentario macabro	283
	Colonoscopia-3	284
	Happy-end (¿provisional?)	286
	Hay que probarlo todo para no aburrirse	287
	Colofón de esta inesperada experiencia	289
	¡Ay! ¡ay! ¡ay! el médico... ¡qué viene el coco!	290
	Que latazo eso de pertenecer al género femenino.....	295
	Eso de la salud de hierro de marras	298
	La (repugnante) existencia en pañales	303

7	RESPONDIENDO A UNA PREGUNTA (NUNCA FORMULADA)	305
----------	--	------------

CUATRO PALABRITAS TONTAS COMO INTRODUCCIÓN

Releyendo mi “Patchwork I” cuatro meses después de imprimirlo, caí en la cuenta de que, pese a la atención que presté a su revisión, todavía había erratas.

Y me entró un reconcomio mayúsculo *a posteriori*.

Mientras tanto había terminado el “Patchwork II”. Y con gran sorpresa por mi parte, constaté que me acobardaba la idea de atacar la revisión –que es siempre un latazo-, consciente de que algo se me iba a escapar.

Total que llevo algo así como 237 días mirando de reojo el archivador con el material a revisar sin conseguir meterle el diente.

Esta noche, se ve que me dormí con la idea fija en el cráneo, porque a las 2 pegué un bote en la cama tan tremendo que por poco me caigo al suelo. Se me había ocurrido como echar el cerrojo a tanta memez.

Vi clarísimo como superar esa etapa pichichi que me pone de los nervios.

Después de vivir y recordar los hechos narrados en este librito, programar la maqueta... y escribirlo, ¡claro!, y dado que el antedicho sólo pretende hacer que se rían parientes y amigos, pensé que era pura tontorronería ponerme en plan sublime en lo tocante a las posibles erratas *to be*.

Y como un lector desapasionado es el mejor corrector automático, he decidido premiar con uno de mis cuadros a quien pesque más erratas en el texto... siempre y cuando el interfecto o la interfecta me pongan al corriente de ellas, por supuesto.

En el capítulín dedicado a mi producción artística (bautizado “Tramando mis *tramas*”) se pueden ver los premios en cuestión... o los primos-hermanos de los mismos.

Me quedé tan encantada con mi ingeniosa idea salvadora que a las 3 de la mañana liquidé mi período de inercia y aquí estoy, decidida a poner punto final al presente “*Patch II*” sin más dilación.

Otra salvedad:

Me tiré casi cuarenta años en Italia utilizando un lenguaje super formal como profesora, como intérprete, como traductora y otras mandangas por el estilo.

Pues ahora, próxima a palmarla, como quien dice, he decidido utilizar la parte de mi cerebritito bloqueado por los buenos modales para decir todas las perogrulladas, cojudeces y caralladas que engalanan lo que me ha tocado vivir en **esta estupenda vida mía que no cambiaría por todos los percebes del mundo** (del oro no sé qué hacerme).

Y utilizando

¡por fin!

las palabras

jamás

usadas

en todos estos años

Y, por raro que parezca, no sé si conseguiré desgranar el rosario de las palabras-locuciones-expresiones que se me atascan en el cerebritito.

Bueno, yo lo intento, y respecto al resto,

¡¡allá penas!!

***HAND MADE* = YO ME LO GUISO Y YO ME LO COMO**

**Y AMPARADA POR MI BUENA ESTRELLA,
EL GUISO ME SALIÓ DE RECHUPETE**

- ITALIA -

¡QUÉ ENVIDIA COCHINA LE TENGO A LOS CARACOLES!

No por eso de que son lentos y van soltando babitas por doquier.

Lo que me pone verde de envidia es que anden con la casita a cuestas. ¿Por qué motivo?

Sencillísimo.

Para muestra un botón.

Mejor dicho:

unos

cuantos

botones...

Primero

Mi alojamiento inicial en Milán es el domicilio de una amiga, compañera de estudios en el Goethe Institut de Berlín. Es un piso gigantesco y señorial donde viven sus padres, su hermano menor y la novia de este último. Mi estancia allí es provisional, de marzo a septiembre, mientras ella se encuentra en Alemania por motivos laborales.

Inicialmente mi única ocupación consiste en dar clases nocturnas en un centro cultural, como suplente de mi amiga ausente.... mientras escribo cartas y cartas ofreciendo mis servicios a todos los consulados de países hispanohablantes y a los departamentos extranjeros de los bancos.

Me gasto un pastón en sellos.

Me contesta un banco, donde el director simplemente tiene el día parlanchín, amén de una cochina curiosidad de ver en carne y hueso a una española, con o sin mi curriculum.

Y también me cita el cónsul de México. Me pongo de tiros largos para dicha entrevista, con mi conjuntito inglés de Biba más elegante, pensando en algo serio. Pero el poco Exmo. señor me suelta un tremendo discursete poniéndome en guardia contra cualquier posible matrimonio con un nativo.

Insiste machaconamente en que los italianos sólo quieren a su madre, porque son unos mamaíticos de pena.

¡Nunca entendí por qué me contactó, dado que lo único que tenía en el cerebritito era una chorrada de tal tipo!

Estoy tan “acojoná” que no acierto a comunicarle la idea de que soy soltera impenitente, nacida solterona, y que eso de matrimoniar no entra en mis programas futuros.

Me voy dejándolo encantado y archiconvencido de que su perorata benéfica me va a poner a salvo de cualquier dislate.

Pero su comentario encerraba una verdad verdadera al 100%. De eso creo que puedo dar fe, basándome en mi dilatada experiencia en dicho tema.

Recuerdo que mil años atrás, mucho antes de que se me pasara por las mientes la idea de venir a Italia, un escritor español

utilizaba idéntica expresión, "mamaíticos", al referirse a los indígenas de género masculino.

No hace mucho me encontré la página de El País con dicho articulito, archivado entre mis papelotes y se me puso toda la carnita de gallina, constatando que su contenido todavía seguía pareciendo fresco fresquísimo, pese al larguísimo período transcurrido.

Tengo demasiado tiempo a disposición, y vivir incrustada en una familia ajena –y rarita, pero que muuuuy rarita- no es que me colme de alegría.

Mi progenitora me miraba siempre con ojos torcidos, considerándome un error debido a no sé qué adversa casualidad.

Y lo mismito mismito hacía la mamita de mi amiga. Para muestra un botón: su hija la peinaba a la Claudia Cardinale, con unos moños cardados estupendos. Yo trataba de hacer lo mismo... pero no había manera de que me diera su OK: torcía la nariz con aire asqueado y se atizaba golpecitos con la mano o con el peine (uno se esos que había entonces, rematados con una punta interminable para modelar los cardados) porque el volumen o la forma de sus sueños no salía de mis manos. A mí me parecía guapísima, pero sólo yo lo pensaba así, al parecer.

Para entretener la enervante espera de que pase algo, empiezo a comprar ovillos de lana por aquí y por allá y me pongo a calcetar cosas raras. (*Por extraño que parezca, emigré llevándome en la maleta unas extrañísimas agujas compradas en Londres para esos menesteres ... y que todavía hoy guardo amorosamente como oro en paño*).

Me invento puntos, mezclo colores a la buena de Dios, se me ocurren mangas con formas tontísimas... Lo que sea con tal de matar la matadora espera.

Y, como siempre, me chiflan los colores.

Para colmo de los colmos, en ese momento en Milán los tonos predominantes en el vestuario de pies a cabeza son gris y granate... acompañados del verde bosque del Loden, que no es exactamente una alegría a la enésima potencia.

A mí me parece estar en una película de guerra, de esas pobretes y tristonas, con todo el mundo de uniforme.

Si a esto se añade un clima gris y un cielo gris, lo que mis ojitos miopes contemplan es super deprimentísimo.

Afortunadamente, la amiga que me incrustó en su núcleo familiar tuvo el detallazo de encomendar mi vida social a otra amiga suya. Y a ésta se le ocurrió la idea genial de invitarme un sábado a ir con amigos suyos a un bailongo.

Descubrí entonces algo para mí desconocido, un lugar enorme donde por un lado se baila lo moderno, y por otro lo “agarrado”, como digo yo.

Somos tres chicas. Dos de los tipos son rusos, y como yo no tengo límites y, además, soy una pelma de caray -que todo hay que decirlo-, no me corto un pelo y acaparo la conversación pidiendo información sobre cómo instalarse en Italia legalmente. Me explican todo con gran lujo de detalles, desde la inscripción en la Cámara de Comercio, hasta cual es la denominación conveniente, etc.

Total, que les doy a todos una sublime tabarra.

El tercer tipo, alto, moreno, delgado, de esos con caderas estrechas y culito aplastado (estilo Antonio Gades tanto para entendernos) cuando, con mi italiano macarrónico, pregunto si se bailan también tangos, valsos o lo que sea, se levanta, me dice “me llamo Oscar”, me coge de la mano y me lleva a un lugar alejado donde están tocando un pasodoble. Nos lanzamos a la pista, y dejamos al personal alelado de cómo lo bordamos todo.

Esto se repite unos cuantos fines de semana. Nunca cruzamos ni media palabra. Al llegar a ese sitio para mí ignoto, el dicho Oscar y yo nos ponemos a bailar, incansables; después de unas cuantas horas me devuelven a la casa de la familia –donde entro de puntillas por la puerta de servicio, para no despertar a nadie- y ya está.

Nunca supe nada concreto de él, pero siempre le recordé enternecida. Porque durante el montón de años pasados en este país nunca conocí a nadie más con quien bailar lo que aprendí de pequeña, en los bailongos de la Alameda durante las fiestas de la Peregrina, o en la fiesta del patrón en la aldea de mi padre, donde mi pareja era el sacristán, un larguirucho muy bailarín.

La única vez en que, un verano, fui a casa en coche, caímos por Estella en plenas fiestas.

Antes de llegar estuvimos parados en la carretera porque estaban llegando los gigantes y cabezudos más impresionantes y numerosos de mi vida (en mi pueblo había sólo la pareja de reyes blancos, la de reyes negros y un montón de cabezones).

A mi acompañante de nacionalidad italiana se le salían los ojos de las órbitas.

Y por la noche, cuando aparecimos por la plaza, ME INVITARON A BAILAR CHAVALAS DE 16 AÑOS.

Nunca más tuve ocasión de hacer alarde de mis virtudes como “bailaora” porque, si bien muchos de los que conocía en este país, INCLUSO IBAN A CLASE DE BAILE, derrochando buena voluntad, bailar el pasodoble con uno cuyo cuerpito no siente la música equivale a comer espaguetis sin sal, huevos fritos con una pajita o no sé qué otra cosa igualmente desaborida.

La única nota alegre -diría suuuuper alegre- y que para mí representa una inyección de optimismo, es que los vecinos del cuarto piso de la casa señorial donde me alojo (*él fotógrafo, ella modelo*), que ven en manos de la portera (no recuerdo por qué) algunas de mis tonterías manuales, me piden permiso para fotografiarlas en un reportaje que quieren publicar en una revista... con mi nombre como diseñadora...

... y además me pagarán un montoncito de liras por los derechos de imagen.

Si en ese momento me pinchan
no me sale ni una gotita de sangre.

Y acepto, claro clarito.

Segundo

Como tengo que dejar la casa de la familia, por pura chiripa empiezo a compartir la vivienda de un amigo de la amiga que me llevaba de bailongo los sábados (*profesora de griego en la Universidad, actividad que me pareció poco acorde con una vividora tan aguerrida*), situado en un magnífico edificio en el casco antiguo, al ladito de la Iglesia de Sant’Ambrogio, el patrón de Milán.

El tipo no trabaja, es joven, divorciado, vago consumado, parlanchín las 24 horas del día... y vive de rentas. Para decirlo brevemente: no rasca bola.

Se ha metido recientemente en el “nuevo” PS y, el día X, aporreando la puerta de mi habitación, ya bien entrada la noche, me comunica feliz como unas Pascuas que el partido acaba de fundar su propio periódico, La Repubblica.

(Noticia que me importa un bledo, claro, pero trato de mostrar un entusiasmo que ni remotamente siento.

Tampoco entiendo por qué me lo cuenta a mí, una mera forastera).

Se pasa el día tumbado en la cama, no porque sea un lirón en período de hibernación, sino porque hay una procesión de chavalas que, una detrás de otra, se meten en dicha cama.

Las recibe vistiendo braguitas celestes y camiseta a juego bien pegadita, que no deja espacio a la imaginación.

Como además es bajito y regordete, no atino a imaginar el motivo de tanta visita repetida...

... Ni de tanta llamada angustiada que me toca aguantar cuando está ausente: “dile que me llame, que estoy mal”. Como una idiota me quedo en vela para dar recados de este tipo, de los cuales se lava manos, pies o lo que sea.

Es un ejemplo, claro como la luz del sol, de que nunca falta un roto para un descosido.

Lo que me jode pero que mucho es que su dormitorio está enfrente del cuarto de baño y al lado del comedor/cocina... y a ninguno de los encamados se le ocurre cerrar la puerta de la dichosa alcoba. O sea que estoy siempre oreja avizor esperando que se marche la del momento para ir a hacer pis o a cocinarme algo.

(A lo mejor yo era una cochina que pensaba que estaban haciendo porquerías mientras, en cambio, a lo mejor sólo se dedicaban a proyectar el futuro del PS derrochando aplicación).

Al poco tiempo de llegar a esta “casa de citas”, en el sentido lato de la expresión, me doy cuenta de que mis dineritos se están acabando.

Y mirando a mi alrededor constato que mi semi-ocio se ha plasmado en una montañita de prendas de punto demenciales.

Medito concienzudamente, con dedito índice apoyado en la frente y todo... y se me ocurre una ideona mayúscula.

Me armo de valor (*media tonelada por lo menos, a ojo de buen cubero*) y llamo por teléfono a una tienda de la zona elegante donde se venden lanas estupendas junto con las instrucciones para hacer las prendas que se muestran en el escaparate.

Me presento como una diseñadora española que quiere mostrar su nueva colección. (*Mentira podrida, claro, me iré al Infierno de cabeza*).

Me dan cita para esa misma tarde.

Meto todo lo calcetado en una maleta tremenda de color azul (*comprada por pocas libras en Londres, cuando volví a la madre patria, y que abarroté con las maravillas de pantalones, faldas, jerseys, camisas, abrigos, sombreros, etc. comprados por 50 peniques/pieza cuando cerró sus puertas el MAGNÍFICO, INSUPERABLE, MÁGICO, GIGANTESCO almacén Biba, todo en colores de película*), me gasto mis escasas perrillas en un taxi y allá me voy, vestida con mis prendas inglesas más chulas y con el pelo peinado con trencitas por doquier.

Todo muy ajustado a mi papel de creadora.

La propietaria mira todo

...compra todo ...

...me pone en las manos un montón de billetes y, cuando le digo que copiar no sé, pero que si quiere algo basta decirlo....

... empiezo a dar mis primeros pasos como diseñadora de prendas de punto, o sea que calceto como una loca, porque me llueven los pedidos.

(Se acerca la Navidad y las abuelitas ricas se vuelven tarumba con las majaretadas que salen de mis agujas).

Lo malo es que la casa super chic del vago rematado está tapizada con una tupida moqueta marrón oscuro, realidad

sumamente reñida con la utilización de la lana, sobre todo si suelta pelillos, como el mohair.

Y al compañero de casa eso lo lleva muy por la calle de la amargura.

O sea que me quedo encerrada en mi habitación todo el tiempo, tricotando a velocidad diabólica mientras, simultáneamente, leo un libro a toda mecha. Me los compro de esos de edición baratilla que se pueden abrir por completo y es fácil apoyarlos a algo sujetando con pinzas las páginas abiertas de par en par.

A cada chavala de turno (*no sé si antes o después de lo que sea*), la trae a mi habitación para que admire las prendas que crecen por obra y gracia de mis manitas de hada.

De vez en cuando tiene el detallazo de llevarme por la noche, muy tarde, a unos sitios raros donde te hacen al instante riquísimos batidos de todo tipo de fruta que el cliente elige según sus preferencias.

Pero un día de diciembre, de buenas a primeras, este vago de solemnidad me dice sin muchos rodeos que le da grima que yo esté siempre trabajando como una abejita (*mientras él no pega sello, o si lo pega no es exactamente de tipo laboral*), y me dice que me busque otro sitio.

Y con aire apesadumbrado me confiesa que lo que más le incordia es que servidora en la ducha utilice gel con olor mentolado o de pino, mientras a él le gusta el que tiene perfume de plátano o algo por el estilo.

Me quedo traspuesta ante tal revelación.

(A mí esos aromas me estomagaban, porque me parecían un poquito amariconados, pero ni se me pasaba por las mientes plantear la mínima objeción).

No digo ni pio.

Llamo a mi amiga de siempre, envuelvo mis pertenencias en sábanas y tiro los primorosos y voluminosos hatillos por el balcón al patio interior (ni loca me vuelvo a bajarlo todo a poquitos a pie desde el cuarto piso. Me bastó haberlo subido todo todito todo, tres meses antes, escalón tras escalón).

Tercero

Deposito todas mis pertenencias en el sótano de la casa de mi eterna amiga, quedándome con lo imprescindible: los libros para seguir dando los cursos de español, cuatro trapitos... Amén de la lana y de las diversas agujas que necesito para seguir tricotando o haciendo ganchillo... o lo que se tercié.

Esas Navidades las paso en Inglaterra, en la casa de campo de mi familia inglesa, preparando la atrevida colección de verano cuyas imágenes deberá vender Michel el fotógrafo especializado en moda (algo así como 60 prendas entre bikinis, cositas para ponerse encima del bikini, tontería playeras, etc.),

Cuando regreso a Italia, la dura realidad es que sigo sin tener casa, pero me resulta imprescindible contar con un sitio donde trabajar, dado que me empiezan a llover pedidos de modelos.

Con mi amiga alquilamos un localito en la calle principal del pueblito cerca de Milán donde ella vive.

Todos arriman el hombro como pueden.

Un amigo me da muebles viejos: una mesaza, una coqueta con espejo hasta el suelo, un aparador con las puertas de cristal decoradas con flores estilo Liberty, sillas del año catapún, un tocador de esos de hierro forjado con superficie de mármol, jofaina y jarra a juego, etc....

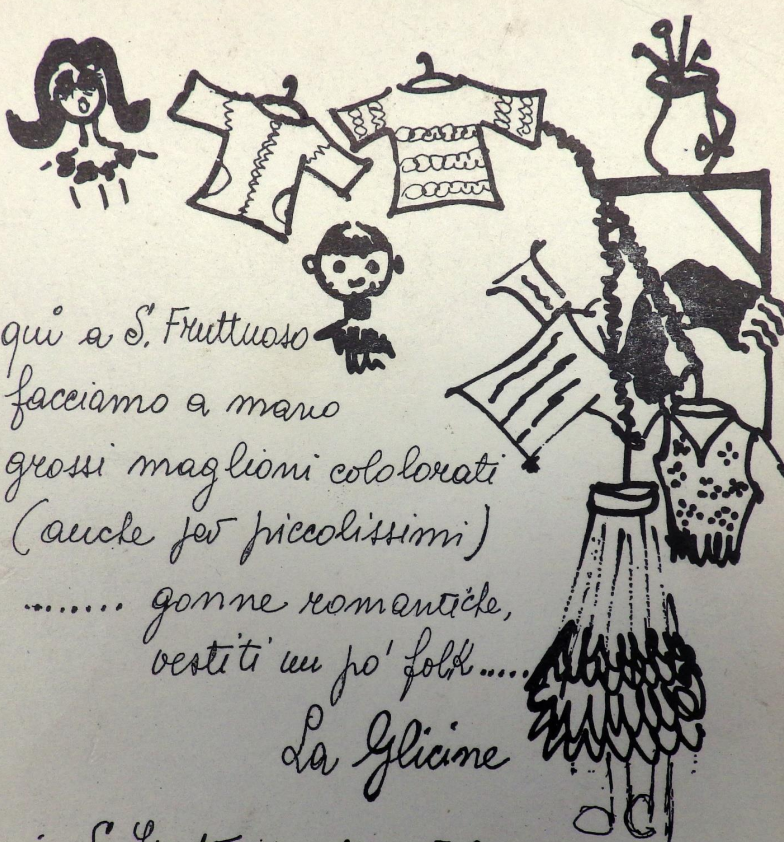
El marido de mi amiga, un directivo “big” de una empresa “big”, se las apaña –no sé cómo- para construir un altillo estupendo... a dónde se accede mediante una escalera de mano de madera apoyada al altillo por un extremo y al aparador por otro...

(¿Cómo pude subir y bajar cargada con lanas, dado mi sempiterno vértigo? Y, para colmo de los colmísimos, calzada con los tradicionales zuecos acordonados, negros o color natural)

Una hermana de mi amiga pinta una fantástica glicinia en la parte acristalada de la fachada, que sirve de escaparate...

El resultado es super virguero.

De repente pasamos a ser “La Glicine”.



qui a S. Fruttuoso
facciamo a mano
grossi maglioni colorati
(anche per piccolissimi)
..... gonne romantiche,
vestiti un po' folli....
La Glicine

via S. Fruttuoso, 16 - Tel. n° 742133

En la “corralita” de enfrente alquilo un mini-apartamento de dos habitaciones que, milagro milagrosísimo, cuenta incluso con un wáter dentro y no sólo fuera, en la balconada, como los demás alojamientos.

Duermo allí los días que no tengo clase, o si consigo agarrar el último autobús, al terminar las lecciones.

La decoración me la monto con colchonetas forradas con telas estupendas donde se amontonan cojines recubiertos con maravillas que me traje de Londres.

Y para no helarme me compro un saco de dormir en el mercado de las pulgas del sábado, uno de esos tipo momia, color verde musgo, con capucha y cremallera, que incluso conserva intacta la fecha de producción: “julio de 1943”. La verdad es que cuando me metía dentro me sentía una momia al 100%, porque no había manera de rebullirse

Al fondo cuelgo la cortina que me seguirá durante años. Se trata de una sábana blanca. En la parte de abajo, un borde de tela verde sirve de prado, donde coso montones de flores de todo tipo de materiales, incluso algunas de plástico, por eso de que se quedan siempre tiesas e impactan mucho. En el centro se yergue un árbol con su tronco de raso marrón, rematado con un cacho de tela verde abullonada que representa el follaje donde cuelgan lustrosas manzanitas de cera. Arriba de todo, nubecitas azules de seda.

El traperero del pueblo me regala dos butaquitas estupendas, que todavía hoy mi amiga atesora como es debido.

¡El efecto resulta de lo más apabullante!

Mis clases terminan casi a la hora en que sale el último autobús. Y cuando tengo la mala pata de perderlo, me toca llamar a mis amigos para que vengan a buscarme aunque ya sea muy tarde.

¡Menudo latazo les doy, vaya!

Porque son unos santos, que si no ...

Para más inri, tengo que esperarles a la salida de una boca de metro por cuya acera pasean incansables brasileñas estupendas, unas verdaderas diosas escultóricas que todavía conservan sus atributos masculinos.

(Yo me preguntaba entonces donde metían tales cositas o cosazas, dado que, aparte el chaquetoncito de piel verdadera o

falsísimo leopardo, sólo llevaban puestas una braguitas diminutas, y, eso sí, exhibían un tetamen al viento que debía costar un fortunón.

Algún tiempo después alguien me aclaró el misterio de dicho escondite).

En cuanto asomo la nariz se paran coches, alguien baja la ventanilla y se inclina para decirme algo, que seguro que no es preguntarme por una dirección.

No entiendo ni papa de lo que expresan (*algunas palabras se me quedaron grabadas y tardé mucho en enterarme de su verdadero significado. Seguro seguro que lo primero que soltaban era eso de “¿me la chupas?”. Dado que en aquel entonces ignoraba de que iba el asunto, servidora sonreía amablemente diciendo “no, gracias”. No recuerdo nada del resto de las peticiones cochinas).*

Trato de asomar la cabeza fuera de la boca del metro lo menos posible, no por los tontorrones que me piden prestaciones, sino porque suele pararse siempre la policía en la acera de enfrente, donde están las nenas/nenes (*ignoro si buscando favores, pedir documentos o sólo charlar*) y yo pertenezco a la categoría de emigrante ilegal, detallito que todos ignoran pero del que servidora es muuuuuuy consciente.

¡Mieeeeeeeeeeedo pelado el mío!

La amiga del bailongo sabatino, que se marcha a dar clases en una Universidad de no sé dónde, me deja las llaves de su casa para que pueda usar su habitación en caso de necesidad.

Deja todo listo, con sus sábanas blanquísimas y las toallas primorosamente apoyadas en una silla.

Pocas veces puedo utilizar esta oportunidad.

A veces, al abrir la puerta sigilosamente, caigo en la cuenta de que su compañera de casa se está divirtiendo con alguien del género masculino, así que vuelvo a cerrar la puerta con sumo cuidado y me eclipseo.

Descubro, no sé cómo, que existe una solución óptima: aparcarme en la lujosa y enorme sala de la terminal de Alitalia, que está abierta toda la noche a disposición de los viajeros en tránsito que se van al otro lado del océano.

Me arrellano en los magníficos y confortables divanes con el aire de una millonaria de paso y me dedico a desempeñar afanosamente mis cotidianas actividades....

... calceto o hago ganchillo...
... corrijo los ejercicios de mis alumnos...
... preparo las próximas clases...
... hago croquis para otros modelitos...
... nada, que me porto como una verdadera abejita laboriosa
que hace el trabajo de media colmena... sin que se me arrugue la
chaqueta y sin ni siquiera despeinarme.

*(Todavía hoy sigo llevando en el bolso una pequeña carterita
con mini cosas de aseo y unas bragas, por eso de que
hay que preverlo todo y ¡nunca se sabe!*

Un recuerdito divertido de “La Glicine”:

Una vecina de casa de mi amiga, que vive en el edificio enfrente
del suyo, viene a vernos a principios de verano. Nos cuenta que tiene
que ir con su marido a pasar unos días en el barco de un amigo, y
sus prendas de verano están en el chalet de Cerdeña. O sea que
nos pide que le hagamos todo el equipo para la ocasión.

Salen a relucir dos cosas:

1ª: su marido es el propietario de una marca de diseño
exclusiva, a nivel de Armani o Versace;

2ª: ella tiene un pasado de modelo de alta moda.

*(Cosa que me deja pasmada, porque para mí era el perfecto
ejemplo de ama de casa limitada. Recuerdo que cada día abría las
ventanas, sacudía sábanas, mantas y almohadas con enorme
energía... y plantaba todo en el alfeizar de la correspondiente
ventana, para que se ventilara. Posteriormente descubrí que eso lo
hacen montones de personas, pero es que a ella no le pegaba
nadita, dado que vivía en un mundo donde reina el cacareado
“glamour”)*

Pero es la clienta ideal, claro. Agarra todos mis diminutos
bikinis, que le están que ni pintados, y para cada uno de ellos
inventamos pantalones, camisas... lo que sea. Yo había comprado
en Londres muchas telas indias de algodón y le preparamos faldas-
pantalón exóticas, jerseys diminutos o enormes, trapitos super
originales para cenas chic...

Allá se fue con su maleta repleta de nuestras creaciones.

**No recuerdo si su marido hizo algún comentario o no, pero
sería interesante saber su opinión.**

Cuarto

Un día cualquiera, amigos de amigos me presentan a un chico, viudo y con dos hijos que no viven con él, fotógrafo de profesión.

Tiene un apartamento grande en el centro de Milán. En su casa vive ya otra chica, de profesión no hacer nada de nada.

Tampoco él se mata. Mejor dicho, es otro que no rasca bola. Duerme durante el día, digo yo (no puedo jurarlo porque a las 7 de la mañana cojo el portante y me encamino al tallercito fuera de la ciudad), y por la noche se va al único sitio donde se reúne el “enjambre nocturno”: tocan, cantan y puede que se droguen hasta las orejas, porque es la zona fetén.

El resto de las cosas las dejo a la imaginación de cada uno, pero es la zona “pecadenta”.

Cuando no puedo irme a mi corralita del pueblo me toca dormir en una especie de colchoneta en el salón, colocada detrás de una antigua bañera de esas metálicas, pintada de rojo, que divide en dos el espacio. Está llena hasta los topes de guijarros de todas las formas y dimensiones, y en el centro se yergue un estupendo árbol seco.

¡Es una pasada!

Estoy enormemente contenta de no tener que preocuparme del autobús. Me meto dentro de mi saco de dormir y allá penas.

De vez en cuando aparece gente, que charla, toca instrumentos y no sé qué más, pero a mí no me importa nada. Sigo enroscada e inerte cual estatua yacente.

(Espero que nadie se haya sentado encima de mí, pensando que era un almohadón.

... Y si lo hicieron, ni me enteré).

En cuanto amanece, como ya indiqué, me largo de nuevo a las afueras de Milán, donde tengo mis cosas y donde hago mis creaciones de moda.

...Y algunos días de la semana por la noche doy clases de español en el Centro Cultural de siempre.

...Y algunas veces tengo que coger el tren a las 7 de la mañana para entregar mis colecciones a mis amados clientes salpicados por la geografía del país.

En la casa no hay puertas, sólo trozos de moqueta clavados en el marco del cuarto de baño, en el de la habitación de quien me aloja y en el del cuarto de la chica que está allí.

Y además hay un gato, Fritz, que me debe odiar con toda su almita gatuna. El maldito micifuz o hace pis en mi saco de dormir o se sube a la bañera decorativa detrás de la cual duermo y se me tira encima cuando menos me lo espero.

Y nunca se olvida de ponerse a hacer raca-raca-raca con las uñas al ladito de mi almohada a altas horas de la noche.

¡Me pega unos sustos de muerte!

Lo que me fastidia todavía más, es que, para colmo de los colmos, es un maníaco sexual.

Cuando me ducho, en cuanto cierro el agua se tira a la bañera, dejándola llena de manchas negras debidas a sus patitas, y se queda mirándome fijamente con ojos de loco mientras me seco.

Y cuando me siento en el wáter, se sube a la cisterna a mis espaldas y las alternativas son dos: o empieza a cepillarme el culo con su cola o se dedica a rascarme las nalgas pasándome sus afiladas uñotas adelante y atrás.

¡Un animalote bestialmente sádico!

Yo ni me atrevo a moverme, por si me las entierra en tan delicada parte. No quisiera tener que presentarme en la Casa de socorro quejándome de una cosa tan patética.

(No es fácil explicar a terceros que un cacho de moqueta clavada no impide la entrada al obsesivo michino).

A todo esto al dueño de casa apenas lo veo. Cuando me estoy haciendo el café tempranito, suele aparecer por la puerta contándome con enorme lujo de detalles el sueño que ha tenido esa noche.

En una ocasión, regresa por la noche cuando estoy ya tumbada detrás de la bañera-adorno, y como tiene montado un proyector, empieza a pasarme diapositivas explicándome todo de modo prolijo.

No puedo jurarlo, pero creo que después de la tercera caigo en brazos de Morfeo.

(Años después me confesó que se quedó tan cortado que siguió con su perorata haciendo como si nada).

En cuanto empieza el buen tiempo, los sábados y domingos me subo a las terrazas del Duomo, donde no hay nadie, acarreado una botella de agua y manzanas verdes, lana y agujas, y trabajo sin parar, con un libro abierto encima de las rodillas.

Como resultado me pongo morena al estilo de los albañiles de la construcción: sólo por delante, y con los brazos bicolors.

De vez en cuando se me acerca el encargado del ascensor, que controla que siga viva y me cotillea cosas de las mujeres de su familia, que también suelen calcear.

El fotógrafo es otro mujeriego de caray, y como resulta habitual, la de turno se me pega como chicle. Sobre todo una de ellas (*que fue una novieta suya y puede que aún le tire los tejos*) que está como un cencerro.

Aparte del problema de tener que controlar si funciona el teléfono, porque el amo de casa se olvida de pagar los recibos, me toca estar siempre alerta para los casos de emergencia.

(Una noche infausta llamó la ex novieta pasada la medianoche llorando a grito pelado porque su perro estaba enfermo y había que llevarlo al veterinario... pero no tenía ni medio de transporte ni pelus. Del transporte se encargó el amo de casa, y yo tuve que buscar perrillas por todos los bolsillos para poder pagar la consulta).

Un buen día la vaga de solemnidad que ocupa la habitación de invitados, y que está siempre a la cuarta pregunta, se eclipsa de repente sin decir ni mu (*llevándose los trajes que yo dejaba allí para emergencias, dos estupendos modelitos de Biba, que, en honor de la verdad, me devolvió religiosamente tiempo después, hechos una completa mierda, pero me desarmó diciendo: "¡es que eran tan estupendos, que no pude resistir!". Se los regalé claro, no por generosidad evangélica, ¡¡¡es que daban grimaaa!!!*).

Por fin tengo derecho a ocupar su lugar: un catre detrás del cacho de moqueta, con la red de una cama puesta de pie, que resulta muy práctica para enganchar perchas.

Estoy encantada de poder dejar el salón, pese a que, para ser sincera, tengo que reconocer que la tal habitación es un cuchitril del carajo.

Y el gato de mierda también se traslada conmigo.

¡Menudo hijo de gata puta!

Quinto

En una de las cenas con amigos guay, me presentan a un señor amabilísimo al que, entre dimes y diretes, le comentan mi problema de vivienda.

Sale a relucir que, al ladito de la Estación Central, tiene dos apartamentos: el del tercero está completamente amueblado, porque vivía allí con su mujer, antes de que ella se las pirara con un jovenzuelo, y sólo utiliza la cocina. Él vive en el cuarto piso, con tres perrotos raza Carlino (uno de ellos ciego), y kilómetros y kilómetros de estanterías con ediciones completas de los periódicos y revistas que dirigió.

Se ofrece a alquilarme el tercero, a condición de seguir usando la cocina.

Repito por enésima vez, a riesgo de resultar pelma, que todos los días me levanto a las 7 para ir al pueblito a organizar mis diseños y vuelvo en el autobús de las 16 cuando tengo que dar mis clases.

En algunas ocasiones me toca andar cargada con un enorme capacho que me llega a la cintura lleno de los modelos que debo entregar a los clientes, fabricantes de prendas de punto. Cuando es así, al alba del día siguiente agarro el consabido tren, uno de esos que nunca se sabe a qué hora llegan a destino.

A veces, al llegar al "Circolo", antes de entrar en clase y derrochar la energía con la que todos me recuerdan, me encerraba en el wáter, lloraba dos minutitos, de puro agote, salía, me ponía en los ojos unas gotitas de colirio Mirazul, me daba un toquetín de maquillaje....

...Y entraba en la clase prodigando toneladas de alegría, optimismo... lo que fuera.

El primer día que llego al apartamento de la esposa fugitiva, constato que la gigantesca mesa de trabajo que hay en mi habitación, una de esas con un tablero enorme apoyado en dos caballetes, está completamente cubierta de revistas escritas en un extraño idioma, todas dedicadas exclusivamente a perversiones

sexuales, que tampoco hay que ser un mago para comprender de que va el asunto.

Hay más fotos que texto, claro.

Con gran paciencia les fui echando un vistazo a todas. Reconozco que con algunas de tal tales “desviaciones sexuales” me reí como loca.

Soy discreta y no comento nada para no insistir en la cochinada cochina.

Sale a relucir que, tras toda una vida dedicada a la prensa generalmente contraria al gobierno (tiene pendientes no-se-cuántos pleitos), en los últimos tiempos se dedica a idear revistas super cochinas para un amplio número de editoriales guarras. Más aún, reparte fotos perversas entre todos sus amigos y estos se divierten escribiendo la posible historia que encierra la foto.

Los muebles de la cocina están atiborrados de algo que me sorprende: los de arriba de *panetone* y los de debajo de botellas de champagne rosé. Como lo único que hago allí es el café de la mañana, me va todo bien.

Tiene otro apartamento en Venecia. Un día me invita a pasar allí un finde y es estupendo. La verdad es que tiene un gusto exquisito y con un nada crea un ambiente lleno de encanto... salvo que la cocina es una carrera de obstáculos porque hay un montón de librerías que llegan al techo, puestas en paralelo, siempre abarrotadas de ejemplares de los periódicos y revistas que dirigió. ¡¡Impresionante!!

Al pie de mi cama, como no cierro las ventanas, puedo admirar una postal real: la orilla derecha de la Giudecca.

(No recuerdo si pegué ojo, igual me quedé mirando el espectáculo toda la noche)

También tiene otro apartamento en París y una novia parisina. Cuando va a verla me avisa para que suba a su casa a dar de comer a los perros y a rascarles las cabezotas.

Un domingo de verano vuelvo a casa a eso de las 5 de la tarde, y constato que la cerradura de la puerta está rota. Me pega medio infarto, porque todas mis pertenencias se encuentran ahí dentro, sobre todo mis documentos (*seguía estando de estrangis en el país*).

Reina un silencio de muerte, todos los demás inquilinos deben estar en la playa o de vacaciones.

Decido que tengo que entrar aunque me peguen un tiro o me inflen a tortazos.

Y mentalmente me preparo para hacerme la longuis con los mayores visos de realidad -encuentre quien encuentre- y fingir que los ladrones o lo que sea son amigos del dueño de casa.

Abro sonriente... ..

... no hay nadie...

De repente oigo un ruido detrás de mí: es el dueño de casa que me oyó llegar y quería explicarme lo sucedido.

Su ex mujer (que al parecer “andaba en malas compañías”), mandó a sus amigos a desvalijar la casa.... Pero empezaron a empaquetar mis cosas, al no saber que yo estaba allí. Sólo que, por suerte, él había anticipado su viaje de regreso y los pescó “in fraganti”, justo en el portal.

Dado que los chavales eran “brigatistas”, o sea activistas de izquierda o terroristas, como se les quiera llamar, prefirieron salir zumbando sin esperar la llegada de la poli, abandonando mis pertenencias... menos un par de zapatos chulísimos que me pirraban (*¿dónde los escondieron, si llevaban puestos vaqueros super ajustados?*).

Sexto

No puedo seguir allí, por si me denuncian, así que llamo al dueño del gato Fritz pidiéndole de nuevo refugio. Recojo todo y lo meto como puedo en su cochito descapotable.

Como anda siempre a la quinta o sexta pregunta, cuando estamos en el centro de la ciudad el coche se para por falta de gasolina.

Él no se inmuta, agarra una lata y se marcha en dirección a no sé dónde, dado que es domingo... y yo me quedo allí a pleno sol, en la calle que empieza a estar abarrotada con los que vienen de las afueras, que se quedan plantados viendo mi extraño equipaje hecho –como siempre- de sábanas de colores con un nudo, tipo hatillo pero en dimensiones *extra-large*.

Me quedé en esa casa un año, con Fritz que la seguía teniendo tomada conmigo.

Su dueño, cuya última manía consistía en obstinarse en aprender a tocar el saxofón, a las 2 de la mañana se ponía a ensayar, cuando volvía de sus recorridos de vida nocturna.

De vez en cuando se traía a alguien y organizaban un concierto de desgraciados.

Pero a mí todo eso me resbala.

Sigo levantándome a las 7...

... sigo atravesando la ciudad, para coger el autobús que me lleva al taller/tiendita a trabajar...

... sigo regresando después de comer cuando tengo que dar clases...

... sigo levantándome a las 5.30, si me toca coger tren...

... sigo acarreando unos capachos gigantescos, sumamente estilosos...

... sigo tricotando en el tren como una descosida, y creando una prenda entre el viaje de ida y el de vuelta...

Nada, que no me aburro ni pizca.

Y resumiendo, eso llamado dormir pasa a ser una opción de cuarta categoría.

En cierto modo es un período muy instructivo. Siempre hay montones de gente por casa e incluso me concedo el lujo de hacer experiencias sabrosas.

No me refiero a nada relacionado con el sexto mandamiento, que quede claro. Es que, por ejemplo, nunca había fumado, y entonces decidí lanzarme a dar chupadas a los pitillos. E incluso me aventuré con los puritos.

Pero mi éxito fue nulo.

La chupada la daba, pero luego, cuando sentía la boca llena de humo, era incapaz de tragarlo y lo soltaba en plan chimenea. Y quedaba fatal, claro, porque mi sistema no era nada estiloso y además resultaba paleta.

Pero mi mayor ridículo lo gané a pulso una noche en que había un montón de gente. Alguien empezó a liar un porrete que luego fue pasando de mano en mano, o de morro en morro, para ser exactos.

Cuando llego a mis manos hice lo de siempre, pegué la correspondiente chupada y luego esperé a que nadie me viera para ir soltando el humito poco a poco y con discreción.

Pero el que estaba sentado a mi lado notó la nubecita y se “chivó”.

¡Qué cacho espionazo de mierda!

¡Quedé fatal!

Como resultado me echaron del círculo.

Y ya no volví a repetir la experiencia, claro. Me parecía demasiado trabajoso todo el proceso... sobre todo considerando el escaso resultado obtenido.

E igual suerte corrió mi experimento con pitillos y puritos. Soy tan negada, que ni siquiera sabía apagarlos. Montaba un jaleo bestial para cumplir el simple gesto de espachurrarlos en el cenicero.

Cuando años más tarde, en el hospital, me dieron un aparatito para pegarme chutes de morfina en caso de necesidad, la verdad es que poco consumo hice, porque más bien me daba grima.

Y tampoco noté nada especial.

Ni siquiera me entró sueño, lo que puede considerarse el colmo de los colmos, digo yo.

Na, que en plan drogota no funciona.

Lo considero el fracaso más fracaso de mi vida.

Porque si me espera una vejez de mierda, no me puedo refugiar en nada, vistas mis vicisitudes pasadas:

- no puedo chucharme un porrete dado que soy incapaz de tragarme el humo, ni siquiera pensando en que es una aspirina;

- ¿inyectarme algo? Ni loca, visto el pánico que me entra con las agujas, (ya me bastan los análisis de sangre periódicos para fortalecer mi espíritu de guerrera);

- con la morfina ya tuvo ocasión de constatar que ni me entra modorra; y de dormirme ni se habla, al contrario...

- la última vez que tuve que hacer una operación, tras mi comunicación de que puedo tener crisis de pánico, me obsequiaron con un chupito de tranquilizante... que tuvo el efecto exactamente contrario al previsto: en vez de atontarme me volví logorroica perdida. Cuando apareció ante mí el jefe anestesista con pantalones y casaca azul combinada con batita abierta por delante, le monté un número de cuidado alabando lo chulísimo que estaba con la chilabita conjuntada. Acabó quitándosela, poniéndosela al revés, anudada por delante, y comentando que es así como se lleva puesta en el quirófano. Claro que yo seguí con mi morbo, diciendo que de ese modo parecía un salchichón, que en plan chilabita estaba más chic. Por puro milagro me libré de que me pusieran un esparadrapo en la boca....

O sea que como no inventen algo que se pueda añadir a la tortilla de patatas o en el champú para el pelo....

¡¡Mal lo veo Amadeo!!

¡¡Me espera una vejez muy achuchurrada...!!

Séptimo

Cuando comento con mi primera clienta que necesito encontrar casa, me dice que su hija se marcha un año a Bolonia y que su apartamento queda vacío.

Así que me instalo en el rincón más IN de Milán, a dos pasos del Centro Cultural donde sigo enseñando por la noche.

Lo único negativo es que en las callejuelas por donde tengo que pasar hay una elevada venta de droga y volver a casa es un problema.

Me lleno el bolsillo de billetes para ir repartiéndolos cuando se me acerca alguien con ojos rojos diciendo “dame mil liras”.

Y se las doy, claro.

También abundan las putas decrépidas, pero no me molestan ni pizca.

Y qué decir de los traficantes, que guardan los sobrecitos con lo que sea en los resquicios de las viejas puertas de los talleres de artesanos.

Los taxistas no quieren ni oír hablar de acompañarme a casa. Me cuentan cosas troglodíticas.

El taller de las afueras ya no existe, o sea que trabajo en casa.

Empiezo a colaborar con las revistas de moda del sector, haciendo publicidad a los fabricantes de lana.

Al mismo tiempo recibo peticiones para hacer traducciones importantes. Me agencio una máquina de escribir y añado esto a mis actividades.

A este punto se impone conseguir el permiso de residencia para poder conservar mis actividades.

La única solución viable: empezar a trabajar por las tardes en una empresa española de gran renombre, para tener “los papeles en regla” como suele decirse.

Resumiendo:

- Por la mañana soy diseñadora y voy de una editorial a otra, proponiendo reportajes o entregando los aceptados (nunca nadie me dijo NO.
¡Qué mal me acostumbraron!
- Por la tarde trabajo en una empresa comercial española,

- De 6 a 9 soy profesora de español,
- Los fines de semana preparo diseños y, de vez en cuando, hago traducciones para una editorial...

¡Un lío morrocotudo!

¡No entiendo como no entré en crisis de identidad!

Mi estancia en esa estupenda casa dura un año.

La hija de mi amiga decide volver al redil, de forma super inesperada.

Una mañana se presenta en casa (sus padres viven en el piso de arriba) y me dice que vuelve a Milán.

Nada que objetar, claro, pero me comunica que está esperando un amigo que vendrá a verla...

Y se tumba en el diván en plan odalisca...

Antes de su llegada, había venido a verme un ingeniero super super, que tenía que presentar al día siguiente un proyecto EN ESPAÑOL. O sea que me tocaba hacer la traducción escribiéndola como texto definitivo en el papel de la empresa, una especie de pergamino tremendón, donde era difícil hacer las correcciones (*entonces se usaban unas tiritas blancas, pero en ese papel dejaban una mancha blancuzca impresentable*).

Afortunadamente había conseguido agenciarme una máquina de escribir con teclado español, porque era el único modo de disponer de acento agudo para todas las vocales, y sobre todo de la "ñ".

Esa noche, al volver de mis múltiples trabajos, me siento ante la máquina, y me lanzo a darle a las teclas como una fiera.

Enfrente, tumbada en el diván, está la chavala. Le explico lo que pasa y que mucho me temo que me toque trabajar toda la noche.

Le sugiero que se acomode en mi dormitorio –que es el suyo-, que cambie las sábanas y que se organice.

-sigo dándole a las teclas-

A una cierta hora se me aparece delante COMPLETAMENTE DESNUDA, PERO LO QUE SE DICE SIN NI SIQUIERA UN LACITO EN EL PUBIS RIZADO Y NEGRÍSIMO, QUE PARECE UN CACHO DE CABEZA DE SENEGALÉS, para tomarse un traguito y quejarse de que el amiguete todavía no ha llegado...

Una alumna, que es restauradora de cuadros y se pasa la vida encaramada en algún andamio en alguna iglesia de un pueblo remoto, congelándose mientras retoca los frescos, pinta con un boli mi imagen de señora que se traslada.

Todo eso mientras responde diligentemente a las preguntas sobre verbos irregulares, uso del subjuntivo y otras mandangas.

A partir de ese momento la utilizaré siempre, modificando sólo el lugar de destino.



Octavo

Afortunadamente una de mis alumnas, que se marcha de Milán, me recomienda al dueño de su casa, que acepta alquilarme el piso.

En teoría son tres habitaciones más servicios, pero la primera y más grande, que debería ser el salón, está llena de muebles hasta el techo.

La que me deja la casa es hija de un embajador, y a su marido le han nombrado agregado cultural en algún país africano.

Cuando entraron en la casa se organizaron dos habitaciones muy apañaditas y amontonaron los muebles de la casa en la tercera. Y, para acabar antes, metieron dentro sartenes y ollas sucias, platos con restos de comida solidificados, trapos de cocina negros de grasa... todo lo habido y por haber en lo tocante a cochinado.

La primera vez que abro una de las puertas de un mueble cualquiera, lo primero que atrae mi atención es un ENORME cementerio de cucarachonas amontonadas y muuuuy difuntas.

A esto se suma la pila de enseres indicados precedentemente, que forman una especie de naturaleza muy muerta y muy asquerosa.

Todos los muebles están repletos de asquerosidades.

¡No recuerdo cuánto tiempo tardé en tirar a la basura aquella superlativa recolección de mierdazas!

Después de tantos años, ¡por fin! puedo deleitarme cocinando una rica tortilla de patatas de rechupete con muuuuuuuucha cebollita, a la que hincó el diente con fervor.

Y repito el lance con toda la frecuencia posible.

Sigo estando en el centro centrísimo, cerquita del Duomo, si bien es cierto que, en cuanto cierran las tiendas, ni una rata deambula por las vías aledañas.

¡Purito desierto de Gobi!

Y a mí me toca ir y venir siempre a pie, porque no vale la pena usar otro transporte. ¡Tardo más si espero el tranvía!

Todo está a distancia de zapato: los cines con el mejor programa, el mercado de los sábados, el Círculo donde enseñé...

Pero esta centralidad tiene también algunas consecuencias, que si bien no me atrevo a definir como negativas, realmente resultan caóticas al máximo nivel.

Los bares cierran a las 7,30. O sea que los días que no tengo clase puede llegar gente en cualquier momento porque saben que no tengo problemas para organizar lo que sea al último minuto. Basta que traigan las bebidas.

Los restaurantes cierran a las 10,30, y la historia se repite. Si pasan por delante de mi casa y la luz está encendida, ¡jale!, todos aquí.

Hago notar que son gente “importante” del mundo del periodismo y de la política. Pero deben tener algún “chip” tonto suelto por algún lado, porque se apuntan a quedarse agazapados en mi habitación, donde yo suelo estar haciendo traducciones o calcetando.....

Amablemente ese gentío llega cargado de botellas de todo tipo, se amontona encima de la cama, en el suelo, se encarama en un arcón que contiene mis diseños ya publicados...

¡¡Y sólo se van cuando les sale de las narices!!

*Nunca entendí porque no se iban
a sus magníficas mansiones, donde abundaban cómodos
macro divanes .*

*Hablo con conocimiento de causa, porque algunos me
invitaron a acomodarme en sus salones, y pude constatar el hecho.
Pero la invitación nunca fue colectiva.*

Yo suelo seguir estando siempre sentada en mi silla rígida pobrete delante de la máquina de escribir.

Esto pasa muuuuuchos fines de semana.

Reconozco que cuando en ciertas ocasiones me tocó ver algunas caras en la tele, super serias...

... recordando aquellas veladas UN SI ES NO ES DE LOCOS

¡VAMOS, QUE ME TRONCHABA!

En esa casa empiezo a organizar mis cenas trimestrales con alumnos, además de las jaranas puramente amistosas.

Debuto cocinando mis primeros catorce kilos de fabada y otros tantos litros de sangría... y no sé cuántas otras cosas.

Menos mal que el carnicero del mercado me echa una mano y, cuando tengo que hacer un gulasch monumental, me corta en trocitos primorosos los tres kilos de lomo de cerdo... y además me hace un descuento y todo.

¡Nada que, o le doy pena, o mi encanto español de ese momento lo mete en el bote!

Hay un tal tejemaneje, que a veces ni cierro la puerta, así no molestan a nadie. Tanto la portera desde enfrente controla todo.

Mi porterita es una tipetina diminuta, con unos ojos verdes enormes. Tiene dos niños que entran y salen de mi casa como Perico por la suya.

Ese es otro de los motivos de que el echar el pestillo a la puerta no sea una costumbre arraigada en mi caso.

Pero claro que a veces pasaron cosas curiosas con las personas que compartían la casa conmigo.

Una noche, de repente oigo que se abre la puerta de casa, alguien enciende la luz del pasillo y oigo una voz de hombre que dice "señora, señora". Miro el reloj. Son las 2 de la mañana. Me levanto como un rayo y me encuentro con un responsable de la vigilancia plantado delante de la habitación donde duerme una amiga mía, con aire de estar más muerto que vivo.

Me asomo yo también a la puerta, y veo que ella está durmiendo panza abajo, medio descolgada, con un brazo que arrastra por el suelo. La camisa de noche la tapa poco y se ve taaaanta carnita blanquísima. No se mueve, o sea que comprendo que el pobre tipo se haya quedado de piedra, creyendo encontrarse ante un cadaverito.

Le tranquilizo diciendo que mi amiga, no sólo tiene un sueño muy profundo; aumenta el efecto poniéndose tapones en los oídos y así suele quedarse fuera del mundo hasta no sé qué santo momento.

Nunca se me ocurrió preguntarle a mi amiga cómo se las arreglaba para oír el despertador y no otras cosas.

Otro caso curioso, pero que no me hizo ni pizca de gracia, tuvo como protagonista una profesora que formaba parte del tribunal de examen equivalente a la vieja reválida de mis tiempos.

Era amiga de otra profesora que había estado en mi casa con anterioridad, siempre por el mismo motivo: exámenes.

Cuando ella se marchó, la mini-portera vino a comentarme, negra por no haberlo hecho antes, que la profesora tenía por costumbre abrir la puerta llevando puesta una camiseta... pero sin bragas...

Eso en circunstancias normales.

Pero cuando yo estaba fuera, aparecían por casa señores y señoras que ella no conocía. Y un día que tuvo que entrar en mi casa, no sé para qué, se encontró en pleno festín estilo Sodoma y Gomorra.

Nadie notó su presencia o sea que pudo hacerse la *longuis* durante todo el período en que la segunda prof. "pecadenta" estuvo en mi casa.

El estar en esa zona tiene también otras ventajas: la calle principal está llena de tiendas, algunas interesantísimas. Son las que se dedican a vender cosas de segunda mano, importadas de América.

Empiezo a hacer cambalaches. Cuando entro en cualquiera de ellas, me pongo de palique y automáticamente el/la propietario/a mira lo que llevo puesto (generalmente obra mía) y me ofrece un trueque de inmediato.

Lo más demencial es cuando la camisa de un amigo, a la cual había aplicado un cuello enorme hecho a ganchillo, me vale un magnífico chaquetón de garras de astracán que usé durante años y años.

Visto el éxito, recogí camisas de todos los ejecutivos que conocía, les quité el cuello y los puños, que eran los que mostraban desgaste, y modificándolas con aquellos cuellazos y mangas cortas se vendían cual rosquillas en las boutiques del centro especializadas en prendas "in" étnicas.

Noveno

Una amiga/alumna compra un apartamento en la zona universitaria, al otro lado de la ciudad, y me lo ofrece durante 2 años.

Por primera vez dejo el centro-centro.

Sigo con mis tres trabajos, pero ahora por la noche suelen venir amigos o alumnos a mi casa a cenar. Cuando se marchan, lavo los platos y me pongo a preparar los diseños para el día siguiente.

Si preveo algún comensal para la noche siguiente, me levanto a las cinco para cocinar.

A las 7 empiezan a llegar las señoras que me ayudan a tricotar los modelos.

A veces pasan cosas embarazosas. Como cuando me quedo dormida delante de la tele, con las agujas de calcetar en la mano, las ventanas abiertas en una calle sin tráfico y super silenciosa...

... y a una hora incierta del alba, la 1, las 2 o las 3, me despierto con unos gritos extraños... y me encuentro con que a esa hora la televisión pasa pelis porno, porno, porno...

... y todo el vecindario está al tanto de que yo me veo la basurita, claro.

(Pasé años dando explicaciones)

Mi costumbre de no dormir casi nada me gastó una broma bastante pesada.

Un sábado, al salir del supermercado cerca de casa, de repente no reconocí donde estaba. Lo único que sabía con certeza era que vivía en una de las calles de enfrente, y que mi casa estaba a la derecha. Así que me fui leyendo con calma los nombres que constaban en los timbres hasta que encontré el mío.

Al llegar a mi piso vi que en la agenda estaba escrito que alguien venía a comer, pero constaba el apellido, no el nombre.

Me tocó llamar por teléfono iniciando un monólogo penoso: "Hola soy yo; ya sé que veníais hoy a comer a casa, pero me ha pasado algo raro. Sé tú apellido, pero no recuerdo el nombre. Y cuando fui al super de repente no sabía dónde estaba mi casa. Me armé un lío gordo. Creo que tengo que irme a dormir, porque me siento muy rara".

Décimo

El padre de uno de mis alumnos es propietario de una inmobiliaria y me alquila un piso super y majísimo dos calles más abajo de donde vivo en ese momento (super por lo caro, también, eso sí).

Sigo trabajando en la oficina comercial, diseñando prendas de punto, dando cursos de español de 6 a 9, haciendo traducciones y teniendo gente a cenar todos los sábados y domingos, de 30 comensales en 30, porque no sé poner límites.

Y como además comen como limas, mi orgullo de cocinera extravagante se sube por las paredes.

Lo bueno es que platos, vasos y cubiertos son de plástico. Y los comensales están ya avezados o sea que van tirando todo en un saco de la basura, de modo ordenado, y en cuanto se marchan, ya poco chollo me queda, porque se organizan para llevar las bolsazas con restos de comida o plástico a los contenedores de la calle.

La bebida prevista por la casa es sangría, que preparo en un cubo de 14 litros con tapadera que me compré a tal efecto.

El que quiere vino, se lo trae y se cuentan tantas botellas como árboles en un bosque. Lo que hay que tirar de cristal, al marcharse se lo llevan al depósito que hay al final de la calle.

O sea que sigo sin practicar eso de dormir como Dios manda, pero es que no me queda tiempo, en medio de tanto jaleo.

Como no renuncio a mis manías, la del momento es que, después de cenar, los comensales tienen que poner su firma en las cortinas de mi estudio (en el comedor luce la del árbol del Paraíso con sus brillantes manzanitas).

A algunos les parece excesivamente escueto eso de la firma sola solita y escriben dos palabritas y todo.

Y un amigo artista pinta una cosa estupenda, que todavía conservo; la recorté cuando la cortina se caía a trozos y ya ni se leían las firmas, a fuerza de tanto lavado.

Siguiendo mi costumbre tradicional, en la pared frente a la cama cuelgo mi nutrida colección de collares. (*Entonces eran unos 60; ahora superan los 300, pero están archivados en cajoncitos de Ikea*)

El primer sábado de mi estancia en la nueva casa me despierto con un cling-cling-cling persistente e ignoto.

Me llevo un susto morrocotudo, porque me recuerda cuando en las películas empieza un terremoto.

El fenómeno se repite el segundo sábado...

Y el tercer sábado...

Y al final caigo en la cuenta que esto se debe a mis collares que bailotean...

Cuando lo comento con los propietarios, me indican que se debe a la vibración que crea el paso del metro al lado de casa. Durante la semana no se siente, porque el tráfico intenso hace de contrapeso.

Y me hacen notar que en una esquina del salón, cuya pared es medianera con la de la casa de al lado, hay una enorme grieta debida también a tales temblores.

Mi ajetreada vida se ve simplificada por el uso masivo de taxis, que me llevan de la Ceca a la Meca, esperan a que haga mis entregas y me devuelven a casita.

También me ayuda el que la verdulera del super cerquita de mi casa precedente –que me había ayudado a encontrar señoras que calcetaran para mí (7)- me echa una mano en eso de aprovisionarme: cuando la llamo para pasar el pedido de sus vegetales, normalmente berenjenas, calabacines, cebollas, patatas, pimientos, tomates, setas, etc., también toma nota del pedido para el panadero y el carnicero. Me manda todo a casa, e incluso la vuelta del dinero que le doy a su recadero para que pague a los demás.

(Creo que le caía simpática porque compraba todo a razón de 1kg. de cada vegetal por lo menos, mientras sus clientes habituales se limitan a pedir 100 gr., 200 gr., 400 gr., etc.).

Para colmo de suerte, también el carnicero de este supermercado es un sol y, cuando le encargo cualquier tipo de carne para hacer algún plato, incluso me lo trocea todo siguiendo mis indicaciones: 1 cm para empanadillas, 2 para goulasch, 3 para guisote...

Na, que tengo al personal amaestrado...

En la planta baja vive un joven fotógrafo, al que le caigo simpática. Se ofrece a fotografiar mis cuadros y, de paso, a ratos perdidos, me hace unos reportajes estupendos.

Un día, charlando, le comento que soy una cateta tremenda. No conseguí fumarme ni un porrito, pero con tanto como se lee y se ve en las pelis, no me importaría probar eso de la coca para saber cómo es el asunto.

Pasa el tiempo y una noche en que estaba dándole los últimos toques a la fabada, porque iban a llegar más de 20 invitados, se me presenta con aire de conspirador para decirme que si quiero, tiene un poco de polvito.

Cucharón en ristre le explico mi situación -él también estaba invitado-; ni se me ocurre hacer una tontería así con el montonazo de gente que tendré alrededor.

Le pregunto por qué tiene el polvito y me dice una cosa curiosa. Un amigo suyo trabaja en el aeropuerto. Ese día han pescado un alijo de coca, que quedó bastante tiempo allí, bajo el control de dos policías y dos personas del aeropuerto.

Y lo que sigue me dejó patidifusa. Al parecer los cuatro guardianes se miraron a la cara... y empezaron a llenar cualquier cosa a disposición con el polvito en cuestión: bolsas de caramelos, cajas de pastillas.... Incluso uno de los polis se quitó un calcetín para utilizarlo mejor. El amigo de mi amigo sacrificó un condón para tal menester.

¿Cómo terminó el lance?

Mi amigo y su amigo no subieron a cenar, Cuando terminado mi sarao le dije adiós al último invitado, bajé a llamar a la puerta del vecino dispuesta a estrenarme con la coca...

... pero se la habían papado y no quedaba ni una mota.

Así me perdí la oportunidad de probar algo tan comentado.

No sé si considerarlo como algo positivo o negativo. Mi vecino de casa era un militar retirado, que controlaba todo lo que no le incumbía. Cuando alguien apretaba el timbre de mi piso, su puerta se abría antes de yo pudiera hacer lo mismo.

Su vida debía ser un infierno, porque por la mañana llamaban las señoras que calcetaban para mí o los chóferes de algunas casas editoriales que venían a retirar mis modelos y por la noche los invitados a cenar.

Cuando lo pillaba espiando, para disimular me pegaba la hebra hablando de lo diligente que era su mujer, que tenía la casa como los chorros del oro, aunque trabajara mañana y tarde en una boutique cercana.

Nunca me hizo ningún comentario, pero lo que sí lamenté es que la pared de su dormitorio diera a mi estudio, donde servidora recibía/hacía llamadas hasta horas sumamente inconvenientes.

(Claro que en general, para los italianos, después de las 9 de la noche es muuuuy poco educado molestar con llamadas.

Sospecho que fue él quien, cuando yo ya no vivía allí, firmó en mi nombre comunicaciones de Hacienda donde me reclamaban dineritos y, como no presenté a tiempo mi recurso, me tocó apechugar con la multa.

En aquel momento ni tenía tiempo para pensar en la venganza, pero me quedé con las ganas de decirle algo sumamente grosero).

**Como en lo que a mí respecta no abunda eso llamado aburrimiento, vocablo del cual ignoro el verdadero sentido...
¡¡debutó como artista!!**

En julio hago la primera exposición de mis “Tramas” en Spoleto, durante el Festival “Dei due mondi”.

¡¡ESTUPENDOOOO!!!

Undécimo

Constato con profundo pesar que, después de tantos años, el *business* de calcetar está dando sus últimos coletazos.

Dado que llevo años pagando unos alquileres de escándalo, decido invertir los dineritos del calcetín en un trozo de apartamento.

Tardo 6 meses pero, con la ayuda de mis amigas que incansables leen anuncios, toman citas, ven los horrores que les enseñan, etc. por fin,

del modo más inesperado posible

encuentro lo que quería ...

y puede que incluso mejor

(Después de tantos años, ¡por fin! disponía de un sitio donde caer ~~muerta~~ enferma, por ejemplo)

No mucho tiempo después, cuando mi trabajo de diseñadora se ha defuncionado de muerte natural -y lo mismo se diga de los cursos de español en el Centro Cultural- un 23 de diciembre, en plan aguinaldo navideño, la empresa española en la cual presté mis servicios durante 16 años me deja en la (putísima) calle, por sugerencia del último presidente.

Siempre mantuve una buena relación con los presidentes que se fueron sucediendo, y que en algunos casos incluso lindaba con eso llamado amistad.

Cuando conocí a ese señor, lo primero que pensé fue que era la perfecta encarnación de "El hombre sin atributos" de Robert Musil.

Era la única que lo catalogaba así, claro, porque no mucho tiempo después entró a mangonear en el Gobierno, -lo veía en la tele cuando iba a España, con su inolvidable cara de zapato con restitos de acné juvenil, estilo viruela- y todavía hoy anda por algún lado ejerciendo sus no tan solapados trapicheos.

(Leo su nombre en El País, pero evito leer cualquier artículo)

Y así empiezan unas Navidades en las que me siento cual Robinsona en una islita rodeada de tiburones hambrientos.

Todavía debo un montonazo de pasta por la compra de la casa...

...y no se prevén ingresos...

Sigo fiel a mi programa de celebrar todas las cenas tradicionales, que para eso me he abastecido abundantemente de turrone y polvorones... Y aprovecho para comunicar que necesito encontrar trabajo, confiando en eso de que se corra la voz.

El resultado es que los asiduos a mi mesa, con pocas excepciones, huyen espantados ante mi situación, que les parece tremenda.

¡Menudos carotas!

(rectifico)

¡¡¡MENUDOS HIJOS DE PUTA!!!

De golpe y porrazo, 10 hojas de mi agenda telefónica pasan a ser harto superfluas.

Muy a mi pesar, tengo que reconocer que, si bien la evidencia del hecho es asquerosamente triste, en realidad ni me inmuto, o sea que me la trae floja.

Se ve que desde mi remota infancia estoy acostumbrada a que alguien me suelte patadas, pataditas o patadotas.

Pero es bien cierto eso de que “Dios aprieta pero no ahoga”. Un día cualquiera voy con amigos a cenar a casa de alguien. Cuando una de las presentes comenta que fue mi alumna de español y que soy traductora, sale a relucir que una de las invitadas es copropietaria de una agencia de traducciones.

Empecé a trabajar al día siguiente.

Fueron ella y su socia las primeras me enseñaron en su momento a usar el PC y los diferentes programas.

Hasta la fecha sigo viviendo como una reina en lo que para mí resulta

¡¡¡Puritísimo Paraíso!!!!

Sin yo saberlo, mi nuevo apartamento lleva aparejado la adquisición de un ángel de la guarda: el vecino de la puerta de al lado, un señor calvísimo, altísimo, delgadísimo... y tímido.

La primera vez que me lo cruzo en la escalera y me presento.. mientras caballerosamente levanta su sombrero para saludarme, se pone colorado como un tomate, tono que contrasta mucho con el tono miel de su abrigo.

Jamás me habló. Sospecho que si oía el ruido de mi puerta que se abría se quedaba detrás de la suya esperando que yo desapareciera antes de salir, con tal de no tener que parlotear. Pero eso sí, cuando yo me dedicaba a desplazar muebles, colocar cosas y oía un ruido raro porque algo se caía –pasaba a menudo-, llamaba inmediatamente por teléfono: “María, estrellita, ¿ha pasado algo?” (lo mismo que se dice a los niños pequeños).

Cuando murió y conocí a sus hijos, supe que él les hablaba siempre de mí, contándoles cosas curiosas que me concernían. Y descubrí así que, al estar su apartamento “incrustado” en el mío, por así decirlo, no se perdía ni ripio de mis jaleos.

En ese periodo, decir que mi morada era una merienda de negros resulta purita verdad sacrosantísima. Había siempre gente que venía a cenar, y se podían oír las conversaciones, sobre todo en verano al abrir las ventanas... o cuando se asomaban para fumar.

Creo que renunció a la tele para no perderse ni una miga de tanto jaleo.

Otra cosa que descubrí en cuanto me trasladé a esta casa, es que conocía ya a dos de los inquilinos, ambos violinistas de la orquesta más importante de Milán. Una vivía en el cuarto piso de mi edificio, el otro exactamente frente a mí. A veces, cuando volvían de sus conciertos -siempre nocturnos, salvo el domingo que eran por la tarde- si veían la luz encendida pegaban un salto para comer algo o tomarse un chupito.

En cambio a una compañera suya, siempre violinista, le dio por aparecer por mi casa el domingo después de comer, cuando no tocaba. En ese momento a las 3 de la tarde la tele daba pelis antiguas en inglés, que yo no me perdía, así que allí estábamos las dos, tumbadas en algún sitio, y ella pensando en sus cosas, porque tiempo después supe que no entendía ni papa del inglés.

(Cuando me conoció un poco más y se sintió en vena de hacerme sus confidencias, me abrió su corazoncito.

Aunque estaba casada, tenía una historia “caliente” con otro violinista. Venía a mi casa para matar la espera hasta que podía verle.

Lo que ella no sabía que yo sabía, es que el objeto de sus amores –una pretenciosa serpiente de cascabel, rey de los cotillas- me había comentado ya sus historias íntimas con todas las hembritas por debajo de los 40. Al empezar la temporada, cuando llegaban las nuevas, empezaba a planificar sus conquistas. El colmo de los colmos es que incluso la madre de sus dos hijas –dos reinitas de la antipatía, a propósito- tocaba en la silla situada a sus espaldas.).

Siempre en domingo, si alguno pasaba por casa lo que me dejaba estupefacta es que, aparte de apreciar mis platitos inventados, lo que más les interesaba era ¡¡ver en la tele la retransmisión del concierto en que habían tocado horas antes!!

Cada rosa tiene su espinita

De pequeñita estudié que en todo Paraíso tiene su morada la consabida serpiente. Y para convivir con la mía, tengo que aderezar la realidad con kilitos de valor.

Nada más salir del portal de mi casa, a la derecha, hay una tiendita diminuta. Bueno, realmente es una especie de escaparate de una empresa funeraria, con repisas donde se exponen urnitas cinerarias cuquisimas.

O así me las imagino, porque por el momento –y pese a los años transcurridos- las veo con el rabillo del ojo y no consigo pararme a mirarlas detenidamente.

Su presencia me resulta inquietante. Como la funeraria no teme a los ladrones, no hay cierres metálicos y al ocaso se encienden todas las luces ¡que iluminan la exposición todita la santa noche!

Es imposible ignorar su presencia y lo que representan, tanto si se quiere como si no. A altas horas de la noche, cuando restaurantes y salas de juegos han cerrado los batientes, lo único encendido es ese rectángulito maléfico. Resulta práctico en el momento de dar indicaciones a taxistas e invitados: “el portal al lado de la funeraria”.

¡Macabro, pero funciona!

Pero es que ahora estoy preocupada.

Más que preocupada, cogitabunda.

Como soy muy previsor, llevo años preparando documentos en caso mi vida terrena llegue a su fin... o algo parecido.

Y lo que no me quita el sueño, pero sí ocupa un rinconcito de mis pensamientos nocturnos, es decidir si quiero ser incinerada o metida en un agujero o lo que sea.

Lo de la cremación reconozco que me da repelús, recordando el incendio en el que me vi involucrada a los 4 años.

Lo del agujerito en la tierra combinado con cajota de madera, futuros gusanitos y otros etcéteras, sigue causándome una grima aguda. Sobre todo recordando a Tomás de Kempis, que al pobrecito lo metieron vivo en la tumba, y nunca pudieron declararlo santo porque, cuando abrieron el ataúd lo encontraron hecho un nudo. Como se supone que al caer en la cuenta de donde estaba se puso a soltar maldiciones de coyote, la Iglesia decidió que a lo mejor

incluso acabó en el infernal infierno y todo. O sea que la beatificación se anuló.

Eso de ser educada en colegio de monjas deja una marca para toda la vida.

Pero, todo hay que decirlo, sería un santo varón, pero su librito, que me metieron por las narices durante el período escolar, ¡ERA UN TOSTÓN DE ÓRDAGO! O sea que a lo mejor el pobre era un pelma de cuidado y sus enemigos lo tiraron a la fosa para librarse de él y poner fin a la tabarra que les daba.

Para obviar esto había pensado en dejar mi cuerpo al instituto anatómico, porque por lo menos me cortan en cachitos. Pero tengo que informarme de si me aceptan, dado que soy viejecita y no saludable.

Me echa un poco para atrás el recuerdo de lo que leí en “Cuerpos y almas” de van der Meersch, en mi remoto primer año de Universidad; eran tremendos los comentarios que hacían los estudiantes mientras practicaban anatomía en los humanos despojos.

Bueno, nada, que estoy hecha un lío y por eso no me detengo a ver los modelitos para cenizas.

¿Y dónde se pondría la bendita urnita, de todos modos?

¡¡¡¡Ayyyyyyy!!!!

COSER Y TRICOTAR ES TODO EMPEZAR

Calcetando a toda pastilla y dando puntadas a lo loco

Cuando estaba en el colegio, aprendíamos a coser ya desde pequeñitas. Creo que era por obra y gracia de la Sección Femenina, que se encargaba de los llamados Cursos del Hogar.

No sé en qué momento se preparaban unos muestrarios con trocitos de bordados y de calceta. *(Me sirvió de aprendizaje para cuando empecé a trabajar como diseñadora, si bien en aquel entonces tal aplicación no estaba prevista).*

Pero sí recuerdo con horror que poner piezas primorosas, previstas para sábanas y otros etcéteras, no se me daba nada bien. Aunque le dedicara más tiempo a este menester que a la geografía.

Y lo bueno es que, en la vida real, usé abundantemente la geografía no estudiada como se debe, pero jamás hice ningún tipo de remiendo.

Si una sábana está hecha un asco, la transformo en algo de vestir, tras someterla a un proceso de teñido con técnica batik, que suelo rematar con aplicaciones de cachos de tela, bordados o toques de pinturas textiles.

Pero si está hecha una pena, me limito a rasgar con entusiasmo a la pobre accidentada, que se convierte *ipso facto* en una montañita de trapos de limpieza.

Y eso que yo salí hacendosa, que otras que yo me sé las tiran sin contemplaciones y sin el mínimo asomo de remordimientos.

Como ya comenté anteriormente, al principio de mi estancia en Milán, en un lejano mes de noviembre, el fotógrafo de moda que me contactó cuando vivía en la casa número uno me llama para presentarme a un amigo suyo, Michel, también fotógrafo, que quiere hacerme una propuesta de carácter laboral.

Me pregunta si me siento con ánimos para preparar como mínimo 60 prendas para el verano. Sin límites. Bikinis, camisas, trajes playeros, cositas para ponerse encima del bikini, lo que se me ocurra.

Eso sí, presentando una idea en seis variantes diversas (aprendo entonces que eso se llama “reportaje”).

Entrega prevista: 10 de enero.

Mientras tanto él se encargará de vender la idea a las revistas del sector, contratará a las modelos, se pondrá de acuerdo con una agencia de viajes e irá a fotografiar todo en el sitio con sol que le ofrezca viaje y estancia pagada a cambio de la publicidad.

¡Lo que tal aprendí en media hora de conversación!

Claro que digo que sí de inmediato, aunque no sepa bien de que se trata.

Mi ADN no me permite rechazar ninguna oportunidad que se me presente delante de las gafas. Cuanto más misteriosa mejor.

Salgo de su estudio como una chavala con seis pares de zapatos nuevecitos. Y mientras camino con mis taconcitos de siempre, recapacito y programo:

-Primer paso: comprar algodón para hacer bikinis.

-Segundo paso: hacer a ganchillo un bikini indecente y probarlo a una de las modelos que trabajan con el fotógrafo.

(Con dos imperdibles por aquí y por allí, consigo la “maqueta perfecta” en tiempo récord).

-Tercer paso: llamar a mi familia inglesa para hablarles de lo que está pasando y pedirles refugio.

(En ese momento en Milán estoy sin alojamiento fijo, porque el socialista con braguitas azules de la casa número dos me ha pedido que ahueque el ala sin tantas contemplaciones).

Resulta que, en Inglaterra, puedo sustituir a la “au pair” del momento, que quiere irse a su casa por Navidades.

O sea que me sale todo redondo.

Porque, no sólo voy a pasar las Navidades en la casa de campo, donde en la cocina reina la insulsa Mrs. Robinson y de lo demás se encarga su eficiente marido...

... incluso me van a pagar durante el período en que esté allí haciendo mis propias chorradas....

... que se convierten en el centro de la atención de todos los amigos, que cuando pasan por allí a tomar un aperitivo o lo que sea, manosean todo lo que van creando mis manitas con los ojos que se les salen de las órbitas, como si tuvieran un muelle, imaginando que

alguien se va a poner aquellas cosas. Sobre todo los mini bikinis los dejan alelados.

Pero mis pérfidas creaciones tuvieron un exitazo.

Todas, toditas, todas.

¡Emocionantísimo!

Cuando se publicaron mis modelos, mandé kilos de revistas que -según me comentaron posteriormente-, se fueron pasando de mano en mano con gran entusiasmo los que habían asistido al “parto de las criaturas”,

Eso sí, antes de regresar a Milán me inflo a comprar cintas raras y botones todavía más raros en la antiquísima mercería de Mr. Miller, al principio de Chepstow Place, donde está **MI** casa de Londres (pagando casi nada).

... Y en Bakers, en Kensigtong High Street me aprovisiono a precio cutre de montones de telas de algodón indias de todo tipo, de color liso, de rayas, estampadas... ¡¡una super gozada!!

... Y en una tiendona estupendísima de objetos para artistas compro montones de bastoncitos de cera de colores que se usan para pintar dibujos en papel de estraza, que luego se fijan a la tela usando la plancha eléctrica (no la de vapor de ahora).

Mi amiga, que ignoraba su alma pictórica, hizo unas casacas que volvieron loco al personal....

Así empezó mi ¿carrera? de diseñadora.

Duró 14 años.

Recorro Italia entregando las colecciones que preparo para los fabricantes de hilados, que las presentan en las Ferias del sector, como ejemplo de cuál puede ser el resultado final de su utilización.

Dichos hiladores se convirtieron luego en los “paganini” de mi actividad creativa, cuando me dedico a publicar mis prendas en todas las revistas femeninas haciendo publicidad a sus materiales.

Y la cosa super chanchi piruli (¡qué antigualla de expresión!) es que todas las prendas que publico en las revistas siguen siendo de mi propiedad, porque sólo cedo el derecho a fotografiarlas y publicarlas; o sea que una vez terminados estos procesos, puedo disponer de ellas como quiera.

Algunas las mando a Inglaterra; otras me las compra una clienta americana que tiene una fábrica en Hong Kong donde las copia para venderlas en Nueva York a tiendas como Sachs y otras que no recuerdo; en la mayoría de los casos se encargan de la venta amigas mías que trabajan en oficinas con mucho personal femenino.

También me tocó hacer mis pinitos en el sector industrial. Un fabricante pidió mi colaboración para preparar la colección invernal; específicamente, jerseys para machitos. Durante un mes pasé dos días por semana en la fábrica. Mi labor consistía en preparar dibujos tipo punto de cruz que luego una experta transformaba en jacquard; hacíamos una muestra tras otra cambiando colores de la base y de los dibujos. Conservo sólo algún dibujito tonto inicial, pero nada del resultado final. ¡Qué pena!

Mi estancia en el apartamento número nueve coincidió con la época puntera de mi actividad como diseñadora, cuando había 14 magníficas señoras “calcetadoras” que me ayudaban, sobre todo a hacer esas cosas sosas de un solo color con ochos, punto de arroz, punto inglés... Unas chorradas meramente técnicas sin pizca de imaginación.

Son las únicas revistas que tiré a la basura, porque me aburría sólo verlas.

La verdad es que fueron unos años magníficos, pero sobre los cuales pendía la espada de una muerte anunciada, dado que este mercado estaba relacionado con un momento determinado: cuando era “chic” tricotar. Incluso en las playas de moda las guapas enojadas (*¿no se quemaban con tanto oro pegado a la piel?*) pasaban el tiempo dale-que-te-dale; hasta el Ayuntamiento de Milán organizaba cursos para quien quería aprender a calcetar.

Pero también las cosas pasajeras tienen su encanto, según la cacareada frasecita con la que se hizo famoso el señor Baltasar Gracián: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”.

Menda se limita a repetir la frase que seguirá repitiendo repetidamente:

¡¡¡Qué me quiten lo bailoteado!!!

**Enlaces para ver en internet algunas de mis prendas
publicadas en las revistas especializadas**

Niños – <http://goo.gl/s3PRDn>

Familia / parejas - <http://goo.gl/TPvLS3>

Hombre – <http://goo.gl/SmFtY6>

Playa / bikinis – <http://goo.gl/7IQ616>

Camisones – <http://goo.gl/kaRSkJ>

Moda – <http://goo.gl/WK1vEa>

Manchas – <http://goo.gl/Rq6bJb>

Bordados – <http://goo.gl/EwWral>

Folk . <http://goo.gl/dIcjQu>

Jacquard – <http://goo.gl/WLVtTg>

Cachemir – <http://goo.gl/sYqanr>

Casa – <http://goo.gl/7HXxNz>

Para los amantes de la velocidad:

<http://comodivertirsecalcetando.blogspot.it>

Reminiscencia tontorrón

Esta mañana me tocaba coser una bastilla, cosa que normalmente hago a la buena de Dios. Pero se ve que me desperté disciplinada porque pensé que convenía poner antes unos alfileres y me dije: “mejor cojo el acerico”.

Me quedé fulminada con la emoción de usar una palabra abandonada en algún rincón de la memoria durante cincuenta años:

Acerico

¡Qué palabra misteriosa para una almohadillita donde se pinchan los alfileres!

El que tengo ahora me lo regaló alguien hace un montón de años. Pero entonces era una especie de escultura redonda, rodeada de chinitos con coleta sentados alrededor de una almohadilla. En algún momento decidí que ocupaba demasiado espacio y lo despojé de la familia china (que todavía hoy guardo en una caja de aspirina vacía) y me quedé con la almohadilla monda y lironda... que sigo utilizando. Pero en vez de los alfileres de mi infancia, plateados, los que ahora lo perforan son los fabricados siempre por los chinitos, con cabezota de perlas de colores... y que la mayoría de las veces están despuntados y no pinchan.

... Y como la memoria es un juego de la oca, por eso de “de oca a oca me oca” me vi de repente en el cuarto de estar, sentada al lado de la costurera, y haciendo bastillas, sobrehilados, etc.

Lo único que nunca se me dio fueron los ojales.

... Pero el festón sigue siendo mi punto fuerte todavía hoy.

Y prosiguiendo mi itinerario mental de oca en oca....

Al principio de mi estancia en Milán, fui a pasar el fin de año en París. Por aquel entonces, en plan promocional, yo me vestía con las prendas diseñadas por mí, todo hecho a mano.

Estaba vagabundeando por el barrio de Saint Michel y entré en una tiendecita, rue Racine 2 (todavía lo recuerdo después de tantos años). Pegué la hebra con la propietaria (tanto para seguir con el tema del cosido) y ésta de repente empieza a alabar lo que llevo encima (es lo que me solía pasar). Cuando le digo que hago todo yo a mano, costuras cosidas a punto de cruz, por fuera cadeneta y

aplicaciones rematadas con festones, nos ponemos de acuerdo inmediatamente.

Durante un cierto tiempo, después de oficina, clases y otros etcéteras, creaba faldas (era la época folk), una diversa de la otra, adornadas con las cosas más demenciales.

En cuanto tenía un montón listo, llamaba a la tiendecita y el viernes a las 10 de la noche me metía en una cucheta para ir a París. Al llegar a la Gare de Lyon a las 7 de la mañana, lo primero que hacía era ponerme morada de croissants en el café de la estación y luego me atravesaba todo MI París a pie, recorriendo mis sitios favoritos.

A las 2 de la tarde entregaba todo, charlábamos un ratito, me ponía en la mano el correspondiente montón de francos... y me volvía a la estación, siempre a pie, haciendo otro recorrido.

De nuevo me tumbaba en mi cucheta y volvía a Milán, después de haber pasado una sabrosísima jornada parisina.

¡Qué tiempos aquellos!

O sea que:

¡Vivan los respuntes!

¡Viva el punto de cruz!

¡Viva la cadeneta!

¡Viva el festón!

(Los bodoques no, nunca fueron santo de mi devoción).

Para que no falte nada: collares de mi corazón

Hasta hace pocos años en las paredes de mi habitación colgaban collares de todo tipo.

Empecé con una veintena, que fue creciendo y creciendo porque a todos los que venían a cenar les entró la manía de añadir algo nuevo y, a ser posible, sorprendente.

Sigue pasando. Cuando alguien se va de viaje, algo me cae. Me acompaña la suerte, porque suelen tener muy buen gusto.

Un buen día (imagino que era un domingo, porque si no era imposible que estuviera sentada en la cama mirando la pared con atención) decidí que había que renovar un poco la vista.

Y empecé a deshacer algunos y a montarlos a lo tonto con tiras de tela, cuerdas, calabrotes, hilos, cordones... todo lo que se veía abriendo el cajón de cosas raras que atesoro.

Han pasado 15 años desde aquel bendito momento, y sigo sin parar. A veces me doy miedo. Si algo me parece normalito no dura nada, ¡zas!, lo descuartizo y a otra cosa mariposa.

Incluso hice algunos bestiales con botonazos que compré hace mil años en Moldes, una mercería de la calle de la Oliva. Recordaré para siempre jamás que me volví a Milán con **8 kilos** de botones de película –todavía tengo algunos esperando su destino.

El que sigue cosechando éxito sin par es uno hecho de cordeles en los que anudé todos los detallitos que le traen a una de recuerdo, incluidas sortijas que ya no pongo, alianzas que me dieron en su día, pendientes desaparejados.... O sea todo lo que cuenta con una anilla por la que se puede pasar el cordel de marras.

Voy por la hilera 6. Ya se verá lo que depara el futuro.

Enlace para verlo: <http://goo.gl/jRwTZ2>

LAS PERÍFRASIS CON SANGRÍA SALEN MEJOR

Como ser profesora, sobrevivir y divertirse un montón

Como ya he dicho en algún sitio, llené a mis alumnos de sangría repetidamente durante los quince años en que di clases en el Circulo Filologico.

Porque en las cenas bestiales que organizada la bebida de rigor era la clásica española, o la versión tinto de verano.

Quedaron excluidos de dicho tratamiento los alumnos individuales de Bancos, empresas, etc. porque las relaciones con éstos eran muy formales....

... a excepción de algunos que eran tan tan tan especiales... que pasaron a integrar el grupo de mis comensales (y viceversa) y participaron con entusiasmo en mis locas locuras gastronómicas. Y que conste que su entusiasmo era conmovedor.

Uno de mis principales clientes era un adorable Banco, al que le tocó un final desgraciado -en el cual no tuve ni arte ni parte-.

Habían decidido establecerse en Argentina y por eso contrataron a un grupito de seleccionados licenciados de una Universidad Comercial que gozaba de gran renombre (y que aún hoy sigue siendo considerada super)

Lo primero que les tocó en suerte fue superar la prueba de fuego de los cursos intensivos de español. Servidora por la mañana, machacándolos con la gramática, y otra amiga mía por la tarde dedicándose a la parte práctica, sobre todo a nivel de conversación.

(Mi vida cotidiana en aquel momento preveía como siempre trabajar de 14 a 17.50 en una empresa comercial española, y de 18 a 21 en mis habituales cursos nocturnos de español. Y seguía con mi actividad de diseñadora. Y seguía habiendo quien se dejaba caer por mi casa a la hora de cenar...)

Pues debió de correrse la voz de que yo era una prof. guay, porque de repente también los jefazos querían tener clases conmigo.

¡Un exitazo del copón!

Porque ellos querían lecciones individuales, naturalmente, y en horas de trabajo, más naturalmente.

Y como mi alma gallega me hace desconfiada, decidí cambiar las tornas de lo que era habitual. No era yo la que tenía que firmar una hoja para demostrar que había dado la clase.

Me organicé unas fichas estupendísimas, donde cada hijo de su papi y de su mami tenía que firmar **SU** asistencia a la clase dada **POR MENDA**.

¿Qué le tocaba tener clase conmigo y en cambio estaba en reunión? Su secretaria entraba y le hacía echar la firmita de marras como Dios manda y yo me ganaba muuuuchos dineritos y pasaba la hora libre a mi bola.

En general visitando a los otros alumnos (léase directivos) para darles la lata.

¡Otro exitazo monumental!

Me gané una fama de negrera de cuidado.

Y muchas liritas, carambita, que el tiempo era oro, también el mío, no sólo el de los super manager.

Por desgracia, cuando empezaron los líos de mi amado banco con socialistas y Vaticano, mi trabajo se fue al santísimo carajo.

Lo lamenté enormemente en todos los sentidos, sobre todo porque mis favoritos dieron con sus huesitos en chirona.

Pero lo que me dejó apampanada –y que no me creeré jamás de los jamases, por mucho que los jueces londinenses dieran su bendición- es que el jefe supremo, tirando a vejete, gordo y patoso al cien por cien, paleta terrible, dejara su feudo de Lombardía para ponerse a hacer equilibrios en un puente de Londres con los bolsillos cargados de ladrillos(¿?) con la finalidad de ahorcarse ... con todas las viviendas de las que podía disponer para llevar a cabo tal cometido, en santa paz y super cómodo.

Pero quienes habían decidido **suicidarse** obviamente tenían un poder tan enorme, que franqueaba incluso los límites nacionales.

Mi preferido (uno de los futuros encarcelados) estaba emperrado en que le diera clases de inglés a su mujer, que según él pasaba una etapa un poco deprimida.

Ese alumno angélico me consideraba un producto energético, por eso me costó Dios y ayuda convencerle de que las vitaminas o un psicólogo podía obtener mejores resultados.

Mi argumento principal era que, por mucho que él me considerara una fuente de energía inagotable, esto no implicaba que tendría el mismo efecto en su señora esposa.

Me quedé desconsolada cuando me lo metieron en la cárcel.

¡Es que me caía muy bien!

Cuando tenía una hora libre porque el otro alumno *big* del momento estaba ocupado, solía dejarme caer por su despacho, celosamente vigilado por su secretaria. La cual, en cuanto me veía solía exclamar: "¡Es estupendo que haya pasado por aquí. Estará encantado de verla!"

Y así era. Me hacía un recibimiento triunfal.

Y si por casualidad estaba reunido con los otros mandamases del banco, me presentaba no sólo como una profesora estupenda (*cosa muy fantasiosa, porque él nunca hizo nada. Más bien ejercí de psicóloga*), sino también como una especie de panacea universal, tipo la Aspirina.

¡Hay que ver lo que me gustaba el incienso!..... y el pastón que me pagaban por la rociada de dicho producto, que todo hay que decirlo.

Pero, claro, hay que imaginar la situación tal cual era.

En aquel ambiente super conservador (Banco con dinerito del Vaticano), aparezco yo, precedida por mi fama de prof chinche, llevando puestas mis creaciones que derrochan color, pelo peinado con raya en medio, cola de caballo rematada con infinidad de trencitas atadas con gomitas de colores, sombrero, zapatos raros, collares con colgantes de plata sorprendentes... Y me meto a todos en el bolsillo a la primera frascita tonta.

Empezando por el botones y el portero hasta el último de los cajeros, en cuanto aparecía por la puerta todos estiraban el cuello, arriesgando el convertirse en jirafas, para no perderse ni ripio de mi atuendo –sumamente irreverente, naturaca.

Por eso nadie se inmutó lo más mínimo cuando, una mañana de verano, se presentaron en el Banco preguntando por mí, los

amigos de uno de mis hermanos: ellos con melenazas, barbas, los tradicionales vaqueros y demás adminículos que eran “in” en aquel momento, y ellas con faldas largas bastante transparentes con volantes. Acapararon la atención del conserje diciendo que tenían que hablar urgentemente conmigo, porque les habían robado la roulotte aparcada delante de casa.

Creo que consideraron absolutamente normal todo, incluso eso de que mis amigos lucieran un estilo bastante agitanado.

Pero como las habichuelas se cocinan por doquier (versión actualizada del consabido “en todas partes cuecen habas”) también formaban parte del organigrama directivo algunos tontos redomados.

Al segundo de a bordo –la mano derecha del suicidado en Londres- también le entró el antojo del español. Su hermana y sobrinos eran muy amigos míos y por eso tenía una cierta desconfianza; igual pensaba que yo era una enchufada.

Quería quedar bien a toda costa, o sea que se preparaba preguntas latosas para ver si me pillaba desprevenida. Pero yo ni me inmutaba, porque las sabía todas. Eran de cajón, como quien dice. A veces me entraban ganas de decirle: “*Deje de darme la lata y no trate de ponerme zancadillas, que no me pesca*”.

Fue el único al que no le tocó la chirona, pese a su cargo. Eso sí, tuvo que soltar un talego de pasta.

Alardeaba de ser un mandamás y de viajar en el Concorde. Y me lo comentaba super ufano, por eso de darme cháchara, cuando yo siempre fui de tren y autobús –cuando la distancia lo permitía, claro.

Un día, acabábamos de empezar la clase cuando sonó el teléfono. Era la secretaria del Jefe Supremo, claro, (el futuro suicidado), porque de no ser así la secretaria de mi “alumno” no se habría atrevido a interrumpir nuestro coloquio.

Mi importante alumno, con aire de arrogante perdonavidas le suelta a su interlocutora: “*dentro de una hora, cuando termine mi clase*”.

Y mientras cuelga se le escapa “*ni que fuera su esclavo*”.

Pasan CINCO MINUTOS (tanto dura su rebelión) y me pide que le dé mi hoja de presencia para firmarla.

Me quedé mirándole fijamente y soy bien consciente de que mi cara salerosa, cuando no estoy preparada, se convierte en una película muda.

El “valeroso” extendió su mano, yo le alargué la ficha consabida, la firmó... y nunca más le vi.

Cotilleo innoble: la hermana de este superalumno-superpersonaje me comentó un día que la secretaria de marras fue una ex novieta de su hermano y del jefe supremo, en comandita, vaya. De hecho la pobre se tiró por la ventana del banco cuando pasó lo que pasó, porque no podía vivir sin los dos tíos mierda, digo yo).

Otro supertonto de baba era el Jefe del Departamento Extranjero (o algo similar). Que además se portaba como un cacique de cuidado. Dada mi pasada experiencia, cuando trabajé durante un breve período con el gerifalte de mi pueblo, tengo el mismo olfato para este tipo de tipejos que los perros adiestrados para descubrir las trufas. ¡Vaya, que los huelo!

Yo daba clases individuales a todo el personal del Departamento... menos a uno, que en realidad era el empollón por excelencia. Nunca entendí por qué le hacía el vacío. Así que el pobre, a la chita callando, se puso a estudiar por su cuenta y de vez en cuando, si alguien no podía dar clase, venía él a hacerme preguntas. Era el único que adoraba la gramática, pobriño.

Volviendo al jefe de marras, era un rubiales que se creía un genio y sobre todo alardeaba de que era cinturón negro de Judo. Andaba siempre tiesísimo, con el pecho en fuera y aire de superioridad.

Conmigo era super amable y charlatán, aunque no era alumno mío. Y cuando podía no me ahorraba sus impenitentes y sempiternas elucubraciones de lo estupendo estupendísimo que era como judoka.

¡Un latazo de no te menees!

Pues bien, un día llegué a las 8, para empezar las clases, y me los encontré a todos en el pasillo fuera del despacho, pegados unos a otros y apoyados en la pared. Al parecer alguien de la limpieza

puso el seguro a la puerta antes de cerrarla y estaban esperando al cerrajero porque no se podía entrar.

¡Ese fue mi momento mágico!

Recordando la tabarra bestial que siempre nos propinó a todos con sus interminables parrafadas sobre sus méritos deportivos, y aprovechando el silencio lleno de embarazo que reinaba en el pasillo, me lancé a una especie de venganza de don Mendo (*lo que no tiene nada que ver con esto, salvo el vocablo “venganza”*)

Con aire resignado, me apoyé yo también a la pared y di rienda suelta a un soliloquio, en voz baja eso sí, pero que, dado el silencio de muerte reinante, se oía por todas partes.

-¡Ay Jesús, nunca me vi en una situación tan rara. Si yo fuera una deportista, cosa que no soy, o, mejor aún, una experta en judo, algo que tampoco soy, creo que habría echado una carrerilla para terminar pegando un salto y dar una patada bestial a la puerta, como se ve en las pelis de Bruce Lee...

Claro que a lo mejor para hacer eso es indispensable llevar puesto el pijamita blanco con el cinturón del color apropiado.

Y a estas tempranas horas matutinas ¿dónde se puede encontrar el pijamita de marras?

.....

No corté el rollo hasta que llegó el cerrajero y pude reanudar mi habitual actividad profesional.

Claro que luego, uno detrás de otro, los silenciosos asistentes al lance se me acercaron para decirme que se lo habían pasado pipa, aunque se limitaran a mirar fijamente la moqueta con cara serísima y fingiendo que estaban veraneando en Babia.

El último año en que di clases en el Circolo fue el más divertido. En el tercer trimestre los alumnos del tercer curso se habían reducido a tres, uno más listo que otro.

Como lo que se hacía sobre todo era conversación, y dado que era la última hora, una vez a la semana nos desplazábamos a una preciosa cafetería que se había inaugurado recientemente en la esquina.

Éramos tres bebedores y una abstemia (que no era yo, claro. Me pueden tachar de muchas cosas, PERO DE ABSTEMIA JAMÁS) Nos instalábamos en una pequeña salita y cada uno pagaba una ronda de mojito.

Reconozco que al barman le salían bordados. Naturalmente se hablaba solamente español. Y luego volvíamos a casa en el coche de la abstemia, que vivía muy cerquita de todos nosotros, por purita casualidad.

Ahora caigo en la cuenta de que jamás volví a tomarme otro mojito, se ve que me encariñé con aquellos que me eché al coleteo *in illo tempore*.

Siempre estuve encantada de que mis alumnos me eligieran como confidente. Chicos y chicas. Terminadas las clases solía haber alguien que se ofrecía a llevarme a casa y, mientras preparaba la cena y luego, mientras yo calcetaba a toda mecha, me ponía al tanto de su problema, problemita o problemazo, según se terciara.

Oí de todo.

Afortunadamente nadie se esperaba ni el más mínimo comentario. Les bastaba decirlo a alguien. Más aún, creo que lo que les encantaba era estar seguros de que tales confidencias me la traían floja. Me entraban por una orejita y se evaporaban por la otra *ipso facto*.

Me encantaría contar algunas de las barbaridades que me tocó oír. Eran tan superlativas que por eso las recuerdo.

Pero en boca cerrada no entran moscas, como me enseñaron de pequeña.

A veces resultaba un poquirritín incordiante que si tenían un problema a las 2 de la mañana me llamaran a mí, en vez de dirigirse al cónyuge, hijo, hija, novio, novia, etcétera, etcétera.

Algunas de estas llamadas eran desconcertantes, sobre todo porque servidora ni pinchaba ni cortaba en el tema.

Recuerdo una vez que una acababa de tener un accidente terrible, donde el coche quedó para el arrastre y a ella no le pasó nada. Su marido estaba de viaje y su hija dormía en la habitación de al lado, sin saber nada.

Pero me llamó a mí.

Otra se me puso en plan magdalena porque, aunque le faltaban tres meses para casarse, había visto de nuevo a un antiguo novio, se había montado con el interfecto un **follón** (de “*follar*”)... que llegó a oídos del futuro marido... quien le soltó una filípica bárbara mandándola al cuerno al mismo tiempo.

Cuando colgaban, a mí se me ponían los ojos como platos y me entraba un insomnio matador. Doy por sentado que el “llamador/llamadora” se ponía a dormir angélicamente después de romperme las pelotas, como quien dice, por eso de hablar mal y claro clarito.

Meses después la del “follón”, que se casó con su novio en la fecha prevista, me llamó para que fuera a su casa a cenar.

Chavales bien, o sea ricos, ricos.

Los dos superguapísimos, ella morena y el rubísimo. Apartamento elegante.

Cena estupenda.

...Pero yo no sabía dónde mirar.

El salón estaba decorado con fotos de ambos vistiendo sendos taparrabos diminutos. En las fotos del cuarto de baño y del dormitorio NO HABÍA NI SIQUIERA TAPARRABOS: ESTABAN EN CUEROS VIVOS...

A servidora, que no se sienta a la mesa sin antes lavarse las manos después su desplazamiento sirviéndose de los medios públicos, las pupilas se le disparaban por encima de las gafas.

Muchos de mis alumnos se mantuvieron en contacto conmigo durante muchos años. Y en ciertas ocasiones me ayudaron a encontrar alguno de mis numerosos apartamentos.

Sin olvidar que solían darme las llaves de sus casas de la playa y de la montaña, donde tricoté incansablemente durante los años en que ejercí como diseñadora.

Hubo algunos que incluso celebraron en mi casa la fiesta de licenciatura.

...Y perdí la cuenta de todos los que, cuando se casaron y tuvieron un niño, me aparcaban al retoño en caso de emergencia.

Oficiando de abuela, ¡caramba!

No olvidaré jamás los detallazos que tuvieron conmigo. Porque si bien es cierto que siempre fui generosa y mi puerta siempre estuvo abierta, eso no significa que la reciprocidad sea obligatoria... o esté meramente prevista.

Cuando, tras las primeras veces que vinieron a mis cenotas, llegaban cada uno con un regalo, y yo ya no sabía dónde poner tanta

cosa, me limité a comunicar, junto con la invitación, que de regalos nada monada: cada uno tenía que traer una botella de vino.

Fue mi salvación... hasta cierto punto. Porque después se pusieron de acuerdo y cada curso me hacía un regalo super. Pero era sólo uno, y no 40.

El otro día abrí un cajón donde conservo todos los regalitos. Y lo raro es que todavía hoy veo la cara que está detrás de cada uno de ellos.

Algunos compartían conmigo sus “casos” de trabajo, e incluso con tres de ellos me monté una timba para darle al parchís, costumbre que se me quedó en el alma desde la época de Santiago cuando, cada día, después de comer, me iba a echar la partidita en el Derby.

Nos quedábamos hasta las tantas sacudiendo el cubilete con el dado. (*Cuando veo las fotos de alguno en el periódico o en la tele me entra una risa loca, recordando las memeces que hicimos, o que me contaron*),

Una de mis alumnas era una fuente de regocijo, porque trabajaba en una agencia de publicidad, en el departamento especializado en preparar *spot*.

Solía venir a cenar a mi casa y me cotilleaba los casos más curiosos de su actividad laboral.

Recuerdo dos relatos que me parecieron insensatos:

-a-

El guión preveía que un chaval de unos 8 años pegara un mordisco a un sandwich y luego alabara su relleno con gran entusiasmo.

A las 9 de la mañana empezaron las tomas, pero la filmación acumulaba problemas: luz, movimientos, ángulo de filmación, actuación del niño.

El pobre tenía a sus pies un bidón, oculto a la cámara, donde escupía el bocado que daba al sandwich después de cada toma.

En un cierto momento le empezaron a entrar las náuseas a fuerza de dar bocado tras bocado y se puso ligeramente verde. Más pausa... Porque no le salía eso de mostrar entusiasmo hincando el diente en el triangulito de marras.

La imagen ideal se consiguió así como a las 6 de la tarde, con el chaval hecho unos zorros, pero su madre encantada porque ganaba sabrosos dineritos...

Todo esto para algo que duraba ... ¿7 segundos?.

-b-

En otro spot el cocinero preparaba un *roastbeef* de medio metro, cortaba una loncha finísima, la levantaba pinchada en el tenedor.... Y en vez del previsto color rojo del centro tanto la loncha como el resto que se veía, parecía super cocido, y grisáceo, porque el calor de los focos tenía en la carnita el efecto de un horno.

También ahí tardaron un día entero, cocinando un rostbeef tras otro y ¡venga de cortar lonchas!

Pero, al principio del principio, tuve otra alumna que no era moco de pavo, en plan emprendedora, abusona o lo que sea.

Trabajaba en la Telefónica de entonces, cuando para llamar al extranjero se pasaba por la operadora.

Su modo de demostrar que me tenía mucho aprecio era llamarme por teléfono y decirme: “¿con quién quieres hablar?”... Y ya podía despacharme a mi gusto GRATIS.

Después de mi experiencia con el Cacique de mi pueblo, ésta era una palpable demostración de las prebendas que se siembran por doquier. Y como era muy terca, aunque le dijera que no, que no necesitaba nada, ni corta ni perezosa llamaba a los teléfonos utilizados precedentemente por mí y me pasaba la comunicación.

Mi estupefacción llegó al máximo una noche en que, con ella, otros dos compañeros de trabajo suyos y otras dos alumnas nos fuimos a tomar algo después de la clase en un estupendísimo lugar, de esos que existen todavía, donde hay un mostrador de especialidades de la Apulia más unas mozzarelas que quitan el hipo.

Charla que te charlarás, con tanto vinito de la casa (*te traen las botellas y pagas lo que te bebes. ¡Una trampa del carajo!*), salimos del restaurante cuando empezaron a hacer la limpieza.

Uno de los chavales tenía una “Cinquecento”, cuyas dimensiones me parecían más reducidas que las de la versión española, la histórica Seiscientos.

Pero, como un absoluto caballero, decidió que nos llevaba a casa a todas... en su cochito: SEIS de estatura normal en aquella especie de cucarachita gris.

Por no desairarle empezamos a empotrarnos unas en las otras –los dos chavales ocupaban los asientos delanteros. Yo estaba encima de no sé quién, con la cabeza a la altura del ombligo, casi casi.

Nos encontrábamos al lado del Duomo, donde estaba el Circolo en la que daba clases (*y donde hay siempre policía, tanto para poner los puntitos sobre las íes y llamar al pan pan... Porque en cuanto uno se aleja del centro centrisimo, los polis no existen o están tomando café en algún lado. Y modernamente tienen el ojo clavado en el móvil o lo que sea. Hablan y escriben sin prisas, sin pausas... y sin mirar a su alrededor*).

Esto para que se comprenda lo que sigue: inesperadamente, a los 300 metros nos para un coche de la policía. Salen los dos chulitos habituales con aire de perdonavidas y tratan de contar los ocupantes del cochito, apuntando la interna, como en las pelis.

Los chavales se bajan del coche y empiezan a hablar con ellos. (*Por aquel entonces mi italiano estaba en pañales, pero sí entendí perfectamente como terminó la conversación*).

Les ofrecieron los servicios telefónicos gratis para que pudieran hablar con quién querían, cuando querían y todo el tiempo que querían sin gastar una lirita.

Intercambiaron números de teléfono...

¡¡¡Y NOS ESCOLTARON, PARA QUE NO NOS PARARAN OTROS COLEGAS!!!

¡¡¡JESÚS, DONDE TAL SE VIÓ!!!

(Je, je, je)

Experiencias suplementarias y relacionadas

-Una-

Un mes de junio –sólo Dios se acuerda del año- me llaman del Departamento de Educación. Me invitan a formar parte del Tribunal de examen del equivalente a la remota reválida de sexto de mi infancia. Es para los que se presentan por libre y han indicado español como el idioma elegido.

En ese momento vivo fuera de Milán, hacia el norte, y el Instituto adonde tengo que ir cae exactamente al sur, siempre en los alrededores de Milán.

No puedo negarme –nacé carente del *chip* para decir no- así que me organizo para un desplazamiento diario babilónico entre 1^{er} autobús, metro, 2^o autobús, etc.

Reconozco que me siento bastante cohibida con esa función que se me ha asignado. Pero los demás miembros son muy requeteamables y fingien no darse cuenta de que soy una novata en esas lides... cosa que resulta evidente cuando se me ponen dos ojos como platos ante el papeleo que hay que hacer. Terminado el “interrogatorio” de un candidato, toca escribir detalladamente cómo ha ido el examen, con un lenguaje que me resulta casi incomprensible, por lo retorcido.

Llega el turno de mi primer candidato, que me alarga un libro gordísimo que se supone es el texto utilizado para prepararse.

- *¡Hola, buenos días!*
- *(silencio)*
- *¿Dónde estudió español?*
- *(silencio)*

Lanzo una mirada desconcertada a los otros miembros del Tribunal pero insisto.

- *¿Tiene algún conocimiento de español?*
- *(silencio)*

A este punto interviene la Presidenta del Tribunal, que le pregunta en italiano si sabe algo de español. Y recibe como respuesta: “no”.

Ante esta contestación, la Presidenta quiere saber por qué indicó el español como la lengua extranjera objeto de examen. La declaración del candidato nos deja patidifusos a todos: “porque en la

academia donde preparé los exámenes me dijeron que el español era casi como el italiano”.

Mis compañeros amablemente escribieron el acta en mi lugar, relatando lo sucedido en un elegante lenguaje burocrático.

Esto se repitió varias veces. Sólo uno de los candidatos me dio la satisfacción de hablar un estupendo español que casi le vale un aplauso de todo el Tribunal.

La experiencia tuvo como colofón que todos los miembros del tribunal, terminados los exámenes, se desplazaron en masa a mi tienda para ver los jerseys salidos a mis manitas (que compraron) y a comer tortilla de patatas, oferta de la casa, con un traguito de la consabida sangría.

(No es por nada, pero cuando del Ministerio de Educación me mandaron la orden de pago me quedé turulata: por el tiempo dedicado al trabajo la cifra asignada era módica; pero la dieta por desplazamiento ERA SUPER GENEROSA)

-Dos-

La palma de oro de mis preferencias va a los directivos de cualquier tipo de Empresa, o Banco, que requerían mis servicios para preparar discursos tanto sobre balances, política bancaria o política-política.

Los que me tocaron en suerte eran listos como ajos y tenían un memorió de dar miedo, porque al final les quedaba todo bordado. Incluso cuando yo les hacía preguntas de esas triviales típicas de las entrevistas, se portaban como verdaderos actores.

Más tarde la técnica hizo su deber y aparecieron las presentaciones con diapositivas en *Power Point*, que eran ya un platito de *chef* estilo Adrià. Yo hacía la traducción al español, pero luego ellos lo exponían todo con pelos y señales al auditorio (generalmente yo sola solita).

Eran unos jabatos de cuidado, e incluso memorizaban las pausas de efecto y los tonos de voz a utilizar para subrayar algo.

-Tres-

Para que no falte ninguna experiencia extraña en mi multitudinario curriculum, alguien de la Cámara de Comercio se pone en contacto conmigo. Me invitan a integrar, como miembro adjunto,

la Comisión de Peritos y expertos... cuya existencia ignoraba hasta ese momento.

Según consta en la comunicación de encargo “la Comisión debe considerar, a su incontrovertible juicio, que los títulos y documentos exhibidos por algunos aspirantes a la inscripción no resulten suficientes para comprobar su idoneidad para desempeñar la actividad de perito y experto en las categorías y sub-categorías señaladas por los mismos, y tiene facultad para someter a los candidatos a un coloquio sirviéndose de persona de reconocida competencia en la material.

En relación con lo anterior, se le invita a participar en la reunión del día xxx como experto en el sector traducción-interpretación (lengua española)”

Allá me voy, recomida por la curiosidad. Encuentro a la persona que dio mi nombre, una ex alumna mía que es experta para inglés... y que me explica en qué consiste todo ese tejemaneje.

Y que insiste en que tenemos que ponernos chinches para impedir que se inscriban como expertos posibles competidores.

La Comisión, sentada alrededor de una gigantesca mesa redonda, el día de mi debut se compone de 14 personas; mi compañera y yo somos las únicas de género femenino.

Afortunadamente las dos candidatas que me tocan ese día son dos personas con las que ya trabajé en cabina, o sea que puedo comunicar a los demás miembros que estoy segura de su profesionalidad.

En las demás sesiones no tuve tanta suerte. Se presentaba gente porque sí. Como si traducir legajos fuera todo coser y cantar.

Por desgracia, cuando en el profundo silencio que se creaba, me tocaba hacerle una prueba porque la documentación presentada era insuficiente, creo que me sentía yo peor que la candidata.

Resistí 3 años, pero rechacé la oferta que se me ofrecía de estar registrada de derecho como experta en el Tribunal de Milán.

TRADUCE QUE TE PEGO

Cuando una llega a un país extranjero eso de ponerse a traducir se considera la actividad más socorrida, claro. Todos dan por sentado que cualquier indígena es un traductor en potencia. Basta agenciarse una máquina de escribir, un diccionario y ya está....

¡Mentira podrida!

En mi caso concreto, la máquina de escribir tenía que ser española, porque en las italianas la “ñ” brilla por su ausencia y con los acentos es la caraba andante.

Los diccionarios (*en esta situación español/italiano*) eran prácticamente inexistentes. Había uno magnífico para cosas serias, sobre todo arte. Y otro técnico MUY ESCASITO. Pero de lenguaje común... cero a la izquierda y multiplico por doscientos.

Y no hablemos de lo concerniente a textos de tipo jurídico.

Tengo que reconocer que en este ámbito me convertí en la reinita de la situación y no sólo por haber estudiado Derecho. Es que contaba con una amplia experiencia práctica en Consejos de Administración, Estatutos, poderes, balances y otras zarandajas. Y ahí iba como un tren.

En aquel momento en Milán no había muchas españolas con mi curriculum. Y mi conmovido agradecimiento va a todas las personas que, tras conocerme como traductora –y más tarde como intérprete- me recomendaron a un sinfín de posibles clientes con enorme amabilidad, poniéndome por las nubes.

Reconozco que tanto dichos clientes como mis colegas resultaron unos estupendos vehículos publicitarios.

Más aún. Cuando de la máquina de escribir (primero normal, luego eléctrica) se pasó al PC, fueron mis clientes los que, mientras me pagaban generosamente, me enseñaron a utilizar todo, incluidos los programas que iban saliendo.

Me preguntaban:

“¿Conoce este programa?”

Respuesta mía:

“No, pero si me enseña cómo funciona, aprendo”.

Y así fue.

¡Unos santos!

Experiencia rosa y verde

Una de las primeras editoriales que me encargó traducciones “chorrada” estaba especializada en novelitas rosa y horóscopos.

¡No me lo podía creer!

Con tanta literatura barata que me tragué en su día por falta de nada mejor (Corín Tellado, para más detalle), pude poner en práctica una prosa ajustada al tema. Recuerdo solamente eso de “labios tentadores” y “senos túrgidos”.

El resto ha caído en el olvido.

Solía darle a las teclas durante el fin de semana, porque eso de los diálogos era un tostón, con tanto punto de exclamación, de interrogación, comillas, etc.

Un aburrimiento tremendófilo.

Pero es cierto que me distraían todos los que pasaban por mi casa porque les quedaba de paso al ir o volver de sus cachupinadas.

En comparación con lo que las chavalas hacen ya a trece años, las vicisitudes de las novelitas rosas eran el equivalente de las vidas de santos que yo leía en el período de ejercicios espirituales.

Los horóscopos, que siempre asimilé al color verde de la esperanza, nunca fueron santo de mi devoción, o sea que me tocó agenciarme una revista española para poder entrar en el tema con dignidad y precisión.

Recuerdo que uno de los autores me llevó por la calle de la Amargura. Utilizaba un papel finísimo y sus párrafos solían ser de 20 cm. plagados, de frases idiomáticas que sospecho ningún italiano conocía, sobre todo los que compraban tales folletitos.

Como a mí siempre me chiflaron dichos, redichos, refranes, proverbios y otras hierbas... y en cualquier idioma..., me maté para encontrar el equivalente en español. Decir que “me maté” no es exageración, porque ninguna de las personas italianas que contacté para pedir dilucidaciones tenía para ni la más minimísima idea de qué iba el asunto.

A medida que iba encontrando/imaginando modos de traducir las frasecitas de marras, las escribía pacientemente en un cuadernito con la idea de divulgarlas de alguna forma.

(Acabo de darme cuenta de que ignoro adónde fueron a parar. Sé que dí todo el cartapacio a una amiga que estaba interesada en publicarlas, porque en aquella época remota no existían textos de este tipo, pero con tanto jaleo laboral que fue siempre mi vida, me olvidé de ese detallucho).

O sea que trabajé como una loca... y aprendí muchas cosas que no me sirven para nada, porque cuando trato de hacer uso de alguna de esas frases que se me han quedado grabadas, me toca afrontar las miradas atónitas del interlocutor del momento.

Me encantaba constatar que la misma idea se plasmaba de modo completamente diverso, pero lógico. Por ejemplo “ya ha llovido desde entonces” pasaba a ser (en traducción, naturaca) “muchísima agua ha pasado por debajo del puente desde entonces”.

¡Claro como el agua, dado que siempre de agua se trata!

Según el kiosquero de mi calle en este sector no suele haber crisis. Al parecer, incluso las que leen poco no renuncian a esta “literatura”. Las lectoras suelen ser de mi quinta, o sea que es probable que sus hijas o nietas sepulten ese mercado.

(Soy tonta de remate. Ellas lo leen en el I-Pad. Esta mañana me zampé un croissant mientras, a mi lado, una chavalilla tenía en la mano izquierda el móvil y en la otra el aparatito donde leía las previsiones, que comentaba en voz alta con su interlocutora).

Este kiosco me encantaba porque, como estaba siempre abierto, aunque volviera tarde a casa sabía que, en caso necesario, allí había alguien. Solía pararme a echar una parrafadita. Pero dejé de hacerlo cuando el kiosquero empezó a darme la tabarra ensalzando ininterrumpidamente al gobernante maquillado y con la calva tatuada -pa disimular el vacío-, cuya visión me hacía vomitar.

Y además estaba harta de ver que, a partir de las 11 de la noche, la oferta consistía en revistas pelis porno, sector que se defuncionó de repente.

Pero en cambio, las páginas de internet dedicadas al tema crecieron, crecen y seguirán creciendo.

-AHORA ME PONGO EMOTIVAMENTE TIERNITA-

Por extraño que parezca, hablar de kioscos me disparó el chip reminisciente.

Nací, crecí y viví sintiendo con un amor desmesurado por la ironía, la sátira y otras flores de ese vergel.

A lo mejor se debe a mis orígenes, dado que nací en una región donde la retranca está a la orden del día.

Mis lazos con Inglaterra están basados en que algunos de sus autores me alegran y alegrarán la vida con su modo de expresarse mientras mis miopes ojitos me permitan este deleite. En realidad quise aprender el inglés para poder leer en lengua vernácula Woodehouse, Mortimer, Durrel, Sharpe, Bennet, etc.

En casa tengo algunos metros de mi librería dedicados a los humoristas ingleses, franceses, italianos y españoles, los únicos idiomas que conozco.

Y dado que estoy en plan confidencial, confieso que el idioma al que dediqué más esfuerzos –y me cabrea decir que se chupó mis ahorritos, visto el elevado coste de la matrícula del Goethe Institut– fue el alemán. Pero encontré sólo un autor indicado como humorista, satírico, o lo que sea –cuyo nombre no indico por razones obvias– que me pareció de un aburrimiento mortal.

Me considero una inveterada seguidora de La Codorniz, Hermano Lobo, El Papus, El jueves.... y en los últimos años, dado que pasaba el mes de agosto en Montpellier, añadí Charlie Hebdo.

En mi emigración siempre ocuparon un puesto los tres primeros y, cuando por razones prácticas, dado que las dimensiones de mi morada –la número once de mi itinerario italiano– me obligaban a limitar mis pertenencias, me vestí de luto el día en que tuve que prescindir de mi colección.

Por el momento sigo atesorando en tres cajones de la librería El Jueves, Mortadelo y Filemón, la Historia de España de Forges, los Forrenta años, siempre de Forges y otras obras españolas, aparte de Claire Bretecher y otros franceses.

De vez cuando, si me ataca el insomnio, ni se me ocurre recurrir al pastillamen. Pongo un cajón al lado de la cama, saco algo para leer y me quedo traspuesta, contenta como una Pascua al constatar que existe un mundo de colorinches en contraste con el gris-gris-gris que parece marcar la actualidad.

Algo que me dio satisfacción... y no poca

Catálogos/ Libros de arte

Como era una cateta ignorante y novata en lo tocante a las normas que regulaban la traducción literaria, me di el gustazo de controlar que mi nombre constara como autora de la traducción, por eso de que me sentía halagada después del esfuerzo bestial que me había costado.

Pero ignoraba que tenía derecho a recibir una copia del volumen.

Y siempre por ser un tremendo zoquete, al eliminar los documentos una vez transcurridos los 10 años previstos por Hacienda olvidé tomar nota de las facturas hechas a las casas editoriales, donde constaban los datos de los numerosos trabajos hechos para Electa, Franco Maria Ricci, Skira, Mazzota, Ready Made, etc.

¡Eso de ser novata se paga siempre!

*(Y tengo que declarar muy a mi pesar
que mi “novatez” nunca caducó)*

O sea que de toda mi sufrida/estupendísima vida como traductora obran en mi poder únicamente los volúmenes que cito a continuación:

- 1991 – “Arquitecturas eléctricas”, BTicino
- 1992 – “Arquitecturas eléctricas- II”, BTicino
- 1993 – “Tesoros artísticos del Vaticano”, Ed. Electa
- 1995 – “Revista internacional de cultura técnica”, BTicino
- 1997 – “La plaza de San Marcos”, Ed. Electa
- 2000 – “Del futurismo al láser – La aventura italiana de la materia”, Ed. Mazzota
- 2000 – “España, la realidad imaginada. Elogio de la belleza”, Ed. Skira
- 2001 – “Carlo Carrà – Las mutaciones del espíritu”, Ed. Mazzota
- 2001 – “Giambattista Piranesi – Roma magnífica”, Ed. Mazzota

- 2003 – “Fernando Leal Audirac – La stagione che rimane”, Silvana editore
- 2003 - “Andy Warhol, un mito americano- Obras gráficas”, Ed. Mazzota
- 2003 – “La ciudad radiante” – Ed. Skira
- 2003 – “El regreso de los gigantes, Ed. Mazzota
- 2004 – “Andy Warhol – El ojo mágico”, Ed. Mazzota
- 2005 – “Marx Ernst y sus amigos surrealistas”, Ed. Mazzota
- 2005 – “Giorgio Morandi - La naturaleza muerta en Italia”, Ed. Mazzota
- 2006 – “Benetton Formula 1- Una historia”, Ed. Skira
- 2009, “Las Americas Latinas – Las fatigas del querer”- Ed. Mazzota

Del último trabajo, en 2009, una biografía del futbolista KaKa, en la que colaboramos varias traductoras porque eran kilos de páginas con un brevísimo período de entrega, nunca conseguí una copia.

Más aún, ignoro si al final se publicó.

Pero es cierto que aprendí una inmensa cantidad de chorradas sobre el sujeto, que son de dominio archipúblico, pero que a una analfabeta como yo en el ámbito futbolístico la dejaron estupefacta.

¡*No comment!*, como dicen los famosos
... o no tan famosos

En aquel entonces, antes de que se mandara todo a imprimir, me tocaba pasar un día en la redacción, dando los últimos toques.

Si al hacer la compaginación algo sobraba o faltaba, había que solucionarlo: recorta por aquí, añade por allí...

Hubo períodos en que deambulaba por las redacciones como Perico por su casa.

Confieso que siento nostalgia de aquellos trabajos; me maté para hacerlos, dada la escasez de diccionarios sobre el tema que me echaran una mano. No sé cuánto tiempo pasé leyendo los textos de arte con los cuales emigré (Dios sabe por qué) para poder arreglármelas...

...Pero cuando los veía pulcramente remataditos en los escaparates de las librerías, casi casi me entraban escalofríos maternos y todo.

Confidencia confidencial

En mi mosaico de traducción brillaba por su ausencia una tesela: la obscenidad. Pues bien, uno de mis clientes más importantes me “obligó” a colmar esta laguna.

Un buen día me llega una afanosa comunicación suya: necesita poner filtros en un sistema de Internet (si entendí bien, dado que en ese momento ignoraba todo lo referente a tan novedoso sistema), y me manda un documento Excel tremendo en varios idiomas.

En la casilla correspondiente al español me tocaba traducir más de 200 vocablos italianos, entre los cuales teta, culo y maricón eran los más suavécitos; otros eran realmente penosos. ¡Daban asco, vaya, por así decirlo!

Lo que me deja totalmente estupefacta es que, entre las palabras a filtrar, se encuentran: berlusconi, vaticano, belcebú, crucifixión, masón, comunismo, obispo, hebreo, musulmán, misa, racismo, presidente y sus derivados.

Intrigante, ¿verdad?

Y en la traducción estaban incluidas ¡¡14 blasfemias!! ... que se las tradujo su madre, ¡vive Dios!

(Aparte de que conozco sólo una contra este último, pero nunca oí nada contra su madre, y no me atreví a pedir asesoramiento).

Tenía oído que los vascos son muy malhablados, pero no podía llamar a nadie para pedir ciertas dilucidaciones. O a lo mejor sí, pero no lo creí oportuno.

Me inquietaba una pizca pensar qué tipo de clientes le tocaba al mío (una empresa de comunicación), para tener que vetar dicho lenguaje.

Incluso estuve tentada de encender una velita a Santa Rita, patrona de los desesperados, para conjurar el peligro de que me rondara uno de esos tíos raritos.

Terminado el trabajo, tendría que haberme lavado el cerebro con jabón, como se decía antaño. Me limité a los dedos, dada mi actividad de teclado.

Algo que no vale la pena recordar

Ya olvidé los innumerables manuales de maquinaria que traduje. En cuanto sabía todo de las máquinas textiles italianas (que se vendían en todos los países hispanohablantes) o las increíbles rotativas inglesas (que compraba El País en aquella época), después de años y años sudando frío y ganándome canas incluso en las cejas), cuando ya sabía tanto que me sentía al nivel del constructor... ¡zas! el cliente se volatilizaba.

Era la consecuencia inevitable del cambio del responsable. De ser la preferida en absoluto pasaba al pozo del olvido pero rápido rápido.

En el caso del cliente inglés, la responsable incluso solía llamarme por teléfono para saludarme o felicitarme por Navidad. Y en los años en que trabajé para esa Empresa jamás aumenté un penique a la tarifa inicial.

Cuando alguien compró un jugoso montoncito del capital social, el responsable recién llegado me escribió de inmediato comunicándome que mi tarifa era más alta que la aplicada normalmente en Inglaterra. Con eso me decía ciao ciao.

Lo que él no sabía es que, como Secretaria de una Asociación Italiana de traductores, fue la colega inglesa la que me había indicado la tarifa inicial. Pero tanto.....

También me tocó vérmelas con casos críticos.

Un buen día me contactó un bufete de abogados. Me mandaron un texto cuyas cláusulas me dejaron un poco perpleja. En la nº 3 decía que el pago se hacía en una única solución, por entero, en el momento de la firma de dicho contrato; en la nº 12 indicaba que el pago se haría mediante plazos mensuales.

No sabía qué hacer.

No soy una máquina que traduce en automático. Pero más me habría valido. Porque cuando llamé al abogado para comentarle la contradicción me respondió que no me preocupara, que entregara el trabajo...

... Y nunca más supe de ellos, aunque me pagaron sin rechistar una sabrosa factura.

De todos modos las anomalías son sempiternas.... Y, por extraño que parezca resultan seriamente inapelables.

Un grupo super importante me encargó durante años y años la traducción de todos sus textos publicitarios.

Como es propiedad de un dictador dominante, todas las páginas llevan su sigla y la de otros directivos que se los pasan de mano en mano hasta que me llegan a mí.

(Esto lo sé de buena/exquisita tinta, porque, hasta la llegada de Internet, los textos me llegaban por mensajero)

Pena que el año pasado me mandaron un comunicado de prensa en el cual, en un párrafo de siete renglones NO HABÍA VERBO. Dado que en ciertos contextos, es como si las palabras – rimbombantes, eso si- las hubieran agitado con un cubilete y luego colocado pulcramente una detrás de otra a medida que iban cayendo (metafóricamente *speaking*), yo no sabía cuál era el real contenido de la larga frase.

Cuando lo comenté con el Departamento de Publicidad la respuesta fue: *“Ponga Vd. lo que le parezca, yo no puedo llamar a todos los directores para hacerles notar el fallo”*.

Así lo hice.

Nadie se enteró del lance.

Las vías del señor son infinitamente infinitas.

También me tocaron en suerte experiencias raras. Como traducir utilizando el télex. Pasé horas y horas perforando la tirita amarilla de marras tric-tric-tric-tric, tratando de no quedarme Roque con esa musiquilla.

Recuerdo que luego agarraba esos metros y metros de puntillita calada, los iba envolviendo con gran celo alrededor de mi mano, y después los sujetaba primorosamente con un clip.

Cuando acababa mi labor, al lado de la maquinota yacía un montón de rosquillitas esperando que alguien se encargara de transmitir las a los destinatarios.

Tampoco resultó una luna de miel mi “relación” con el sistema Trados (traducción asistida). Un cliente necesitaba traducir un manual usando dicho sistema –que servidora desconocía. Pero él se ofrece a enseñarme el funcionamiento. OK.

Trabajaré en su oficina que queda a la izquierda del quinto pino, o sea que me recogerá en una remota salida de metro y me volverá a depositar allí cuando dé por terminada mi jornada laboral (*mi apetitosa tarifa es por horas, así que hago lo que me conviene sin mayores problemas*).

Me explicó a toda velocidad como funcionaba el tranganillo referente al sistema de marras. OK.

Me puse a darle como una loca, por eso de que quería quitarme de encima el latazo. Prefería facturar menos horas con tal de olvidarme del muermo.

Pasada la primera semana, el lunes me lo encontré convertido en un basilisco. Según me cuenta con ojos de loco el sábado le echó una ojeada a mi trabajo (*no sabía ni pizca de español*) y notó anomalías. Tipo que usé dos palabras distintas para referirme a un mismo vocablo italiano. Empezó a señalarme los “pecados”: los primeros se debían a que me dejé llevar por mi costumbre de no aburrir al lector.

Pero se me subió la mosca a la nariz a gran celeridad cuando me dio su NO autorizada opinión de que consideraba excesivas otras propuestas mías, señalando exhaustivamente cada una de ellas.

Ahí sí que me puse hecha una fiera y le expliqué, cuaderno en mano y lápiz en ristre, las nociones de gramática elemental que contradecían su teoría de 1 palabra italiana = 1 palabra española (siempre la misma):

En español:

- el verbo “essere” italiano resulta “ser” o “estar”, según el caso
- el verbo “avere” italiano pasa a ser “tener” o “haber”, según la función
- la preposición “per” italiana puede ser “por” o “para” según la frase
- la conjunción copulativa “e” italiana resulta “y” salvo delante de palabras que empiezan por i/hi, cuando se convierte en “e”
- la conjunción disyuntiva “o” italiana resulta “o” salvo delante de palabras que empiezan por o/ho, cuando se convierte en “u”

Durante años llevé en la cartera un billetito con esas normas, que hacía fotocopiar al cliente de turno cuando se ponía pelma y me daba la tabarra.

Ahora lo guardo primorosamente en el ordenata, y lo distribuyo cuando alguien despierta mi instinto homicida (*algo más frecuente de lo que se pueda pensar*).

Para muestra un botón/o un corchete, según la prenda que cada uno tiene en la mente (o en el armario).

Sigo quedándome alelada cuando cualquier indígena que pasa 8 días en Menorca (*con toda la gente que compró casa allí, ha pasado a ser una prolongación de Italia*) a su regreso no se corta nada y a lo mejor le da por enmendarme la plana (normalmente con los puntos que indiqué más arriba).

Ni me inmuta.

Le alargo la “chuleta” al pelma de turno y ni le cobro por la lección de español.

Es bien cierto que en todas partes cuecen habas, también en la señora madre patria.

A uno de mis clientes, fabricante de productos de extra-super lujo, le ha entrado la manía de mandar los textos de los catálogos a los distribuidores de los diversos países para que los aprueben (vulgo revisen).

No sé por qué regalo del destino, de vez en cuando me los mandan de nuevo para que controle las modificaciones hechas por los españoles = controlar al controlador... ¡están chalados!

Pero el personal de dichos distribuidores, representantes o lo que sea, viven en las nubes (o exageran al escribir sólo en dispositivos electrónicos). Cada vez me encuentro con que me han enmendado la plana haciendo los errores gramaticales indicados más arriba.

Y servidora responde “anular modificaciones - leer mi correo de xx/xx/xx”.

Pero para eso me toca perder el tiempo cubriendo de amarillo las desafortunadas enmiendas, de modo que resulte evidente que me expreso con justa causa.

¡Menudo rollo!

... pero me pagan otra vez la molestia, eso sí.

Se ve que no soy muy pesetera (¿ahora se dirá “eurera”) porque me pongo hecha un basilisco cuando me interrumpen con esas chorradas.

La larga y variada experiencia de mis deditos

Cuando debuté como traductora, me tocaba servirme de una máquina de escribir de esas ya “de museo”, donde las teclas redondas, con patas metálicas y un reborde metálico, estaban colocadas a peldaños.

Aparte que requerían que se hiciera fuerza con los dedos, porque de no ser así el resultado era una letrita gris claro que daba asco, también tocaba abrir dichos deditos pero que mucho: la Q arriba de todo, la Z abajo, la A a mitad...

O sea que al pobre meñique le tocaba en suerte un gran quehacer. Al igual que a los demás deditos, claro, que iban parriba-y-pabajo con la mayor energía posible.

Luego apareció la máquina eléctrica, que no requería fuerza. Los deditos estaban más reposados, pero ciertos incordios seguían vigentes:

- para cambiar de renglón había que seguir dándole a una especie de manivela.
- había que estar siempre ojo avizor controlando si se podía escribir una letra más o no, para que el texto quedara pulcramente alineado...
- y mientras se traducía había que estar bien atenta a respetar los renglones previstos, normalmente 25.

Si se hacía un error, la cosa tenía su intrínquis.

Afortunadamente aparecieron unos papelitos impregnados de una sustancia blanca; se ponían encima de la letra equivocada y se teclaba de nuevo.

Luego alguien inventó un liquidito blanco que daba mejor resultado, porque con una pincelada se podían cancelar palabras o frases enteras.

Pese a mi proverbial horror por la técnica, para mí la maravilla de las maravillas fue la aparición del ordenata.

Incluso una inveterada y retrógrada super reacia como servidora vio el cielo abierto en el momento de poner manos a la obra/traducción:

- adiós a la separación silábica, a papelitos o líquidos para enmendar errores;

- se acabó el incesante contar los renglones;
- adiós para siempre adiós al papel carbón cuando se necesitaban copias (que era un latazo de órdago, porque si hacías un error te tocaba corregirlo página a página)...

... Lo dicho: ¡¡¡¡un bendito inventazo!!!!

Pese a la modernidad del procedimiento, seguía vigente un intrínquilis: la entrega. El cliente tenía que mandar los textos utilizando un mensajero, servicio denominado “pony express”, como en las vetustas pelis de vaqueros.

Siempre me dejó estupefacta la rapidez con la cual se ponen en marcha –y luego se defuncionan- actividades empresariales de servicios. En ese momento proliferaban las mensajerías.

(Es purita casualidad, pero casi todos los motociclistas que aparecieron por mi puerta eran peruanos).

Luego había el procedimiento de la entrega. Consistía en una copia imprimida acompañada del texto grabado en un diskette. Era el cliente el que solía mandar el pony pero, en ciertos casos, tocaba atravesar la ciudad para entregar todo.

Y se me había quedado atascado en cajón de la memoria el detalle no despreciable de la corrección de las pruebas de imprenta, actividad típica cuando el cliente era una editorial.

El problema estribaba siempre en la separación silábica al final del renglón. Las soluciones eran dos:

- 1) te llegaban a casa los textos y te tocaba controlar atentamente los resultados y luego el chófer del cliente los recogía;
- 2) en situaciones apremiantes tocaba ir a la redacción para hacer todo sobre la marcha.

No puedo recordar, ni siquiera remotamente, la enorme cantidad de días que pasé haciendo esa ingrata labor; digo ingrata porque personalmente me costaba Dios y ayuda estar como un halcón buscando posibles errores. Y reconozco que, además, era de un aburrimiento infernal.

Bueno, como no había otra opción, pues se hacía lo debido y ya está.

Pero también me pasaron cosas de esas que ponen la piel de gallina, de perdiz, de avestruz o de lo que sea.

En una ocasión me llegó la enésima traducción urgente, y la fecha de entrega era el día X a las 9 de la mañana, justo a tiempo para que el catálogo estuviera listo para la inauguración de la exposición.

Recuerdo sólo que eran casi 100 páginas. Acabé la víspera de la entrega a las 10 de la noche. Imprimí todo y metí el texto en un sobre, listo para que lo recogieran.

Era el momento de poner el texto en el diskette.

No sé lo que hice pero de repente el texto desapareció. Lo busqué y lo busque... Nada. Volatilizado.

Un minuto de infarto.

Un minuto de berrinche.

Con los ojos como platos me puse a copiar el texto que tenía imprimido sin pensar en nada.

Terminé a las 9,45.

A las 9, cuando llegó el chófer estaba todo meticulosamente metido en el sobre, diskette inclusive.

No pude irme a la cama porque tenía trabajo todo el día; en aquel período podía tirarme una noche en blanco y no pasaba nada.

Me encantaría ponerme chulita con eso de “juventud divino tesoro”, pero en realidad servidora ya hacía mucho tiempo que no estaba englobada en la tan cacareada “juventud”.....

¡AY JESÚS LO QUE SE SUFRE! (mi experiencia como intérprete de congresos)

I - Debut – la irremediable angustia de la víspera

He dicho y repetido hasta ponerme super pesada, que la idea de tener nuevas experiencias, **sobre todo en ámbito laboral** que quede claro, siempre desencadenó en mí una especie de hambre espiritual irrefrenable.

Así me pongo de chula para decir **que ni loca podría decir que no a nada.**

Pues a lo que iba. Alguien que me conoció como traductora, me pide que trabaje como intérprete en un congreso de astrología donde estarán presentes también astrónomos.

He constatado que, en general, no se suele tener idea de que ser traductora o intérprete de congreso son dos cosas distintas.

Me gustaría dar un ejemplito explicativo, pero temo que a alguien se le suba la mosca a la nariz, o sea que lo dejo aquí.

Durante 15 minutos presto oídos al programa previsto para el congreso, oyendo como fondo un toc-toc-toc fuertísimo, que es el ruido que hace mi corazón emocionado.

Tengo 4 meses para prepararme.

Me darán todos los textos en italiano o en español, para que no tenga problemas.

Nada, que no acierto a decir que no. Y una semana más tarde me pongo a estudiar como una loca.

(Soy un poco rupestre, nunca se me pasó por el cerebro eso de leerme el horóscopo. Pero tiempo atrás me tocó traducir uno de esos folletos con las previsiones para todo el año, o sea que mi nivel de ignorancia no puede considerarse sublime).

Lee que te leerás, anota que te anotarás, me aprendo todas las ponencias casi de memoria.

Naturalmente ignoro las normas vigentes en una cabina de interpretación. La primera de las cuales es que se trabaja en pareja, con turno de 20 minutos cada intérprete *(eso lo supe años después, cuando trabajé con las “big”)*.

Pero allí, en mi bautismo de fuego, me encuentro más sola que la una.

Al no estar al corriente de que era una situación anómala, creía sólo que había que apachucarse con las contingencias.

Y munda leyenda ni loca se rinde, sea cual sea la batallita en la que mete el patuco.

Repito, lo que se dice un bautismo de fuego estilo bonzo... pero sin cabeza pelada, ni batita naranja, ni llamas abrasadoras.

Y, dada mi "novatez", tampoco entiendo un pimiento de lo que hay que hacer con los botones de una caja misteriosa colocada encima del pupitre de la cabina. El responsable de la instalación es el que vigila que el botoncito que aprieto sea el adecuado.

Extrañamente, desde el punto de vista de la interpretación el trabajo va como la seda, porque me lo he chapado todo a conciencia.

Estamos alojados en un magnífico hotelón de lujo, aislado en la cima de una colina. Por eso la jornada, incluso fuera de la cabina, se plasma en una convivencia intensiva con los participantes.

Juntos juntitos, pegadísimos, las 24 horas del día.

Empieza a agotarme el que, vaya donde vaya, alguien se me pega para decir que sabe que soy "virgo" y quiere hablarme para adivinar mi "ascendente", "géminis", para entendernos, cosa que pescan con facilidad en cuanto abro el pico y me expreso a mi aire.

Como las otras compañeras y yo somos las únicas que no participamos con el corazón en las actividades congresuales, resultamos un cebo muy apetecible para que los congresistas puedan hacer alarde de la propia pericia astrológica.

Al segundo día por la tarde me toca pasar la prueba del fuego a nivel laboral.

Una de las cerebritos-mandamases, una tipa estilizada, vestida de negro y con una espléndida cabellera blanca, viene a hablar con nosotras, las intérpretes, para advertirnos de que no piensa leer su texto, o sea que improvisará.

De repente entendí esa frase sibilina: "se me pusieron los huevos en la garganta". Ignoro si soy hermafrodita (*y ya es tarde para ponerme en plan averiguación como quien dice*) pero se me atoró el esófago con algo que me impedía tragar la saliva que de repente me inundó la boca.

Pues lo que son las cosas. Salió todo de maravilla y descubrí que es más fácil traducir en paralelo el razonamiento de alguien que habla y no el de quien lee a toda velocidad lo que tiene encima del atril.

Nada, que de golpe aprendí un montón de cosas sobre la profesión, de la A a la mismísima Z.

Los participantes hispánicos eran dos. Un catalán que se creía el Mesías (¡claro!) y leyó a toda velocidad un texto incomprensible archi-repleto de palabras complicadas, y una señora muy cohibida, que tenía una ponencia penosilla, pero a la cual le di ánimos abundantes con anterioridad a su presentación... que resultó de un aburrimiento mortal. Pero por lo menos hablaba con calma, o sea que me ahorra el estrés.

Lo más super de todo, para mí, fue la participación de Margarita Hack, la astrofísica, recientemente fallecida, que sin prisas pero sin pausas puso los puntos sobre las íes con naturalidad, sin darse aires ni dejar que nadie quedara mal.

O sea sin menospreciar en ningún modo una actividad o una idea muy distantes de la suya.

¡Ella era así, una joyita!

(No tiene nada que ver, pero el Jefe de Gobierno en ese momento, famoso porque le chillaba soltar cojudeces sobre todo lo habido e imaginable (y metía la pata en cuanto abría la boquita -no muy de piñón-), se empeñaba en repetir que era una astróloga, porque no veía la diferencia, claro.

Puede que tanto armar farra, tanto teñirse el pelo y tanto usar maquillaje color ladrillo le cocinaban las neuronas).

II – Pues sigue la angustia

Durante años me tocó hincharme a traducir manuales de máquinas textiles, visitando incluso la fábrica para constatar de que se trataba en realidad, y siguiendo la producción paso a paso.

Por eso cuando una Universidad me propone trabajar como intérprete en un seminario sobre temas textiles destinado a técnicos del sector –5 días– digo que sí, sin saber lo que se me viene encima.

Es cierto que me dan todos los textos previstos, más un par de libros sobre el tema. Pero es que el seminario abarca TODO TODITO lo referente al proceso, del hilado a la confección pasando por el teñido, el uso de telares y otras lindezas jugosas.

Es mayo y decido irme a estudiar en un hotelito que conozco cerca de Génova, donde, excepto las 2 horas, de 9 a 11, que camino con los pies en el agua por la playa que está al ladito, me planto en la terraza hasta que llega el ocaso y ya no se lee nada de nada.

Me aprendo diligentemente todos los términos que componen el gigantesco glosario que me fabrico (*aún no existía internet, o sea que las cosas resultaban bastante complicadas y trabajosas*).

Todavía conservo amorosamente todo el material que -¡por desgracia!- no he tenido ocasión de utilizar nunca más, cosa bastante cabreante, dada la fatiga que me costó dominar el lenguaje.

Lo más incordiante es que había que coger el tren a las 7 de la mañana (*tratando desesperadamente de volver con el de las 18, porque si no, tocaba una espera larga*) para pasar el día en una cabina tamaño armario puesta en un rincón de un aula.

En el “armario” no circulaba el aire, naturalmente, y en las clases de la tarde, mientras los asistentes daban cabezadas tranquilamente en sus asientos, con las patas estiradas, mi compañera y yo, siempre tulliditas en el micro-espacio de que disponíamos, nos dábamos codazos y pellizcos para no caernos de bruces encima del micrófono.

Es archisabido que el trabajo es una cruz... ¿pero dónde está escrito que tampoco tienes derecho a la debida cantidad de aire para respirar?

MIRANDO HACIA ATRÁS

A - El trabajo más fácil

Un político de origen milanés, que daba un poco de miedo por lo paleta que parecía. Pero un guru le cambió la imagen por completo: algún kilito de menos, traje oscuro con rayas (*aunque le dejó las gafas de carey y no le puso lentillas*), hablar con calma, con las manos apoyadas al atril, recorrer el auditorio con la mirada entre pausa y pausa, etc.

(En la película "Dave" con Kelvin Klein, hay una escena que me recuerda esos tiempos. Clavadita a lo que me tocó ver).

Pero si bien algunos hablan a toda velocidad y son matadores, también crea dificultades el que habla con calma chicha, porque no sabes cómo modular la voz: hacia arriba, porque sigue o hacia abajo porque termina.

B - El más interesante

El curso textil en la universidad, del que hablé abundantemente en la página precedente.

C - El más pesado

Cualquier Consejo de Administración en época de las liras, porque había que correr a toda velocidad los ceros hacia la derecha para decir las cifras debidamente.

La compañera que no trabajaba en ese momento era la que escribía a tu lado la cantidad en pesetas porque, sino, era imposible.

D - El peor

Cuando me entró un ataque de tos por alergia mientras trabajaba en la cabina de un hotel. Mi pobre compañera tuvo que apechugar con todo, porque cada seis palabras me ponía malísima.

Era un grupo americano super conocido, que había reunido al personal de diversos países.

Yo estaba muerta de curiosidad porque en el programa constaba: “conversación con el presidente alrededor de la chimenea”.

Descubrí que la “chimenea” era una diapositiva proyectada en el escenario, y el presidente en cuestión, vestido muy de estar por casa y cómodamente arrellanado en un sillón de orejas, respondía a las preguntas que le hacían algunos de sus acólitos (imagino que seleccionados cuidadosamente para esa ocasión).

E - El más horrible

La primera vez que se celebró en Turín una Feria internacional en la que tomaron parte incluso remotas comunidades de Mongolia (que invitaban a los asistentes a probar la leche de yak) o de África (que ofrecían amablemente una extraña carne seca muy correosa y de color entre negruzco y grisáceo).

El programa de encuentros sobre temas específicos era amplísimo, y lo mismo se diga del número de intérpretes.

Con mi gran horror, me tocó traducir la narración de dos mujeres, una argentina y la otra chilena, que contaban con pelos y señales las torturas a las que fueron sometidas. Ellas hablaban con mucha lentitud, porque estaban emocionadas, claro. Y yo, por mi parte, mortalmente asustada, empecé a bajar el tono de voz hasta que al final era una especie de ronco susurro.

Terminada la reunión, vino a verme el técnico que registraba todas las intervenciones en aquella sala, para decirme, muerto de risa, eso sí, que en la grabación el timbre de mi voz parecía el de una actriz porno.

¡Me dejó sin aliento!

F - El más cabreante

Evento en Milán: cumbre en la que participan políticos de altísimo nivel de muchos países. A mí me toca el sector correspondiente a América Latina. La mesa de los ponentes está compuesta por dos ex Jefes de Gobierno, ex ministros, el Ministro de Justicia de ese momento, el Responsable de la Anti-mafia y otros gerifaltes.

El trabajo marcha bien. Todos los ponentes hablan exponiendo sus ideas, siempre de tipo general. Disponen de 15 minutos como máximo.

Y llega el momento en que le toca el turno al Ministro de Justicia. Con mi gran horror agarra un montonazo de folios y se lanza a leer a una velocidad tal, que me cuesta trabajo respirar y se me empieza a caer la baba porque no consigo tragar la saliva que me llena la boca.

Para colmo de los colmos, como excepción que confirma la regla en eventos de este calibre, me encuentro trabajando sola solita en la cabina, y no puedo compartir las intervenciones con una compañera como se suele hacer a razón de 20 minutos cada una.

No sé cómo sobreviví.

Y todavía me esperaba otra prueba cósmica.

En un momento dado veo que empieza a entrar mucha gente, que se aparca delante de mi cabina. Reconozco a miembros de gobiernos pasados. De repente se produce una especie de revuelo, y desde la cabina veo que todas las cabezas se giran hacia la entrada de la sala..... donde hace su triunfal aparición el Jefe de Gobierno de ese momento, (*con su habitual chaqueta cruzada para esconder la barrigota, sus habituales zapatitos que esconden tacones para disimular que es un retaco y su perfecto maquillaje habitual tono ladrillo*) que inmediatamente empieza a soltar sus habituales frases de tremendo mal gusto.

Está hablando a las autoridades de Guatemala, Honduras, Puerto Rico, etc., que no tienen por qué estar al corriente de sus tejemanejes con las chavalas, con los jueces, con los dos únicos periódicos que no son de su propiedad....

Impertérrito, empieza a criticar a todos. Y como broche de oro, con su habitual sonrisa de tropecientos dientes, comenta que está al corriente de que en los países de los presentes abundan las tías buenas, y dado que ya se ha hecho una casa en una isla caribeña igual se hace otra en el país de los presentes.

Fui incapaz de ser literal y traduje “tías buenas” como “bellezas naturales”.

Creo que le fastidió el que nadie se riera, o se diera codazos en las costillas en plan regocijo, celebrando la grosería, como suelen hacer los pelotas de sus acólitos. Pero no puedo jurarlo.

Cuando comenté con una compañera mi truquito me puso verde por haber tergiversado, pero, en esas circunstancias, no tuve tiempo para ponerme a elucubrar antes de abrir el pico.

Pero ¡ni loca soltaba una chorrada tan insultante!

G - El más incordiante

Un creador de moda masculina de gran renombre (incluso Don Juan Carlos de Borbón usa sus trajes) me llama como intérprete en la presentación de las prendas de la nueva colección a los representantes de todo el mundo. Mi labor se centra en el *chouchotage* o sea traducir en voz baja al oído de los españoles, que en mi caso son dos catalanes simpatiquísimos.

Tengo que decir que para esa ocasión tuve que refrescar un glosario gigantesco que hice en su día cuando trabajaba mucho en el sector textil, añadiendo todas las palabras técnicas de cada parte del vestido.

Por la mañana va todo bien. Luego nos ofrecen un opíparo almuerzo en un castillo cercano dedicado exclusivamente a bodas y otros menesteres de este tipo.

Después de comer, cuando la descripción de las prendas empieza a ser más prolija yo, sentada detrás de los dos españoles, hablo y hablo y hablo siempre en susurros y sin parar... hasta que caigo en la cuenta de que mis oyentes están casi roncando.

Me quedo tan cortada que sigo mi trabajo como si nada. Hasta que se despiertan con los aplausos finales y uno de ellos vuelve la cabeza y me dice: "Muchas gracias. Fue estupendo echar una siestecilla oyendo tu voz de fondo"

Pues porque me pagaron super super bien, porque de no ser así, acababa en tragedia griega.

H - El más cansado

Las agencias de publicidad organizan los llamados "Focus group". Reúnen a 8-10 personas que están interesadas en dar su

opinión sobre un tema y, el día fijado, les dan una propinilla y una cena mientras discuten en torno a una mesa SIEMPRE redonda.

Una intérprete, detrás de una ventana de esas que se ven en las películas policíacas, traduce todo lo que se va diciendo, que al mismo tiempo se registra para su posterior entrega al cliente.

En mi caso se trata siempre de una empresa española, que a lo mejor ya está en instalada en Italia o que, como pasa en la mayoría de los casos, quiere hacer su entrada en el mercado.

Son grupos que suelen durar hora y media.

Me resulta muy fatigoso, porque si todos hablan al mismo tiempo es un jaleo seguir la discusión. Afortunadamente, la líder de la agencia puntualiza todo cada cierto tiempo.

Aparte de un sustanciosísimo emolumento, también me ofrecen una estupenda cena preparada para mi solita.

Una de las veces, aparte de otras cosas riquísimas, había una bandeja con una cantidad de sándwiches tan sorprendente que, en vista de que se terminaba a las 10 de la noche y la oficina se cerraba, decidí armarme de valor... y me los metí en el bolso.

Me alegraron la vida durante toda la semana.

Cuando veo la publicidad de algunas de esas empresas hago agradecidas sopitas en su honor.

I - El más desconcertante

Me llaman con urgencia para una cena organizada por el Gobierno regional al que asistirán autoridades cubanas y todos los mandamases de la Provincia de Lombardía. Allí me voy y me encuentro con otras 7 compañeras.

No tengo ni la menor idea de qué va lo que sea.

Al final descubro que en el comedor hay 5 mesas redondas gigantescas, con 10 cubiertos cada una.

En la mesa de la Presidencia están los jefes supremos asistidos de personal del consulado cubano. En cada una de las otras mesas estamos 2 intérpretes y 2 representantes del gobierno cubano, más personajes del mundo económico milanés.

Mi compañera está sentada entre los dos ministros cubanos y yo estoy enfrente, en medio de los italianos. Los cuales empiezan a dialogar de modo para mí muuuuuuy raro:

1- *Presidente, ¿se ha resuelto ya la cuestión pendiente?*

2- *Sí, Presidente*

3- *(dirigiéndose a 2) ¿Pero en el modo previsto, Presidente?*

3- *Sí, afortunadamente, Presidente.*

4- *¿Se ha confirmado ya la fecha de la próxima reunión, Presidente?*

2- *Sí, Presidente, luego hablamos*

6- *(dirigiéndose a 2) ¿Ha habido problemas, Presidente?*

Etc. etc. etc.

A mí con tanto Presidente por aquí Presidente por allá se me empiezan a saltar los fusibles. No he tenido que decir ni mu, porque los dos cubanos charlan entretenidísimos con mi compañera italiana.

El menú consiste en platos lombardos típicos, mantequillosos, quesosos e indigestos al máximo. O sea que ni puedo darle al diente con deleite.

Al final me armo de valor, y en voz baja le pregunto al Presidente sentado a mi izquierda, que se me antoja bastante normalito:

- *Perdone, pero estoy hecha un lío. Cuando me llamaron para venir aquí no me dieron muchas explicaciones. Se limitaron a decirme que había una delegación cubana. Y con tanto Presidente me estoy perdiendo. No sé de qué se trata...*

- *No se preocupe. Somos todos Presidentes de algo: yo de una asociación de comerciantes, a su derecha el de una cooperativa y así todos, del primero al último...*

- *¡Ahhhhhhhhh!*

No volví a abrir el pico.

Cuando, terminados los discursos, todos se levantaron ruidosamente, el ministro cubano de-no-se-qué, sentado frente a mí toda la noche, vino a decirme adiós, a pegarme un par de ruidosos besotes y a darme su tarjeta de visita (todavía está por algún lado, pero ni leí cuál era su sector).

J - El más preocupante

Sigo con el tema de cubanos. Esta vez teniendo que ver con el Ayuntamiento.

Me llaman para trabajar como intérprete en una reunión entre personajes del antedicho Ayuntamiento y una delegación de Cuba.

Cita a las 12 en una cafetería de la famosa Galería.

Tres italianos y 3 cubanos, estos últimos arropados con unos magníficos abrigos de cachemir atados con cinturón como en las viejas películas de gangsters del Chicago de los Años 30.

(¿Para qué les sirven esas costosísimas prendas de abrigo cuando en su país hace siempre calor?).

Se presentan todos amablemente, y reconozco el nombre de dos de los italianos, a los que saludo llena de entusiasmo, porque son amigos de un *compadrito* mío de toda la vida que es otro mandamás del Ayuntamiento.

El almuerzo está previsto en el restaurante Savini, justo enfrente, famoso tiempo atrás por sus arroces y super carísimo.

Veo que se arreglan bien entre ellos y les comento que en estos casos me limito a escuchar y les propongo que, si me doy cuenta de que algo no está claro o no se entiende bien, intervengo para puntualizar.

Me responden que la reunión será por la tarde, que el almuerzo es informal.

Contenta como unas Pascuas, respondo a todas las preguntas que me hacen los cubanos –que son muchas–, les cuento mi experiencia cuando estuve en Cuba, charlo diciendo lo que se me pasa por la cabeza y, dado que me tiran de la lengua, me exployo a mi gusto.

Y no dejo de poner al corriente a los italianos de las cosas que pueden no entender.

Comiendo como una lima, saboreo las exquisiteces que me presentan en el plato.

Creo que les divierte el que se me pongan los ojos en órbita cuando hincó el diente en algo sabrosón.

Claro que las porciones son tan “mignon” que puedo también discursar, sin mancharme la camisa ni soltar perdigones al hablar.

Después de comer damos un paseillo hasta el Castillo Sforzesco, yo con uno de los cubanos de ganchete. Y constato que el cachemir es de primerísima calidad. Cuando empieza la zona peatonal se me cuelga otro del brazo opuesto.

Me siento tal cual una prisionera política.

¿Cuál fue el desenlace?

Después del paseito los italianos me dicen que se pueden arreglar solitos, que no van a tener problemas.

Los cubanos me dan un par de besos cada uno y su tarjeta de visita –que conservo celosamente, nunca se sabe-.

Y me marchó a mi casita a preparar la factura por un trabajo no trabajado, harto nutritivo y sabrosísimo.

(No se requería un coeficiente intelectual sublime para darse cuenta de que mis orejitas resultaban peligrosas en las futuras conversaciones, que ya de lejos olían a podrido, superpodrido, podridísimo.

Mi breve experiencia con el cacique de mi pueblo me generó unas antenitas muuuuuy sensibles a todo lo que roza la corrupción.

Y en este caso, en concreto, tampoco había que ser un lince para caer en la cuenta de lo que se cocía en la olla).

K - El que más me gustaba

Siempre me encantaron las negociaciones.

Y además solía quedar como una reina, porque con mi experiencia en empresas españolas e italianas, no se me escapaba nada.

Incluso en alguna ocasión el cliente español me dio la tarjeta, claro, acompañando el gesto con un abrazo agradecido, porque yo le había susurrado al oído algún punto que se le estaba escapando.

Creo que los rígidos italianos, ante el gesto emotivo, se limitaban a pensar eso de que los españoles son muy extrovertidos.

L - El más chocante

Un sábado a las 8 de la mañana, con mi gran sorpresa, me llaman del Tribunal de Milán.

Yo nunca me inscribí allí ni como traductora ni como intérprete porque reconozco que frecuentar ciertos ámbitos me espanta.

Además trato de no meterme en líos, porque como te cachén para algo que dura mucho tiempo, aparte de que te pagan dos liras, te tocan unas jornadas de pesadilla, oyendo cosas sumamente desagradables. Además soy consciente de que mi carácter no me permite apagar las bombillas una vez que salgo del Tribunal.

Pero en ese momento soy miembro del Consejo Directivo de una asociación profesional donde han encontrado mi nombre, y por eso no puedo negarme, dado que represento a dicha asociación.

Tengo que encontrarme en la cárcel cuanto antes con la jueza X, una famosísima.

Allá me voy haciendo de tripas corazón.

Llamo al portalón que siempre vi en el telediario cuando encerraban o soltaban a alguien “importante”. Me abre un policía jovencito que me indica el armarito donde tengo que dejar mis cosas y me registra en el libro de presencias. Llegan otros dos policías que insisten en indicarme también el armarito de marras.

Un cuarto, por fin, me acompaña por corredores tremendos y escaleras miserables hasta llegar a un cuartito muy cutre donde, detrás de una mesa que se cae a cachos, están sentadas dos señoras, que apenas me saludan. Sentado frente a la mesa ya se encuentra el detenido.

Apenas tengo tiempo de sentarme, abrir el cuaderno y coger el lápiz cuando la jueza empieza a establecer los hechos.

La verdad es que está chupado, porque es como una película policíaca: camión parado a la hora xx por sospecha de contrabando; persona que escapa por los campos –sigue descripción- a las xx y que luego la poli encuentra en la estación de Milán a las xx tratando de coger el tren para Barcelona.

Llaman a la puerta y aparece el abogado de oficio. Por la cara que tiene, también a él lo tiraron de la cama como a mí.

La jueza me manda que salga con el detenido y con el tal abogado a reunirnos en otro cuchitril enfrente.

El abogado le dice al detenido cuáles son los hechos que se le imputan y le pregunta si quiere nombrar un abogado o si necesita sus servicios.

El detenido dice que quiere nombrar otro abogado.

Volvemos al otro cuchitril, y después de oír al abogado, la jueza le pregunta al detenido si es ésa su decisión. El detenido dice que sí, y que su abogado es xxx. La jueza da las gracias al abogado al que le fastidió la mañana del sábado y dos polis vienen a recoger al detenido.

Me quedo yo con la jueza y con la otra señora, porque tengo que firmar el acta.

De repente me doy cuenta de que estoy diciendo en voz alta: *“¡qué extraño!, detienen a uno que nunca estuvo en Italia y después de una noche en la cárcel ya sabe nombre y datos de un abogado.*

Si a mí me hacen la misma pregunta, después de todo el tiempo que llevo aquí, no sabría qué decir”.

La cara de la jueza era un poema. Le debía parecer una tonta del culo de dimensión *extra-large*.

Me alarga un papelón que dice que es lo que tengo que presentar para que me paguen.

Le respondo que no pasa nada, que lo hago como voluntariado.

Se pone hecha una hiena, porque ella ha escrito que me tienen que pagar una cantidad importante.

Lo recojo atemorizada, y a final de año lo tiro a la basura.

No quiero presentar la factura para evitar que mi nombre conste en el registro del Tribunal, porque de ser así me pueden llamar de oficio para cualquier cosa que pase en el territorio.

Y dado que la población delictiva de lengua española está aumentando a toda pastilla, me veo pasándome la vida en el Juzgado, sobre todo en emergencias.

Esta jueza –jovencísima- se hizo famosa por perseguir a los políticos corruptos y entendí bien por qué. Pena que se lo hicieron pagar.

El Jefe de Gobierno que usaba tacones la odiaba a muerte.

Pero mi admiración por ella es imperecedera.

M - El más agotador/inútil

Un jueves cualquiera a las 7 de la tarde suena el teléfono.

Es una compañera que tiene que trabajar en Turín a las 9 de la mañana siguiente, pero su hijo tiene 40 de fiebre y no puede dejarlo.

Ninguna compañera está disponible. Me puede mandar con un taxi su billete de tren, el glosario del trabajo, el nombre del hotel donde me alojo y el lugar donde presentarme al día siguiente.

El último tren sale a las 9 de la noche.

Planto todo, preparo un hatillo, teniendo en cuenta que el viernes por la noche me esperan amigos en Bolonia para pasar el finde. Les llamo para advertir de que no sé a qué hora llego, porque ignoro cuando termina el trabajo.

Aparece el taxista con las cosas y aprovecho para que me lleve a la estación.

Llego a Turín tardísimo y agarro un taxi que me deposita en el hotelillo, situado en un lugar remoto.

Me encierro en la habitación y para estudiar el glosario, que trata de un tema del cual ignoro todo: sanidad pública e instituciones sanitarias, algo de lo que jamás me ocupé antes.

Paso la noche “chapándome” los vocablos.

A las 8 estoy como un clavo en el edificio donde tendrá lugar el Congreso.

La puerta todavía está cerrada

Cuando por fin la abren, nadie sabe nada.

Me siento esperando que me digan algo.

A las 9.30 llega mi compañera y seguimos sin saber nada.

A las 10 el silencio sigue siendo absoluto... y lo mismo se diga de la soledad.

A las 10.30 llega alguien que nos dice que el delegado español no se ha presentado, o sea que podemos irnos a casa.

Lo que se traduce en que mis esfuerzos se quedaron en purita agua de borrajas

Me voy a la estación y me marchó a Bolonia.

Después de una noche en blanco estoy hecha unos zorros, y ni siquiera me entusiasma la idea de ponerme en plan turista por Bolonia. Pero, haciendo de tripas corazón, cumplo mi deber.

No es ningún sacrificio, porque Bolonia está hecha para peatones como yo.

N- Lo que me pone carne de gallina

A veces me parece un trabajo de lo más angustiante.

Traduces a toda mecha a gente que suele hablar improvisando. Pero a veces Dios no les concedió el don de la palabra. O sea que no saben a dónde quieren ir a parar. Empiezan una frase, a la que añaden una subordinada tras otra y, cuando se les queda la boca seca, se paran y a otra cosa mariposa.

Pero tú en la cabina, a los pobres oyentes les tienes de dar algo coherente, es decir terminar la frase que quedó en suspenso.

Pero también te pueden tocar los que leen a toda velocidad para demostrar al auditorio que pueden decir muchas cosas en el tiempo mínimo... pero que, ¡pena, penita, pena!... no poseen el don de la lectura. Y de este modo puntuación, frases interrogativas o lo

que se sea se van al carajo; no queda más que un popurrí de palabras encadenadas.

Una voz monótona sin prisas pero sin pausas es todo lo que sale de sus boquitas.

En este caso paso el tiempo mirando obsesivamente el papel donde tomo notas o bien lanzando ojeadas desesperadas a la compañera...

Total, que al final ignoro de qué ha ido el asunto... y sospecho que lo mismo les pasa a los presentes, porque vista la verborrea fluctuante-elucubrante y etcétera de los ponentes, dudo mucho que alguien se haya enterado de algo.

Esto resulta claramente evidente cuando está previsto un debate al final: alguien hace una pregunta y el conferenciante, al responder, se larga por peteneras. Con lo cual dichas intervenciones no duran mucho.

Pero como ya comenté anteriormente, la tarifa aplicada al esfuerzo es tan satisfactoria, que lamento tener que considerar ese tipo de actividad como algo de mi pasado.

Ñ - Lo más raro

No recuerdo todas las veces que entré en una cabina y empecé a trabajar... sin que nadie que me escuchara. Y sin que yo cayera en la cuenta del hecho.

Porque los políticos se apuntan a todo, después no van, no avisan, la organización paga a intérpretes –e imagino hoteles- y todos tan tranquilos.

O bien hacen acto de presencia un ratito, por eso de saludar por aquí y por allí, y luego se van de compras frívolas.

Los más cumplidores aparecen hacia el final, para seguir el rito de saludos y despedidas, etc. cargados de bolsas de tiendas caras tipo Ferragamo, D&G, etc.

Así a lo tonto, una compañera lista –que adoro por esto- me enseñó un truquito. Cuando se trataba de reuniones de políticos, como todos tienen que dejar un documento de identidad al coger los auriculares de la traducción, y si no formaban parte de la mesa presidencial, iba a controlar si había hispanohablantes entre los

asistentes, echando una ojeada o informándose sobre los documentos depositados.

Para estar segura segurísima preguntaba en el micrófono: “si alguien está siguiendo la interpretación de español, por favor haga una señal a la cabina”.

Y si ninguna manita se movía, nos quedábamos contándonos nuestras cositas como unas reinas.

Contado así parece divertido y todo.

Pero no lo era.

Tuve siempre un nudo en la boca del estómago nada más entrar en la cabina.

Sólo que al darle al botón de inicio el miedo cedía el paso a la profesionalidad.

Nadie cayó nunca en la cuenta de que estaba acojonadísima.

O – El más tierno

Como siempre, cuando menos me lo espero, me toca preparar el hatillo y salir disparada hacia algún sitio.

En esta ocasión tengo que ir a un pueblo no lejos del Lago Mayor, donde me dicen que alguien me recogerá en la estación.

El trencito es de esos chaf chaf chaf, casi vacío, y la única que baja en la estacioncita es servidora, más perdida que Pulgarcito.

En el atrio el único ser viviente es un señor vestido de oscuro y que lleva un alzacuello rematando la camisa gris. O sea que es un cura o un religioso. Juguetea con las llaves de un coche, y tampoco hay que ser un lince avezado para percatarse de que soy el objeto de su espera.

Nos saludamos, etc. etc. subimos al coche y llegamos a una especie de residencia en medio del bosque.

Cuando me bajo, una monjita que parece una muñeca me enseña mi habitación. Esencial pero como los chorros del oro. Y estupenda.

Son casi las 10 de la noche, pero me dice que me han preparado la cena.

Bajo al comedor, y allí me está esperando el señor de oscuro, dispuesto a hacerme compañía mientras como,

¡Y menuda cena!

Claro que ya había olvidado que las monjas tienen manos de hada en lo que hacen. Recuerdo que era exquisita.

No sabiendo de que hablar con el señor de oscuro, me pongo en plan preguntón, sin cortarme ni un pelo.

Descubro que es el Padre Provincial de su orden (pongo el título en mayúscula por eso del respeto que me inculcaron) que es una que se dedica a asistir a ancianos sobre todo en países de América Latina, Brasil y África.

Van a inaugurar allí al lado un pabellón recién construido destinado a residencia para ancianos, evento en el que tomarán parte todo tipo de autoridades, civiles y eclesiásticas.

Pregunto si tales autoridades han desembolsado algún chavo para sufragar la iniciativa.

Respuesta, "NO"

Como no veo que pinto allí como intérprete de español en una cosa que me parece muuy local, me explica que han decidido celebrar el evento con todos los colaboradores de los diversos países. Los han traído a Italia y al día siguiente habrá una Jornada dedicada al intercambio de experiencias entre todos ellos. Por eso necesitan intérpretes de español, francés y portugués.

A mi pregunta sobre las actividades que desarrollan, me comenta que en América Latina tienen "Hogares diurnos", o sea centros donde los parientes llevan a las personas ancianas antes de irse a trabajar. Allí los atienden médicos y enfermeras, les dan la comida y la merienda, organizan actividades en las cuales pueden tomar parte, tienen una salita con la TV, etc. Por la noche los familiares los recogen cuando salen del trabajo.

Lo mismo pasa en Brasil, mientras que en África la cosa cambia: han organizado hospitales y también escuelas para niños.

Mientras le doy al cuchillo y al tenedor, sin prisas pero sin pausas, y escuchando todo con la máxima atención, al final me pongo en plan indiscreto –que es lo mío, vive Dios-.

Mi pregunta es:

-Los costes de todo esto, ¿estás respaldados con subvenciones de algún departamento del Vaticano? He leído en algún sitio que existe el Instituto para las Obras de Religión, que se suele denominar Banco Vaticano. Y que creo tiene esa finalidad.

Deja de jugar con las llaves y me mira fijamente, pero que muy fijamente.

En ese momento el único ruido que se oye en el comedor es el ñac, ñac, ñac que hago involuntariamente mientras hincó el diente a la fresquísima y crujiente rama de apio.

Y por eso de tratar de despistar, incluso agarro un trozo de un pan estupendo y me pongo a hacer sopitas en el juguito que queda en el plato que dejé a un lado...

Pone las llaves en la mesa, apoya los codos en plan relajado y me suelta:

-No, al contrario, somos nosotros los que tenemos que dar dinero al Vaticano.

Me quedé tan alucinada, que el cacho de pan que tenía en la boca se convirtió en cemento y tuve que dedicarme a masticar cual cocodrilo con los ojos abiertos como platos.

Visto que había demostrado interés en cuestiones de carácter económico y práctico, subsanó cualquier ignorancia mía con pelos y señales y sin pelos en la lengua (*va de pelos, ¿eh?*).

Para responder a sus confidencias, le conté los lances de una amiga mía. Cuando su marido murió (era propietario de una empresa muy importante), ella y sus hijos decidieron abrir un hospital en una zona de África donde había una comunidad de curas y monjas italianas. Uno de los curas era compañero de infancia de ella.

Tardó años en poder abrir el hospital ya construido.

Las autoridades locales estaban encantadas.

Las organizaciones de médicos -voluntarios o no- estaban dispuestos a prestar su apoyo.

Diversas órdenes religiosas habían hecho presente su voluntad de cooperar....

... pero el V. ponía el veto...

Nunca pregunté cómo se resolvió el caso.

Lleva años funcionando, pero ignoro si tienen que dar dineritos al V. de marras o no.

En mi opinión, alguno de los gerifaltes purpurados son capaces de cualquier cosa por un duro.

En ciertos casos -los famosos que salieron a relucir- lo han demostrado con creces

Para muestra hay un tablero cuajado de botones.

P - Lo que siempre me dejó patidifusa

Durante años recibí ofertas de trabajo para hacer interpretación (o traducción) del español al catalán y viceversa. En la mayoría de los casos el problema se subsanaba ya desde el principio porque no había nadie disponible en Milán.

Esto no quita que, llegado el momento, el ponente de turno empezara a hablar disculpándose por los errores que podía cometer dado que, siendo catalán/catalana el español no era su lengua madre.

Como a mí a hija-de-puta no me gana nadie, convencía a mi compañera y al final nos acercábamos al ponente en cuestión para felicitarle por su estupendo dominio de la despreciada lengua.

Q - Lo más estupendísimo de todo

Sólo de refilón tiene algo que ver con la interpretación.

Algunas alumnas mías de español fueron de las primeras intérpretes en la CE (en aquel entonces eran raras las personas bilingües/trilingües), y acompañaron al Jefe de Estado italiano del momento por esos mundos de Dios.

(Me cupo el inesperado honor de trabajar con ellas en alguna ocasión).

Pues bien, en cuanto los españoles empezaron a abrir boca en Bruselas, Luxemburgo o Estrasburgo, muchas intérpretes entraron en crisis, porque los susodichos se expresaban con una fraseología muy autóctona y las traían locas.

Eran los años de: pasota- pasar de- currar- chollar- camello-porro- canuto- carroza- castaña- chaperero- chocolate, etc.

Sin olvidar los super clásicos: ahí me las den todas -a otro perro con ese hueso -en todas partes cuecen habas...y otros etcéteras.

Naturalmente no había recopilaciones de refranes y proverbios españoles traducidos al italiano (NI INTERNET).

Pero seguí educando a todas mis compañeras italianas en el significado de: te estás quedando conmigo- me vacilas- me la soplomola cantidad- me la trae floja...

... y otras lindezas que asimilé oyendo al hermano Número Seis y viendo pelis como "Hola, ¿estás sola?"...

¡Es que nunca me perdí ni ripio de nada!

R – Esto merece el premio de porquería suprema

Dudaba si mencionar este lance o no. Pero como me temo que esta situación siga estando vigente, me considero obligada a compartirla.

Me convocan para una ENORME reunión italo-española de Empresas funerarias. Reunión, no-recuerdo-dónde alrededor de una gigantesca mesa oval (igualita a la que ve en las pelis americanas que tratan chirimboladas de la Casa Blanca).

Era obvio que se estaba tratando de inversiones en nuevos mercados.

Si bien el tema era repugnante, mientras se trataba de números y porcentajes proyectados en la pantalla, mi labor era muy reducida ... y me atrevería a decir que aséptica.

Pero llegó el momento fatal en que tomó la palabra un ser repugnante, la viva imagen del “mafioso”: un retaco rechoncho, pelo rizado grasiento, manitas pelosas con larguísimas uñas en los meñiques. ¡Un asco asqueroso!

Cuando se presentó caí en la cuenta de que era el tiburón de este sector, que reconocí por la enorme cantidad de anuncios de su empresa diseminados por doquier.

Lo que me puso enferma fue que empezó a contar con todo lujo de detalles lo que solía hacer para camelar a la familia de los posibles “clientes”, durante su permanencia en institutos sanitarios de cualquier tipo. Puntualizaba minuciosamente la actitud a adoptar según que fueran pudientes o pobretones. El lema era “no dejarlos tranquilos, insistir e insistir”. Puro caso miserable, digo yo.

Y lo decía con el mismo tono amable de un abuelo que da consejos a sus nietos sobre “cosas de la vida”. Cada sugerencia era más horrendamente asquerosa que la precedente. Salvo liquidar personalmente al enfermo, no dejaba nada en el tintero.

Incluso a mis clientes españoles se les puso la cara ligeramente verde con la impresión. Tanto es así que el que estaba a mi derecha empezó darme cachetitos en la mano para que dejara de traducir.

No guardo ningún recuerdo de como terminó la jornada.

¡Menos mal!

S – Lo mejor/peor lo dejé para el final

Un día ya lejano de triste recuerdo, un amiguete de los amigotes de siempre decidió abandonar sus actividades empresariales en los sectores más diversos –pero siempre hartos fructíferos- para “entrar en campo” en ámbito político, haciendo gala de un lenguaje futbolístico con el que luego se haría mundialmente famoso.

Y por eso de que “poderoso caballero es don dinero”, sus deseos se hicieron realidad y pudo disfrazarse de hombre político durante muuuuuuuuuchos años.

A mi me parecieron una eternidad.

Un buen día decidió montarse un “congreso” en el lugar donde suelen exhibirse los grupos musicales que gozan de mayor renombre y afluencia, porque es una especie de gigantesco estadio.

Invitó a gente representantes políticos de todo el mundo. Y como el programa era muy nutrido y el conjunto de sesiones requería muchas horas, había dos turnos de intérpretes. Pero muchos de los invitados no se presentaron.... Ni advirtieron.

Recuerdo que las 4 intérpretes rusas y las 4 polacas se pasaron los ¿tres? días de palique en la cabina, sin tener nada que hacer. Eso sí, les pagaron una tarifa enorme, más el hotelón de lujo.

No puedo decir que fuera relajante estar encerrada en una cabina minúscula oyendo dislates todo el tiempo, y teniendo ante los ojos un enorme panel que adornaba el fondo del escenario, de color azul con nubecitas blancas.

(¿Se veía como Dios Padre en el Paraíso?

Era idéntico al que se usaba en mi colegio de monjas cuando cada año se hacía la representación teatral, que trataba siempre de historias conmovedoras. Y alguna vez me tocó hacer de ángel, subida a una escalera, con el pelo en tirabuzones y una diademita muy cuca con estrellitas relucientes).

Ese fondo de escenario “celestial” siguió vigente durante todo el tiempo que “reinó” el chaparrete mandamás. Ignoro quién fue el cerebro creador, pero durante años era tronchante ver el ajeteo que se montaban ante ése los acólitos del eternamente sonriente barrigoncete, tan satisfecho con sus taconcetes, su calvita tatuada y sus mejillas hábilmente maquilladas.

TRAMANDO MIS “TRAMAS”

El que las manualidades que aprendí a hacer en Inglaterra llamaran la atención de los fotógrafos de moda que conocí cuando llegué a Milán, me sirvió de estímulo para seguir ideando cosas, cuando tenía un momento en que mi cabecita rebosaba de fantasía.

A un cierto punto me encontré con las paredes llenas de composiciones raras que eran un bálsamo para mi ego, dado que todos los que venían a casa las alababan. A lo mejor se consideraban obligados, por eso de que cenaban opíparamente.

(Soy una miserable; muchos querían comprar todo inmediatamente. Y alguno incluso lo consiguió).

Pero aunque mis paredes tuvieran 3.15 de altura, se me quedaban canijas.

(Lo mismo que me pasa ahora, pero me limito a paliar la situación con la praxis de enrollar lo enrollable y no enmarcar).

- 1ª Spoleto - Debut – Junio de 1986

En mayo de 1986, una chica que había estado en mi casa durante un cierto período apareció por la puerta diciéndome: “en julio exponemos juntas en Spoleto durante el “Festival dei due Mondi”. He conseguido un espacio y nos lo dividimos”.

La primera reacción fue de parálisis absoluta. Pero luego puse manos a la obra. Llevé lo que tenía a una tiendita de marcos que acababa de abrir, y el propietario se lanzó en picado a inventar algo... que resultó super adecuado.

Me fui a una tienda a comprar metros y metros de tela blanca baratita para forrar las paredes y crear el ambiente adecuado. En Spoleto, durante el Festival, alquilaban todos los huecos que daban a la calle, fuera cual fuera su uso durante el año, incluido garaje o almacén de cachivaches. El que nos tocó era de una señora que, normalmente, en la parte delantera remendaba medias y calcetines y que, durante el período festivalero, con los dineritos que le daban los artistas del momento, se marchaba a disfrutar de unas ricas vacaciones.

Unos amigos se encargaron de hacer la invitación con la correspondiente presentación.



Las revistas que publicaban mis diseños incluyeron el evento entre las noticias interesantes.

La empresa donde trabajaba por las tardes me dio permiso para ausentarme tres semanas....

... y allá me fui un jueves, sin saber lo que me esperaba...

... pero acompañada de un montón de amigos que tenían que ayudar a acondicionar el sitio, y que me transportaron todas las cosas.

Y un viernes forramos todas las paredes con el percalillo blanco que había llevado. Las tales paredes daban grima y además se desmigajaban en cuanto se le metía un clavo. Pero como los cascotes caían detrás nos limitamos a dejar bordes largos enrollados artísticamente, tras los cuales durante tres semanas se fueron amontonando cachitos de cemento o lo que fuera de todos los tamaños.

Los amigos de Umbria prestaron sillas, una mesa e incluso una tinajota inmensa de esas donde se conserva el aceite, con la que decoraron la chimenea tipo "lareira" que dominaba el lugar.

Y se trajeron a sus amigos a celebrar mi debut. Prácticamente todos los "IN" de Spoleto y alrededores se dejaron caer por allí... y tuvieron el honor de probar mi sangría.

O sea que éramos un montón de locos y todo resultó muy divertido.

Más aún, una amiga me había prestado su apartamento en otra ciudad cercana, autorizándome a usarlo como camping. Aparte el dormitorio, en el enorme salón había dos divanes cama... Y como todos tenían saco de dormir, hubo un amontonamiento tipo lata de sardinas.

El sorteo para usar las camas fue políticamente correcto: la cama del dormitorio fue para una pareja de amigos míos que eran los decanos. Yo a los pies de la cama envuelta en mi amado saco. En el salón, según el tamaño del metálico, de dos en dos o de tres en tres. Los tímidos que querían un poco de intimidad se aparcaron detrás de los sillones.

El domingo cada mochuelo se fue a su olivo y yo me volví a Spoleto, mientras los de la “comuna” proseguían su viaje.

El fotógrafo del periódico local había aparecido por la exposición en el momento de la inauguración, y se ve que lo pasó tan bien, que siguió haciendo acto de presencia con su cámara en mano año tras año, regalándome unos reportajes chupi, que conservo super encantadísima.

¡Gracias Alfio!

Ese año de debut yo seguí exponiendo mis cosas, invitando a aperitivo con sangría, cantando de vez en cuando mis tonterías...

¡Un agote!

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/nd9Fev>

2ª – Studio Palazzi, Milán – Colectiva- - Enero de 1987 -

No tiene historia. Era una oportunidad para que mis amigos de Milán vieran mis cosas fuera de las paredes de mi casa.

Pero el día de la inauguración cayó una nevada bestial, con la circulación interrumpida y otras zarandajas. Pocos valientes se atrevieron a desafiar el temporal.

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/4UIT4P>

**- 3ª – Castillo de los Templarios, Zerbo, Pavía- Colectiva-
- Marzo de 1987-**

Esta vez todo el mundo se apuntó a asistir al evento, aunque el tal castillo quedaba en el quinto pino.

Incluso vino gente que hacía siglos que había perdido de vista.

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/xt6dZF>

**- 4ª Spoleto – Individual-
- Junio de 1987 -**

Esta vez conseguí un local justo al lado de la catedral. Y para esa ocasión me inventé el pintar tablas de madera de color gris, agujerearlas en el balcón con un Black & Decker y utilizar luego el material leñoso como si de tela se tratara. Es decir que daba puntadas como si se tratara de percal.

El resultado fue inesperadamente sorprendente.

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/sNTBZS>

Y en esa ocasión alquilé una habitación en una casa donde se alojaban diversas chicas americanas, miembros de la orquesta del Festival *dei due mondi*.

No se dormía nunca y la ducha funcionaba todo el día, con tanta entrada y salida. Pero era divertidísimo. Sobre todo porque para entrar en la mini ducha tocaba subirse encima del wáter. ¡Había que escalar, vaya! Y cuando hacías esto la bombilla medio te quemaba el cogote.

A veces las “habitantas” nos cruzábamos de madrugada por aquellas callejuelas empinadas.

Una de ellas, Heather, me paró una noche (o día, dado que eran las 2) y nos quedamos charlando como dos loros sentadas en las escaleras de piedra del gigantesco zaguán de la casa.

Ella estaba viviendo un período de intensa emoción amorosa y quería comunicarlo a alguien (*a mí me caen siempre esas brevas*).

Se había prendado de otro violinista –australiano- y al final del período del festival se separaban para siempre (*él estaba casado, además*).

A veces estoy hasta los huevos de tanta confianza, pero es que como llevo toda la vida en plan oyente, la adición es muy gorda y -tengo que reconocerlo- me rechifla escuchar.

Pues a lo que iba. A un cierto punto, como se me cerraban los ojos y se me doblaban las piernas, la invité a comer al día siguiente en el restaurante donde yo solía tener una cuenta abierta.

El restaurante era estupendo pero económicamente resultaba **muyyyy** accesible, o sea que podía ponerme en plan Grande de España invitando a sus magníficos asados.

Este segundo año, ya pasada la hora de afluencia de público, yo solía entrar en la cocina, como cualquier pitita por su casa, y me servía algo de las tarteras para nutrirme ricamente (*por el precio de un bocadillo en Milán con una raja de tomate y otra de mozzarella, que hay que ser carentes de paladar para paparse una cosa así*).

Volviendo a la violinista americana, mientras almorzábamos, con sus ojazos oscuros que le brillaban como azabaches pulidos, me contó que antes de separarse habían decidido pasar un día juntos (*follando, para entendernos, por eso de alfa y omega de la historia*).

Habían elegido una colina próxima para jugar a Adán y Eva en el Paraíso, digo yo.

Me sentí obligada a participar en su visita al jardín del edén regalándole sangría de mi cosecha propia.

Volvió de su “*aventura*” super emocionada y dejó en mi libro de firmas su mensaje conmovido.

Durante ese período ignoro si realmente dormí algo. Muchos de mis conocidos de Milán y de Umbria se dejaron caer por allí, incluidas las redactoras de las revistas que publicaban mis prendas de punto, o la gente que conocí en algunos viajes.

Afortunadamente mi habitación era gigantesca, con lo cual podía alojar a las visitas que no estaban emparejadas.

Y a medianoche íbamos de reunión en reunión y de fiesta en fiesta.

¡Un estupendo delirio!

**- 5ª – Galería La Telaccia, Turín – concurso premios –
- Julio de 1988 -**

Decido armarme de valor y presentarme. Por primera vez debuto con una composición hecha con tela metálica y “fiocco” de lana. Llegué a la Galería más muerta que viva, abrazada a mi obra “La tía Pilar endomingada y con pendientes”.

Cuando 10 días más tarde llamo para saber si el jurado ha aceptado mi obra, la propietaria de la Galería me anuncia que le han asignado la medalla de oro de escultura.

Si me pinchan en ese momento, cualquier Draculito se quedaría en ayunas, porque la sangre se me convirtió en un purulí.

Enlace para verlo: <http://goo.gl/PEjX6i>

**- 6ª – Spoleto – Individual –
- Julio de 1988 -**

El tercer año fue el mejor, sin ninguna duda, en todísimos los sentidos.

¡Como para darme con un canto en los dientes!

El montaje lo hizo un amigo arquitecto, y era espectacular.

Mis cuadros seguían siendo transparentes, con tela metálica de esa de los gallineros montada en enormes bastidores. Y en las composiciones seguí usando más tela metálica abullonada, cosas transparentes, materiales metálicos plateados o dorados.... El resultado, inesperado incluso para mí, fue sorprendente.

Pero a éstos me consideré obligada a bautizarlos... con la colaboración de amigos que vinieron una noche, plimplaron como esponjas y tuvieron unos magníficos momentos de inspiración.

Estos son los ejemplos (aparte de “La tía Pilar endomingada y con pendientes”):

- “Vendaval en la Lanzada una breve tarde de septiembre”
- “Cielo de Milán en primavera con revoloteo de chopos”
- “Biografía sentimental inacabable”
- “Velada expresión de intimidad revelada”
- “Salpicaduras”

No recordaba los nombres. Tuve que buscarlos en las revistas y periódicos donde, en aquel momento, aparecían artículos sobre mis cosas, y de paso sobre mí.

Acabo de constatar que “Il Messagero” de Roma me dedicaba repetidamente amplio espacio, con tontadas tipo “la Galería de la española es el “caso” del festival. Todos hablan de ella como de un descubrimiento”. El año precedente habían hecho lo mismo diciendo chorradas como “la cantante española presenta su exitosa producción”.

Mi exposición estaba situada en una placita diminuta rodeada de arcos. Yo no era consciente de ello, pero me había vuelto “famosa”.

Para la inauguración, en plan “happening”, un restaurante cercano me prestó mesas que forré con Arval plateado.

Y a las 6 en punto los “notables” de la villa empezaron a agolparse en la placita (*en el lugar de la exposición más de diez no cabían, porque en el caso de una de las obras que exponía había que dar vueltas a su alrededor y todo*). Y además los paneles se movían.

¡Una gozada!

Mi “fotógrafo personal” plasmó todo el delirio, donde se me ve de bracete de “los importantes”. Eso sí, hecha un elegante bracito de mar.

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/fpFcqr>

Y me empezaron a invitar a todas las fiestas importantes, donde al final... ¡ME PEDÍAN QUE CANTARA ALGO!

Y yo sin amilanarme.

Atacaba mi habitual programa de Atahualpa Yupanqui, María Dolores Pradera y en sesiones sucesivas le metía el diente a Víctor Jara, los Panchos.... sin olvidar canciones gallegas y portuguesas....Yo venga a cantar a grito pelado, en plan reminiscente, contenta como unas pascuas, y sin quedarme afónica ni nada

Como dije más arriba de mis demencialidades se hacía eco la prensa, je, je, je.

Total, que al final todos los días las empiringotadas periodistas romanas se daban un voltio por mi placita, a tomarse un aperitivo con mis chuminadas y mi sangría...

¡Qué cruz sabrosa!

Por eso de que no cunda el aburrimiento, ese año empecé a hacer esporádicas apariciones en la televisión local.

En el momento más inesperado se presentaba en la placita el reportero diciendo: "dime algo, que necesito 10 minutos más de transmisión"....

Y yo obediente y mansita me ponía a explicar alguno de mis cuadros, soltando unas chorradas estremecedoras. Pero se ve que al público le hacía gracia, porque muchas personas se pasaban por allí para comentar mis comentarios.

El sucesón es que yo decía que mis cosas había que tocarlas... al contrario de lo que estaban acostumbrados a oír. Como resultado, hacían cola para pincharse con algunos alambritos indómitos.

Je, je, je, je, je.

Durante tres años pasé en Spoleto tres mágicas semanas nadando en una nubecita de gloria, porque con eso de que mis cositas le gustaban a todo quisque. Sobre todo a los americanos. Me parecía estupendo eso de hacer sopitas con "tener éxito

(Con mi gran sorpresa, incluso uno de los visitantes me propuso enseñar mi técnica en un curso trimestral de una Universidad americana. Trato de no leer el volumen donde constan todas las firmas y comentarios de mis admiradores, por eso de ignorar lo que me perdí).

Además había otro aliciente: prácticamente te pasaba por la puerta la crema, nata y churritos calientes de lo mejor del mundo del arte, de la música, del teatro, etc.

De los políticos no hablo, porque son ubicuos; puro perejil, vaya. Uno de los habituales en Spoleto era Antonio Gades. Yo ignoraba que en sus años mozos había hecho sus pinitos allí.

También ignoraba que se había separado de Marisol, y estaba acompañado –creo yo, porque estaba pegada a él como una póliza de 3 pesetas- por una jovencita-delgadita-con gran melena pelirroja rizada. Una noche, cenando en mi segundo restaurante habitual, caímos justo en la mesa al lado de la suya.

Montamos un follón de no te menees, intercambiado montones de bobadas. Yo acabé con una firma suya gigantesca hecha con un rotulador en mi falda de muuucho vuelo. Y después hubo quien se puso en fila para que le hiciera lo mismo en la faldita tubo. Y como se ve que en ese momento yo pasaba por una especie de fase borde, me ofrecí a prestar el rotu para la firma a cambio de un chopito.... Oferta que retiré de inmediato cuando hubo un revuelo de sillas de las voluntarias.

Pasaban muchas cosas... pero con tranquilidad. Recorría sus silenciosas callejuelas a cualquier hora de la noche, yendo de una jarana a otra, cruzándome de vez en cuando con algún conocido, y a las 10 de la mañana siguiente abría la puerta de mi exposición sin ojeras ni nada.

7ª - Galería La Telaccio, Turín – Individual-Noviembre de 1988

Presento las “Cuatro estaciones” de red metálica con fondo de espejo y otras obras metálicas.

- 8ª “Expo Art” Feria Internacional de Arte Contemporáneo Bari - Marzo de 1989-

Presento sólo las “Cuatro estaciones”. Bari queda en el quinto pino, pero decido ir a ver la citada expo y aprovecho para ver la ciudad – linda, por cierto. Luego me alegré de ir. Mis 4 cuadros, iluminados

debidamente, dado que tenían un fondo de espejo brillaban con luz propia. Y desde la balaustrada podía ver a la gente que se agolpaba para verlos y tocarlos.

**9ª – Scuderia Palazzo Ruspoli, Roma– Colectiva
- Diciembre de 1993-**

Presento “Hermano humo, hermana nicotina”, en la muestra itinerante en defensa de los fumadores.

Enlace para ver la foto: <http://goo.gl/OxITQm>

La muestra expone mi cuadro en las tres ocasiones sucesivas:

**10ª Palazzo del Turismo, Riccione – Colectiva
-Julio de 1994-**

**11ª Ostereiches Tabak Museum – Viena – Colectiva
-Julio de 1995-**

**12ª - Raicongress Center – Amsterdam – Colectiva
-Julio de 1996**

OBRAS

Enlaces:

Preparación madera: <http://goo.gl/sleclU>

Mignon: <http://goo.gl/z1vA7j>

Tramas: <http://goo.gl/RMzSso>

Sobre metal: <http://goo.gl/XPx2aH>

Sobre madera: <http://goo.gl/VLqzzd>

PREMIOS

-Abril de 1987: Premio “Pittura XII edizione Assemblaggio Milano-Spoleto”

-Abril de 1988: Medalla de Oro concurso “Telaccia d’oro”, Turín

-Febrero de 1989: Premio *ex equo* “Telaccia d’oro”

PRENSA

Enlace para ver las fotos: <http://goo.gl/llcR3V>

HACIENDO PINITOS EN EL DOBLAJE

¡Que no se diga que me pierdo alguna experiencia! ¡Basta que me propongan algo con buenos modales y me tiro de cabeza sin pensarlo ni medio minuto!

Alguien que me conoce como intérprete me contacta porque necesitan hacer un doblaje. Generalmente utilizan voces masculinas, pero esta vez han optado por una voz femenina.

Con gran sorpresa por mi parte, caigo en la cuenta de que se trata de dar voz a una guía de viajes que lleva mi nombre como traductora.

Pese al nerviosorum que me entra, la prueba va de perlas. Luego me preparo todo superequetebién, tatuando el texto con puntitos rojos para marcar pausas, momentos de énfasis, etc.

¡Vamos, que me lo bordo!

Tardamos un siglo en grabar todo, porque de vez en cuando me entra el pánico y trago saliva haciendo un GLUP tremendófilo... y toca repetir y repetir, hasta que resulta guay.

Y en otros casos, como hay partes del texto que son pura chorrada –cosa que ya pensé cuando lo traducía- me empieza a entrar una risita nerviosa de esas de je-je-je-ji-ji-ji... y nada, que me tengo que salir de la cabina porque es que me parto.

Ignoro si al final la pusieron a la venta o no.

Con un amigo español, experto en este sector, nos lo pasamos pipa trabajando, cuando se requerían tanto voz macho como voz hembra. Generalmente la oferta venía de mis clientes y solían ser reportajes de eventos, de cuya traducción me había encargado en su día.

Como ya conocía a todo quisque en el centro de producción, no me entraba ni pizca de ansia y la cosa marchaba.

Y un día me llega la enésima propuesta: cassette con instrucciones para visitar una refinería, de esas que uno se cuelga del hombro como si fuera una Kodak y con auriculares.

Todo va sobre ruedas, hasta que me toca leer la frase: “Es obligatorio el uso de mono protector y casco”. Cuando la oigo me doy cuenta de que pronuncio “**monu**”.

Vuelvo a repetirlo.
Lo mismo.
A la cuarta va la vencida.
¡Duro golpe para mi orgullo!

Total, cuando me proponen hacer un “demo” (se llama así una especie de ejemplo, prueba, o lo que sea), recordando la experiencia de marras, tardo una eternidad en grabarlo, porque me pongo medio histérica por dentro.

Por fuera el resultado es que, cuando leo rápido y modulando, me babeo como un infante.

Retiré el “demo”, pero nunca lo distribuí.

Di por terminada así mi breve “carrera” en doblaje.

ENTRE PUCHEROS

Cuando rondaba los 15 años, mis padres se fueron a un congreso en Sevilla, dejándome al frente de un grupo de hermanos, más tío materno, con la obligación de encargarme de la vida del hogar, lo que suponía preparar abundantes comidas.

Mi ayudante era una mini-cocinera, puede que incluso más joven que yo, que era la encargada de ir cada día al mercado a hacer la compra.

Me partía de risa –y angustiaba bastante, también- el que cada día al volver, la chavalilla me recitaba de memoria el precio de cada cosa que había comprado. Yo apuntaba todo en un papel cuidadosamente, para dejarlo a mi madre.

El colmo de la tristeza es que ella, poco más que analfabeta, sumaba todo estupendamente, y me dejaba encima de la mesa el dinero exacto del resto. Mientras yo, con la larga lista: 1,15 de patatas + 0,50 de lechuga + 2,25 de manzanas + 6,10 de merluza, etc., tardaba una eternidad en conseguir el mismo resultado, incluso contando con los dedos.

¡Es que las matemáticas nunca fueron lo mío!

Reconozco que el quedarme al frente de la nutrición del grupo familiar representó una estupenda oportunidad para prepararme a mi futura vida de cocinera maníaca.

Yo ponía toda mi mejor voluntad para seguir las recetas maternas, pero en algún momento se me cruzaban los cables y el resultado era algo imprevisto.... pero sabrosón, eso sí.

Y además presentado de modo muy apañado, aunque siempre me tocaba explicar cuál era la naturaleza del plato en cuestión... dado que no se parecía en nada a cualquier original conocido.

Toda la vida seguí dándole a las sartenes y a las ollas.

Incluso en el período de mi estancia en Inglaterra conseguí que me salieran bordados platos tan tradicionales como los enormes asados (que nunca repetí fuera de allí, claro).

Pero cuando se me disparó no sé qué fue cuando tenía el mini apartamento en el pueblito en las afueras de Milán, al principio de mi estancia en Italia.

Decidí invitar a cenar a los alumnos del Centro donde daba clases de español que habían resistido valerosamente hasta al final y que podían asistir al condumio acompañados de quien me indicaban, claro, marido, novio, amante, hijos o lo que fuera.

Durante ¿ 15? años, antes de Navidad programé cenas tres días seguidos, una para cada curso por separado más los correspondientes acompañantes.

Al final de curso, el sarao era para los supervivientes de todos los cursos juntos y su corte.

Esa iniciación, en el pueblito, no sé si puedo considerarla como la mejor o la peor, pero sin duda fue la más electrizante.

No tenía cocina, sólo el fregadero...

... y una enorme mesa de esas de aldea, con patas gordas torneadas.

... y un estupendo Minipimer que me había regalado una amiga de infancia.

Fue entonces cuando me compré una serie de GIGANTESCAS palanganas de porcelana, con colores extraordinarios, que saldaba Fiorucci a 1000 liras la pieza (100 pesetitas) y que nadie compraba, porque no sabían qué hacer con ellas, claro. Primero por el tamaño y segundo porque los colores a lo mejor parecían poco finos. Recuerdo que una de ellas resultaba de lo más chabacana, color rojo vivo con lunares blancos, otra llena de llamaradas rosas y amarillas, otra salpicada con corazones rojos...

¡Horterillas, vaya!

Todavía las guardo todas tiernamente en la buhardilla. De vez en cuando subo a echarles una ojeada y a controlar que reposen de sus fatigas como unas reinas.

O sea que se podían comer sólo platos fríos.

Además tenía que poner en cada palanganona un palito de esos que se usan para hacer los pinchos morunos indicando el contenido, por si alguien era alérgico a algo.

(Hasta que caí por aquí en el lejano 1975, nunca había oído hablar de alergias alimentarias, en ninguno de los países por donde deambulé. Comías lo que te ponían delante y amén.

De repente descubrí un mundo nuevo: al organizar mis comilonas, tendría que haber pedido a los candidatos a participar que me dieran una nota con las cosas que no podían comer: harina, cerdo, queso, yogurt, ajo, cebolla, huevo... Y así hasta el infinito.

Pero como no lo sabía...

Igual quedé fatal, pero de la enorme cantidad preparada no quedaban ni raspas...

Yo disponía sólo de 2 horas en la pausa de mediodía para preparar todo. Pero en aquel entonces mi cerebritito funcionaba de modo muy organizado.

En el super compré platos, cubiertos y vasos de plástico, más montones de servilletas.

También me compré un enorme cubo con tapa destinado a preparar la sangría. Fue lo primero que preparé, (por la mañana temprano, antes de ir a trabajar) exprimiendo cítricos a toda pastilla y dejando también las mondas a macerar.

Antes de que llegaran los invitados tiré a la basura las mondas, pero de los restitos que flotaban se encargaron voluntarios que, armados de un colador, fueron pasando todo el líquido a una enorme jarra que me había regalado el traperero del pueblo.

Y el del bar me dio kilos de hielo para enfriar la bebida.

Luego me dediqué a organizar ensaladas en 2 de las palanganonas, abriendo todo tipo de latas de esas enormes para restaurantes:

- Ejemplo 1: lata de seis kilos con los vegetales ya cocidos y cortados en cuadraditos para la ensaladilla rusa, más latas de bonito, más mayonesa hecha con la minipimer.
- Ejemplo 2: lata de muchos kilos de alubias cocidas, más paquetón de cebolla picada congelada, más botes de pimientos en salsa agridulce, más aceite, vinagre, vino blanco y huevos cocidos migados.

(Plato que sigo haciendo, incluso hoy cuando me pongo en plan "catering" para los amigos, porque lo devoran.)

Aparte de eso, el "top", invención repetida innumerables veces hasta la fecha, eran las salsas para untes.

Base: 3 litros de aceite de semillas *(que aporta volumen, pero sin sabor)* más no sé cuántos huevos. Hago una mayonesa gigantesca con la minipimer en una tarterota (yema y clara juntas).

Luego separo el resultado en cuencos y a cada cuenco añado cosas distintas:

- a- Sardinas en aceite + anchoas + especias para pescado que compro del herbolario, sin olvidar cilantro abundante, fresco a ser posible;
- b- Diversos tipos de queso fresco más un toque de parmesano y pimienta;
- c- Pollo comprado asado troceado a toda mecha más algunos guisantes, por eso de dar un toque de color y puede que aceitunas deshuesadas cortadas en redondelitos. Los aritos resultantes son la mar de resultones cuando se unta el pan. Las especias añadidas dependen de la inspiración del momento;
- d- Jamón de diversos tipos cortados en cuadraditos, el que venden en el super para poner a las pizzas; y puede que le caigan también algunas alcaparras;
- e-
- f-....

Ya ni recuerdo lo que he podido inventarme, porque he repetido algunas cosas durante demasiados años.

Para facilitar la labor me había comprado -no sé dónde- un montonazo de elegantes espátulas de madera, que todavía conservo para esos menesteres.

En la enorme cesta repleta de tostadas de pan, crackers, galletas saladas, triangulitos de pan de molde, etc. al final no quedaban más que las migas.

Y de las salsas, ni raspa.

Estos inapetentes crónicos –por principio no se come para no engordar- rebañaban todo siempre. No sobraba nada de una cantidad de comida que me parecía estomagante.

Tengo la fundada sospecha de que, al final, incluso le pegaban lametones a platos y cubiertos, antes de tirarlos a la basura, como era su deber.

¿Y el postre?

Siempre latas y latas de fruta en almíbar troceada, más fruta fresca de temporada, más paquetes de fruta seca picada, tipo piñones, nueces, avellanas, coco rallado, etc.

Al final, yogurt, canela, un chorrizo de Grand Marnier....

El toque definitivo: trozos de galletas “Digestive”, esas inglesas crujientes, que nunca que se deshacen y dan un enorme gustirrinín, cuando hacen crac, crac, crac...

La palanganona destinada a esta función, la blanca y negra con enormes corazones rojos, se vaciaba a una velocidad vertiginosa.

Un fin de curso pedí permiso para montar el sarao en el Centro donde enseñaba.

Para darle más emoción organicé una rifa. Los billetes de vendían a 100 pesetas y el premio era uno de los trajes de mi colección.

Claro que esto suponía un desfile y todo. Porque al ganador le tocaba escoger uno de los trapitos.

Las modelos eran las alumnas más guay o las hijas de esas o bien quien se animara. Se cambiaban de vestidos en un cuartito detrás de la portería...

Tengo que decir que el tal Centro se había inaugurado a mediados de 1800 y ya entonces recibía periódicos de todos los países y empezó a organizar cursos de idiomas.

El salón de lectura de los socios -que desde el principio fueron los personajes de mayor relevancia intelectual de la ciudad-, estaba siempre de lo más concurrido. Los asiduos, que ya eran de una cierta edad, querían leerse la prensa extranjera en santa paz, sin que la *family* le diera la tabarra.

Cuando yo atravesaba el salón para entrar en clase, muchos de ellos ya estaban traspuestos, dando cabezadas, tranquilitos, tranquilitos.

Pero ese día, ante el trajín de mocitas que pasaban por delante de sus narices con vestiditos bastante demenciales, olvidaron la lectura y, con la nariz apoyada en el borde del periódico, no se perdieron ni ripo del desfile.

Al final el director y la plana mayor del Consejo metió baza en el sarao, haciendo acto de presencia (*todavía tuvieron ocasión de probar algo*).

Yo me temía que me echaran a patadas del centro, pero al final resultó que, al contrario, los había metido en el bote.

Me convocaron para decirme que estaban encantados de mi iniciativa y que había que repetirla en cuanto yo quisiera.

Lo que repito y repito siempre, siempre, siempre:

¡¡vivir para ver!!

En una de las cenas de Navidad que hago en casa, cuando voy tomando nota de qué alumnos pueden venir y quién quiere que les acompañe, por eso de prever víveres, amén de platos y demás adminículos, una de mis alumnas me dice:

- *Lo siento no puedo ir porque mi marido sufre de úlcera gástrica y es alérgico a todo.*

- *No se preocupe. Venga y traiga para él una mozzarella o una tartera con lo que puede comer. Yo no me ofendo.*

Aparte de los 14 litros de sangría, el plato principal era la fabada. Dos potas, una normalita y otra tirando a picante (además dejaba al lado el bote con guindilla, para los más atrevidos).

Como estaban encima de las hornillas, para que se mantuvieran calentitas, todos tenían que entrar en la cocina a llenarse el plato.

Yo andaba a mi bola, con ese gentío que daba vueltas, porque en la cocina estaba la fabada y la sangría; en mi dormitorio, platos de todo tipo en las palanganonas y similares y en la sala, recipientes con salsotas para antes.

En un cierto momento caigo en la cuenta de que el “ulceroso” está siempre de pie, al lado de las potas, con un cuenco en la mano y cuchara en ristre.

El lunes siguiente (*por razones prácticas los jaleos se celebraban el sábado por la noche*), terminada la clase, veo que mi alumna, sentada en la primera fila, no se ha movido y, lo que es peor, está llorando.

Yo - ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? Espero que su marido no se haya sentido mal con tanto jolgorio.

Ella - ¡MI MARIDO! ¡Menudo cabrito! Estoy llorando de rabia. En casa, hace de mi vida un Calvario con lo que no puede comer. Parece que ni siquiera cocinando una patata acierto. Todo lo que hago le sienta mal. Y se queja todo el tiempo. ¡Estoy harta de tanto suspiro!

Yo - Mire, a lo mejor me equivoco, pero el otro día me parecía que estaba contento. Si no recuerdo mal lo vi siempre en la cocina al lado del fogón...

Ella - ¡**Eso es lo que me cabrea!** En casa se pone en plan tiquis miquis dándome la tabarra y el otro día, en su casa, **PASÓ TODA LA NOCHE PONIÉNDOSE MORADO ¡¡¡CON LA FABADA PICANTE!!!** Y ni un problema de digestión, ningún ardor de estómago... nada de nada...

Corramos un tupido velo.

Esto se repitió en otra ocasión. Esta vez con el hermano de una amiga, casado con una inglesa.

Me habían advertido de que dicho hermano también tenía una úlcera gástrica demencial. Yo dije lo de siempre: "*la casa no pasa mozzarella, pero podéis traerla en el bolsillo que no me ofendo*".

Es verano, o sea que la oferta es gazpacho, para empezar, tortilla, empanada, etc. Lo típico en plan playero.

Y la historia se repite.

Mientras los demás comíamos de todo, el ulceroso siguió dándole incansable al gazpacho –un si-es-no-es picantito- mientras su esposa, que de buena inglesa no se cortaba nadita, lo miraba con ojos asesinos diciendo: "*si yo me atrevo a echar en la comida una rodaja de cebolla, una chispa de ajo o una tirita de pimiento se monta la de Dios es Cristo. Y míralo ahora, es que el tío no para. Me pongo mala*".

En resumen: el ulceroso se marchó acunando entre sus brazos el recipiente con el gazpacho que había sobrado, porque no quería renunciar a él ni muerto.

Extrañamente su mujer no lo mandó a la mierda ni nada.

¡Claro que soy una soltera sin remedio!

¡Es que eso del martirio doméstico siempre me resbaló!

También recuerdo otro episodio que tiene algo que ver con los pucheros, pero que está relacionado asimismo con la enseñanza

Cuando vivía en el apartamento número siete, saliendo del Círculo me iba a casa a pie. Durante un cierto trecho iba acompañada de una alumna exquisita, igualita a Marilyn Monroe

pero en modelo flaco y refinado, cuya vivienda distaba 300 metros de la mía.

Terminado el curso, me llama un día pidiendo que le dé clases de repaso y conversación, porque tiene que acompañar a su marido en un viaje por América Latina con contactos a alto nivel.

¡Perfecto!

Ya no vivo cerca. Acabo de alquilar la casa nº ocho. Dice que no importa. Viene ella.

El primer día caigo en la cuenta de que baja de un cochazo tremendo, de esos de “representación” que ocupa TODA mi diminuta callecita.

Hora y media más tarde aparece de nuevo el mastodonte. Como vivo en la planta baja lo veo super bien. Ella me saluda y se marcha.

Así semana tras semana. Ella me pide siempre un vaso de agua.

Un día me dice que tiene un problema en el tobillo y necesita que vaya yo a su casa.

Y al dar su nombre al portero uniformado, descubro que la conozco con su nombre de soltera, porque en realidad está casada con uno de los hombres más poderosos del mundo económico. Ni me inmuto, claro, que no es asunto mío.

En su casa me presenta A SU NIÑERA, estupendamente vestida de negro, que para traerme un platito con un mini sangüichito vegetal tristísimo, incluso se pone un delantalito blanco cuquisimo (*como en mi casa cuando había invitados, cosa que comento, claro, que nunca me quedo callada por tontadas así*).

Un día llega a mi casa sin mastodonte, o sea que no tiene horario fijo de salida. Dado que ella me había ofrecido aquel triste condumio, me ofrezco a servirle tapitas (que ya había probado en las cenas del curso, digo yo, porque en medio de tanto tumulto se me pasaba todo por alto, bajo y mitad).

Hasta aquel momento nunca supe que la tortilla de patatas surtía el mismo efecto que la droga de la verdad.

En cuanto empieza a darle mordisquitos -ella siempre fiel a su vasito de agua mineral y yo con la botella de Lambrusco apoyada a la pared-, toda su reserva desaparece y empieza a contarme la historia de su vida, siempre en español, eso sí. Cotillear me parece de perlas, siempre que se haga en purito castellano, claro.

Joven periodista que trabaja para Radio Vaticano, se casa con un Adonis con el que tiene un hijo. El Adonis no sirve para nada en ningún sentido, incluido el colchón, y para colmo –como todos los fracasados- insiste en que es ella la que no vale un pataco.

Total, se separa.

Y conoce al de ahora, un retaco feíto, que la convence de que ella es la reina de las reinas en todos los sentidos.

Se casan y el HOMBRE PUNTERO se la lleva con hijo ajeno y niñera incluidos. Ella insiste en que es un Dios de la A a la Z, y que lo que su primer marido decía, eso de que era frigidísima, etc. no tenía un pelo de verdad. Su marido de ahora no tiene queja.

Mientras le doy al Lambrusco, sin por ello dejar de corregir los errores gramaticales, trato de que mi transparente carota esta vez no deje ver lo alelada que me siento.

A veces me pregunto si lo mío era la psicología, dado que llevo toda la vida en plan oyente.

Ahora que recuerdo, al inicio de mi período laboral en Madrid me matriculé en la Escuela de Psicología, en las clases nocturnas.

En la primer lección, que trataba de qué hacer con los test, la profesora dedicó la hora a explicar que había que clasificar los test en montoncitos según los resultados: 10 respuestas positivas – 15 respuestas positivas... etc.

Y mientras lo decía colocaba montoncitos de papel por toda la mesa. Este sabio precepto lo repetió ¡¡¡TODA LA HORA!!!

La siguiente clase estaba dedicada a estadística. Nunca entendí lo que tenía que ver eso con las emociones.

El prof –que para más detalle era un cura- empieza a llenar la pizarra de fórmulas y fórmulas, hablando para sí mismo. Yo asistía muda al chow

En la tercera hora debuta la gemela de la tipa de la primera hora, que durante todo el tiempo habla de lo importante que es escuchar.

Esta fue mi experiencia en tal Escuela. Tiré los papeles de la matrícula a la basura y corrí un tupido velo sobre el asunto.

Sigamos con el tema de sartenes y etcéteras.

El período en que viví en mi apartamento número nueve, coincidió con la época puntera de mi actividad como diseñadora,

cuando había numerosas y magníficas señoras “calcetadoras” que me ayudaban.

Una de estas estupendas señoras estaba casada con un catedrático de Universidad muy deprimido y tenía tres hijos: uno de ellos estudiaba para delineante, otro seguía los pasos paternos y el tercero estaba en una escuela de hostelería fuera de Milán.

Ella era absolutamente perfecta tricotando, pero de imaginación cero.

En una ocasión el tema de mi reportaje trataba de jerseys blancos con toques de color: manchas, rayas, cuadrados, rectángulos, ángulos, redondeles y luego barritas de través. A ella le tocó este último. En mi esquema las barritas estaban trazadas con rotulador, a la buena de Dios y colocadas a lo loco.

Cuando me entregó el jersey perfectamente rematado, lo acompañó con una hoja enorme de papel milimetrado donde el hijo delineante había plasmado todas y cada una de las vueltas a tricotar. Y los colores los habían elegido todos los miembros de la familia al alimón.

(Siendo una que crea por impulso, declaraciones de este tipo me dejan planchada, KO o todo lo que signifique pasmo de primera magnitud).

A ella no le gustaba nada nadita cocinar.

E hicimos un trato.

Si surgía algo urgente y tenía que pedirle que tricotara como un rayo vallecano durante el fin de semana, me ofrecía a prepararle comida y cena. Cuando estaba todo listo, llamaba por teléfono y uno de los hijos venía en bicicleta a retirar todo (vivía cerquita).

De este modo yo trataba de acallar la presunta protesta de la familia por tener tanto ovillo en medio de los pies y sentirse abandonados de la mamita y amante esposa respectivamente.

¡Soborno de nivel superior el mío!

No puedo recordar lo que les preparé, pero ella me comentaba que se comían hasta las migas.

¡Da gusto, eh?!

Y así durante años y años. Hacía la compra el viernes. Cocinaba como una loca y luego esperaba que el teléfono sonara para lanzar invitaciones.

Muchas veces me encontré con gente el sábado a comer y cenar, y otro tanto se diga del domingo.

Pero en los últimos 20 años, platos, cubiertos y vasos eran de verdad, o sea que lavaba y lavaba, ponía una mesa tras otra...

Todo esto me pasa por ser una cocinera desquiciada, compulsiva, etc. etc.

En los últimos tiempos, y por razones de trabajo, las cosas han cambiado, porque organizo algo y luego tengo que cancelarlo.

Me queda el recurso del "catering".

Me compré diversos contenedores de transporte y bolsas térmicas, y cuando tengo la nevera llena a rebosar, empiezo a llamar a los amantes de mi cocina que vienen corriendo a llevarse todo.

Esto incluye a la vecina de arriba que tiene una familia numerosa...

... o a los chinitos de la tienda de enfrente, que he descubierto que sólo renuncian a la sopa y al arroz cotidianos si les llevo las albóndigas en salsa de vino, como se hacían en mi casa. También se inclinan ante las mini tortillas de patata con cebolla que les propino... utilizando para prepararlas mini contenedores de silicona, esos que se utilizan para los bombones.

... o al personal de Feltrinelli International que saboreó tortilla y empanadillas...

... o a los compañeros de alguna empresa a la cual fui a trabajar como traductora...

... o a algún amigo, para el cual organizo cualquier tipo de ágape cuando lo necesita...

... o al personal del Banco, que se apunta sin vacilar a cualquier cuchipanda...

... o a las chicas de la tienda de zapatos de la esquina, que en cuanto me ven pasar comentan eso de "¡qué rica la tortilla"...

... o al propietario de la tienda donde compro el material de la impresora, que como es un amante de España, no ve la hora de poder hablar español. Delgadito como un alambre, pero se pone morado sea lo que sea lo que le toca...

A fuerza de escribir estas cosas me está entrando un hambre loca.

Ahora mismo voy y me caliento el pollo que cociné esta mañana con cebolla, pimientos rojos-verdes-amarillos, alcaparras y un chorrete de vino blanco, que así luego puedo hacer sopitas y todo...

¿Y si agarro un puñado del arroz en blanco que tengo en la nevera y me hago un flancito en el microondas para acompañar?....

¡¡Estas dudas me matan!!

**A QUIEN DIOS NO LE DA HIJOS
EL DIABLO LE PROPINA “BABY SITTING”**

BEIBITA N° X

Estaba tratando de brindar hospitalidad a una amiga a cambio de un relato detallado de su recorrido por un país exótico...

... pero me cayó un un "*baby sitting*" desesperado (como todos, claro).

Para colmo apareció también el técnico del PC que vino a explicarme algunas cosas y que se largó raudo como el viento porque la "beibita" se lanzó a pegar alaridos cada vez que trataba de interesarme en cómo resolver mis problemas.

Con sus 12 kilos inhumanos, que estuvieron pegados a mi cuello todo el tiempo, ¡¡con el calor que hacía!! y sus alaridos en mis oreja derecha (*claro que desde entonces no funciona*)..... en cuanto vio que no había enemigos en la costa volvió a dialogar conmigo como si tal cosa:

- tataguguba

- tataguguba

- capata

- capata

-¿cati?

- mmmmmmm

.... Así hasta el infinito.

La enana se reía como una loca.

Pero imagino que a su mamá no le hice ningún favor, porque le enseñé un montón de truquitos a la nena que su madre no conoce, así que va a ser el dislate.

¡Vivencia inolvidable!

EL NIÑITO DE G.

Un día recibo una llamada de una ex alumna. Tiene una cita de trabajo —está en permiso de maternidad— y necesita dejar a su niño un par de horas con alguien.

Encuentro previsto a la salida de un metro, cerca de donde ella tiene que ir y próxima a la entrada de un enorme parque.

Nos encontramos, sentamos al niño en la silla y nos decimos adiós.

Empujo la silla hacia la entrada del parque. Hay que subir 12 peldaños. El niño puede andar, pero antes tengo que sacarlo de la silla.

Miro delante, detrás, toco todo lo que encuentro, trato de levantar (inútilmente) la barra delantera, doy la vuelta alrededor...

Al final me paro delante, con una expresión que denota mi derrota total.

El niño y yo nos miramos fijamente.

De repente, sin dejar de mirarme, el niño levanta el dedo índice y luego apunta hacia abajo, un lugar donde finalmente encuentro el resorte para liberarlo.

Subimos las escaleras cogidos de la mano y yo arrastrando la silla.

A la entrada del parque, a la derecha, hay un trencito para niños que funciona siempre. La mamá del niño me había dicho que a él le gustaba mucho darse una vueltecita en él.

Estamos solos, salvo el encargado del funcionamiento.

Dejo la silla a un lado y me acerco a los vagoncitos.

Hago ademán de meterlo dentro de uno de ellos, pero mueve la cabeza negativamente y además parece clavado en el suelo.

Vuelvo a indicar el tren y mueve la cabeza diciendo sí, pero si trato de aparlo no hay manera.

Después de varios intentos me señalo a mí misma con la mano y luego el tren. Dice que sí con la cabeza. O sea que me siento en el vagoncito (es un eufemismo, estoy acurrucada, con las rodillas que me rozan las orejas) y él sonríe y se sube cuidadosamente al vagón delante de mí.

Después de mirarnos de nuevo a los ojos y sonreírnos mutuamente, damos las vueltas de rigor saludando con ambas manos a los inexistentes espectadores.

**¡¡MENUDA EXPERIENCIA!!
¡¡ES QUE ME PASAN UNAS COSAS!!
MI AMIGUITO Y VECINO LOREN**

Fue uno de los chavalines que pasó más tiempo en mi casa. Desde que nació, cuando sus padres tenían problemas y dado que vivían en la calle paralela a la mía, solían aparcármelo aquí, porque extrañamente, aunque en su casa acostumbraba a pegar unos berridos escalofriantes cuando su madre se marchaba, al llegar a la mía yo no tenía problemas, porque él se entretenía mirando todo lo que había a su alrededor.

Tiempo después, cuando ya andaba solito y hablaba por los codos, de vez en cuando el sábado por la mañana recibía un telefonazo del señorito, a espaldas de los papis, claro:

Él- Hola, soy yo, ¿verdad que a ti te encantaría que viniera esta noche a dormir a tu casa en la camota y a ver esa película que me gusta?

Yo- Bueno, sí, claro. Yo tengo que trabajar pero tú haces lo que quieras

Se oye la voz de su madre de fondo que dice,

-¿pero qué haces, con quién hablas?

- Con MA

la madre coge el teléfono, negra negra

Madre- Oye que yo no dije nada, que estamos en casa. Es él quien ha agarrado el teléfono porque está empeñado en venir a tu casa. No le hagas caso.

Yo- No, si a mí no me importa, tanto me toca trabajar y tengo siempre algún DVD puesto.

Al fondo se oye la voz del aspirante a invitado que grita: pídele que me deje dormir en la cama grande.

Yo- Dile que sí, que no hay problema.

A las 7 de la tarde, con el silencio que reina los sábados en este gigantesco patio de entrada, se oye el vozarrón del crío que anuncia

a quien quiera oírlo; “*Vengo a ver a mi amiga MA, soy su amigo. Ehhhhhhhhhhhh, MA, ¿dónde estás?*”

¿Dónde estaba yo? Imagino que recitando eso de “tierra trágame”, pero dado que vivo en un primer piso con suelos de mármol, mis posibilidades son nulas. O sea que me asomo al balcón moviendo la manita como hacen en las pelis en señal de saludo y rogando al Cielo que no me vea ninguno de los vecinos.

Y allí estaba el caballerete plantado en mi casa.

Su pasión era ver una película en español que yo tenía en DVD y que se llama “El peque va de marcha”.

Su programa, ampliamente ensayado, era el siguiente: se sentaba a mi lado en una butaquita, lo más cerca posible de la TV, mientras yo le daba a las teclas del ordenata.

No entendía ni un huevo del español, pero sus carcajadas habrían enorgullecido al guionista de la peli. De vez en cuando se reía tanto tanto, tanto, que resbalaba y se caía al suelo. Pero yo no me inmutaba y seguía con mi traducción. Él, que debía tener un culo de cartón-yeso, se quedaba en el suelo y seguía soltando unas carcajadas que resucitarían a un muerto.

Luego tocaba el turno de paparse la tortilla de patatas, a la que no renunciaba.

Seguidamente se apoderaba de mi cama y a mí me tocaba el diván, porque por mucho que su buen corazón le hiciera pedirme que dividiéramos la estructura, eso no era factible, porque soltaba alaridos cuando dormía, o se le escapaban unas carcajadas de ultratumba, pero SIEMPRE pegaba patadas y manotazos y se ponía atravesado.

LUC & VI

Luc y yo fuimos amiguetes desde el principio.

Apenas destetado, durante un cierto período yo iba a traducir a una empresa cerca de la casa de sus padres (*momento mágico aquel, me pagaban un pastón a la hora y, como yo era rápida de caray, estaban encantados conmigo*).

Pues a lo que iba. A la hora de comer salía disparada de la oficina, iba a su casa y le daba de comer mientras su mamy hacía otras cosas. Como postre me chupaba con fruición el dedo gordo (incluso tengo una foto del evento).

Luego apareció Vi, otra ricura rubita y tímida.

Un día me llamó su madre, negra, negra: Luc tenía una fiebre bestial y no quería que Vi se contagiara. Allá me fui a recoger a la beibita con su equipito de pañales más la silla y los potitos consabidos. Y nos vinimos para casa.

Eran los benditos tiempos en que había muuuuuucho trabajo o sea que la organización consistió en lo siguiente: yo seguí dándole al ordenata, pero cubrí la casa con sábanas de colores fuertes (todas las que tengo son así) y por encima diseminé montones de retalitos de colores diversos, (*esos que utilizo para los patchwork, ya que estamos en tema*).

Vi gateaba sin cesar y de vez en cuando yo oía un “ummmmmmmmmmm” de gusto. Y me la encontraba chupeteando un cachito de tela cualquiera; de vez en cuando se quedaba grogui abrazada a la pata de una silla o debajo de la mesa del comedor.

La cuestión nocturna se resolvió fácilmente, doblé en tres la alfombra al lado de mi cama, la forré con toallas y allí dormía Vi como una santa, sin rechistar, panza abajo con el culo hacia arriba.

LO QUE SE LLAMA UNA NOCHE TOLEDANA DONDE LAS HAY

*Dios los crea y ellos se juntan
No hay mal que por bien no venga*

Podría seguir al infinito con refranes, refrancetes y refrancillos
El mío personal en este caso es “siempre hay un momento clave en la vida de una *“baby-sitter”*”.

Y a mí también me tocó uno de esos.

El siguiente:

Un sábado cualquiera. Luc y Vi han reservado mi casa para la habitual tortilla y sesión de cine correspondiente. Después que ellos han llegado, los papis de Loren me llaman porque tienen una emergencia.

... Y me encuentro con tres niños que no tienen nada en común entre sí.

Loren es mayor que ellos, y empieza a tratar a patadas psicológicas a los otros dos, llamándolos “pequeñitos” “nenes” y otros etcéteras.

Mientras se trata de comer tortilla de patatas todos están de acuerdo; lo mismo pasa con las pelis.

Pero llega el momento fatal en que toca ir a dormir, tras cuidadosos cepillados de dientes.

En el comedor tengo un diván-cama que, cuando se abre, se convierte en un gran colchón en el suelo. Doy a cada uno de los tres chavales una manta y un cojín en plan almohada y sigo trabajando en la habitación de al lado.

Al poco rato me levanto y echo una ojeada. Me acogen tres pares de ojos fosforescentes. Como nunca cierro las contras, la luz del exterior los ilumina. Me pongo enérgica con eso de “a ver si dormís, cerrad los ojitos y mañana hacemos un desayuno español rico” (consistente en barra de pan cortada en tiras rectangulares, vulgar copia de mis amados churros).

Me vuelvo al ordenata.

Al rato regreso y veo que Luc y Vi tienen los ojos cerrados y respiran tranquilos.

En ese momento Loren suelta un susurro que hace temblar mis viejas ventanas, que datan del lejano 1914: “en cuanto se duerman los peques me largo a tu camota”.

Como si hubiera sonado un timbre, los ojitos de Luc y Vi se abren de par en par.

Resultado, cierro el ordenata, me pongo el camisón, me envuelvo en el saco de dormir, agarro una almohada y me tumbo en el colchón al lado de los 3 invitados, desesperadita de la vida, porque eso de estar enroscada en el suelo no es lo mío.

Todos tranquis.

Espero un tiempo que me parece una eternidad y lentamente me voy a gatas a mi cama. Me abrazo a la almohada y empiezo a conciliar el sueño.

Pasa un rato y se planta Loren en mi cama diciendo (menos mal que en voz baja, ¡vive Dios!): “los peques se han dormido”. Y se queda roque *ipso facto*.

Vuelvo a cerrar los ojos

De repente noto una presencia: es Luc que arrastrando su mascota raída me mira fijamente.

Me levanto, le hago sitio entre Loren y yo y trato de dormir.

.... Y en un momento que no puedo precisar oigo unos pasitos típicos de veloz carrerita, abro un ojo, e incluso sin gafas veo que Vi arrastrando su mantita blanca, se tira a la cama. Tengo el tiempo justo de agarrarla antes de que se esnafre contra el duro suelo.

La acomodo en mi lugar, espero a que se duerma... y me largo a dormir a mi vez en el diván que está al lado de la cocina.

Y por extrañón que parezca durmieron como troncos, unos atravesados encima de los otros, al norte y al sur de la cama.

Un dislate, vaya.

Y yo tranqui tranqui en brazos de Morfeo en mi mini-diván.

... Y LO QUE NO TENÍA QUE HABER OCURRIDO NUNCA:

PASAR UN FINDE CON TONNERRE...

Cuando en mi lejana infancia leía las aventuras de Tintin y su chucho, me había emperrado en que el nombre de este último era Tonnerre, mezclándolo con la proverbial exclamación del capitán Haddock (¡¡*Tonnerre de Brest!!*), pero nunca pude imaginar que un día también yo tendría una aventura con un gemelito suyo (con el perro rebautizado por mí, no con Tintin ni con el capitán Haddock).

Víspera de un puente de la Inmaculada.

Me llama una alumna desesperada. Su madre está gravísima y tiene que irse a Roma con el marido y los dos hijos. Como todos los que conoce se han marchado, no sabe con quién dejar al chucho.

Estoy tan acostumbrada a tapar agujeros siempre y a todo hijo de vecino, que ni rechisto.

A mí me toca trabajar y además tengo que pasar a recoger un manual enorme en inglés al que debo meterle el diente de inmediato. O sea que decido irme en metro al centro a recoger el chucho y desde allí llamar a un taxi para hacer mi recorrido y regresar.

Llego cuando están a punto de marcharse al aeropuerto.

Agarro la correa del chucho, bajamos la antigua escalinata de mármol reluciente y, mientras saludo al portero, Tonnerre pega un tirón a la correa...

... que se rompe...

... y con el impulso que ha cogido sale disparado como si estuviera patinando, atraviesa la acera y desaparece debajo de un coche aparcado... con un tráfico enorme que va y viene.

Primero me infarto

Luego me pongo a gatas y descubro que el chucho está allí agazapado y medio atontado, porque tampoco él entendió lo que pasaba.

Lo agarro por el collar, y le pido al portero –que está boquiabierto- que llame por favor para que me den algo con qué atarlo.

Me bajan otra correa.

¡Menos mal!

Cojo un taxi y le digo al taxista que tengo que hacer una parada antes de ir a casa.

Llegamos a la dirección donde se encuentran las oficinas en las que tengo que recoger el manual a traducir. Hay un jardín enorme y la oficina está al fondo, en el último de los edificios.

Le digo al taxista que le dejo un momento a Tonnerre fuera del coche, sujeto con la correa y que vuelvo rápido, porque no me parece prudente que se quede dentro del coche... por si acaso.

De mala gana agarra la correa como si fuera radioactiva... Y a mi regreso no sé cuál de los dos está más asustado, el mocetón del taxista o el perro.

Llegamos a casa. Ya es de noche o sea que imagino que me toca llevar al perrito a pasear.

!!!Ayyyyyy!!!

Le pongo la correa, bajamos las escaleras, atravesamos el patio... Y en cuanto salimos a la acera se pone a menear la cola como un ventilador empieza a corretear pegando el hocico a todos los charquitos que ve.

!!!Agggg!!!

El espectáculo para mí es tan desagradable que me entran unas nauseas bestiales y me doy cuenta de que voy a vomitar.

Escena patética: servidora verde y con arcadas fuerza 10 y él, Tonnerre, yendo de porquería en porquería y añadiendo la propia porquería al panorama.

Cuando vuelvo a casa me siento a trabajar, con el chucho pegado a mí como una lapa.

Lo que más me incordia es que si le echo una mirada se pone de pie (*tipo circo*), apoyado en las patas traseras, con las dos delanteras en plan saludo y la lengua fuera, jadeando a toda pastilla.

Si no le hago una caricia no se mueve, así que tiro de la manga de mi jersey hasta taparme la mano y le doy un par de coscorruncitos en el cráneo.

De vez en cuando hago lo mismo con el codo, para variar.

A él le da igual, basta que le preste un poco de atención para que su colita se mueva a mil revoluciones.

Con mi imaginación me lo veo planear como una avioneta por toda la habitación, con esa hélice que le otorgó la Madre Naturaleza.

Cuando se me empiezan a cerrar los ojos de sueño y los dedotes se me quedan agarrotados (*lo que se traduce en cometer*

errores catastróficos), me voy a dormir... y Tonnerre se espatarra al lado de mi cama, encima de la alfombra.

Me pongo a leer. Pero llega el momento en que caigo en la cuenta de que tengo que ir a hacer pis. Pongo el pie en el suelo... y por poco me quedo tiesa con un susto mayúsculo: algo húmedo me está chupeteando tobillo y pie.

Es Mr. Tonnerre en plan amistoso y juguetón.

Salgo disparada a frotármelo con alcohol y me vuelvo a la cama tratando de evitar otros lametones.

Pero luego:

¡Milagro milagroso milagrosísimo!

Por la mañana llaman a la puerta: un hermano mío acaba de llegar, se va a quedar todo el finde y le encantan los perros. O sea que es él quien se encarga de bajarlo a que haga sus porquerías mañana, tarde y noche.

Cuando ahora, después de tantos años, veo al dueño de Tonnerre en la tele o en los periódicos –es muy famoso- recuerdo las veces que venía a cenar a mi casa cuando organizaba mis habituales jaleos gastronómicos y a él tenía que saltarle algo en la sartén porque llegaba siempre muy tarde por razones de su trabajo.

Eso mucho antes de que Tonnerre fuera mi compañero de week-end.

SOBRE PERROS Y GATOS MEJOR NO HACER TRATOS

A lo mejor no lo dije antes, pero los animales me dan repelús; da igual que sean perros, gatos, serpientes, loritos, jilgueros, becerros, cabritas, camellos, etc.

Hago una excepción con los peces, por eso de que nadie se espera que le pases la mano por el lomito. Reconozco que me encanta ver como se mueven sinuosamente en el agua. Nunca me pierdo la visita a los acuarios. Y me hipnotiza el ballet que se montan los caballitos de mar e incluso las plantitas acuáticas.

Lo anterior es una especie de introducción para explicar por qué lo pasé fatal cuando tuve que entablar relaciones con los habitantes de animalandia.

La mayoría de mis amigos sentían un morboso afecto por perrotos o gatos, e insistían en compartir conmigo ese cariño –para mí siniestro.

Mi primer contacto fue con el propietario de una especie de ternero negro baboso, que además pegaba unos ladridos que helaban la sangre en las venas.

Vivía en el campo, y mientras él trabajaba, yo estaba prisionera porque la bestia no me dejaba poner el pie en el jardín. En cuanto me veía aumentaba el chorro de baba y empezaba a soltar unos gruñidos muuuy profundos con los ojos inyectados en sangre.

Como el mundo es un pañuelín, no mucho tiempo más tarde me encontré, sin saberlo, pasando los fines de semana en un chalet muy próximo al anterior.

Aquí la situación todavía era más compleja.

Tenía que vérmelas con un perrito pequeño, de esos con la nariz arrugada y respingona y completamente histérico por imperativos de su raza. En cuanto me movía empezaba a saltar como si tuviera un resorte sin dejar de pegar alaridos/ladridos.

Para no hablar de un gigantesco labrador, baboso y que atufaba a pescado.

Con este animalote la cosa era de otro calibre. Era un fetichista del carajo. Por la noche me despertaba con el ruido aterrador que hacía mientras masticaba mis zapatos, zapatillas o lo que encontrara en el suelo. Y si me levantaba para ir a hacer pis, por ejemplo, me

esperaba un baño de baba en tobillos y piernas. Algo como para morirse de asco.

No dudo que eso fue el origen de la hernia de hiato, con tanto conato de vómito del que fui víctima.

Pero también viví amarguras con el gato Fritz, del que ya hablé, cuando vivía en la casa número cuatro.

Sin olvidar los carlinos que eran el amor del propietario de la casa número cinco.

Tanto con Fritz como con los carlinos me porté como un hada madrina.

En el mes de agosto, cuando todos estaban de vacaciones y yo vivía fuera de Milán, cada dos días me hacía un viaje de punta a punta para dar de comer a las mascotas y hacerles carantoñas.

Me ponía un guante de plástico, eso sí, porque insisto en que tocarles me daba repélús, pero no creo que los animalitos se dieran cuenta de mis sentimientos.

Con otros perros y gatos mis relaciones fueron de breve duración, como el caso de Tonnerre o de algún que otro micifuz del que ya hablé.

Lo tonto del asunto es que, pensándolo bien, al final recuerdo más claramente a los odiados bichejos que a los propietarios de los mismos.

ESO DE VIAJAR ES COSA MALA

-Zascandileando por aquí y por allí-

Mini introducción de poca monta

No es mi intención hacer un carnet de viaje, porque además olvidé hace tiempo las cosas normales que acompañaron mis abundantes vagabundeos.

Si miro un mapa de esos grandotes, leo los nombre de muchos sitios donde puse mis piecitos, veo imágenes en mi cabezota (tengo una memoria muuuuy visual), pero no se me mueve ninguna cuerquita en la guitarra del corazón.

Por raro que parezca, sólo guardo un inmutable e inolvidable recuerdo de las cosas raras que en ciertas ocasiones me salieron al paso y que creía haber olvidado para siempre jamás.

Pero no me cabe ni la menor duda de que los recuerdos son como un cojín de esos de ahora, esos modernos rellenos con bolitas de poliestireno: si tienes la mala pata de que se abra un agujerito, te toca afrontar una inevitable cascada que se extiende por doquier a toda velocidad.

...Y cada una de estas bolitas adquiere su propia personalidad de modo inesperadamente sorprendente...

...Y te cuenta un vagabundeo tuyo como algo que pasó ayer

¡¡pero que, en realidad, ocurrió hace un gigantesco montonazo de años!!

Marruecos

Después de atravesar el Estrecho, a pocos kilómetros de Ceuta, se encuentra un pueblito tipo bíblico, Chauen, donde las mujeres se visten de blanco y luego se ponen un chal de rayas rojas y blancas.

Estábamos en una especie de Parador, y reconozco que impresionaba meterse en la piscina viendo pasar un poco más abajo, en un paisaje desértico, camellos, asnos y personajes de la Biblia vistiendo chilabas.

Allí tomé mi primer té de menta “natural”. Quiero decir que el camarero arrancó un cacho matorral polvoriento y le echó agua hirviendo encima, tranquilo como un Papa.

Y como lo que no mata engorda....

Impertérrita, seguí pidiendo dicha infusión, sabiendo siempre lo que me esperaba.

Al caer la noche, los pocos vendedores que había ni se inmutaron. Se quedaron clavados en sus sitios, pero, eso sí, encendieron velas, con lo cual se acrecentó la impresión de estar en un Nacimiento.

Las ciudades imperiales son una pasada.

El espectáculo en Fez de los tintoreros multicolores es acojonante, sobre todo por el olor, que tira para atrás.

Me dejó agotada deambular por las estrechas callejuelas tratando de pegar el culo a la pared y luchando para esquivar tanto los rabos de los asnos, siempre en movimiento para espantar las moscas, como los enormes bártulos que transportaban en sus maltratados lomos.

Lo de Marrakech resultó genial, porque montamos la tienda en un camping que incluso tenía una piscina enorme –donde ni se me ocurrió meter un dedo, puesto que ignoraba en qué año habían cambiado el agua.

La mayor parte de los demás usuarios de dicho camping eran nórdicos guapísimos y jovencísimos, que pasaban todo el tiempo sentados en esteras dentro de sus tiendas, inmóviles, vestidos de

blanco, drogados hasta las orejas... y con unos ojos rojos que daban miedo.

Estaba chupado eso de encontrar “chocolate” porque, pegados a la alambrada del camping, había montones de chavales que lo vendían.

En la tienda de dicho camping cocían ininterrumpidamente unas barras de pan de centeno que sabían a gloria. O sea que vivían de pan, hierba y té de menta.

Tenían un programa tan intensivo que ni siquiera iban por la noche a la plaza, donde la vida nocturna eran de caray, entre los que contaban historias y los curanderos que vendían cochinadas.

Cuando volvimos a repostar en dicho camping, tras recorrer lo que pudimos del país yendo hacia el sur, los chavales seguían impertérritos, sin moverse.

La verdad es que ir a La Medina era una gozada, entre colores y olores de especias. Siempre había alguien que chapurreaba algo de español, y nosotros estábamos dispuestos a chacharear sobre lo que fuera.

No me sorprende que varios intelectuales conocidos se hayan ido a vivir allí.

De ser macho y no hembra, también yo lo haría.

De camping en camping llegamos a Agadir, donde el calor era tan intenso que para poder respirar, por la noche nos salíamos de la tienda, nos metíamos en la ducha vestidas con nuestras pseudo chilabas y luego nos tumbábamos encima del saco de dormir que, como estaba forrado de material plástico, aguantaba todo.

Claro que no nos esperábamos ver salir una mañana, de una tiendita diminuta plantada a nuestro lado, un habitante perfectamente vestido de funcionario: traje gris, camisa, corbata, cinturón, zapatos impecables... imagino que también calcetines...

Llevo años preguntándome como pudo ponerse todo encima, dentro de algo que parecía un paraguas,

Y SIN UNA ARRUGA...

El domingo, de repente, la playa se abarrotó con familias que pasaban el día a lo grande. Se había terminado el Ramadán, con lo cual las comilonas eran impresionantes.

Pero lo que me puso los ojos como platos era ver señoras, muy pero que muy gordechitas, que se metían en el agua completamente vestidas y cuando salían parecían momias mojadas, con tanto metro de tela pegado a los michelines.

¡Inolvidable!

Recorrimos la cadena montañosa del Atlante vestidos como los árabes de las mil y una noches, chilaba hasta los pies, incluido el trapito delante de la nariz enganchado a una oreja. Si lo mojábamos con frecuencia, aunque en el primer momento teníamos que esperar un poco porque el agua que llevábamos en el coche se ponía hirviendo, con el aire de las ventanillas abiertas nos entraba por la nariz un agradable fresquito.

Pero para mí lo más sorprendente era que, si sentías hambre, bastaba prestar un poco de atención: en cualquier rincón, en medio de la nada más absoluta, y cuando menos te lo esperabas, topabas con un chiringuito donde te preparaban una riquísima tahine CON CERVEZA SUPER HELADA (¡en un país musulmán donde está/o estaba entonces prohibido el alcohol!).

¡Nunca tanta cerveza bebí!

Cuando un atardecer llegamos al sur, a Tafraut, nos alojamos en un parador, que era el único edificio a la vista. Resaltaba por ser blanco en un paisaje con montañas violeta... que a las cinco de la mañana se volvieron rosa. Y entonces vimos todas las colinas salpicadas de casitas, que parecían granitos en el paisaje.

Y lo que recordaré siempre es que las mujeres –incluidas las niñas chiquititas– llevaban unos estupendos ropajes negros bordeados de maravillosas cenefas primorosamente bordadas.

Perú

Estando en Milán, por puro caso conozco a la hija de un millonario cubano, naturalmente con contactos en el Gobierno, que viene a mi casa a ver mis jerseys.

Se entusiasma tanto con mis creaciones que me invita a que vaya a su casa para hablar con gente interesada en seguir los pasos de “Manos del Uruguay”, pero para vender prendas de moda en Estados Unidos, no artesanía típica.

Y un buen día me subo a un avión de Aeroflot, la mejor oferta en aquel entonces.

Viaje infernal.

El avión está lleno de remiendos, y como alimentación nos propinan pan de molde con algo no definido dentro.

Se hace escala en Rabat, y allí nos encierran en un galpón donde hay mil grados de temperatura y nos obsequian con Fantas calientes como consomé.

La siguiente etapa es en algún sitio de Rusia, pero no nos dejan bajar.

Luego le toca el turno a Jamaica, donde unos policías gigantescos y negros como una noche sin estrellas nos bajan del avión, nos hacen recorrer el aeropuerto para pasar de nuevo por delante de las máquinas de control y luego nos devuelven a nuestros asientos.

Y llegamos a Lima.

Duermo no sé dónde, cerca de una avenida interminable. A la mañana siguiente trato de buscarme algo en el centro, y allá me voy arrastrando la maleta (*todavía nadie había tenido la super idea de ponerle ruedas a todo*). Y descubro eso del transporte compartido. Pasa un coche, se para, pregunta a dónde va uno, y si corresponde al itinerario previsto por el propietario, uno se sube y le da una cantidad de soles ya prevista.

Con mi manía de vivir en el centro para ver cómo es la vida cotidiana y real, no la de las personas que conozco que viven en los barrios privilegiados, paso tres días angustiosos, durmiendo en sitios tremendos, siempre agarrada a la maldita maleta, porque en cuanto trato de dejarla, para ir al baño, por ejemplo, alguna alma santa me indica que no lo haga, que hay mucho ratero suelto.

Y tenían toda la razón del mundo.

Encuentro a tres chicas que venían conmigo en el avión y que, cuando estaban bebiendo algo en un kiosco, mientras buscaban un lugar para dormir, se quedaron absolutamente sin nada, incluyendo pasaportes y dinero (*porque todavía no se había inventado la riñonera. Yo había cosido bolsillos por dentro de mi chaqueta y de algunas camisetas*). Tuvieron que recurrir al Consulado, porque el billete de vuelta era para cuatro semanas más tarde.

Total, que cuando a los cuatro días en el aeropuerto veo aparecer a mis hermanos, me siento tan aliviada que me pongo a llorar como un becerro, con hipo y todo.

Afortunadamente mientras tanto, hablando con un taxista, descubro que en una avenida al ladito del centro, en el piso 16 de una torre con ascensor, una señora alquila habitaciones.

Allí fijamos nuestra base. Si nos movemos hacia el norte o hacia el sur, dejamos allí maletas y lo que sea, y nos desplazamos con el hatillo mínimo.

Tratando de ir hacia el sur, descubrimos que nuestro proyecto coincide con una especie de vacaciones oficiales. Esto implica que las familias se reúnen y la mayoría de la población se pone en movimiento. Las colas para comprar billetes dan miedo.

Resultado: de ir hacia el sur, hacia Arequipa, nanay; de ir a la derecha, hacia Cuzco, idem de lienzo.

Nos ponemos a leer la guía y decidimos ir al norte, algo no previsto en principio, pero allí está la cultura moche y Chavin de Huantar con la cruz Raimondi, adonde no va casi nadie.

Y no tenemos problemas con los billetes. Hay sitio.

Llamarles billetes es un poco exagerado. Son 200 gr. de impresos con innumerables copias donde constan las informaciones más heterogéneas, incluso nivel de parentesco con las personas en compañía de las cuales se viaja. Lo único que falta es que pregunten cuánto pesa cada uno.

El primer día el viaje es por llanura. Todos los asientos están ocupados, así como los pasillos donde se agolpan cholitas, con un niño atado en la espalda, que están de pie como postes todo el tiempo e incluso se permiten echar una siestecilla y todo.

De vez en cuando vemos algún autobús que otro parado en la cuneta, con los pasajeros diseminados por doquier que esperan que alguien los socorra.

Y también de vez en cuando, diría incluso con gran frecuencia, nos para la policía para pedir los papeles, sobre todo a los extranjeros. Incluso en ciertas ocasiones nos mandan bajar del autobús y nos meten en un galpón, así por las buenas, donde nos miramos unos a otros un poquitín desconcertados... y luego nos vuelven a subir sin darnos ni la más mínima explicación...

Y eso que hablamos el mismo idioma.

La primera etapa es en Chosica

Al día siguiente nos levantamos temprano para ir a Yungay, en el Callejón del Pato, donde años atrás, cuando hubo un terremoto, parte de la montaña se desplomó sobre los lagos a 4.000 metros de altura creando una ola de fango gigantesca que sepultó todo lo que había al pie de la cordillera.

Sabiendo que el recorrido puede ser de infarto, esta vez, para no pasar angustias, estoy armada de un montón de tranquilizantes. Llegamos a la estación de autobuses y me papo mi pildorita.

Por desgracia cuando, tres horas más tarde llega el conductor, un serrano con los ojos rojos como tomates y nos subimos al super desvencijado autobús, que por fin se pone en marcha, el benéfico y tranquilizador efecto de la gragea casi ha terminado.

Han pasado una tonelada de años, pero hay cosas que se me quedaron tatuadas y sigo viéndolas como si fuera ayer.

Carretera de cordillera andina, de tierra, a miles de metros de altura. Tan estrecha, que no sé cómo es posible que las cuatro ruedas estén bien plantadas en el terreno.

De vez en cuando se oye un pling-pling-pling poco tranquilizador, debido a cachos de roca que caen encima del autobús.

Sentada detrás del conductor, tengo una perfecta visión de todo. A cada curva se me engarabitan los dedos de los pies y de las manos... porque tampoco se sabe si enfrente habrá otro coche...

Y de vez en cuando lo hay...

En el fondo del barranco se ven de vez en cuando herrumbrosos restos de autobuses... irrecuperables, claro. La vecina de al lado me dice que numeran los autobuses, para saber si han llegado todos o si alguno se ha caído por algún lado.

¡Tranquilizador, ¿verdad?!

Cuando me doy cuenta de que en la cordillera de enfrente se ven como nubecitas de humo, vuelvo a preguntar a mi amable vecina de qué se trata.

¡Cómo se me ocurrió!

-“¡Es un volcansito, mamita”!

¿Uno?

Uno cada x kilómetros, carallo.

Y todavía no había llegado al momento cumbre del viaje. Repito que estoy sentada detrás del conductor. De repente, al final de una pequeña recta, veo que una especie de túnel está tapado con piedras, sin duda debido a un derrumbamiento por efecto del clásico terremoto.

Mis hermanos y yo nos miramos con los ojos desorbitados.

Los demás pasajeros ni pían.

El serrano para el autobús.

Gira a la derecha, hacia el abismo.

Frena.

Da marcha atrás hasta que roza la montaña.

Más pling-pling-pling de rocas que caen encima.

Frena.

Vuelve a girar un poco más.

Frena.

Marcha atrás de nuevo.

Frena.

... y de repente veo que enfrente, colgado sobre el abismo, a no sé cuántos kilómetros de altura, hay una estructura de hierro con tabloncitos a la derecha y a la izquierda...

... y el serrano mete la marcha, apunta derecho sin vacilar... y empieza a atravesar ese “puente” todo tranquilo, digo yo.

Nadie se inmuta.

Yo por dentro rezo...

Me infarto, creo, porque no oigo ningún latido.

Retengo la respiración...

El serrano como si nada. Y lo mismo se diga de los pasajeros... que empiezan a carcajearse de nosotros porque se dieron cuenta de que estábamos aterrorizados.

Llegamos a Yungay y el autobús nos para delante de algo que tiene el cartel de “Hotel”.

En aquel sitio remoto la propietaria está hipnotizada viendo las imágenes temblorosas de la boda de Carlos y Diana de Inglaterra. Nos da una llave y nos dice que busquemos la habitación.

Caemos en la cuenta de que para ver bien las tan cacareadas sierra blanca y sierra negra, tenemos que salir disparados ya.

Salimos del pueblito, nos sentamos encima de una roca, justo a tiempo para ver que, con los últimos rayos del sol, es cierto que todo a la derecha es blanco y todo a la izquierda negro.

Estamos sentados justo debajo del lago, allá arriba, que fue el causante de la tragedia de años antes. A un metro de nuestra roca/diván asoma el maletero de un coche sepultado.

Debajo está todo el pueblo, banco incluido. Por eso hay siempre un soldado que vigila que nadie se ponga a excavar.

Y de repente entendemos por qué la gente nos decía “no correr”, “no correr”. A los tres nos empezaron unos calambres de muerte, porque a esa altura hicimos todo lo prohibido: subir las escaleras a toda mecha, dejar las cosas, bajar corriendo, buscar el sitio ideal...

Pues muy sanitos debíamos estar, porque de no ser así nos podía haber pasado de todo.

Volvemos a Lima, claro, esperando el momento de reanudar nuestro viaje hacia el sur.

Enfrente de la iglesia de los jesuitas, si mal no recuerdo, en la zona universitaria, encontramos un micro restaurante en cuyo escaparate hay un acuario repleto de peces vivos.

Entramos.

Las mesas diminutas están ocupadas por un número increíble de personas.

Esperamos nuestro turno.

Nos sentamos y el propietario nos pregunta: “¿Cebiche o sudado?” – “Sudado”. Aparece con un pescadote en la mano que coletea desesperado. - “¿Va bien éste?” – “Sí”.

Después de un tiempo mínimo aparece con una bandejota que casi ocupa toda la mesa. En cuanto atacamos el primer bocado, el sabor es una maravilla... pero de repente me empieza a arder la lengua y me entran una especie de escalofríos que parecen ataques epilépticos. Es el picante picantísimo... que seguiremos apreciando día tras día, también en el cebiche y en los demás platos.

Volvíamos a ese restaurantito siempre que podíamos, y luego nos quedábamos de cháchara con los demás comensales armando un buen jaleo.

Tras seis semanas en Perú, cuando volví a Milán le ponía guindilla a todo, salvo al café con leche.

En Lima, muy cerquita de casa había un cine donde daban “Calígula” de Tinto Brass. Nos quedamos patitiosos, porque era tremendófila. No sé cuánto tiempo pasé mirando al suelo. Y era el cine más importante.

Pero al día siguiente, para compensar, nos fuimos a otro, siempre cercano, que era de Arte y Ensayo, y donde estaba programada una peli de Truffaut.

Resultaba impresionante pensar en verlo allí, en un lugar tan remoto.

Mientras hacíamos la cola, los que estaban a nuestro alrededor se dieron cuenta de que éramos españoles... y la cola se convirtió en un corrillo de gente ávida de noticias reales.

Me impresionó que uno de ellos, abogado de un banco, me comentara que para irse de vacaciones a lo que quedaba más cerca, por ejemplo Brasil, le tocaba viajar no-sé-cuántos-días en un autobús descuajeringado esperando que no lo plantara antes de llegar.

Me sentí una bruja piruja comentando que yo en Milán a las 10 de la noche cogía el tren y a las 7 de la mañana me comía un croissant en la estación de París.

Por fin podemos ponernos en viaje hacia el sur.

Es un fin de semana y llegamos a Paracas, el lugar de relax de los limeños, que construyen unas casas impresionantes frente al océano. No hay muchas opciones de alojamiento: hotel de super lujo o pensioncita miserable justo al lado. Optamos por esta segunda... sin imaginar que en nuestra habitación y en el baño hay sendos agujeros tapados con plástico, que un día serán puertas que dan al océano.

Eso sí, al día siguiente, y lo recuerdo porque era el 2 de agosto, mi onomástica, mis hermanos me invitaron a una suculenta comida en el hotelón.

El ágape merecería dos kilómetros de estrellas Michelin.

Cuando salimos a dar un paseito por la playa, vimos la mayor cantidad de medusas multicolores imaginables. Parecían lámparas liberty, por los colores y las dimensiones. Y comprendimos por qué todos los chalezotes tenían una piscina justo al lado de la playa.

Al día siguiente una barca nos lleva a las Islas Ballestas, reserva natural de los lobos marinos (ni sabía que existieran), donde el olor del guano es tan intenso que uno no ve la hora de escapar. Pero desde allí se puede admirar el geoglifo del Candelabro, que merece todito el sufrimiento derivado del hedor.

En Nazca saboreamos el Pisco sauer más increíble del mundo, servido en una jarra enorme. Nos alojábamos en una posada, donde el único lavabo estaba en el patio. Primitivo pero estupendo. En él vivió María Reiche, la matemática que descubrió los *geoglifos* de Ica y que nunca abandonó estos parajes. En aquel entonces ya llevaba años viviendo en el parador. Por la noche fuimos a conocerla, porque había una conferencia.

Y como también había un cine, allí nos plantamos. El público eran casi todas señoras de una cierta edad vestidas de negro. Yo pensaba que nos iban a propinar algo tipo Acción Católica o similar, pero en cambio se trababa de la porno, italiana *by the way*, más porno que me podía imaginar. Y las señoras enlutadas se tronchaban de risa

No puedo comentar nada de Arequipa, que se merece todas las alabanzas que le dedican.

Hace un frío bestial y tratamos de comprarnos un jersey, la denominada chompita. Parece imposible. Todo el mundo calceta incansablemente, pero sigo constatando que la propuesta de trabajo que me han hecho es inaceptable. Sí, es cierto que todos calcetan (*en algunas zonas incluso son los hombres los que hacen virguerías*), pero que la chompita le salga cortísima y anchísima o, al contrario, estrechita y larguísima, a las cholitas les da igual. Tiran y tiran en todos los sentidos diciendo “mira mamita, que te va bien”, “papito no hay problemas”. Y la precisión de los dibujos les trae sin cuidado. Lo que sale sale, y no ven la diferencia.

Estamos hablando de que mis contactos apuntan a exportar a Estados Unidos, donde el control de calidad es tan estricto, que si para la talla M, por ejemplo las medidas son x de altura, xx de

anchura y xxx de manga si, al hacer el muestreo de las prendas, constatan una diferencia de medio centímetro en una de ellas, rechazan en bloque todo el envío.

Cuando a mí me hablaron de crear mis prendas de moda en Perú para exportar, a una amiga de mi pueblo le propusieron lo mismo para México. Allá se fue, y años después tuvo que volver a casa porque incluso la gente a la que daba trabajo, solía desaparecer para siempre jamás con todo el material que le había entregado y sin que fuera posible encontrarla.

Seguidamente agarramos el tren para ir a Puno, a visitar las islas flotantes de los uros.

Se aproxima el fin de semana y ya no habrá trenes. Ni muertos queremos quedarnos todos esos días allí.

Esa noche a mi hermano le entra una fiebre de caballo.

Al alba de la mañana siguiente mi cuñada y yo nos ponemos a la cola en la estación. Pero como vemos mal el asunto, hacemos una cochinateda: sobornamos al primero de la fila para que compre nuestros tres billetes con destino Cuzco.

Cuando llega el momento de subir al tren, nos deja pasmados el que la gente se suba incluso con colchones. Y ¡horror de los horrores! cada WC está ocupado por gente y bultos varios.

Hay paquetes por todos los lados, debajo de los asientos, en el maletero, etc. Y las ventanas no se pueden abrir. Si no recuerdo mal era todo de madera, no sólo los asientos.

Hay un montonazo de extranjeros, dado que es el único modo de poder ir a Cuzco.

Cuando alguien enciende un pitillo, todas las cholitas amablemente aconsejan, “mamita / papito no fumes”.

Visto que en sus novelas Ciro Alegría dice siempre que mascan coca continuamente, sobre todo los serranos, un consejo tan salutista no me parecía procedente.

En cada banco estamos sentadas 3 personas e, igual que es lo habitual en el autobús, hay gente que viaja de pie en el pasillo. Apiñada y compacta, con o sin bebés atados a la espalda.

Primera parada del tren.

Dicen que durará bastante y me bajo para comprar algo, puede que agua.

Cuando regreso, el tren no está en la vía.

Estoy no sé dónde, sin dinero, sin documentos, sin nada.

Hasta que veo más allá un tren desvencijado y muyyyy largo abarrotado de cabecitas.

Pregunto si es el de Cuzco y dicen que sí.

Me subo y empiezo a recorrer como puedo los vagones empezando a caer en la más negra desesperación. ¡Y eso que soy durita!

Hasta que por fin veo a mis hermanos... y me pongo a berrear, sollozando como cualquier Cuchifritín abandonado en el metro...

Segunda parada.

Noto que los que están de pie tratan de desplazarse un poquito hacia los lados, y se esfuerzan por ponerse de canto. De repente se ve algo oscuro que se abre paso entre dos personas... y ese algo resulta una cabeza, que se mueve y remueve hasta que salen los hombros... mas remeneos y "flop" aparece una cholita entera con la tradicional pollera (falda) con metros y metros de vuelo.

Tengo la sensación de haber asistido a un parto.

Arrastra, no sé cómo, una bandejota con comida, tipo cosas fritas puestas encima de papel de estraza o de periódico.

La cholita sentada frente a nosotros lleva un beibito atado delante, en vez de detrás. Compra algo marroncito, lo mordisquea y le da un cachito al beibito que lo chupa como si se tratara de un chupete. De repente, mientras nosotros miramos sin pestañear ante una escena tan bucólica, su mamita lo saca del atado y, como no tiene ni pañales ni nada, asistimos al espectáculo de un líquido marrón que empieza a desparramarse por donde puede, mientras tratamos de encogernos como podemos para que no nos salpique. Mamita ni se inmuta, le limpia el culete con una mano y con la falda y lo vuelve a meter dentro del atado.

Basta este breve momento emotivo para que se nos corte cualquier tipo de apetito. Aparte de que mi hermano sigue atontado con la fiebre.

Esa especie de "parto" protagonizado tanto por hombres como por mujeres que transportan cosas de comer y de beber se repite en todas las estaciones.

Unos bajan y otros suben, con ofertas siempre distintas.

Creo que fue la única vez en mi vida que no le hincó el diente a cosas desconocidas. Pero la imagen del WC atrancado inhibía cualquier tipo de iniciativa en tal sentido.

Cae la noche.

Algunos de los viajeros autóctonos que estaban de pie han ido desapareciendo en las diversas paradas del tren. De repente, la señora que ocupa el asiento al otro lado del pasillo, se levanta y, de no sé dónde, trae un colchón que planta en el suelo, en el estrechísimo pasillo y se tumba encima.

Estamos viajando a mucha altura –no quiero ni pensar por donde, porque uno de los puentes que vi me recordó aquel yendo a Yungai y me quedé acojonada-. Y empieza a hacer un frío loco. No tenemos más que la chompita comprada en el mercado, y acabamos envolviéndonos con los tejidos bordados, los tapados, incluso cachitos de algo para decorar. Tenemos los labios azules, lo cual no es un buen signo.

Resulta arduo creerlo pero, en cierto momento, la desesperación me empuja a tumbarme en lo que queda libre del colchón puesto en el suelo y pongo la cabeza en las piernas de la cholita dormida.

Por la mañana, las cholitas que nos rodean y que han visto que participamos en todo con entusiasmo... y que hablamos español, claro, porque los demás son de sabe-Dios-dónde, nos consideran amigos de familia y nos hacen una confidencia. Todos los ataditos multicolores que vemos por todas partes contienen bolsas de plástico llenas de alcohol, que han contrabandeado de Bolivia y que venderán de estraperlo en Cuzco y sus aledaños.

Por eso insistían en eso de no fumar.

En la nuca me salió un mechón blanco de repente (*que todavía está ahí, aunque sin un espejo no lo veo*), pensando en un tren de madera, con ventanas que no se abren, alcohol EN BOLSAS DE PLÁSTICO por doquier, sin ninguna vía de fuga porque fuera había abismos por un lado o por otro...

Después de tan entrañable confesión, los últimos kilómetros se nos hicieron eternos.

A mi hermano se le cortó la fiebre de repente.

Eso sí, como ya nos advirtieran de que en la estación de Cuzco los cacos esperaban a los turistas para aligerarlos de lo que fuera, salimos como si fuéramos una serpiente, los tres pegados como

lapas. Mi hermano delante, con documentos y bienes escondidos debajo de la ropa y con una mano encima (*nada de la famosa bolsita, que estaban preparados para que uno cortara la cintita y el cómplice la recogiera al caer*); seguía mi cuñada y remataba la serpiente yo, con todos mis haberes abrazados por delante.

¡Un espectáculo!

No merece la pena que me detenga en el estado de los baños y de los wc que nos tocaron en suerte. Mi memoria a veces es una cruz, porque los recuerdo todos.

Pero vimos cosas magníficas y a veces inesperadas, comimos cosas riquísimas en todos los chiringuitos con que nos topábamos, frescos como rosas, asistimos al calvario de los italianos que trataban de comer sólo en el restaurante italiano y se agarraban unas diarreas descomunales, nos pusimos de pisco sauer hasta las orejas...

Después de toda una vida vivida viendo imágenes religiosas, atormentadas, tristes e incluso aterradoras, creía que ya nada podía impresionarme.

Hasta que me encontré frente al “Cristo de los temblores”. Su historia es la siguiente: durante el período de la Inquisición (*no hago comentarios, pero ¡menuda judiada pseudo cristiana!*) cuando a alguien le caía gordo otro alguien cualquiera, lo denunciaba y al pobre desgraciado, con tanto tormento (*he visitado los centros de tortura en diversos países, no sólo en Perú, donde todo se conserva tal cual*) decía que sí a todo. Llegado el momento del público cadalso, el condenado a muerte pasaba por delante de la escultura de dicho Cristo. Si en realidad era inocente, el Cristo abría los ojos y, con gran decepción de los que querían asistir a la inmolación, el condenado quedaba libre de culpa.

Pena que dicha escultura de Cristo tenía los dos ojos unidos por unos alambritos a una cuerda. Si la familia pagaba, alguien tiraba de dicha cuerda y los ojos se abrían.

¿Era también invención de los Jesuitas?

Me lo pregunto sin más, ni se me ocurre ponerme a hacer un estudio del tema.

Pero a lo que iba. Todos los pintores se dedicaron a plasmar esta imagen de la Crucifixión. Pero lo que me dejó sin aliento es que la imagen dolorosa estaba precedida de una serie enorme de

floreros con agua transparente donde había flores y flores, o bien candelabros con velas, cada una de estas adornada con una lazada de diverso color.

Se solían enmarcar con unos marcos dorados llenos de espejitos, especialidad de Cajamarca, que me habían chiflado, pero de comprar cosas pesadas o quebradizas, nanay de los nanays.

Pero como el mundo es una castañita, años después, una ex alumna mía se fue a Perú porque su marido tenía un encargo muy importante, y me consiguió en un anticuario un Cristo de esos con velitas, jarrón transparente con flores y su correspondiente marco de Cajamarca, que me llegó perfecto y que desde entonces adorna mi dormitorio.

Insisto, las imágenes religiosas me dan repelús, pero esta me rechifla.

¡Nunca fui normal, claro!

Turquía – Grecia

Un buen día, creo que en el mes de agosto, aparecen en Milán hermano Número Seis, su esposa y un amigo, proponiendo que nos vayamos en coche a Turquía.

Atravesamos el norte de Italia -sin pena ni gloria, digo yo, porque no recuerdo nada nada- y el norte de Yugoslavia.

Nos paramos una noche en un camping que ofrece también bungalows, chulísimos, casitas de madera que salpican un parque enorme. Mis hermanos en una cabañita y el amigo y yo en otra (*como éramos ambos los dos solterones del grupo, pasamos años compartiendo el refugio en los viajes de grupo*).

Pero mis hermanos tienen miedo a dormir solitos, así que agarran sus colchones, atraviesan el parque llevándolos encima de los hombros y se vienen a dormir en nuestra cabaña. Imagino que acabamos durmiendo en el suelo, claro, y como mejillones en lata, porque el espacio era diminuto.

Pero luego llegó el momento fatal de entrar en Bulgaria. Los policías nos dicen que tenemos que comprar los bonos de gasolina necesarios para llegar a Turquía. Damos los “*travellers check*” correspondientes (no había tarjetas de crédito en aquel entonces e incluso reinaba una considerable limitación de divisas). Es un domingo. La primera vez que necesitamos gasolina, nos paramos para repostar... pero nadie quiere los bonos, sólo billetes sea cual sea el país de procedencia.

Llegamos a la capital, Sofía. Sé que visitamos algunas iglesias, pero las calles están desiertas. Es casi la hora de comer, pero cuando nos acercamos a cualquier sitio que parece un restaurante, hay una gigantesca cola.

Al final nos rendimos.

No sé de dónde salió, pero teníamos sólo un paquete de pan de molde cortado en tostadas y un tarro de algo para untar (por lo que recuerdo).

Como los que conducían eran los chavales, decidimos que esas miserables vituallas les correspondían a ellos.

Cada x kilómetros nos paraba la policía de tráfico, que trataba de hacernos una multa, al parecer por exceso de velocidad. ¡Qué va!, es que era el único coche que veían con matrícula española e

intentaban el truquito: en el polvoroso cristal trasero escribían algo así como “+ 80”. Yo movía la cabeza y escribía “60”. El chaparrito de turno insistía en “+80”. Y yo sonriendo dulcemente movía mi cabeza en sentido negativo insistiendo en “60”. Y además les soltaba un discurso sobre eso de que eran una panda de chulos ladrones que nos habían timado vendiéndonos bonos falsos en la frontera, que eran unos hijos de puta de cuidado, cabrones, etc.

Todo esto con tono dulcito y sonriendo, como si me los quisiera tirar, vaya.

Era la vía utilizada por los turcos que trabajaban en Alemania cuando volvían a su país de vacaciones.

¡Sabe Dios a qué tipo de chantajetes estaban acostumbrados!

Al final nos dejaban irnos.

Para mí estas paradas tenían un efecto diurético. O sea que había que buscar una parada con “toilette”.....

...Empresa que se me quedó absolutamente tatuada (para usar un término muy actual por estos lares, dado que el tatuaje está de moda, incluso en personas talluditas de ambos sexos).

Los búlgaros –hablo de 30 años atrás más o menos- habían previsto unas amplias casetas equipadas con lavabos, WC, etc. etc. sabedores de que los usuarios eran enormes grupos familiares.

A lo mejor no habían previsto que tales usuarias –me refiero a la zona reservada a mujeres- fueran unas saltimbanquis de mucho respeto. Las tortitas de cacoza decoraban paredes Y TECHOS. LO JURO-QUE-ME-PUEDA-CAER-MUERTA-SI-NO-ES-ASI.

Así se presentó el primer lugar...

... y el segundo...

Como es natural opté por buscar un árbol detrás del cual ocultarme para hacer pis.

¡¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyy!!

La vegetación brilla por su ausencia.

(Esta fue una de esas mágicas ocasiones en que envidié eso de que los machos disponen de un grifo comodísimo. Hay veces en que se me antojaba..... No puedo seguir. Me avergüenzo mucho, mucho, muchísimo de mi idea depravada)

Decidí salir del coche, agacharme entre las dos puertas y dejar un reguerito avergonzado en tierra búlgara.... Muchos regueritos a decir verdad.

Tanto porque estoy en vena confidencial, y para explicar por qué la emprendo contra los poseedores de un comodísimo pito, me imagino el Infierno como el desierto búlgaro, donde tuve que cambiarme el tampax varias veces en medio de un desértico páramo.

Va bien que estaba en familia pero...

*Y luego había que excavar un hoyo para enterrar los restitos...
¡Qué mierda esto de ser hembra, en algunas ocasiones!*

En la mayor parte de los casos soy super consciente de que las chavalas somos la sal de la tierra, cachondeos aparte.

Por fin, al ocaso, llegamos a la frontera con Turquía.

El espectáculo es tan desconcertante, que nos quedamos sentados en el coche como unos tontos de remate, viendo lo que pasa alrededor y esperando que se nos ocurra una idea de cómo movernos.

Ya no hay luz del día, o sea que la iluminación depende de unos farolitos plantados aquí y allá.

¿Por qué estamos tan chocados?:

Hay una serie enorme de roulottes a las cuales se ha cortado un cacho para abrir una especie de ventana. Funcionan como bancos y acumulan divisas a manta. Para soltar los dineretes hay que subirse a una especie de escalera.

Los coches que llegan son fuente de sorpresa. El equipaje atado en la baca es más alto que el coche en sí... Y en cuanto se para empieza a salir una serie indecible de personas de todas las edades.

Llovizna.

Esparcidos por aquí y por allá hay unos paraguones bajo los cuales reina una raquífica mesita encima de la cual hay una máquina de escribir de esas antiguas super manuales (*las que más que gustaron siempre. Me ayudaron a conservar la fuerza de los dedos para tocar el piano. Cuando pasé a las eléctricas se fue todo al carajo*).

Enfrente, sentado en una sillita y vestido con traje, camisa y corbata, un escribano espera clientes. Cuando veo los papeles que hay que presentar en la aduana entiendo su función. Probablemente la mitad de los viajeros son analfabetos, pero las preguntas de los impresos ocupan DOS HOJAS. Y dedican montones de renglones al apartado “personas acompañantes”.

Tenemos suerte y pasamos rápido. En cuanto llegamos al primer pueblito, estamos tan hambrientos que nos paramos en un sitio que nos parece que anuncia algo parecido a “comidas”.

No sé lo que pasa, pero todos los presentes están viendo la tele. Hacemos los gestos habituales; nos indican una mesa; nos sentamos; un tipete nos planta un plato delante acompañado del correspondiente cuchillo y tenedor, sin perder de vista la tele.

Miro mi plato y veo que tiene cosas pegadas.

Llamo al “camarero”, explicando a mis compañeros de viaje que mi plato está hecho una guarrería.

Mi cuñada me dice “no lo hagas”

Llega el camarero. Cuando le indico mi plato, agarra el trapo más sucio que vi en mi vida, le da una repasada feroz a dicho plato y lo planta de nuevo ante mis narices con la magnífica sonrisa de quien ha hecho un trabajo impecable.

Mis compañeros de viaje me lanzan miradas de conmiseración, por haberme portado como una tonta del culo en absoluto.

Bueno, pues dado que nos traen cosas riquísimas, tipo tapitas, me limito a comer todo sin usar el plato y tan contenta.

Por fin llegamos a Estambul.

Aparcamos en proximidades de la Mezquita azul.

Estamos hechos polvo y tenemos que buscar un hotel.

De repente, un enanito vestido de militar nos apunta un fusil. Le ¿explicamos? “españoles” “hotel” y no sé qué más.

Aparece un chavalín que se ofrece a vigilar nuestro coche. Y le contratamos para el día siguiente (*los días que nos quedamos allí estuvo siempre apostado al lado y de vez en cuando le quitaba el polvo con la manga de la camisa*).

Atravesamos la calle donde hay el letrero de un hotel. Entramos y reservamos habitaciones. Como hay restricciones de agua, de luz y no sé de qué más, corro un velo sobre la situación del cuarto de baño, que contiene los restos de los precedentes ocupantes de la habitación.

A este punto, reconozco/reconocemos que los platitos probados en la primera etapa no han cerrado el agujerón de la tripa, y además queremos ver el Bósforo, mientras todavía en el cielo hay una cierta claridad.

Salimos del hotel, llegamos al Bósforo –que está a dos pasos- y esperamos hasta que el último resplandor verde/amarillo/violeta se hunde en el agua...

... Y de repente no se ve un huevo. Alrededor reina sólo la oscuridad más oscura y negra.

Desconcertados, tratamos de volver al hotel, pero no hay nada que nos pueda orientar. Ni siquiera los monumentos públicos están iluminados.

Después de tratar inútilmente de encontrar nuestro hotel, decidimos seguir las orillas del Bósforo hasta que vemos la indicación de un hotel, iluminado porque dispone de su propio generador. Entramos y reservamos otras habitaciones. Esta vez el hotel es de lujo... pero la situación del cuarto de baño y de las sábanas es igual a la del pobrete reservado previamente. Tanto es así que recogemos los sacos de dormir que estaban todavía en el maletero del coche y los subimos a la habitación, porque ni locos dormíamos en aquellas sábanas.

Decididos que es la hora de comer algo sólido antes de abandonarnos a la absoluta desesperación.

Nos indican en el hotel que saliendo, a la derecha, hay restaurantes. El “salir-a la derecha” significa que uno a la cabeza va tanteando la pared y los otros en fila india detrás... hasta que vemos una luz miserable que es una chabola tremenda... pero la luz ilumina un acuario. Señalamos con el índice a unas pobres criaturas que coletean felices... y que poco después aparecen delante de nosotros tras pasar por la parrilla.

Todavía hoy me siento casi culpable de tal asesinato.

Y cuando a la mañana siguiente volvimos al hotel número uno, en el aparcamiento encontramos esperándonos al chavalillo que debía cuidar nuestro coche.

El propietario del hotel ni se había dado cuenta de nuestra ausencia.

Empezamos nuestra visita turística. Estamos en el centro más central de la ciudad, pero detrás del hotel, las “calles” (denominación piadosa) están atravesadas por kilos de cables enmarañados.

El ir al banco para coger dineritos también resulta emocionante. Naturalmente delante de la puerta está plantado el habitual soldado chiquitín armado hasta los dientes. Hacemos la cola delante del “exchange”, porque somos tres cuentas distintas. Pero resulta que nos cambian sólo una cantidad limitada lo que supone que tendremos que estar siempre plantados allí...

En cuanto podemos nos vamos al Gran Bazar, que realmente es estupendo. Estamos fisgando en un tenderete que tiene cosas gloriosas cuando el propietario, que nos oye hablar español, se nos acerca y nos pregunta, en nuestro idioma:

- ¿De dónde vienen ustedes?
- De España
- ¿Pero de dónde?
- De Galicia
- Yo también soy español
- ¿De dónde?
- De Toledo
- ¿Y hace mucho que vive aquí?
- Bueno, mi familia dejó Toledo hace 400 años por eso de la Inquisición

Copiando a la mujer de Lot me convertí en una estatua, no de sal sino de piedra pómez.

Creo recordar que mis hermanos me quitaron de allí a rastras porque no era capaz de reaccionar.

¡¡Después de 400 años todavía se sentía toledano!!

Creo que en el fondo mis compañeros de viaje le quedaron muy agradecidos, porque se me cortó de cuajo la verborrea y los dejé a su bola durante un cierto tiempo.

Un día cualquiera nos vamos a visitar un fuerte en los alrededores. La carretera es estrecha y está a una cierta altura, bordeada por terraplenes a ambos lados, en el fondo de los cuales se ven restos de coches.

Al volver de repente aparecen soldados que nos dan el alto y nos indican que tenemos que aparcar. Nos paramos justo al lado de un peñote... y esperamos ...

... y seguimos esperando...

Inesperadamente, a lo lejos se vislumbran vehículos en movimiento. A medida que se aproximan, notamos que los dos

primeros están adornados con una serie de banderines, por lo cual deducimos que se trata de BIG. Detrás, los otros coches se mueven compactos, tipo la tortuga de los dibujos animados de Astérix, cuando los romanos se ponen los escudos en la cabeza para atacar.

Nosotros estamos bastante aterrorizados viendo lo que se nos echa encima. Menos mal que uno de los policías está delante de nosotros, casi sentado en el capó del coche. Una vez que pasan los dos coches de jefazos, los otros quieren conservar su puesto a toda costa y se mueven sin que nadie renuncie... con el resultado previsto de que a la derecha y a la izquierda algunos coches empiezan a deslizarse por la ladera. Parece un juego de niños. Nadie se hace daño porque vemos que las puertas se abren y sale gente que se queda allí esperando no sé qué.

¡Me salieron canas en las cejas con la impresión!

Y cuando nos permitieron continuar el viaje, seguimos viendo otros coches caídos. Al final tuvimos que parar porque nos entró a los cuatro una risa histérica incontenible.

Decidimos volver a Italia atravesando Grecia. Estamos acercándonos a Atenas siguiendo la circunvalación, cuando vemos el anuncio de un camping. Entramos. Montamos la tienda a toda velocidad y salimos disparados para ver Atenas “la nuit”. La verdad es que la Acrópolis corta la respiración. Y la “plaka” está animadísima, con mogollón de personas que montan un jaleo bestial.

A una cierta hora decidimos marcharnos a dormir. Subimos al coche... y caemos en la cuenta de que no tenemos ni idea de donde está nuestro camping ni de cómo se llama... en griego, claro.

Corro un tupido velo sobre la noche pasada dando vueltas por la circunvalación, tratando de recordar el itinerario inicial.

Milagro de los milagros, al final lo encontramos.

Desde entonces, vaya a donde vaya, en cuanto llego a cualquier sitio le pido a algún indígena que me escriba la dirección en el idioma del lugar y me la meto en el bolsillo, en plan previsor.

Nueva York

Una ex alumna, durante años me trajo a casa como huéspedes a Fulano, Mengano y Zutano.

Era un poquito exagerada, pero eso no lo supe durante mucho tiempo.

Una vez conoció por su trabajo un manager americano que quería quedarse una noche más en Milán, pero tenía que dejar su hotel y no encontraba habitación. Pensando que era un amigo suyo, le dije que dejaba la cama hecha en el salón y la puerta de casa abierta. Bastaba que ella lo acompañara y le enseñara donde estaba todo.

Cuando me entró sueño me fui en la piltra y no me enteré de nada.

A la mañana siguiente la cama estaba vacía, con sábanas y mantas primorosamente dobladas. En la cocina había una caja de bombones acompañada de una cartita del huésped dándome las gracias, con su nombre y sus señas por si un día podía contracambiar.

Claro que luego supe que lo había conocido media hora antes de llamarme por teléfono.

Pensándolo bien tuve una suerte del copón dado que, con tanto ignoto que me metió en casa, nadie me rebanó el gaznate ni me hizo juegos de prestigio de ningún tipo.

De repente me escribe desde Nueva York diciendo que está trabajando allí, ha alquilado un apartamentito en Manhattan y me invita a que vaya allí con quien me apetezca.

Se aproxima Pascua.

Llamo al hermano Número Seis que se apunta de inmediato.

Y me dice que vendrá también su cuñada con su novio y dos estupendas amigas vascas.

Lo comunico a mi ex alumna que me dice que es fantástico, basta que nos llevemos un saco de dormir, porque no hay camas para todos.

Yo caigo por allí dos días antes que mis compañeros de aventura...

... y constato que hay cucarachas por todas partes. En el baño y la cocina, sobre todo, pululan puntitos/puntotes negros que deambulan atolondradamente.

Me voy a esperarles al aeropuerto, donde me toca una espera considerable sentada en el purito suelo y, cuando aparecen por la puerta, muerta de risa, comento que no tienen que asustarse de algo que, al parecer, es bastante típico en esa zona.

Cuando las hermanas vascas oyen la palabra “cucaracha” se niegan a dejar el aeropuerto y quieren volverse a España de inmediato.

Digo que no, claro, que es una trola y que sólo estaba vacilando al personal.

Llegamos a casa y cuando le susurro a mi amiga la situación, ni rechista: dispone de inmediato que las dos hermanas dormirán en la camota, ella a sus pies, la pareja de novios en la habitación de invitados y los restantes –mis hermanos y yo- en el suelo de la mini sala.

Decidimos que eso de utilizar la cocina ni se plantea. Nos inventamos no sé qué (siempre de cara a las vascas).

Pero lo del cuarto de baño es de película. En cuando una de ellas expresa su deseo de ir, siempre hay alguien que dice: “un segundo, porfa, déjame entrar antes”... y con ayuda de la ducha procede a empujar al desagüe a toda la animalada.

... y lo mismo hacemos cuando por la noche estamos de cháchara en la micro-sala. Todos charlamos afablemente sentados en el suelo y, en cuanto vemos algo que se mueve, desplazamos un periódico, damos una patada, empujamos lo que sea...

... y si en un restaurante vemos que algo trepa por las paredes, alguien está siempre al quite para dar codazos o manotazos.

Las santas inocentes regresaron a su hogar sin haber visto nunca nada negro en movimiento.

Subsanado inicialmente el problema “animalesco”, al día siguiente nos ponemos en movimiento.

Nos cae un chaparrón que puede aplastarnos.

Nos refugiamos en una tienda que vende también plástico verde por metros. Nos compramos no sé cuántos metros cada uno y, corta por aquí y por allá, nos organizamos unos ponchos plasticosos chulísimos que nos brindan una protección super.

Fueron unos días demenciales. Cuando volvíamos a casa por la noche, siempre se dejaba caer por allí algún amigo de la inquilina de la casa, que se unía a nuestro grupo sin demora.

Nos sumergíamos en una mezcla de inglés, italiano y español como para fomentar la conjuntivitis mental, digo yo.

¡De locura, pero divertido!

Lo que quería ver de NY era la visión de Manhattan de Woody Allen desde el puente de Brookling y la archiconocida de la ciudad desde el Empire State que presentaron tantas pelis durante tantos años, protagonizadas por mis actores favoritos (*por desgracia todos difuntos por motivos de vetustez, ¡¡¡ayyyyyy!!!. Cada vez me siento más obsoleta*)

Me lo pasé pipa, sobre todo gracias a la estupenda compañía.

Lamu

Como ya comenté, solía pasar las vacaciones de Navidad preparando los diseños veraniegos en algún sitio con playa y calor. Pero hasta el último momento no sabía qué día podía irme. En Italia había que reservar con mucha antelación por eso solía optar por salir desde Madrid a última hora para ir al sitio que estaba en oferta.

Un año, en noviembre, descubro que una de mis alumnas es co-propietaria de una agencia de viajes y de la gestión de un hotel situado en un islote frente a Lamu. Está todo reservado, pero me ofrece una choza que tienen para emergencias, con el WC fuera, en otra chocita. No lo dudo ni un instante y me apunto.

Me preparo mi hatillo con lo más indispensable: dos faldas, dos camisetas, un trapito para fin de año y dos pares de alpargatas.

Y, naturalmente, una bolsa con el material para preparar muestras, agujas de calcetar y ganchillos, cuaderno de dibujo y lápices de colores (una bolsa muy cuca bordada por mí cuando estaba en la Universidad y que servía para meter la ropa que recogía la lavandera una vez a la semana para lavarla, blanquearla al sol encima de arbustos, etc.).

En el aeropuerto me encuentro, inesperadamente, con otros dos alumnos míos que forman parte del grupo de compañeros de viaje con los que compartiré ese rincón perdido.

Al llegar a Mombasa caigo en la cuenta de que la única que lleva un hatillo soy yo. Los demás, para pasar 10 días en un sitio remoto y aislado se llevan maletotas de Vuiton... que no caben en el helicóptero. Uno se quedó sin dos grandes de esa marca, que fueron a parar sabe Dios a qué lugar.

Luego me percaté de que todos se cambiaban de ropa constantemente. Mi alumno se ponía un conjuntito para desayunar, otro para comer, otro por la tarde y otro por la noche. Cada conjunto se componía de polo firmado con el clásico cocodrilo, bermudas... y cinturón del mismo color que las alpargatas.

¡Un agote!

Y lo mismo se diga del resto de los presentes.

Al día siguiente una canoa nos llevó a Lamu, que está enfrente. Es una preciosidad. Completamente árabe, con unas puertas talladas impresionantes, dignas de la Alhambra.

Aprovecho para comprarme pareos (*que todavía utilizo actualmente; los que no han quedado reducidos a hilachas, claro*).

Dos días más tarde, cuando nos levantamos, estamos incomunicados. Un monzón -o no sé qué cosa- se ha llevado el agua. Las barcas están plantadas en la arena y prácticamente no hay comida, porque estaba previsto comer langostas o similares pescados cada día.

Lo único que recuerdo es que para la cena de fin de año sacrificaron a toda velocidad una cabra. Pero como tuvieron que asarla inmediatamente para ponernos algo en el plato, la carne parecía chicle y no había manera de comerla. Yo me partía de risa. Era la única con la falda de todos los días. Los otros estaban firmados de pies a cabeza. Una incluso llevaba un lujoso traje blanco firmado Saint Laurent.

La propietaria del hotel se esfumó (*sería para no recibir quejas*), dejándonos abandonados a nuestra suerte. Yo me refugié en mi choza, amparada por el mosquitero, hasta que mi alumna vino a llamar a mi puerta porque tenía un ataque de romanticismo agudo y su amigo no le hacía caso. Así que pasamos la noche sentadas en la puerta de mi choza mientras ella me contaba sus cuitas, mirando una luna ENORME que parecía que se pudiera tocar con un dedo.

Cuba

Otras Navidades la oferta chuli estriba en participar en el viaje inaugural de la línea Madrid-La Habana, que comprende 15 días de estancia con pensión completa: 8 en Varadero y 8 en una instalación turística en Bacuranao, a pocos kilómetros de la capital.

El precio es tan irrisorio que ni lo indico.

Por primera vez no tengo que trabajar. Ya dejé todo organizado y hasta mi vuelta estoy libre de hacer lo que me parece. Y lo que me más me apetece es

NO HACER NADA DE NADA = NO PEGAR SELLO

Me subo al Cubana Air, que está abarrotado. Como vengo de Italia, estoy vestida de invierno. Los que salen de Madrid ya están preparados con chanclas y 4 chuminadas ligeras encima.

Dado mi terror a los aviones, lo primero que noto es que la moqueta está hecha pedazos, los asientos desvencijadísimos y todo tiene un aspecto viejo reviejo.

Las super sonrientes azafatas captan mi atención de inmediato. Son unas gigantas de cuidado, con los labios pintados con un carmín reluciente muy muy rojo, a juego con el esmalte de las kilométricas uñas.

Pero lo que me deja más estupefacta es que todas sin excepción tienen unas posaderas enormes enfundadas en pantalones de punto, de esos que se pegan. No sé cómo pueden transitar por el estrecho corredor sin atizar golpes con las nalgas en la nariz de los pasajeros. Pero cualquier cosa hicieran te desarmaban diciendo constantemente: “perdona amorcito”, “ahora mismo mi amor”.

Me encantaron, me encantaron, me encantaron...

Lo que no me esperaba, y resultó una estupenda sorpresa, fue la cena opípara que nos dieron, empezando con el cóctel de gambas más suculento de mi vida.

Nada más aterrizar nos cargan en un autobús y nos expiden a Varadero.

Dividiré la habitación con una desconocida que viaja con dos amigas suyas. Dado que llevo toda la vida viajando en grupo, me da igual, porque mis horarios son muy autónomos. Siempre me levanto

antes que los demás y suelo acostarme con las gallinas, si no estoy con amigos; o sea, contra corriente. Así nadie molesta a nadie.

Lo que no está previsto, y es como una especie de maldición que me persigue, el cielo es gris, llueve a manta e incluso hace fresquito.

La verdad es que los temporalones son de órdago, incluso para una avezada como menda a las furias del Atlántico patrio.

Ni me inmuta. Soy la única que pasa el día en el bar de la playa, leyendo... y regándome con mojito, que todo hay que decirlo. Mi afición a este bar se debe, sobre todo, a que, como soy la única clienta, cuando pido un mojito hacen medio litro. El precio es fijo: 1 dólar. Sólo que el resultado es de tres vasotes, no uno. Al final acabo invitando a cerveza a los camareros, que me tratan como una reina.

A un cierto punto se me acaba la lectura, porque no había contado con días enteros sin nadar ni hacer vida de playa ni nada.

Consigo –no sé cómo- que me presten una bicicleta y pedaleo hasta el pueblito cercano (*primera y última vez que utilicé dicho transporte. Ni sabía que sabía hacerlo. ¡Hay que ver a lo que empuja la desesperación!*).

Encuentro una magnífica librería donde los precios son irrisorios, dado que está todo pirateado; veo un libro que me compré años atrás y que metí sin leer en mi maleta de emigrante: “Un mundo para Julius”, de Bryce Echenique. Me lo compro, vuelvo al hotel... y me lo papo a toda velocidad. Vuelvo a comprarme más obras de este autor o de otros hispanos y paso un período estupendo durmiendo como un lirón, dándole al mojito y leyendo en la playa durante todo el día...

¡Una gozada super!

Ocho días más tarde nos suben de nuevo a un autobús y nos aparcan en Bacuranao, un sitio rarísimo, cerca de La Habana, al ladito del mar. Consiste en un jardín grande a cuyo alrededor hay casitas pegadas unas a las otras. Cada una es una habitación para dos personas con un baño primitivo.

Al fondo está el comedor. Los desayunos son épicos, pero nunca puedo participar en esos festines, aparte del habitual café (que como exportan todo no es ninguna maravilla).

El cocinero prepara unas virguerías de muerte y me desquito al almuerzo y a la cena, probando cositas sabrosísimas, mientras un trío tipo Los Paraguayos ameniza estos momentos culinarios.

Luego descubro que el grupo del mediodía y el de la cena son distintos. Cobran un sueldo, pagan casi nada por la casa, comen o cenan allí, y trabajan sólo dos horas al día.

Constato que al “maître” le llaman “capitán”. UAUUUU.

La segunda mañana que estoy allí, cuando abro un ojo, veo que en la almohada de la camita de al lado hay dos cabecitas: la de mi compañera y la de una de sus amigas, que tendría que estar en la casita vecina.

Como siempre me levanto temprano, allá me voy a desayunar, donde los demás del grupo me ponen al corriente de lo que ignoro.

La otra ocupante de la habitación, una no muy jovencita, pero jefaza de un organismo público madrileño, se ha pasado la noche con un negrazo de todo respeto, desalojando a su compañera.

Y mientras me están poniendo al corriente de los cotilleos, he aquí que aparece la interfecta, fresca como una rosa, que agarra una bandeja, la carga con todo lo habido y por haber, y desaparece rumbo a su habitación.

Bueno, pues esto se repitió cada día... Pero la cabecita que dormía en la cama de al lado cada día era distinta. Esas dos se cepillaron todo lo que podían...

Pero les ofrecían un desayuno regio.

¡Los espectadores nos partíamos de risa!

Como, extraordinariamente, seguía haciendo un cierto fresquito, impropio de la temporada, yo pasaba el día sentada delante de mi bungalow, envuelta en mi abrigo y leyendo, o bien cotilleando con todos los que se me paraban delante.

Y ahora viene lo bueno.

Un día hay un apagón al anochecer. En la habitación hay una vela, así que me la enciendo, me meto vestida en la cama, porque realmente tengo frío, y leo.

De repente llaman a la puerta. Dado que no está cerrada suelto el clásico “¡adelante!” y cruza el umbral una especie de Dios cubano color café, que agita unas llaves de coche con aire frivólón.

Se sienta cómodamente en la única butaquita disponible y me comunica que las otras chicas le han comentado que yo me paso el tiempo leyendo y el viene en plan redentor para alegrarme la vida, como quien dice. Está incluso dispuesto a llevarme a La Habana.

Ni me inmuta. Contraataco haciéndole preguntas. Resulta que estudia Derecho. Me lanzo a hablar de temas jurídicos.

Al cabo de una hora más o menos, nos saludamos en plan amiguetes de infancia... y vuelvo a mi lectura.

Los del grupo se tiraban de risa por el suelo al día siguiente. Habían notado el jaleo, pero ignoro si creyeron o no mi declaración de que me limité a charlar con el adonis tostadito.

Con una pareja del grupo, que vivía en Madrid, seguimos visitándonos en las respectivas casas durante años, sin jamás tocar el tema.

En el viaje está incluida una velada en el Tropicana.

Había oído siempre ese nombre, pero no me esperaba ver a esa enorme cantidad de enormes señoras en traje de baño subiendo y bajando por los árboles.

(Mi último y –único- recuerdo de algo tan frívolo fueron las escuchimizadas del Moulin Rouge que te pasaban por delante de las narices con las diminutas tetitas al aire).

Y llega el Fin de Año.

Jamás he tenido oportunidad de saborear platos tan excelentes como los que nos ofrecieron esa noche. Sin olvidar los litros de “cuba libre” con los que nos animaron la velada.

A decir verdad, nunca fue mi bebida favorita. Será porque considero la Coca Cola un producto especial para limpiar la plata, pero beberla....

Como Hemingway, considero al mojito, tanto que sea de “La bodeguita del medio” como no, el plus de los pluses.

Me sentí obligada a probar el daiquiri de la “Floridita”, pero reconozco que no me importa nada.

El tradicional mojito le da pan con ostias.

Curaçao

Llegan las enésimas Navidades.

Esta vez me toca calcetar, porque los hilados han llegado con retraso y no he tenido la oportunidad de organizarme. Eso sí, me los he preparado según el trabajo que tengo que hacer, de modo que pierdan también su aspecto comercial. Es decir un montón de ovillos enrollados con 2 cabos... y carentes de etiqueta, claro.

El viaje en oferta, desde Madrid, es la estancia en esta isla antillana, de la cual ignoro todo.

Salida: 24 de diciembre.

El grupo soy yo solita.

Escala en Caracas unas cuantas horas.

Me quedo un poco traspuesta, y de repente me veo rodeada por mujeres y hombres de dimensiones considerables que arrastran enormes paquetes y gigantescos animales de peluche.

Cuando llega el momento de subir al avión que nos lleva a Curaçao, las azafatas tratan de quitarles todo lo posible.

Yo sigo estando abrazada a mi bolsa con los hilados super caros (*en aquel momento, el precio comercial de la angora que tenía que tricotar para hacer cuatro prendas ascendía a cien mil pesetas*). Pero como está todo compactado, no hay problemas. En la maleta tengo más hilados, pero son de nivel inferior y no me espeluzna el que se pierdan entre un transbordo y otro.

Soy la única que baja en Curaçao. (*¿A dónde irían las demás cargadas de regalísimos?*)

El policía de la aduana nunca ha visto estos materiales. Pero como tengo una paciencia de santa –pese a que envejecí mil años entre viajes de avión, horas de espera y otros etcéteras–, le explico que estoy allí para trabajar, porque soy una diseñadora de moda que está haciendo una colección con el nombre de la isla, aunque estos materiales no se pueden utilizar en el Caribe porque están previstos para países fríos. Pero necesito inspiración, y creo que esta isla paradisíaca puede darme ideas. Como puede ver, son materiales sin nombre, porque soy la encargada de la promoción y tengo que decidir lo que es válido o no.

Tres cuartos de hora dándole la tabarra, hasta que me deja pasar la aduana con todo mi material, encantado de librarse de una logorroica de mi calibre.

Afortunadamente todos hablan español, además de inglés, holandés y papiamento, el lenguaje autóctono (*en una librería encontré un libro de Vazquez Montalbán escrito en este idioma*).

El hotelón previsto es un Sheraton. Está situado encima de un farallón, y no se divisan playas.

Mi habitación está en el sexto piso, la pared del fondo es toda de cristal y da a la ¿bahía? Quiero decir que se ve sólo agua y más agua. El mar Caribe parece un inmenso océano como quien dice.

Me informan, con gran sorpresa por mi parte, de que mi reserva prevé sólo habitación y desayuno. Tengo cheques de viaje, pero todavía no existe la tarjeta de crédito, o sea que me tocará ser parsimoniosa. (*En las demás ocasiones en que hice viajes organizados había pensión completa, que raramente utilicé, claro*).

La noticia no me importa un huevito escalfado con picatostes.

Al llegar al hotel me dan una especie de contenedor que suena como maracas, porque está lleno de unas extrañas fichas, que no sé para qué sirven.

Cuando a las 6 de la tarde bajo, porque tengo que buscar un sitio para comer, me encuentro con que estoy en un Casino, donde justo a esa hora no sólo los huéspedes, sino también todos los isleños posibles e imaginables juegan al Bingo con gran entusiasmo.

Y descubro que las chapitas del bote que me dieron son para las tragaperras.

Creo recordar que no hay muchos sitios donde comer.

Esa primera noche como en un restaurante indonesio, que a decir verdad no era nada bueno. Y cuando vuelvo me pongo en plan mirón recorriendo las salas de juego.

La ruleta siempre me pareció un coñazo, pero en cambio el *black jack* atrae mi atención, porque se ve siempre en las pelis o en los telefilms americanos y nunca entendí cómo funciona.

Así que me planto al lado de una mesa tratando de entender de qué va el asunto –inútilmente. Al poco rato caigo en la cuenta de que a mi lado está aparcado un señor vestido elegantemente, pelo abundante con raya al lado, gafas y bigote... y que me llega al

hombro (*mi especialidad, vaya*). No hace nada. Baja la cabeza para observar al croupier y luego la levanta para mirar al techo encima de la mesa.

Me recuerda los pollos que, cuando beben, hacen lo mismo.

Al cabo de un rato, la curiosidad me puede, así que pego la hebra sin la mínima vergüenza.

Lo tengo fácil porque soy española y vivo en Italia, o sea una perla super rarísima. Trato de que me explique la gracia del juego, pero a mí la explicación me deja in albis.

Charlando charlando, descubro que es uno de los socios del Casino, y suele controlar justo como trabajan los croupiers del blackjack.

¡Pobre alma santa!

Durante los quince días de mi estancia dedicó un montón de tiempo a explicarme los mecanismos de los juegos del Casino, sin que mi cerebro almacenara ni un gramo de conocimiento sobre dicho tema).

Cuando caigo en la cuenta de que, tras tanto viaje, estoy hecha fosfatina, me subo a mi habitación y ni se me ocurre correr las cortinas, porque quiero ver el amanecer en el mar Caribe desde mi cama.

Me siento tal cual la reina de los piratas en las pelis de mi infancia.

Me pego una ducha, y como he bajado la temperatura de la climatización, para evitar que sea glacial, salgo del cuarto de baño en pelota picada, o sea super desnuda...

... Y me encuentro con un transatlántico delante de mi ventana, a la distancia típica de un patio de luces, abarrotada de personas que en los 8 pisos con que cuenta, están pegadas a los ojos de buey o acodadas en las terrazas para ver la salida del puerto y que podría tocar con un dedo si mis ventanas se pudieran abrir.

Para una que siempre pecó de pudibunda, en una situación tan irreal no reaccioné: me quedé pegada a la moqueta cual estatua griega, viendo como la nave se deslizaba lentamente mientras un bosque de manitas saludaban no sé a quién.

Si yo notaba incluso los detalles de los vestidos de algunas personas, los viajeros no podían ignorar mi situación. Pero tirarme al suelo no arreglaba nada; quedaba fatal lo mismo.

Al día siguiente hago mi debut en la piscina (el hotel estaba en una escollera, y yo tenía que trabajar).

Llego con una discreta bolsa llena de lana (*la super carísima angora para más exactitud*) y armada de las agujas de calcetar.

Me planto en una tumbona con un libro en mis rodillas abierto de par en par y sujeto con dos pinzas... y empiezo a montar los puntos del primer modelo.

En tiempo record los niños que juegan en la piscina forman corro a mi alrededor. Todos hablan español, porque vienen de Venezuela o de Puerto Rico o de cualquier otro país de América Latina.

No tienen ni idea de por dónde cae Europa. Lo máximo que recuerdan es Estados Unidos. Pero están fascinados por eso de que alguien llegue de muy lejos para calcetar.

Por la tarde es el turno de las señoras, que me cuentan su vida. Descubro que casi todas están casadas con jugadores empedernidos. Deben ser tan fanáticos, que toda la familia está invitada por el hotel/Casino.

Me hago una cultura amplísima sobre la sufrida vida de alguien casado con un jugador.

Empiezo a mosquearme: ¿soy yo la única que paga?...

Constato nuevamente de que, vaya a donde vaya, me veo rodeada de almas tristes que me cuentan sus vidas.

Yo no pregunto nada. No hace falta. Me miran. Se sientan. Hablan. Se quejan...

Hay una rubia guapísima, estilo Marilyn, argentina. Fue azafata y está casada con un piloto, como es de cajón. Me cuenta que su marido hace la línea con Madrid y que se dedica AL CONTRABANDO DE BRAGAS ESPAÑOLAS, que distribuye por doquier. Boquiabierta me quedo. Al parecer tienen fama de calidad.

Cuando entra en detalles le doy toda la razón.

Caigo en la cuenta de que yo misma, pese a andar pegando tumbos por tantos países, siempre usé -y sigo usando- las compradas en el Corte Inglés.

¡Menuda confesión insustancial!

La noche de Fin de Año conozco al contrabandista, un Apolo de caray. Es el único momento en que no está jugando a algo.

En cierto momento les toca el turno de confianzas a los maridos, y así descubro que Aruba es todavía mejor, que hay un Casino colosal.

Los únicos no jugadores que se me acercan son una pareja de novios, él abogado y ella su adoradora. Como han alquilado un coche recorro la isla con ellos.

Yo me esperaba ver casas coloniales de película, pero se ve que los holandeses eran muy espartanos, porque las moradas de los propietarios de plantaciones no se parecen en nada a las que se ven en las películas con esclavos del Sur de Estados Unidos.

La casa del terrateniente local resulta poco más que una chabola.

Y el lugar donde se fabrica el famoso licor que lleva el nombre de la isla, es otra chabolita cuyo interior parece una cocina parroquial, llena de señoras mayores con moñete que canturrean algo. (Serán las fanáticas del Bingo, imagino)

Pero eso sí, el Acuario es impresionante.

Y la capital de la isla, donde está mi hotel, que es Patrimonio de la Unesco, es una preciosidad. Es un pueblito holandés tal cual que se extiende en las dos orillas del puerto, unidas por un simpatiquísimo puente colgante que se abre y cierra cada vez que pasa una de las naves de lujo... un montón de veces al día.

Esta visión idílica encierra una anomalía: todas las casitas son tiendas de lujo: Dior, Hermés, Saint Laurent... etc. Porque como todos los cruceros del Caribe hacen escala allí, y es puerto franco, las ventas no paran nunca.

Y al lado de estos transatlánticos de película, en una esquina del puerto está el mercado flotante, con los barquitos que vienen de Venezuela y venden todo tipo de mercancías

Dado mi escaso presupuesto, no recuerdo de qué modo solucioné mi problema alimentario.

Pero no olvido que alguna vez, en taxi, fui a un sitio remoto donde había cocina típica. El plato principal era la iguana, que realmente, vista en el plato, recuerda mucho al pollo... siempre y cuando uno se olvide de su apariencia, claro, que es que da repelús. Dos horas más tarde volvía a recogerme el taxi y yo proseguía mi actividad de calceta al lado de la piscina.

A mi regreso a Madrid noto con estupor que mi pelo tiene una cierta tonalidad verde, problema que resuelve inmediatamente la peluquería del Corte Inglés.

Cuando paso a hacer una visita a la casa madre de mi empresa, una superconocida española, me reciben con gran entusiasmo, porque resulta que estaban negros por mi falta de noticias... dado que al día siguiente hay una reunión gorda y tengo que estar presente. Habían reservado avión y etcéteras, pero no sabían qué hacer.

Resumiendo: regreso a Milán por la tarde, preparo la maleta y a la mañana siguiente vuelvo a coger el avión.

Está prevista una estancia de tres días, pero como en Milán amenaza una tormenta de nieve, al segundo día tengo que salir disparada. Justo a tiempo, porque luego la ciudad se quedó paralizada 8 días, con los autobuses torcidos que atrancaban las calles principales.

Buenos Aires- Montevideo- Iguazú - Rio de Janeiro-

Cuando me ofrecen acompañar como intérprete un grupo enorme de italianos, miembros de una asociación que no recuerdo, no puedo decir que no, porque se trata de visitar Buenos Aires, Montevideo, San Paulo, Iguazú y Rio de Janeiro.

Estos dos últimos lugares siempre estuvieron entre mis sueños, esos de tipo quimérico que uno jamás de los jamases cree que podrán convertirse en realidad.

Así que me planté en el despacho de mi jefe y, con ojos de faneca cocida, le solté un discursote pidiéndole que me dejara coger vacaciones, "NO ME HAGA PREGUNTAS, PORFA, NO ME PREGUNTE NADA, PERO ME VOY DE LUNA DE MIEL. DIGA QUE SÍ, DIGA QUE SÍ".

Se quedó tan estupefacto que no encontró las palabras adecuadas para oponerse.

Y allá me fui.

Del grupo formaban parte más de 400 personas, repartidas en varios aviones, y los acompañantes éramos 6, si no recuerdo mal.

La primera etapa es Buenos Aires...

...Y en cuanto aterrizamos salimos de nuevo con rumbo a Montevideo, porque allí nos espera una cena de gala. A los postres debuto como intérprete... y en signo de agradecimiento me obsequian con un estupendo cuchillo gaucho de plata.

A la mañana siguiente, se regresa a Buenos Aires. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, pero sí recuerdo que, como coincidía con Semana Santa y estaba todo cerrado, un día habían organizado un asado gaucho fuera de la ciudad, que incluía los juegos tradicionales y todo eso.

La verdad es que los tíos, con esa falda pantalón negra plisadita, cinturón ancho con chapitas de plata y cuchillo, más el sombrero anudado, subiditos a sus monturas estaban buenísimos. De toma pan y moja, para entendernos.

Y el asado era de muerte.

La etapa siguiente es Iguazú.

Por mucho que se haya visto en pelis como Mision y otras, la realidad es como para quedarse muda.

En el hotelón donde nos alojamos, el estupendísimo y joven director nos da habitaciones a las acompañantes en la parte donde, con el ojo derecho se ve la cascada argentina, y al frente, a lo lejos, la brasileña.

Yo ni cerré ojo, para no perderme ni ripio del escenario.

Cuando vamos a la parte en Brasil, la maravilla es que a las acompañantes el personal del helicóptero nos invita a hacer el viajecito turístico.

¡Tremendo y emocionante!

Casi entras en el vórtice de la cascada. Como para sentirse pájaro.

Había familias enteras esperando su turno para subirse al helicóptero. Y me llamaba la atención de que cada uno tenía en la mano una especie de cacharrito, como si fuera un ánfora, como de madera entallada y un borde plateado. Chupaban de vez en cuando de una especie de pipa plateada. E incluso añadían agua caliente de un termo.

Yo no me perdía ripio de tal actividad. Y como me acerqué a interesarme, porque a curiosa no me gana nadie, me dijeron que era mate.

¡El famoso mate que aparece siempre en los libros! Y echarle agüita caliente de vez en cuando era el famoso “cebar el mate”. Me quedé encantada ante tal aclaración.

Por fin llegamos a Rio de Janeiro, el lugar que desde pequeñita vi en las revistas frívolas de casa de mi abuela. No sólo las dedicadas al Carnaval.

Y por fin puedo saborear los asados de Rodicio, de los que siempre oí hablar.

Y por fin admiro el pirulí del Pan de Azúcar.

Y por fin me encaramo por las laderas del cerro del Corcovado para llegar al pie de su famosísimo Cristo Redentor

¡¡Lo que se dice un montonazo de sueños convertidos en jugosísima realidad!!

A título de curiosidad no puedo no comentar las dificultades planteadas por los numerosos participantes. Que si bien pertenecen a un alto nivel social, montan unos carajales de cuidado. El menor

de los cuales –y que se ha repetido en varias ocasiones- es despachar las maletas para el aeropuerto dejando el pasaporte dentro de ellas, bien guardadito.

Y ahí me toca hacer mi número fuerte.

El organizador se encarga de hablar con los responsables del aeropuerto y con el personal (previa entrega del correspondiente sobrecito, imagino, porque soy muy mal pensada).

Pero luego se trata de que nadie quede en mal lugar, claro.

O sea que yo me coloco detrás del indocumentado/a y cuando le piden los documentos a él/ella, me pongo a hacer el indio montando el numerito de la maxi atolondrada que no sabe dónde tiene sus documentos. Y mientras la atención se concentra en servidora, alguien pasa callandito callandito al indocumentado/a al otro lado de la aduana.

Nadie se enteró nunca de la trampa tramposa.

Me hizo menos gracia tener que subir y bajar repetidamente al Cristo del Corcovado, porque algunos de estos ricos trogloditas se dejaron los bolsos/as CON TODAS SUS COSAS encima de cualquier peñote.

¡Una pesadilla!

Una cosa super es que tanto azafatas como pilotos nos trataban a los acompañantes como si fuéramos colegas. Así pude aterrizar en Rio sentada en la cabina de los pilotos. Y nos hacían regalitos y todo.

Y me pasaban el micrófono para dar las indicaciones del vuelo... donde metí tanto la pata que me hice famosa...

Una cosa muy agradable es que en los hoteles nos daban las mejores habitaciones. En Sao Paulo estábamos en la última planta, con llave privada para el ascensor. Lo malo es que toda la pared era de cristal, y al correr las cortinas, estando en el piso veintitantos, faltó el canto de un duro para que me defuncionara.

Durante mi estancia allí anduve todo el tiempo a gatas, debido al ataque de vértigo que me entraba en cuanto abría la puerta.

Hurghada

Descubro que una agencia de viajes está haciendo propaganda de un lugar de Egipto llamado Hurghada, que se asoma al Mar Rojo. Tratan de hacer concurrencia a Sharm el Sheikh, que es una de esas metas muy de moda.

El precio es tan atractivo que, pese a que eso de pasar unas vacaciones tontorronas no es que me vuelva loca, me apunto de inmediato.

Al llegar al “*resort*”, hay que ser ciego para no darse cuenta de que está todo en construcción.

El falso pueblo, de puro estilo árabe, por el momento es mera fachada. Soy la única que sale del hotel a curiosear y, como soy una espía de cuidado, pego el ojo a todas las rendijas de puertas y ventanas. Y constato, muy divertida, que por fuera las cucas casitas parecen rematadas, pero por dentro está todo vacío.

Una de las pocas que “funciona” está dedicada a bar, y puede que a restaurante. Pero en la terracita, junto con el té de menta, ofrecen el narguilé. Y como no digo no a ninguna novedad, allí me planto a hacer mi pruebita, poco convencida pero decidida a ser la turista perfecta.

No guardo ningún recuerdo especial. Se ve que no merecía la pena.

Pero lo mismo me pasó la única vez que traté de fumar un porrete. A la segunda vuelta, cuando los compañeros que dividían el “humo” conmigo se dieron cuenta de que –eso sí, disimuladamente– no me tragaba el humo y lo soplaban fuera poniendo la mano delante me apartaron del círculo con un codazo. Alfa y omega de mi experiencia.

La única que iba a la playa era yo. El resto pasaba el día en la piscina del hotel de lujo de al lado.

¡Menudo tostón el tal Mar Rojo!

Arenita blanca y harinosa, muy agradable. Pero en cuanto uno se metía en el agua, había que andar así como 200 metros con el agua en el tobillo hasta llegar a la barrera coralina, detrás de la cual el agua era profunda, llena de vegetación y con pececitos de todos

los colores que te hacían cosquillas por todas partes. (*Espero que nunca vaya por allí un nudista, o le tocará vivir una aventura inolvidable*).

Pues nada, yo venga a flotar, sintiéndome una sirenota. Incluso me negué a participar en el usual viajecito por mar con el barco con fondo transparente para ver los peces. Yo los tenía todos para mí. Se ve que no conocían mi especie animal, porque no escapaban.

Hasta que un día aparecen un par de tipos vestidos de submarinistas, y que cuando me ven haciendo de medusa en medio a las algotas, empiezan a hacerme gestos frenéticos para que salga.

Decido hacerles caso, y vuelvo a pasar la barrera, mitad sorprendida y mitad ligeramente preocupada, porque no se ve un alma por ningún lado....

Y descubro que soy la suertuda de siempre.

En esa barrera abundan algunas especies peligrosas. Si te pinchan y nadie te presta socorro, la palmas irremediamente.

En comparación, la aventura con una “faneca” en playas gallegas es puro chistecillo (*una vez me picó una en el Adriático, y en tiempo récord mi pierna se transformó en una columna dórica descomunal*).

La gira de un día que me apetece un montón es la de visitar Luxor y sus templos (vistos en las películas, incluso en una de Poirot).

Eso de levantarme a las 4 de la mañana es lo de menos. Estoy sentada en la primera fila del autobús, así no me pierdo nada. Todos se ponen a dormir, acunados por una de esas músicas (cuya denominación no recuerdo) que consiste en ruiditos que quieren representar el mar. Como todos son de tierra adentro, les parece la cosa muy acertada. Personalmente evito dar la nota, en vía excepcional.

Paisajito arenoso; un aburrimiento de muerte, pero que me ayuda a hacer oídos sordos a la musiquilla de marras...

... hasta que en medio de esta nada absoluta, marcada sólo por la raya en medio del desierto representada por el asfalto de la carretera, se vislumbra una fila de camiones, autobuses y no sé qué más, flanqueados por jeeps y militares armados.

Parada obligatoria, controles y otras yerbas. Mis compañeros de viaje están impresionados. Servidora, con su experiencia, ni se inmuta.

Resumiendo: Llegamos a Luxor escoltados por los militares.

Corro un tupidísimo velo sobre la maravilla que representa el lugar. Uno sueña, sueña, imagina, ve en las películas...

... la realidad hay que vivirla.

Y además pude ver el principio del ocaso en el Nilo, con las falúas que se deslizaban por delante de un fondo anaranjado, como en las postales.

¡Qué horror, me pongo romántica!

Y noto que me pica la nariz y siento una extraña humedad en los ojos.

¡A lo mejor es la gripe, no la conmoción!

*(Con tal de no reconocer que soy una blandengue romántica,
puedo inventarme cualquier tipo de excusa)*

Santo Domingo

Tampoco esta vez viajo con lana para tricotar, aunque sea Navidad.

Después de aterrizar, cogemos un taxi para ir al hotelillo reservado. Y como somos unas descabezadas, le dejamos al taxista un paquete con los abrigos y la ropa de invierno usada para viajar desde Milán... y que nos fue devuelta días más tarde completamente impregnada de líquido anti polilla, que la madre de dicho taxista consideró oportuno emplear.

(Probablemente antes nunca habían tenido ocasión de tocar estos materiales calentosos).

Cogemos un autobusito enclenque para ir a la Península de Samaná. Será desvencijado, pero tiene el aire acondicionado a nivel congelador, y ponen una película detrás de otra.

De vez en cuando pega unos bandazos de infarto. Al enésimo, cuando estoy mirando la carretera y no la peli, me doy cuenta que a un lado de la carretera, pegados al asfalto ardiente, hay un montón de pantalones vaqueros primorosamente colocados de modo que se queden estupendamente planchados al “asarse” encima del alquitrán. Y los autobuses, amablemente, respetan la buena voluntad de las lavanderas.

Al final llegamos felizmente al norte a la isla... y **el conductor del autobús**, en cuanto llegamos y todo el mundo se ha bajado, **nos lleva hasta la puerta de alguien que alquila habitaciones**.

Son casi las 6 de la tarde, queremos meternos en el agua YA. Constatamos que las puertas de las habitaciones no tienen llave, pero nos da igual y salimos zumbando para pegarnos un bañito.

Cuando decidimos volver, al mirar el pueblito caemos en la cuenta de que todas las casas son absolutamente iguales, no sabemos dónde está nuestro alojamiento y lo único que recordamos es que el propietario tiene un ojo virolo.

Así que vamos de puerta en puerta contando lo que nos pasa y preguntando si alguien puede imaginar dónde alquilamos la habitación. Al final damos con una tipa que se parte de risa y nos acompaña, comentando de paso lo sucedido con todos los vecinos.

El hotelillo está en la calle paralela.

La noche de Navidad compramos botellas de ron y un paquete de vasos de plástico y fuimos de casa en casa invitando a todo quisque a brindar con nosotras, presentándonos, naturalmente, como las ovejitas perdidas.

¡Nos lo pasamos bomba!

Esa primera noche salimos a comer algo –la cocina es riquísima, a propósito- y luego nos vamos a un sitio de donde sale música de lo más pegadiza, merengue, según nos dicen.

Inmediatamente los chavales locales nos sacan a bailar, y por primera vez en mi vida mi “caballero” me propina azotes en el culo porque no me muevo como es debido. Termina agarrándome dicho culo con ambas manos y moviéndolo para arriba y para abajo, a la derecha y a la izquierda, hasta que ¡por fin! consigo agitarlo debidamente...

A partir de ese momento “mágico”, al atardecer, un grupo de chicarrones nos espera sentado a la entrada de nuestro alojamiento para llevarnos a mover el esqueleto, sin prisas pero sin pausas... y sin ninguna malicia, que es lo chupi bueno de todo el jaleazo.

Una noche coincidimos con una pareja que nunca había conocido chavalas europeas. Él con la piel negra como chapapote y ella, de origen inglés, de una blancura transparente que da dentera.

A la mañana siguiente, estamos con nuestro guía esperando un cochito que nos lleve al lugar donde nos subiremos a una barca para ir a la isla de Cayo Levantado, cuando de repente se para un cochazo con los conocidos de la víspera. Cuando le contamos nuestro proyecto se apuntan de inmediato. Nos ponemos en marcha y dejamos el cochazo en el jardín de un pariente de nuestro guía.

Ellos bajan cargados con un gigantesco bidón blanco, que depositan amorosamente en la barca.

Llegamos a la isla, desembarcamos e inmediatamente nos rodea un grupo de señoras que nos dicen que ellas nos preparan la comida; basta que digamos a qué hora queremos comer y ya está.

Bueno, de repente descubrimos que el misterioso bidonazo está lleno de hielo y bebidas.

Y a las 10 de la mañana estamos metidos en el agua, con un vaso de ron en la mano y saboreando unas “picaditas”.

La comida es deliciosa y luego visitamos la isla, que en realidad es un hotel de lujo, donde entre los árboles hay un montón de chalets magníficos que son los apartamentos del hotel. Metemos las narices en una serie de ellos, aprovechando que están haciendo la limpieza.

Es como una especie de Paraíso.

Descubrimos que en el pueblo hay una heladería-pizzería. Y el mayor descubrimiento es que los que hacen todo, como profesionales merecedores de medio metro de estrellas, son franceses y viven en un yate monumental aparcado enfrente. Pero hacen unas pizzas con un aspecto de lo más apetecible y unos helados de rechupete.

Son dos hermanos, con sus correspondientes parejas, ricos riquísimos, que han dejado los respectivos trabajos en París para asentarse allí y organizar un provechoso *business*.

De hecho en una playa están montando una estructura para ofrecer servicios a los hotelones de lujo de la zona.

Nos invitan a pasar el Fin de Año con ellos, con sus amigos y con sus familiares recién llegados de Francia. El lugar del festejo es la playa en la que van a montar el negociete.

Me encantaría saber cómo les fue.

Seguro que super requetebién, porque no se achantaban ante nada en lo tocante a trabajar, y además estaban forrados o sea que ¡exitazo seguro sin la menor duda!

Volvemos a Santo Domingo, alquilamos un coche y recorremos los sitios turísticos de mayor renombre: Punta Cana, Bávaro, Puerto Dominicus.

En comparación con el norte es como estar en Rímini (o en La Toja si se quiere ser más empiringotado). No entiendo que nadie se haga un viaje como ese para comer y vivir como en casa.... Y con unas playas tirando a mierdosas.

De esa semana lo mejor que recuerdo son las escapadas para ir a comer chicharrón de pollo o de pescado en cualquier chiringuito de la carretera, rodeadas de un paisaje miserable comparado con el del norte.

Y algo que me dejó boquiabierta –dado que no tenía experiencia con el Club Mediterráneo- era ver que en el desayuno

con buffet la gente se llenaba los platos hasta 20 cm de altura... y luego dejaba todo allí, sin apenas probar nada.

Total que volviendo a Santo Domingo decidimos quedarnos un día en la playa más conocida, la que está cerca de la ciudad.

Pero hay cosas muuuyy raras.

Tratamos de alquilar una habitación y todos nos responden: venga más tarde. No entendemos nada y nos instalamos en la playa, donde seguimos viendo cosas raras... y oyendo italiano todo el tiempo, porque todos los varones –tipo jubilado- son oriundos de la madre Italia.

Asistimos a una especie de Decamerón pobrete, con chavales de 12 años que tratan de vender a sus hermanas, de diversas edades tirando a infancia.

Cuando decidimos ir a comer algo en un café cercano, un señor que nos oye comentar nuestra incomprensión por esas habitaciones disponibles “más tarde”, nos aclara que hasta una cierta hora las alquilan a tiempo determinado para actividades sexuales...

Salimos disparadas y reservamos habitación en el hotelazo de lujo que está allí cerca.

Por el estilo de todo creo que era propiedad de italianos. Y sospecho que el dueño es un presentador de la televisión, que lo comentó en una ocasión, y con el que me crucé en el aeropuerto en varias ocasiones, siempre acompañado de chavalitas QUE NO ERAN HIJAS SUYAS, claro.

En este viaje lo que me resultó más sorprendente fue el considerable tamaño de las cucarachas.

No daban asco como las nuestras, que son negritas y corren como unas condenadas. Estas eran marroncitas, enormes y patosas. Yo me limitaba a decirle: “cucarachita, fuera” y me sentaba a esperar que la bendita se largara por la puerta sin discutir.

India - Nepal

Comparamos el billete a Nueva Delhi pensando ir primero a Cachemira (viviendo en las casas flotantes) y luego a Ladakh (visitando los templos), para terminar recorriendo el Rajastán.

Lo primero que descubrimos al llegar es que, con la guerrilla, que pone bombas a manta, están cortadas las carreteras con Cachemira.

A este punto iniciamos nuestro recorrido yendo a Jaipur, a la espera de lo que suceda. Las maravillas de la ciudad están en cualquier guía.

Lo tronchante es que, estando en un restaurante, conocemos a un habitante de la ciudad QUE VIVE EN BÉRGAMO (cerquita de Milán) y se dedica a vender piedras preciosas a los joyeros de mayor prestigio (incluidos los “top” de Milán).

Después de cenar nos invita a su casa. Propone a mi amiga que se vaya con él en moto y los otros dos iremos en coche con su hermano. O sea que mi amiga desaparece sin saber a dónde va ni con quién y nosotros dos lo mismo se diga. Todo todito lo que los manuales subrayan, recomiendan y aconsejan que no se haga.

Pero, como a lo hecho pecho, allá nos vamos... a recorrer callejuelas miserables con casitas tipo choza pero con tejado.

El coche se para, bajamos y entramos en una de las tantas. Al abrirse la puerta se ve una especie de diván, a su derecha un escritorio de esos del año catapún, detrás del diván una cortina y a la izquierda, en el suelo, un indígena sentado en el suelo que frota algo en un aparato que parece un violín con una única cuerda y del que gotea algo de color marroncete.

Afortunadamente en el diván está sentada mi amiga, o sea que va todo bien.

Se descorre la cortina y aparece una señora elegantísima como todas las habitantes, tanto que el sari sea de calidad como un trapo. Unas reinas.

Sólo que ella lleva el brazo cubierto con pulseras.

Y ahora entendí eso de que los brillantes relucen con luz propia. Incluso en la semi penumbra, tiene el brazo iluminado. ¡Algo absolutamente increíble!

Y luego el residente en Bérghamo, abre los cajones del decrépito escritorio y empieza a sacar bolsas de plástico LLENAS DE ESMERALDAS Y DE RUBÍES, tallados de diverso modo. Nos regala un rubí cabochón a cada uno... y vuelve a amontonar toda esa riqueza en los cajones a la buena de Dios.

Primera y única vez en mi vida que vi tratar las piedras preciosas como si fueran lentejas o garbanzos a granel.

... Y el que estaba allí doblado en el suelo estaba creando el enésimo cabochón...

De vez en cuando miro el mío y todavía me da la risa recordar aquel momento hiperbólico.

Sin saberlo, hemos caído allí en el momento en que hay una de esas fiestas, tipo la del patrón de mi pueblo. Estamos comprándonos unas babuchas (que todavía conservo como oro en paño) cuando notamos que empieza a agolparse un gentío de no te menees.

No hay que ser un genio para darse cuenta de que estamos en plan celebración de algo como las procesiones de Semana Santa, tanto para entendernos. Sólo que, en vez de esculturas dolientes y enlutadas, lo que se vislumbra a la vuelta de la esquina SON ELEFANTES. Eso sí, cuidadosamente decorados con colorinches empezando por la trompa, continuando con las orejotas hasta llegar al rabo.

De repente, unas chavalas que están a nuestro lado nos invitan a subir a su casa, a contemplar el sarao desde la terraza. Allí está ya media familia, con las señoras envueltas en sus saris reales.

Chapurreando inglés como se puede nos comentan cosas que no recuerdo, salvo que aquel “animalesco” cortejo termina en una fortaleza cercana.

Y allí nos vamos, claro.

La tal fortaleza es una cucada. En ese momento el patio se ha convertido en purito mercado, cuajadito de esos colores y olores mágicos. Reconozco que en estas situaciones si me pinchan no me sale sangre, porque me quedo mentalmente atorada.

Llega el momento de marcharse. Empezamos a deshacer el camino, como quien dice, emprendiendo el descenso por el empinado camino de tierra subido a la ida. Alrededor hay sólo una especie de desierto, con algún esqueleto de árbol diseminado al azar.

Con el rabillo del ojo me parece que uno de ellos resulta extrañamente frondoso, o sea que aprovechamos para hacer una parada, sentados en las piedras. Yo me apoyo al tronco, contemplando allá arriba la fortaleza. Un relax estupendo.

De repente noto algo en la nuca, y pienso que puede ser un bichito cualquiera que se ha caído del árbol. Trato de sacudirlo con la mano y constato que es algo sólido y peloso.

No recuerdo exactamente si pegué alaridos o no. Pero sí recuerdo que al mirar hacia arriba caí en la cuenta de que, lo que yo consideraba “frondosidad” del árbol, era una familia de simios, padres, madres, hijos, abuelos, tíos, sobrinos... Todos igualitos: estilizados, con unos enormes ojazos azules, una piel negrísima suavcita, unas manitas con dedos larguísimos y una kilométrica cola que enrollaban y desenrollaban como si jugaran al yo-yo. Estaban pegaditos unos a los otros, inmóviles, salvo las colas que no paraban de moverse.

¡Hay ser una panoli crónica para cometer un error de tal calibre! Pero reconozco que es uno de esos recuerdos que me encanta por ser tan disparatado.

¡Es que sigo viéndome todas esas colas gruing-gruing-gruing!

Y no es para menos la metedura de pata de mi comportamiento en Agra, ante Fatehpur Sikri. Pateando los jardines que daban acceso al edificio, me entraba un cierto repelús porque se veían cositas grises que corrían a toda velocidad. Yo estaba convencida de que eran ratones de una extraña familia. Eran pequeñines, pero con unas colas tiesas, melenudas y desproporcionadas que parecían plumeros.

Claro que alguna alma caritativa me puso al corriente de que, en realidad, ¡¡eran ardillas, no ratones!!

Cuando después fui al Taj Majal traté de fijarme cuidadosamente y eran super monísimas.

Luego nos vamos a Benarés, donde pasa de todo, se ve de todo, incluidas cremaciones y numerosos cadáveres que flotan en el río, deslizándose al ladito de los que se dedican a las abluciones cotidianas...

... se oye la intemerata...

... se huele... ídem de lienzo...

Regresamos a Nueva Delhi.

La situación con Cachemira empeora.

Decidimos irnos a Nepal, país del cual no habíamos leído nada, sólo nos sonaba Katmandú por eso de que era el paraíso de los hippies.

Ale, andando.

Va todo bien. Nos alojamos en un hotelillo que tiene un jardín muy agradable. Cuando paseamos por las callecitas es tal cual como una película. Pero noto que los desagües son canales abiertos en las calles, donde flota todo lo habido e imaginable.

En la plaza principal de vez en cuando se reúne un montón de gente, frente a una casa y luego, en un cierto momento, se abre una ventana y se ve una niña que saluda. Descubro que es la llamada "kumari", una niña considerada diosa desde pequeñita y adorada hasta que le llega la pubertad, y en ese momento no es nadie... y probablemente ni encuentra marido como ex-diosa.

¡Menuda condena!

Decidimos darnos una vuelta por el país y descubrimos las maravillosas stupas, templos dedicados a Buda, absolutamente estupendos. Alguna tiene la forma de su cara, pero también hay unas esculturas que quitan el hipo.

(Si en Santo Domingo los autobuses daban bandazos para evitar los pantalones vaqueros despatarrados en la calzada, aquí pasa lo mismo con los chapatis, que son una especie de tortitas de pan que se comen con todo. Claro que esa visión me impidió hincar el diente en ninguno de estos productos, por-si-acaso. ¡¡Mamita mía, qué asco!!

Es cierto que en ese país también está al orden del día la diarrea fatal, pero es que comer tostadas de pan cocidas en el puro suelo, donde pisan cristianos, animales y lo que sea es una especie de cita con la muerte mortal).

Los autobuses hacen etapas regulares para que los pasajeros puedan apagar el hambre y utilizar los "servicios". Se come en lugares indescriptibles; la cocina consiste en una especie de hoguera a ras del suelo, prácticamente sin ventanas, donde constantemente se preparan cosas riquísimas destinadas a cada autobús previsto.

(Extrañamente en los países pobres no hay que preocuparse de preparar una mochila con alimentos. Por todas partes cocinan cositas ricas, y las paradas nutritivas son de rigor.

¡Si pienso que en Italia, en trenes de esos de lujo, últimamente hay que llevarse el agua y un tentempié, porque años atrás quitaron el restaurante, luego el bar y el pasado verano brillaba por su ausencia el carrito que circulaba de punta a rabo del tren...!

El primer finde de cogí el tren me salvaron las pastillas Valda, porque hacía un calor enorme y yo esperaba comprar el agua del carrito.)

Eso sí, fuera hay un grifo para que antes y después de comer los comensales se laven la mano derecha, que es la que se utiliza para tal menester. Aprendí a hacer una bola con el arroz utilizando tres dedos y mojándolo luego en las salsas.

Al regresar a Katmandú nos caen unas lluvias torrenciales. No hace frío o sea que yo chapoteo contenta en los torrentes en que se han convertido las callejuelas... hasta que caigo en la cuenta de que estoy paseando con los pies metidos en una cloaca.

¡Por poco me da un telele!

Empezamos a pensar en qué podemos hacer, porque de Ladakh llegan incesantemente autobuses con extranjeros desesperados que tuvieron que salir disparados porque los echaron de allí con amenazas.

Dado que ignoramos todo, decidimos ir a la punta sur de la India, al final del final, Trivandrum, a una playa llamada Kovalan.

Llegamos a la playa y nos alojamos en un lugar lleno de chocitas, muy primitivas, con un wáter turco y un tubo de agua que sirve para ducharse o para usar en el lavabo.

... Y tampoco faltan unas cucarachotas gigantescas. Pero antes de acostarme, riego con insecticida el suelo alrededor de mi cama y el interior de las zapatillas, y por la mañana antes de poner los pies fuera, empujo todos los cadáveres debajo de la cama y sacudo las zapatillas, por si acaso, no vaya a ser que se haya refugiado allí algún alacrán con mala idea.

Lo divino es que, en el callejón que lleva a la carretera, hay un montón de tienditas que alquilan novelas en todos los idiomas y otras donde diligentes muchachos te copian una prenda de vestir de un día para otro.

Todos los turistas pasan la jornada sentados con los pies en la arena, leyendo (y probablemente drogados hasta el cogote, pero son muy intelectuales).

(No me interesaba, pero los camareros te vendían toda la droga que querías. Vi a dos hermanos nórdicos simpatiquísimos que estaban siempre colocados. Pero no se notaba por eso del perpetuo libro entre las manos).

Y cuando te entraba un poquito de hambre, preparaban al instante las cosas más ricas que comí jamás en mi vida (*hago siempre el mismo comentario, pero es que de un año a otro mis papilas gustativas pierden la memoria y lo último que saborean es "lo mejor de lo mejor"*).

A las 6 de la mañana sonaba un pitido: era el encargado de la playa que avisaba de que se podía entrar en el agua. Porque tuvimos la mala pata de pillar un monzón inusual, y era peligroso bañarse.

El color de la arena cambiaba según las mareas; se cruzan en este punto el mar de Bengala, el Océano Índico y el mar de Arabia. Uno llena la playa con arena negra, otro con una tirando a marrón y el otro con una arena blanca que da gusto.

Juro que el espectáculo era de locos: se vivía en una biblioteca a cielo abierto, con su enorme y sorprendente playa. Pero, eso sí, podías disfrutar con una cervecita helada cuando te apetecía y una comiditas de *grand chef*.

Y un día decidimos ir a Kanyakumari, que es una ciudad sagrada como Benares.

Llegamos al atardecer y nos alojamos en un hotel extrañísimo. Todas las habitaciones dan a una enorme balconada. Y vemos que cada habitación está atiborrada de gente.

A las 5 de la mañana suena una sirena. Salimos despepitadas hacia la playa... y nos encontramos con un espectáculo extraordinariamente extraordinario.

Metidos en el agua hay cientos/miles de personas haciendo sus abluciones religiosas. Al fondo, encima de una escalinata, siempre en el agua, una especie de arco marca una de las "Puertas de la India".

El silencio se podría llamar "ensordecedor".

Y los colores de los saris femeninos te dejan sin aliento.

Y encontramos a gente que nos invita a su casa... de nuevo...
Regresamos a nuestro Kovalan

El mar sigue estando bravo. Una de las señoras que hace la limpieza del hotelito nos invita a su casa. La barca de su marido son dos troncos atados a la buena de Dios, pero nos sentamos en el suelo a comer lo que nos dan (como para pillar cualquier cosa).

Tengo que decir que en esta región, incluso las mujeres que construyen las carreteras llevan el pelo sujetado con enormes atados de jazmines, que crean los hombres.

El mundo al revés.

Los machos cosen, bordan y preparan las flores de ponerse en el pelo; las hembras pican piedra, convirtiendo un pedrote en gravilla. Lo vi con mis ojitos, porque a servidora, a cotilla no la gana nadie. Y además, me paraba y hablaba con todas, que estaban encantadas.

Dando un paseíto, nos encontramos con una chocita cuca y algunas chavalas que hacen cuerdas. Hilan los cocos que se ablandaban en los numerosos estanques. Y luego con un aparatito parecido a una rueca primitiva, hacen hilos que enroscan formando cuerdas.

Charlando como podemos, descubrimos que estas damitas que parecen princesas tienen marido e hijos, y viven todas juntas con sus respectivas familias en aquel galponcito. Durante varios días damos nuestro paseíto para visitarlas. Y cada día llevan puestos saris distintos, con su correspondiente corpiño a juego.

Un día nos enseñaron el interior de su casa/chocísima. Mobiliario: un montón de esteras enrolladas (el equivalente de nuestras camas) y, en vez de armarios, un montón de maravillosos saris doblados primorosamente como Dios manda. Cinco metros cada uno. No hay electricidad, o sea que el sistema de planchado consiste en extender con sumo cuidado todas las prendas encima de los matorrales. En un plis plis están secas y sin una arruga.

Me siento un parásito pensando en todo lo que considero indispensable -o por lo menos necesario.

Luego, hablando de cosas de familia, comentan que su padre era pescador... Y señalan un montoncito de tierra, debajo de una

palmera, al ladito de la arena, rematado con una especie de templito blanco-azul. La madre me coge una mano, se la lleva a su corazón, y con la otra indica la “composición” diciendo “husband – the sea – uau aua uau – glu glu glu” para indicarme que había muerto ahogado durante un temporal.

También vamos a ver los hoteles de ricos, que no me parecen nada divertidos. No hay diferencia entre ellos o los de Rimini, Marbella o lo que sea.

Pero es cierto que tampoco voy nunca a los hotelazos de Rimini ni de ninguna parte.

A mí me apetece vivir lo más posible a contacto con los indígenas

Volver a Italia fue realmente traumatizante.

No lo comento, porque me horroriza.

Pero hay algo tremendo.

En el aeropuerto nos encontramos con un grupo que viajaba con el féretro de uno de sus miembros fallecido... porque había tenido una obstrucción intestinal y los hospitales están preparados justo para lo contrario: gigantescas diarreas.

Tengo que confesar que yo estuve a punto de correr la misma suerte.

Al final perdí cualquier idea de peligro y me puse a comer todas las cosas crudas a mi alcance. Pero, afortunadamente, ni me pillé ninguna enfermedad de las previstas, ni tampoco di con mis huesos en el hospital.

Algo que me divirtió enormemente en este viaje era ver con que aire de sorpresa me miraban cuando leían mi edad en los impresos que había que rellenar. Probablemente resultaba demasiado vetusta para andar deambulando por esos mundos. Terminé imitando a las chicas con las que hablábamos, que repetían siempre la frase “no money, no husband”, porque ese rollo de la dote seguía vigente.

O sea que cuando me lanzaban una mirada interrogadora, yo soltaba la tal frasecita con aire compungido y todo.

Siria

En este momento, en el cual todos quieren utilizar su armamento como sea y contra quien sea, no sé si puedo hablar de mis magníficas vacaciones en lo que era un maravilloso país...

De lo que visité quizás no quede nada.

Pensando en la maravilla que es/era Alepo, la idea de que los hijos de no sé quién, se van a cargar –si aún no lo han hecho, claro- al magnífico Hamman del s. XIII, cuyos servicios fueron una experiencia inolvidable...

¿Se habrá derrumbado el pasaje todavía existente, que desembocaba fuera de la muralla? Cuando estuve allí desembocaba en un restaurante y se ofrecieron a dejarlo utilizar.

¡Mi cabreo es mayúsculo, pensando en lo perdido!

No puedo poner en palabras lo que me pasa por la cabeza, por eso de que nadie se avergüence de conocerme.

Nada más llegar a Damasco nos vamos a la Mezquita, donde reina una barahúnda demencial, por ser día de fiesta.

Están muy organizados. Antes de entrar pasamos por una oficina donde nos dan chilabas “large-medium-small”, como dice el encargado. Y dejamos los zapatos, claro.

Con mi gran horror me encuentro con un horrible agujero del cual emerge mi dedo gordo. Pero no hay nada que hacer.

Durante todo el tiempo que estuvimos paseando por el interior, arrastrando los pies por encima de las oscuras alfombras, el ojo se me escapaba al globito blanco que era mi dedote.

Como en principio era una iglesia cristiana la adaptaron como pudieron. Es decir que el espacio, en lugar de estar organizado en el sentido longitudinal, con el símbolo principal al fondo, resulta estructurada según la anchura. En el centro descuelga un enorme catafalco recubierto de ¿trapos? que encierra –al parecer- los restos de San Juan Evangelista, super venerado aquí.

¡Menuda sorpresa!

Deambulamos perezosamente observando algo que nunca me tocó ver de nuevo: a un lado hay tíos sentados con el Corán en las rodillas que mueven los labios. Al otro, una multitud de señoras envueltas en velos negros y agazapadas en el suelo charlan como descosidas, con un enjambre de niños y niñas de todas las edades que corretean, juegan a la pelota... O sea lo típico de un parque, pero dentro de la mezquita.

¡La algarabía es desconcertante, pero todo resulta mágicamente inolvidable!

Llega el momento de volver a nuestro hotel...

¡Ayyyyyyyy!

No sabemos dónde está, porque con eso de que el chófer nos traía y nos llevaba, se me fue el santo al cielo.

Y eso que soy reincidente....

Es que no escarmiento...

Al final cogemos un taxi y decimos "Hotel Chan". Nos lleva a un sitio en el centro, donde se suelen alojar y comer los extranjeros. Claro que no es el nuestro, pero por lo menos el personal habla inglés, o sea que puede explicarle a nuestro chófer a dónde tiene que llevarnos.

Al día siguiente nos vamos al Bazar.

Delicia de las delicias.

Las tienditas rebosan de bikinis enormes, llenos de lentejuelas, al lado de otras repletas de túnicas oscuras que llegan al suelo. O sea que la población femenina por fuera se viste en puro estilo espantapájaros y por debajo se presentan como rechamantes odaliscas aspirantes a "miss peli porno".

Mirando de reojo la oferta, para que nadie se ofenda, por si acaso, no puedo por menos de pensar que, aunque no soy exactamente estilizada, esas bragas alegrotas y relucientes me pueden llegar al sobaco.

¡¡¡Y no digamos los sostenes!!!... Me podrían servir de gorro para el martes de Carnaval. Y eso que tengo una cabeza cabezota.

Trataba de mantener un aire serio, pero por dentro me tronchaba de risa.

Damos con una tiendita de objetos artísticos que parece apetecible.

Y entramos decididos.

Mi amiga es una gran coleccionista de piezas antiguas. Cuando el dueño de la tiendita se da cuenta que no buscamos recuerditos de turistas, se emociona un tantito....

... y entramos en su santa sanctorum, encaramándonos por una empinada e interminable escalera.

(Es que en este lugar, con 2 metros cuadrados hacen maravillas... en vertical, claro).

Empieza a poner en el mostrador maravillas maravillosas, y los meros espectadores nos sentamos encima de un cúmulo de alfombras milenarias que están apoyadas a la pared.

Mi amiga empieza a contratar unas increíbles miniaturas persas y otra serie de artículos más. Armada de calculadora hace una oferta; el propietario le muestra la contraoferta en su calculadora. Esto se repite durante un período muyyyyyyyyyyyyyyy largo.

Por fin llegan a un acuerdo sobre todos los objetos.

Al final, cuando ya está hecho polvo, yo expreso mi deseo de comprar un colgante –porta Corán- maravilloso.

Con tal de no empezar de nuevo la negociación, me hace un precio chupi chupi.

(Cada vez que me lo pongo sigue dándome la risa recordando la aventura de su adquisición).

El pobre hombre está tan encantado de encontrar entendedores batalleros, que cuando le pedimos el nombre de un sitio donde ir a comer, uno adonde él lleve a su familia, escribe en mi cuaderno unos garabatos árabes.

Salimos de allí sintiéndonos los amos de la situación.

Paramos un taxi, le enseñamos la hoja del cuaderno y se pone en marcha.

Salimos de Damasco y nos encontramos en una especie de circunvalación. Nos miramos un poco desconcertados....

Y de repente llegamos a una calle inimaginable, llena de gente y con tiendas de comestibles enormes a ambos lados. La primera parte está dedicada a cosas de comer y la segunda a los dulces. **Montañas de dulces.**

Como tenemos hambre nos paramos en el primer chiringuito. Cuando tratamos de hacerles comprender que queremos comer allí mismo ni se inmutan: hablan entre sí, y al poco rato alguien trae una mesita y tres sillas **QUE PLANTA EN LA ACERA.**

Constatamos que los coches se paran, el supuesto padre de familia sale, acaparra bandejas de comestibles, vuelve al coche, arranca y se va.

... y nosotros comemos rodeados de los demás clientes que no se pierden ripio de estos tipos raros sentados en la calle, cosa que indudablemente es una novedad para el barrio.

¡¡Maravilla de las maravillas!!

No sé lo que comí, pero todo era de chuparse los dedotes.

Lo que me dejaba estupefacta es que en los aeropuertos estábamos rodeados por una masa de gente sorprendente. Los hombres vestidos de trajes sastre oscuros barateiros, arrastrando maletas que les llegaban a los sobacos. Las mujeres, siempre de negro, cubiertas con velos que les dejaban al descubierto los ojos, a veces la nariz y, en raros casos, la boca.

Nuestro guía nos informó de que eran peregrinos que iban a la Meca, y que en las maletotas había de todo: tiendas de campaña, alfombras y sabe Dios qué más.

No tiene la mínima transcendencia, pero constatamos que nuestro guía funcionaba como banco. Cuando queríamos dinerito real para tontadas que no se pagaban con tarjeta de crédito, el extraño sirio grande, rubio y con ojos azules (de origen ruso, según nos comentó) nos cambiaba los dólares sin rechistar. E incluso nos hacía un cambio mejor que el oficial.

Suscitaba nuestra curiosidad el que, de vez en cuando, hacía paradas en sitios raros y aislados, donde había tipos en otros coches con los cuales se apartaba.

La primera vez nos alarmamos, porque parecía sospechoso. ¿Y si nos iba a vender a sabe Dios quién? Nuestro espíritu deportivo nos impedía inmutarnos, estábamos dispuestos a vivir la aventura hasta el final.

Pero nunca pasó nada, o sea que nosotros acompañamos sus trapicheos tranqui, tranqui.

Lo que sí notamos es que cuando nos conoció, en Damasco, le cabreaba que quisiéramos irnos a comer a tabernas locales que ¡¡son maravillosas!! Se ve la cocina y cómo preparan las cosas.

... alguien ha tenido la idea sublime de machacar la fachada **abriendo una amplia ventana con bastidor de acero inox incluido, para más detalle.**

Bajé las gradas reculando, claro, porque de mirar para abajo ni loca.

(Ahora que lo pienso es lo que hice cada vez que visité un teatro romano, más o menos empinado: subir a gatas y bajar del mismo modo.

Por eso siempre llevo en el bolso pañuelitos de esos de limpiarse, para solucionar el problema de tanto gateo, dado que en general no hay modo de lavarse luego las manos)

¡¡Espero que los hijos de puta agresivos de este momento histórico o bien de otro sucesivo no me machaquen mis super *beautiful* recuerdos!!

Jordania

No encuentro sustantivos ni adjetivos adecuados para comentar Gerasa.

Cuando crees que has visto lo que se puede ver, subes una escalinata... y empieza todo de nuevo: otro templo, otra escalinata, otra placita...

Nada de lo que había visto antes en Italia, España, Grecia o lo que sea, me había preparado para esto

¡Un agote para el alma!

El café con cardamomo que se bebe por doquier es de película. Sigo siendo adicta al mismo

Tampoco estaba preparada para Petra, pese a haberla visto en tantas películas y documentales.

Recordando la peli de Indiana Jones, casi mi infarto recorriendo a pie el laaaargo y altíssssssimo callejón de acceso, con esa magnífica portada de iglesia al final. Se te pone la carne de gallina.

Era como estar en la peli pero sin la compañía de Harrison Ford (cosa que tranquilizaba, porque reconozco que siempre me dio grima, *by the way*).

Pasábamos los días allí, trepa que te treparás, y venga a bajar luego. Teóricamente para mí podría representar una pesadilla.

Pero es una pesadilla magníficamente estupenda.

En todas las fotos se me ve en cualquier escalera, esas de peldaños pétreos estrechos bordeadas por el vacío absoluto... Yo estoy siempre mesándome la melena y por la expresión de mi cara es obvio que estoy musitando eso tan socorrido de: "ay Dios mío, ay Dios mío, qué hago aquí, ay Dios mío"...

Aunque muerta de vértigo, ni loca me quedaba atrás. Venga a trepar. Venga a bajar... y bajar era muuuuucho peor que subir, porque ante mis gafas se extendía el profundo vacío.

Había una compensación super estupendísima: ir a hacer pis. Suena hortera decir una cosa así, pero de verdad que nunca suscitó en mí tanta alegría el ver el letrero "toilette".

Fui a todas, con o sin necesidad. Siempre ubicadas en grutas, con una limpieza impecable... y con los policromados techos afrescados por la naturaleza como los templos. Manchas de colores que formaban nubes con colores maravillosos.

Me recordaban cosas de William Blake, al que pude admirar repetidamente en la Tate Gallery de Londres los domingos, cuando la visita era gratis.

Yo me sentaba en el wáter y allí me quedaba hasta que mis compañeros empezaban a pegar gritos pensando que me había infartado en algún rincón, con tanta emoción.

Tra, la, la, la, la.

Nada, lo dicho, maravilla de las maravillas.

Pero el deleite nocturno también tenía su miga.

Después de comer algo en algún sitio, nos íbamos a una tienda de antigüedades que no era moco de pavo.

El primer día volvimos tarumba al propietario, como de costumbre, un beduino de pro. Yo rebuscaba y ponía en el mostrador cosas interesantes; mi amiga, armada de calculadora, entablaba la negociación; aquello era interminable, pero tampoco teníamos nada que hacer ni nosotros ni él.

En realidad nos lo pasábamos pipa, y también él. Creo que nunca le habían tocado clientes tan asiduas, tan curiosas y tan enteradas, en cierto sentido.

Era un mujeriego del caray. Al segundo día nos hablaba con la nariz a 10 cm. de la nuestra y con los ojos brillantes.

Nosotras impertérritas: besos y abrazos, pero venga a negociar sin amilanarnos.

Menos besos en la boca, de todo. Pero resistíamos, firmes cual rocas.

¡Un número de circo!

Estando en la zona de alfombras nos tocó ser espectadores de cosas curiosas: los comentarios de los turistas eran de película del horror.

Creo que en una ocasión, incluso tuve la tentación de emprenderla a sopapos con una italiana, arrogante, ignorante y cualquier otra cosa terminada en "ante".

Nótese que son artesanía típica de los beduinos, que usan unos telares estrechos, que clavan en el suelo.

Primero tejen una tela tupida, luego unen los trozos y encima bordan a cadeneta todos los símbolos habidos e imaginables que se les pasa por el cráneo. No tienen un “proyecto”, como dirían los modernos. Van a su aire. Trabajan varias mujeres a la vez y cada una hace lo que le apetece.

(Me sentía muy solidaria porque también yo hacía lo mismo en mi período de diseñadora de prendas de punto)

Las tiendas donde viven están completamente “farradas” con estas cosas y son impresionantes. Paredes, suelo, divanes, cuantas más mejor.

Y se anda descalzos, por encima, para disfrutar del contacto.

Pero es purita artesanía, fruto de una excelsa manualidad o sea que los bordes finales coinciden o no coinciden.

Quando llegó la italiana de marras, en el suelo había una alfombra (*que luego compré*).

Pidió que la extendieran completamente, la miró y remiró, la tocó y al final la tal palurda italiana, arrugando la nariz con aire de repugnancia infinita, comentó que los bordes eran desiguales. Y lo que le parecía peor, los dibujos eran un caos.

Probablemente nunca buscó en el diccionario la palabra artesanía, o su dios eran las cosas en serie, claro, o que llevan el nombre de un Juanito Juanez cualquiera publicado en Vogue, que de todo hay en la viña del Señor.

Las maravillas bordadas que me compré en Petra están siempre delante de mis ojos, y reconozco que sigo viéndome siempre la escena de la compra.

Pero eso sí, reposan encima de la cama o de los divanes, porque la primera vez que las planté en el suelo y organicé una cena, en cuanto llegaron invitadas “in” con tacones de aguja me hicieron unos agujeros demenciales (que me tocó remendar muy cabreada, claro)

Algo que no me esperaba es llegar a Wadi Rum y ver ese maravilloso paisaje con dunas tostadas, grutas con petroglifos y otros etcéteras.

Y me entró una envidia cochina de los que estaban en el camping, aislados en medio a todo aquello... aunque eso de la meditación no sea lo mío.

¡Pero es que el entorno era conmovedor!

Cuando luego nos desplazamos para seguir una especie de recorrido evangélico, el Monte Nebo (desde donde Moisés vio la tierra prometida allá a lo lejos, sin poder pisarla, debido a la maldición divina), el lago de Tiberíades (por encima de cuyas aguas –según me contaron de pequeñita- Jesucristo se pegó un paseillo dejando alhelados a los pescadores) y otras cositas por el estilo, nada me inmutó.

Recordando las innumerables cosas oídas en el Colegio de monjas trataba de prestar sumo interés por eso de que casi me entraban remordimientos al ver sitios tan bíblicos... sin sentir ni pizca de emoción.

La verdad sacrosanta es que no me importaban dos bledos (o un pimiento relleno, que es lo mismo).

Y cuando llegamos al Mar Muerto, reconozco que no fue nada estimulante, sobre todo porque apesta a no sé qué. No te hundes, eso sí, pero esto no impide que me diera grima.

Para colmo estábamos en período de Ramadán.

En el restaurante te presentaban amablemente un montonazo de las clásicas “tapitas” de película. Pero daba un poco de corte eso de ponerse morado con todos los camareros que ni bebían ni comían hasta la puesta del sol.

¡Algo muy incordiante, verdaderamente!

No sé en qué momento, en algún rincón del páramo nos topamos con un sitio increíble. Una familia de beduinos había abandonado el nomadismo para afincarse. Y lo más sorprendente es que, en una de las construcciones cilíndricas –ex corrales para cabras- se habían montado el dormitorio, con cortinitas blancas bordadas a punto de cruz en tonos azules y todo.

(Nos dejaron fisgar por todas partes, porque nunca habían visto extranjeros tan amistosamente curiosos).

Al ladito montaron un chiringuito llamado “Bagdad café”. La decoración del techo consistía en una multitud de latas de Fanta,

Coca Cola y otras bebidas, que habían cortado en tiritas y luego enrollado para transformarlas en tirabuzones multicolores.

En cambio, me pareció una completa pérdida de tiempo visitar los sitios por donde paseó sus huesitos Lawrence de Arabia.

Ni siquiera imaginármelo como el buenazo de Peter O'Toole, su imagen cinematográfica, sirvió para aliviar el aburrimiento. Kilómetros y kilómetros para ver cuatro piedritas tontas.

O sea que, hablando en plata, para mí dicho recorrido equivale al timo de la estampita, en comparación con las otras maravillas maravillosas que brinda el país.

Y para colmo, quedaban siempre en el quinto pino, o sea que después de tanto desierto, la desilusión todavía era mayor.

Camboya

Lo que se dice, otras vacaciones navideñas de rechupete.

Es cierto que el viaje es largo, y me tuve que chupar un montón de pilulas anti-nervios. Porque además, entre película y película, aparecía en la pantalla el mapa con la posición del avión en ese momento. Mi vecino de asiento, que tenía gran curiosidad por todo lo que estuviera colgado en el espacio, se sentía encantado. Pero a mí, ver que estábamos encima de esos sitios donde se tiraban bombazos y constatar lo mucho que faltaba todavía para tomar tierra me ponía ligeramente enferma. Y las comunicaciones del comandante sobre altitud y otras zarandajas me causaban inevitables escalofríos.

Pero una vez llegados al aeropuerto de Bangkok, esperando el enlace para ir a Camboya, hay montones de amables señoritas que te sientan en un sillón y te propinan unos masajes de película (después descubriría que en todos los sitios los hacen, pero tienen nombres distintos)

Y llegamos al sitio que nunca soñé en poder ver con mis gafitas: Siam Reap, donde se encuentran los templos de Angkor.

Había visto innumerables fotos, pero tocar con mano esas raizotas blancuzcas que abrazan los edificios es una pasada. Y son incontables. Existen zonas todavía inexploradas adonde está prohibido ir dado que en muchas de ellas sigue habiendo minas... y abundan guerrilleros emboscados, dado que no hace mucho que acabó la guerra guerra.

En una de las casitas nos topamos con una escuela de Ikat. Como llegamos en el momento de la pausa de mediodía, todas las alumnas estaban tumbadas en el suelo, al lado de los telares, viendo una telenovela india, esas donde los personajes masculinos tienen los ojos pintados que abren de par en par y cara de locos (para dar un ejemplo, la de Kabir Bedi en la peli "Sandokan, el tigre de Mompracem") mientras ellas exhiben hermosos aros en nariz y demás y tienen siempre siempre, la llamada boquita de piñón y los ojos huidizos que van de derecha a izquierda incesantemente.

¡Absolutamente irreal!

Naturalmente me lancé a examinar los trabajos. Había leído un montón sobre esa técnica, pero de eso a tocar con mano las

madejitas cucas hay un abismo. Tengo un chaquetón tejido así, y me sorprendía que los bordes de los diseños estuvieran desdibujados.

El truco consiste en que tiñen los hilos con el dibujo y seguidamente los tejen en la urdimbre apretada.

Todavía hoy, pasados tantos años, me veo delante de los ojos las primorosas madejitas con manchitas multicolores.

Y miro mi chaquetón con una cierta emoción... y con tanta admiración por el trabajón que supone la creación de su tejido

Como teníamos tiempo a manta para hacer lo que nos apetecía, cada día, al atardecer, íbamos a que nos dieran un masajito, distinto según el estilo: recuerdo sólo kmer y tailandés.

Todo en riguroso silencio claro, lo que me partía de risa. Abría un ojo un poquito y veía a la señora que se subía a mi cama, creo que incluso me pisoteaba... No sé, lo olvidé.

Pero sí recuerdo mis esfuerzos para no troncharme.

Myanmar

Es la Burma o Birmania de otrora, cuando leía las novelas de Somerset Maugham llenas de espías e ingleses que se lo pasaban pipa. Y no hay que olvidar las numerosas películas con señoras que lucían siempre unos trajes de noche super rechulos, con unos escotes que les llegaban a las posaderas y que llevaban unos peinados de esos con ondas muuuuy apretadas. ¿Y qué decir del enorme arco de las cejas pintadas?

Nada más llegar conocemos a nuestro guía, el dandy más dandy del país. Muy espigadito, cada día llevaba una especie de pareo precioso a juego con una camisa de seda.

¡Un bracito de mar!

A su lado nosotros resultábamos unos adefesios pobretones.

Descubrimos luego que le hacían las camisas a medida (*le acompañamos a uno de los sitios donde las encargaba*). La “falda” en realidad era una especie de gran cilindro hasta al suelo. La extendía al máximo, ajustándosela a culito y caderas, hacía una especie de pliegue en la parte delante y luego la ajustaba bien a la cintura sometiéndola en la parte delantera.

Era un desafío a la ley de la gravedad. Pero nunca le caía. De vez en cuando repetía el rito del ajuste, y yo trataba de no perderme ni ripio.

(A veces trato de imitarlo, pero no hay tu tía. Aunque haga un nudo, o ponga un imperdible o lo que sea, en cuanto me despisto se me derrumba).

Recién llegados, al salir del aeropuerto nuestro guía nos dice que nos va a llevar a un templo budista porque ese día hay una fiesta. Se trata de que alguien ha hecho una oferta e invita a comer a todos los monjes.

Llegamos cuando empieza el desfile de tales monjes, vestidos con colores divinos. Con dos rectángulos de nada, se organizan un desfile de modelos de padre y muy señor mío. Aparte los jóvenes coquetos que exhiben unas carnecitas color canela impresionantes, hay alguno que incluso crea unas mangas enroscadas que parecen un modelo de Versace.

Y los tonos son naranja, rojo, granate, ladrillo, violeta.

¡Un delirio!

También hay muchos niños.

Como es un día especial, está todo abierto a familiares y curiosos, así que nos permitimos el lujo de fisgar por todas partes: de los dormitorios a las duchas (donde todavía están algunos poniéndose guapos) o a las cocinas, donde vemos unas perolas que parecen bañeras y que despiden un aroma delicioso. Dan ganas de entrar a pedir una tapita, pero la cara del guía no nos anima a tentar el lance.

Si de Angkor había leído mucho, no estaba preparada para lo que vi al llegar a Bagan: un espacio enorme (luego leí que eran 40 km²) cuajado de templos, pagodas y estupas (más de 5.000, según la guía).

Habíamos pedido que nos alojaran en hotelitos sencillos. Desde el balconcito del que nos tocó en suerte podíamos ver ese magnífico paisaje salpicado de cupulitas de todas las formas, dimensiones y alturas.

Las habitaciones eran chocitas pequeñas, unidas unas a otras mediante una pasarela de madera.

Nuestro guía desayunaba unas sopitas que me parecían muy apetecibles, pero no me atreví a abandonar el tradicional café con pan y mantequilla.

Claro que nos tocó pasar un sofoco bestial cuando un grupo de italianos se pusieron a despotricar porque no había ni croissants ni bizcochos. Los del hotelito se las arreglaban para darnos algo que les debía parecer una porquería, y ellos refunfuñaban sin parar.

Como el calor reinaba soberano, teníamos que hacer una pausa a mediodía y volvíamos al hotel donde –por fin solos– comíamos unas cosas riquísimas y luego nos sentábamos en el balconcito para admirar el bosque de cupulitas.

Nos quedaba también tiempo para visitar las fábricas de artesanía y los mercadillos. Ver como pintaban esas filigranas era hipnotizador. Con un punzón empezaban a hacer dibujitos complicados alrededor del plato o del recipiente, para terminar en el punto justo donde empezaron, sin cometer ningún error.

Creo que a los pobres artesanos mi presencia les debía resultar una auténtica cruz, dado que me plantaba a su espalda, pegada como un cromó y respirándoles en el cogote.

Cuando llega el día en que tenemos que dejar nuestro hotelito para proseguir el viaje, preparamos paquetitos con regalos: una camiseta mía para el cocinero, bufandas estilósísimas que teníamos en la maleta para las chicas de la recepción; cambié con el camarero mi abrebottellas (*de esos de propaganda, con el nombre de alguna bebida o puede que de algún restaurante*) con el suyo, una joyita que atesoro, hecha con un palito triangular decorada en tinta azul con motivos tradicionales y un tornillazo fijado con dados a ambos lados, ante el cual cualquier chapa de botellín se rinde al instante.

Como colofón, nuestra salida del hotel resultó de lo más estrepitosa: mientras el coche se movía lentamente dando la vuelta al hotel, todo el personal, con el director a la cabeza, corría al otro lado de la valla saludándonos con la mano.

Primera y última vez que me pasó una cosa tan conmovedora.

Proseguimos nuestro recorrido visitando templo tras templo, uno más fascinante que otro. Uno de ellos estaba repleto de budas. ¡Algo irreal!

Era un lugar de peregrinación, y tanto las paredes exteriores como las interiores están totalmente recubiertas con budas policromados de todos los tamaños. ¡Como para quedarse boba!

Por una vez, y por respeto, me abstuve de comprar uno en la tiendita, porque no tenía la mínima intención de colocarlo en la pared, que es lo que suelen hacer los fieles tradicionalmente.

Yo me lo habría traído a casa, sin dudar.

Recuerdo que nos dimos una vuelta en barco por el río, uno que cambia –no sé cuándo– el sentido de la corriente: va para arriba o para abajo, depende.

Sus orillas están plagadas de palafitos. Y allí transcurre la vida de las personas. Una señora vacía los orinales abriendo una trampilla de su casita, mientras, al ladito, los chavales nadan y juegan, las chavalas se lavan las melenas, etc.; en otro palafito la ocupante llena una pota con el agua del río para cocinar; más allá,

en otra, alguien lava la ropa con abundante jabón que hace mucha espumita...

¡Se nos ponen los ojos como platos!

Pegando algún saltito que otro

Devon

El primer verano que hubo una sequía bestial por doquier, incluso en Inglaterra, me apunté a una extraña experiencia, muy típica del país. Consistía en andar durante 15 días por la región de Devon, acompañados por un guía experto y alojándonos en un lugar dedicado a investigación de diverso tipo, al ladito de una playa. Desayuno, comida y cena incluidos.

Allá me fui encantada de la novedad, si bien eso de andar encima de algo verde no forma parte de mi ADN.

Para mí cualquier cosa relacionada con la Gran Bretaña (mi país de adopción por antonomasia) encierra eso de la famosa "atracción fatal".

El lugar donde residíamos con un montón de personas se llamaba Slapton Ley, y en el Centro había –y sigue habiendo- todo tipo de cursos, entre ellos recuerdo uno dedicado al estudio de los líquenes.

Disponíamos asimismo de una biblioteca fantástica.

Los desayunos eran esos típicos que se ven en las pelis. Un montón de cosas cocinadas que parecían super. Y no faltaba el menú para vegetarianos, claro.

Yo no podía afrontar más que café con leche y tostaditas de pan con mermelada sublime.

Éramos un grupo tan heterogéneo que me dejaba atónita.

Y los paseos eran estupendos.

¡Esta declaración mía, equivale a un Oscar!

Quienes me conocen pueden confirmar que mi entusiasmo tiene una base real, dado que es notoria mi poca simpatía por campos, prados, bosques y todo lo que tenga una base verde.

Caminábamos por sitios de película peliculera.

Nuestro guía era clavadito al protagonista de la película "Kolya", pero igualito igualito... e igual de simpático.

Cada día un micro bus nos llevaba a algún sitio y empezábamos a caminar, sin prisas pero sin pausas.

Todo funcionaba como un reloj de precisión.

A mediodía nos parábamos en algún *pub* donde degustábamos cosas riquísimas... y alguna cervecita que otra, por eso de estar ajustados al lugar.

Y a una hora determinada, en algún punto, nos esperaba el vehículo que nos devolvía a nuestro alojamiento a eso de las 6.

Tengo que dedicar dos palabritas de admiración a los chavales y chavalas que conducían por esas carreteras que tienen la anchura de un vehículo.

Siempre que podía solía sentarme pegada al conductor, para no perderme ni raspa del milagro correspondiente al cruce con otro cochito, fuera cual fuera. Todo iba como la seda. Cada cierto tiempo había un ensanche a la derecha o a la izquierda, o sea que, siguiendo una costumbre que ignoro, uno de ellos daba marcha atrás hasta que encontraba el ensanche, saludaba con la mano y el otro pasaba tan tranquilo.

Todo muy educado y fino. Muy inglés.

En toda mi vida solo conduje un mes, pero renové cuidadosamente mi carnet durante años y años, sin jamás tocar un volante.

Sospecho que mi vocación de peatona se puede equiparar a la de solterona.

Un día nos tocó pasear por la zona denominada "*the moor*" que Conan Doyle consideró el emplazamiento ideal para el relato de "El perro de Baskerville", cuyo personaje principal era Sherlock Holmes.

El lugar es famoso por unas nieblas imponentes.

(Pero en el año en cuestión la sequía incluso volvió amarillo el magnífico prado verdísimo del Hyde Park londinense).

Reconozco que subir la loma bajo un sol inclemente no fue un regalo del cielo, pero yo tenía en la cabeza las pelis que había visto en mis años mozos y ni rechisté.

Por fin llegamos a la taberna prevista para nuestro almuerzo. Nos sentamos en esos magníficos silloncitos, sillas o lo que sea, que caracterizan todos los *pub* ingleses de mis recuerdos. Cada elemento decorativo es de su padre y de su madre, uno más antiguo que otro

Lo primero que pedimos es una cervecita fría. Estoy sentada al lado de nuestro guía, charlando como puedo, y sintiendo un calor de rayos, cuando de repente constato que al fondo de la habitación, pese a los treinta-y-pico grados de temperatura existentes, LA CHIMENEA ESTÁ ENCENDIDA, y los troncos chisporrotean alegremente.

Atónita, con los ojos como platos que se me salen de las gafas, le pregunto al guía:

Yo- Oiga, ¿estoy tonta o veo un fuego encendido?

Él- ¡Claro que está encendido!

Y- ¡Pero hace un calor de demonios! ¿Cuál es la razón?

E- Pues es que no se ha apagado jamás, ni día ni noche, en los últimos 400 años, cuando hubo la guerra...

No recuerdo el final. Me entró una risa tan histérica que no podía parar. ¡¡400 años con la chimenea encendida!!

Hice el paseo de regreso dando traspiés, porque aunque no podía seguir carcajeándome para no herir la susceptibilidad de nadie, no conseguía impedir que se me saltaran las lágrimas de tanto reprimir la risa.

Todavía hoy me río las tripas, recordando la escena.

Al volver del diario recorrido, menda salía pitando para la playa, que estaba al final de la cuesta, y así me saltaba la cena, claro. Mi sistema digestivo me impedía comer nada después del sublime almuerzo que me había papado a mediodía en uno de esos pub que parecen un milagro.

La playa era toda mía, porque los asiduos se habían largado a prepararse para la cena.

Tenía que andarme con ojo, porque el agua era fresquita, no tan helada como la del Atlántico de mis rías, pero la corriente era bestial.

Estaba sola solísima.

Recuerdo que me entraba un kilo de mieditis con una soledad tan densa.

Pero, por otro lado me chiflaba estar allí, sobre todo porque me parecía imposible poder meterme en el agua a esa hora, cuando en mis recuerdos el frío habría impedido cualquier cosa.

Volvía al Centro contenta como una Pascual, lista para ir al pub cercano a cerrar la jornada con una jarra de cerveza.

Un día nos reúnen con aire misterioso. El guía comunica que en un campo vecino se ha constatado la presencia de un grupo de “*badger*”, especie super protegida que vive bajo tierra, y que es famosa por protagonizar algunos libros de Beatrix Potter. (*Esto me lo comunicaron para explicar la emoción colectiva*).

Lo importante era que estábamos invitados a presenciar el momento en que salían al atardecer de los agujeros subterráneos para buscar comida. Son ciegos pero con un oído finísimo, por lo cual teníamos que llegar al sitio identificado con la debida antelación y esperar inmóviles y en silencio a que dicho “*badger*” premiara con su presencia la emocionante espera.

Cuando al final alguien dice: “¿*alguna pregunta?*” levanto un dedo como en la escuela y digo: “¿*qué es un badger?*”

Silencio de muerte.

Explico que esta vez no tengo un diccionario conmigo, o sea que no sé qué tipo de animal es. Y para colmo nunca leí los libros de Beatrix Potter.

Media hora más tarde estoy rodeada de los profesores universitarios que dan cursos allí, armados de libros, enciclopedias y no sé qué más, que tratan de ilustrarme la figura de tal animalito.

Aunque me enseñan los mapas de España donde tienen su “casita”, sigo *in albis*. Lamento no darles satisfacción, pero es que no tengo ni la más mínima idea.

En cuanto volví a casa, lo primero que hice fue buscar dicha palabra: era un tejón.

Y menos mal que antes no lo sabía, porque mientras allí suscitaban conmovida adoración, en general, su pelo se suele utilizar para hacer cepillos, pinceles y brochas de afeitar de todo tipo.

¡¡¡Ay, ay, ay, ay, ay!!!

Allá nos vamos.

Hombres y mujeres están emocionados, como si se tratara de una peregrinación crepuscular a la gruta de los milagros.

Nos sentamos en la valla o en las ramas de los árboles. El guía, poniendo un dedo en los labios, nos conmina al silencio más absoluto.

Silenciosos e inmóviles miramos fijamente un montón de tierra que se nos indica.

De repente la tierra empieza a moverse...

... se abre lentamente un agujero...

... el agujero se convierte en un agujerón...

... algo empieza a aparecer, muuuuyyy lentamente...

... aparece una cabeza parecida a la de un ratón gigante...

... de aquel agujerito minúsculo empieza a salir algo enorme...

(es como asistir a un parto, digo yo, que nunca vi ninguno)

Cuando el idealizado “*badger*” de marras aparece por completo, es una especie de caja de zapatos con cuatro patitas enanas, una cola larga y una cabecita diminuta más bien triangular.

O sea, una mierda de animalito.

Me parece imposible que lo hayan idealizado tanto.

Yo dejo que suspiren como si hubieran visto la Virgen de Fátima, porque respeto las cadaunadas de cada uno, ¡faltaría más!

Soy la última que abandona el lugar mágico. Me esperan el guía y una de las otras vagabundas, una guapísima que parece una estrella de cine. Tienen una enorme curiosidad por conocer mi opinión.

De repente, me pongo a reír a carcajadas, con hipo y lágrimas comprendidas, apoyada a un muro; realmente histérica.

Con mi inglés “fantasioso”, comento que me parece una pasada la idea de que todos los campesinos consideren una bendición el que aparezcan en sus tierras una familia de estas dimensiones, dado que se las joden, tanto para hablar claro.

Y que lo que más me parte de risa es pensar que, cuando estos “armarios” se ponen en plan amoroso y reproductivo, estar en las cercanías debe ser muy parecido a sufrir un terremoto de fuerza 5 por lo menos.

¡Ahí se armó la de san Quintín en plan cómico!

No era yo la única apoyada al murito tronchándome de risa. Éramos tres.

Al guapísimo guía incluso se le cayó la mochila.

¡Nunca tanto lloré de risa!

Es que soy super remala y perversa.

Pero cuando se me ocurre una memez, sea la que sea, no hay manera de que cierre el pico.

Resumiendo: vacaciones de película... inglesa.

Suiza

Como un sobrino mío está trabajando en Basilea, un buen día agarro el tren y allá me voy.

Su chica viene a esperarme a la estación; cogemos un tranvía y nos vamos a casa. Al bajar del tranvía, tenemos que recorrer un puente que atraviesa el río. Son las seis de la tarde.

Charla que te charlarás, me parece ver algo raro en el río. Me paro en seco y veo un montón de globitos de todos los colores, con una cabeza al lado, que se deslizan empujados por la corriente.

Estoy pasmada, y me limito a preguntar:

-“¿Qué es eso?” con ojos como platos.

Mi compañera me contesta imperturbable:

- *“Es la gente que trabaja en XX que vuelve a su casa?”*

- *“¿Pero qué son esos globitos?”*

- *“Pues unas bolsas, donde meten ropa, documentos y todo lo que llevan encima, y que al cerrarla queda hermética y se convierte en flotador.”*

Esto era un viernes. El sábado por la mañana nos compramos una bolsa cada uno y luego nos fuimos corriendo al río. Metimos todos nuestros haberes, nos pasamos la correa por los hombros y nos tiramos al agua. La corriente era tremenda, pero cómodamente apoyados en la burbujota, lo único que había que hacer era estar atentos a no pegarnos un trastazo contra las pilastras de los puentes. Al poco rato nos acercábamos a una escalinata, subíamos unos cuantos peldaños, pasábamos por la ducha y volvíamos a pie al punto de origen para tirarnos de nuevo.

¡Lo que se dice una estupenda gozada!

Al anochecer volvimos a casa y, como el apartamento daba a un parque, allá nos plantamos a hacer una barbacoa... y nos encontramos con una multitud que estaba haciendo lo mismo.

Eso sí, al terminar se dejaba todo impecable y cada mochuelo a su olivo.

El domingo toca recorrer la ciudad. Hace mucho calor, pero lo último que me espero ver que las fuentes rebosan de niños a remojo o que se tiran con brío salpicando todo lo que hay alrededor. Las mamás controlan plácidamente desde las respectivas ventanas.

Cuando nos acercamos a un merendero a la hora de comer, pasamos por delante de numerosas escalinatas que bajan al río abarrotadas de gente que está a su bola. Quiero decir que leen, oyen música, solos solitos...

Y lo que me parte de risa es que la mayor parte de ellos tienen al lado una especie de lata con algo encima. Cuando me acerco en plan figón, constato que es una mini-barbacoa, encima de la cual se asa una pechuga o un zanquito de pollo.

Reconozco que en ciertas ocasiones me descontrolo. Quiero decir que me entró un tal ataque de hilaridad que

... entre lágrimas histéricas que parecían una catarata y amenazaban arrastrar las gafas,

... la nariz que chorreaba mocazos....

... monté un número de circo.

Acabé apoyada a un árbol hipando, completamente descontrolada. Y con los bolsillos rebosando kleenex estrujados...

¡Es que no me esperaba una cosa así!

Todavía hoy, después de tantos años, recuerdo estas escenas y para mí son un quitapenas. Sigo riéndome a mandíbula batiente.

Algún tiempo después, este sobrino cambia trabajo y se traslada a Zurich.

Y allá me voy yo también ocho diitas. Por un lado en plan visita, por otro a trabajar haciendo, una traducción super larga y archipesada.

El apartamento está en un sitio chulísimo, al ladito del lago y en medio de jardines. El silencio es tal que una bandada de gorriones piando arma un escándalo.

Por eso de hacer algo, mañana y tarde –mientras los demás trabajan- me doy un paseo hasta el supermercado, sin encontrar nunca un cristiano. Aprovecho para llevar a los pocos la enorme cantidad de los periódicos que ocupan un trastero.

Descubro entonces que hay que atarlos de 20 en 20 con un cordel primoroso y luego se dejan al lado de la tienda. O sea que con santa paciencia hago mi paseíto, deposito los periódicos en su sitio y regreso a casa para plantarme de nuevo ante el ordenata.

En pocos días no quedó ni raspa en el trastero.

¡Pero hay que ver lo pelmas que son los suizos!

En cuanto me acercaba al sitio donde se ponían las cosas, siempre había alguna espía que se quedaba mirando fijamente para controlar que no hacía algo que no se debía.

Y llega el sábado.

Está prevista una celebración “tecno”. Un día entero de música bum-bum-bum. Toda la circunvalación del lago cerrada al tráfico, para ceder el paso a los “carros”. Tontamente pensé que podía ser como el Carnaval de Niza....

Pues no. Cada camión –con 2 o más remolques- llevaba unos altavoces de pesadilla con bum-bum-bum y estaba abarrotado con personas de cualquier sexo, masculino, femenino, trans, desconocido o etcéteras varios. Todas debidamente borrachas, anfetaminizadas, medio desnudas y que pegaban saltos todo el tiempo, no siempre a compás con el bum-bum-bum.

Todo esto en medio de miles de personas que hacían lo mismo.

Se dio el caso de que era uno de esos días con una llovizna incesante pero ligera; montones y montones de participantes se protegían con bolsas de basura...

Nunca vi tantos culos al aire.

Algunos del 3er sexo parecían vestidos con camiseta y pantalones, pero cuando se volvían, era evidente que les faltaba la parte de atrás de estos últimos, o sea que tenían los mofletes ventilados.

Entre las chavalas, algunas anoréxicas a nivel superlativo, abundaban los tangas de 2 cm cuadrados.

A las 2 de la tarde, cuando llegamos nosotros, ya estaban todos borrachos de cerveza, vodka o lo que fuera, o bien drogados hasta las cejas....

Habían instalado montones de WC químicos por todas partes, a lo largo del recorrido, destinados a las chavalas, digo yo, porque todos los setos estaban “forrados” de tíos que regaban lo que fuera (los de la otra parte igual pensaban que se trataba de lluvia).

Pero claro que los tales “armaritos”- WC, que tenían las puertas abiertas de par en par, exhibían un contenido tan heterogéneo como distante de su real aplicación. Había de todo y en cantidad. Incluso creo recordar que con el rabillo del ojo vi prendas de vestir amontonadas por doquier en alguno de ellos.

Otras cosas las dejo a la imaginación de los que se han visto en situaciones parecidas.

Punto clave: estar ojo avizor controlando a los que se acercaban para evitar que te vomitaran encima, como casi le tocó a mi sobrino.

En cierto momento, en plan defensa, nos quedamos parados apoyados en la barandilla del lago para “disfrutar” de la demencia imperante, sin correr peligro de que nos “regaran” meadas o vomitonas inesperadas.

El panorama del que fui testigo consistía en:

- Tíos que se tiraban al agua fría del lago y que luego no sabían cómo regresar de nuevo al paseo;
- Uno que se plantó delante de nosotros con una maletita de esas con ruedas donde había botellas de coñac, de vodka y de güisqui, más una bolsa con coca colas y vasos de plástico, amén de un letrero de cartón donde ofrecía bebidas a 10 francos cada una. Se forró.
- Pegadito a mí, un chaval trató de liarse un porro DURANTE 20 MINUTOS sin conseguirlo, porque parecía un péndulo. De vez en cuando se me escapaba el ojo, pero opté por la discreción. Al final le encomendó la tarea a la tipa que estaba a su lado, que estaba menos colocada.
- Otro tenía en el puño coca, y los que pasaban cogían una pizca, se la llevaban a la nariz, ponían los ojos en blanco y le metían un billetito en algún bolsillo.

Cuando, sin esperar la terminación del show, decidimos irnos hacia casa, nos tocó pisotear paraguas rotos, trozos de botellas y otros etcéteras.

Pues bien, en este ambiente “paradisíaco”, delante de nuestras narices, de repente una tía bastante talludita se tiró encima de un chaval, y se lanzó a una enérgica fornicación revolcándose en medio-encima-al lado de los cascotes.

Y un grupo de chavalitas le saltaban el cuello a los tíos con los que se que cruzaban, metiéndoles la lengua hasta las orejas...

Y ERAN SÓLO LAS OCHO...

No me puedo imaginar lo que podía pasar hasta las 2 de la mañana.

Parece imposible que estos suizos, tan amorfos y comedidos, puedan salirse de madre así...

A la mañana siguiente, cuando salimos para Lucerna, de nuevo estaba todo impecable, silencioso, muertooooo...

¡Lo que son las cosas!

HISTORIAS TONTORRONAS E INTRANSCENDENTES

(Lo más parecido a deshojar margaritas)

-La ortiga-

Le conocí en Spoleto, en ocasión de una de mis exposiciones. Recuerdo que me dijo que era arquitecto y vivía en Perugia. Y me invitó a su casa.

No tengo la mínima idea de por qué un cierto día acepté la invitación, aunque el proyecto de viaje era un poco complejo. Pero me apetecía mucho volver a ver esa ciudad.

Me tocaba coger a las 7 de la mañana un tren de esos que paran continuamente y tiene asientos de madera. Él iba a recogerme en la estación de transbordo a las 10,30.

Cuando salgo de la estación, en un pueblito sin nada de nada, me veo aparcado un gigantesco camper, con la ortiga que me pregunta: "¿en cuál de esas montañas quieres comer?".

No sé qué decir.

Se trae toda la comida preparada, así que recorreremos un buen trozo de los Apeninos, de barranco en barranco, hasta que llega la hora de comer.

La multitud de manjares del almuerzo son como para celebrar una boda, y a mí automáticamente se me planta una bola en el esófago que sólo me permite afrontar un trocito por aquí, otro bocadito por allá... y no más.

Creo que me perdona mi inapetencia, pero no estoy segura.

Cuando llegamos a su casa, en los alrededores de la ciudad, la verdad es que me quedo boquiabierto. Es una estructura de una planta, toda ventanales... y con salitas con chimenea, una detrás de otra (nunca las conté). En un extremo está la cocina-comedor; en el otro su dormitorio y el destinado a los invitados con sus correspondientes baños.

La ciudad siempre me encantó. Pero no conocía la parte sepultada, que me dejó patidifusa. Que un enemigo, harto de sitiarse la ciudad, decida construir otra encima, aparte de parecerme de majareta perdido, me asombra por la eficacia de la medida... y por haber hecho realidad una idea ligeramente espeluznante.

No creo que haya nada parecido en ningún lugar.

O por lo menos a mí no me tocó verlo.

Saladino era un especialista, pero tanto él como otros expertos "sitiadores" arrasaban cuando podían todo lo que podían, pero eso

de dejarlo todo intacto, y construir por encima me ha dejado estupefacta, boquiabierta, turulata...

En la calle principal encontramos amigos suyos, uno de ellos juez, que dice que la semana próxima están todos invitados a ir a comer en una casa noble en las afueras, muy interesante por sus pinturas.

Comenta que no puedo faltar, que está seguro de que me servirá de inspiración.

Total, que el fin de semana siguiente regreso, esta vez sin recorrido apenínico.

Y el sábado voy a la comida en la casa indicada.

Que es una maravilla, con las paredes cubiertas con la pintura florentina tradicional. En el enorme comedor, sentados a la mesa, parece que uno se encuentra en un jardín del Caribe.

Porque una barandilla recorre las cuatro paredes blancas donde están posados todo tipo de pájaros, exóticos o no.

Y al fondo se ven los paisajes toscanos típicos, mientras en la parte que representa el jardín pueden se encuentran pavos reales mostrando su cola, conejos, gallinas picoteando, perros con aire alerta... de todo todito.

Y si se levanta la vista hacia el techo, en su delicado azul revolotea toda la fauna conocida o por conocer.

¡Me quedo sin habla, que ya es decir!

(Volví a esa casa durante años, llevando también a mis amigos de diversas nacionalidades. Para mí era una etapa obligatoria yendo a Umbría.

Y tanto el juez como su esposa alemana se convirtieron en mis "fan" indiscutibles).

La verdad es que el arquitecto que me alojaba se la tomó conmigo, y le dio por llamarme a las 6 de la mañana (*su hora de levantarse para ir a trabajar*) hablando tiernito.

Yo siempre tiesa como una escoba, aunque seguía pegándome el tute de esos tremendos viajes quincenales de fin de semana, donde siempre alguien organizaba una cenota o un almuerzo.

Un finde, no sé cuándo, mientras estábamos en el centro, me lleva a ver una torre antigua. En el primer piso, me enseña un espacio magnífico, donde no hay más que el cuarto de baño.

Me comenta que es suyo, y que si me apetece venir a Perusa, dado que su casa está a 12 kilómetros, puedo organizar mi vida allí (*es el período en que trabajo como diseñadora de prendas de punto*) y puedo encontrar montones de señoras que calceten igual que las de Milán... y a menor precio, sin duda.

Comento que tengo un problema: que trabajo media jornada en una empresa para tener el permiso de estancia.

Todo el grupo opina que eso se soluciona; el juez dice que me apoya en la parte legal.

Empiezo a vacilar.

Incluso el director de la empresa donde trabajo me aconseja que, en vez de ir desplazarme allí el fin de semana, me conviene ir a ver cómo funcionan las cosas en la realidad cotidiana. Y me asegura que la empresa me da un permiso indefinido.

O sea que el fin de semana siguiente, sin decir nada a nadie de mis posibles proyectos, llego a Perusa con una lista de puntos que me conviene analizar y someter a la atención de mis amigos de Umbria.

Llego un viernes.

La ortiga me recoge en la estación y me deja en casa, al cuidado de la señora que se encarga de la casa y que vive con su familia en un chalecito al lado de la casona...

Y se marcha a sus citas de trabajo.

La señora me prepara la comida y me pone en el plato un trozo de cerdo asado, recién salido de la nevera, o sea HELADO, acompañado de un puré de patata del año pasado.

No puedo comerlo, da grima sólo mirarlo, y le digo que soy alérgica, para no quedar mal.

Le pregunto si tiene un tomate y me dice "no".

Voy al cuarto de baño que suelo utilizar y caigo en la cuenta de que jamás me cambió las toallas en todo el tiempo que llevo yendo y viniendo.

Y examinando mi cama, constato que tampoco me cambió nunca las sábanas porque, debajo de la almohada, encuentro un montón de pañuelos míos de celulosas, convertidos en bolitas grimosas, mi habitual marca de usuaria.

Es abril, pero en el jardín, arropado por un sol de maravilla, la temperatura es de 24 grados

En la casa chisporrotean, en **todas** las chimeneas, unos troncos que dan miedo. Es un horno.

(Creo que conté unas 4 “hogueras”, pero no podía ni mirar)

Me planto fuera a trabajar, en la magnífica terraza que tiene una vista de la campiña que corta la respiración, de esas que se suelen ver en los cuadros de los pintores locales del s. XVI).

Cuando regresa la ortiga, me monta un número de circo, llamándome maleducada porque estuve fuera en el jardín en vez de estar dentro –*achicharrándome*– disfrutando de las “hogueras” organizadas en mi honor; tampoco había comido lo que me había preparado amablemente la señora... etc. etc.

Me limito a decir “era un día estupendo y nunca tengo la oportunidad de poder trabajar en un jardín tan maravilloso”...

Sigue hecho una fiera reprochándome no sé qué...

Lo oigo como quien oye llover...

Pero eso sí, a las 6 de la mañana siguiente me levanto, agarro mi bolsa y me dispongo a volverme a mi casa. Sólo que, como al cerrar la puerta hago un poco de ruido, cuando estoy a 200 metros oigo que la ortiga me llama a gritos:

- *¿Adónde vas?*
- *A Milán*
- *¿Por qué?*
- *Porque tengo muchas cosas pendientes.*
- *Espera que te acompañe en coche a la estación*
- *¡Qué va, no te preocupes, cojo el autobús!*

Y me pongo a andar despreocupadamente, despreocupándome de que me encuentre a 12 km de la ciudad.

Allí, en medio de la nada, me siento en un muro a esperar el autobús. Pasa una hora, pasa otra hora. Es festivo y no hay tráfico de ningún tipo. Hasta que, no sé cuándo, un coche se para y el conductor me comunica que el domingo no hay servicio.

O sea que me pongo de nuevo en marcha y prosigo mi camino requetecontenta canturreando algo alegrete.

Llego a la estación a no sé a qué hora y, como los horarios son un desastre, paso todo el día haciendo un transbordo tras otro.

Me da igual, porque sigo dándole a la calceta todo el tiempo, disfrutando de la cháchara del jefe de las estacioncitas que me caen al paso, a los que les recuerdo las respectivas abuelas o las tías solteronas (mi caso, clavado).

La ortiga, que debía tener una memoria muuuuy cortita, siguió llamándome durante meses a las 6 de la mañana.

Y yo seguí yendo cada año a hacer una visita a los magníficos propietarios de la casona, donde con frecuencia encontraba al juez y a su esposa.

Na, que a veces una mete la pata hasta las orejas. Pero basta no perseverar en la metedura, que todos somos de carne y hueso.

La petunia

En ese período conocí también otro arquitecto amigo de amigos. Estaba especializado en diseño industrial y la verdad es que ideaba unas cosas muy cucas.

Pero era el ser más triste del mundo.

El rey de la pesadumbre, como quien dice.

Hacía también unas cosas que a mí me parecían rarísimas. Por ejemplo, su idea de vacaciones consistía en comprar copropiedades en sitios distintos (3, para ser exactos). Mini apartamentos de los que era propietario 15 días al año. Y allí se iba cuando le tocaba el turno.

La verdad es tales inversiones me parecían una chorrada mayúscula, pero no era asunto mío, claro, y guardaba mis opiniones para mi chaleco.

Y también tuvo la mala pata de que, en un caso, el promotor les tomó el pelo a todos los inversores. La urbanización era sólo fachada y un buen día dicho promotor se esfumó sin que estuvieran conectados ni el gas ni la electricidad, ni nada.

¡Pensar que tal urbanización estaba en proximidades de uno de los lugares más famosos de Italia!...

(¡Dios sabe qué pasó con todo ese tinglado! Los compradores eran unos “pringaos” de cuidado, porque no me cabe en el cráneo que, siendo todos profesionales, no se dieran cuenta de la colosal tomadura de peluca).

Las otras dos mini-posesiones pudo utilizarlas, por lo que puedo recordar (dado que no me interesaba ni un pelín.

Pero se da el caso de que, si bien ambas estaban emplazadas en localidades playeras de renombre, uno era suyo quince días **en febrero** y otro el mismo número de días **en abril**, o sea cuando hacía frío y ni un alma por la calle. Y lo que es aún peor, sospecho que para comprar un bollo de pan, un huevo o un vinillo era obligatorio coger el coche.

Me lo imagino, porque ni loca se me ocurrió desplazarme para controlar el panorama.

Menda insistía en explicarle repetidamente –sin prisas pero sin pausas, como quien dice- que para mí playa significa **calor**, y a ser posible **sol a mantas**.

Oídos sordos por mi parte, cuando me llamaba por teléfono desde ambos desiertos, solicitando mi presencia.

Pero el colmo de los colmos fue el día en que me invitó a cenar en su casa, un *risotto alla milanese* y no sé qué más.

Pruebo el risotto y está riquísimo. De repente con el rabillo del ojo noto algo raro: un gato se ha subido a la mesa, ha hundido la pata en **mi** plato y se está relamiendo el muy desgraciado.

La expresión de mi cara no debe dejar lugar a dudas... pero el “padre” de la criatura no está en vena de lectura. Me comunica orgullosísimo que el gatito suele comer con él, y el hecho de que trate de compartir mi condumio significa que le soy simpática.

De repente se me quitó el apetito por completo.

Mientras tanto, la petunia le decía tonterías al felino: chiu, chiu, pech, pech, pech, rascándole las orejas afectuosamente con la misma mano que usaba para coger el pan... que trataba de pasarme amablemente....

Terminada la cena, no recuerdo cómo, me arrellano en un estupendo diván con un diseño de película... y de repente noto algo raro en el cuello. Es el maldito micifuz, que se ha plantado detrás de mí y me está pasando la cola por el cuello de modo muy sádico. Parece un nudo corredizo.

El dueño de casa hace caso omiso de mi expresión de sumo asco. Más aún, en pleno delirio orgulloso, me comunica que el tal micifuz suele dormir con él.

Perfecto anticlímax.

La náusea ya existente se ve acompañada de un picor por todo el cuerpo.

En cuanto me recupero llamo a un taxi y desaparezco para siempre jamás.

Es que en ciertas cosas soy muy mía. Y a cazorra no me gana nadie.

El diente de león

En uno de mis períodos de desahuciada un amigo de amigos se ofrece a alojarme de jueves a lunes. Vive fuera de Milán en un chalet de grandes proporciones emplazado a la entrada de su fábrica, algo que al principio me alucinó, pero que luego supe que es característico de la zona.

Allá me iba con mi bolsaza llena de lana, porque estaba al inicio de mi período de “calcetadora” oficial.

Reconozco que le eché huevos al asunto, porque me quedaba un finde largo en medio de un bosque sin saber cuál era la exacta ubicación.

El jueves y el viernes la fábrica funcionaba, pero el sábado y el domingo ni podía salir de casa porque fuera vigilaba un perrazo enorme, negro y baboso, que su dueño adoraba y por eso le pasaba la mano por el morro chorreante con enorme cariño.... antes de entrar en casa, sentarse a la mesa y cortar el pan (sin haberse lavado las manos antes).

Dejé de comer pan, claro.

Por no decir que dejé de comer, punto y basta.

Porque quien cocinaba era uno que trabajaba en la fábrica, vivía allí cerca y eran tan guarro como él.

El sueño de este último era criar Pitbull. Y lo hizo realidad. Años más tarde leí su nombre en el periódico porque una de las criaturas que vendió se había comido a la madre del dueño una mañana cualquiera.

¡Qué pequeño es el mundo!

Lo que realmente me dejó estupefacta fue constatar que mi anfitrión era un perfecto capullo: el sábado a las 7 de la mañana ponía los discursos de Mussolini a un volumen que hacía crujir las paredes.

Personalmente me daba igual; ignoraba el contenido visto que era un disco viejito, de esos de 45 rpm y medio rayado. Los alaridos del Benito eran interrumpidos por aplausos cada cuatro palabras.

(Algo me recordó al Caudillo. Con la diferencia de que el mío tenía una voz monótona monótona, mientras el “caro” Mussolini pegaba unos aullidos de síncope –su nieta es como él, y todavía más horterera, si eso es posible).

Pues este caballerete llevaba 10 años haciendo sesiones con una analista *(de ahí que me recogiera el jueves y me devolviera el lunes)*, tratando afanosamente de descubrir quién era.

Entonces yo era modosita y en mí predominaba la curiosidad. A decir verdad, tampoco me pedía mi opinión, pero sospecho que algo se leía en mi cara, porque de vez en cuando se ponía circunspecto.

A mí no me importaba un higo escarchado.

Me sentaba tranquilamente y tricotaba pensando en mis cositas.

El domingo solía aparecer una panda de gente de todo tipo y se organizaban unas cuchipandas de cuidado. Las señoras, mientras cocinaban, me daban codazos en las costillas en plan cómplice, dando por sentado que yo era la “novieta”.

Servidora, como una santa, disimulaba, porque tampoco quería estropear su imagen de “ligón internacional”.

Me traía sin cuidado lo que podían pensar.

Un buen día descubrí que allí cerca había una pequeña estación, de esas donde para un tren chuf-chuf-chuf, tipo Oeste, pequeñito, con asientos de madera y todo. Hice una escapadita para ver los horarios y me quedé encantada de tener una vía de escape.

... y se ve que eso de ser gallega y medio bruja paga.

Un sábado se organizó un cotarro tan demencial, en plan repasito al Decamerón como quién dice, que yo me eclipsé y me refugié en mi habitación sin saludar a nadie.

A las primeras luces del alba, cuando al ir al cuarto de baño me encontré con que el salón era una especie de naturaleza muerta estilo Sodoma y Gomorra, agarré mis trebejos y salí disparada para la estación. Me importaba un pimiento que el perrazo quisiera comerme.

Salí de casa con las agujas de calcetar en la mano, dispuesta a convertirlo en un alfiletero si se me ponía en plan cretino.

Pero se ve que no era tan tonto como parecía, porque me dejó pasar sin ladrar y sin tratar de llenarme de babas.

Pero en cuanto cerré el portal, soltó unos ladridos tales que su dueño se despertó, vio mi puerta abierta y apareció en la estación, donde yo esperaba tranquilamente el chuf-chuf-chuf.

Y esto se repitió repetidamente repetidas veces.

Los dementes organizaban de vez en cuando fines de semana en comandita. Si el destino era algún sitio que me interesaba –y dado que no sabía adónde ir- me dejaba llevar, pero en cuanto llegaba me informaba de la vía de fuga.

Y si el jaleo me incordiaba, al alba ponía pies en polvorosa.

De este modo conocí un montón de sitios, porque no volvía a Milán: me bajaba en el primer lugar cuyo nombre me sonaba, a lo mejor el pueblo de al lado, cosa que nadie se imaginaba.

Así recorrí todos los estupendos pueblitos de “Le Cinque Terre”, donde todavía hoy suelo reposar mis huesotes.

Incluso en los últimos años me planto allí para trabajar.

¡Lo que son las cosas!

Al diente de león volví a verle muchos años después.

Estaba negro porque su analista había tenido una embolia y se había quedado huérfano, como quien dice.

Tras veintitantos años pagando un pastón terrorífico seguía sin saber quién era.

Y aquí ya no me quedé callada. Le solté tranquilamente todo lo que pensaba...

... y sospecho que descubrió que era masoquista.

Porque, acostumbrado venir a Milán dos veces por semana para ver a la analista, decidió sustituir esa cita con llevarme a cenar al restaurante debajo de mi casa, que tenía un pescado de película y que solía estar prácticamente desierto.

(Salvo algún tipo “mafioso” que otro que se acomodaban dando la espalda a la pared. Generalmente se acompañaban de chavalitas eslavas que estaban sentadas delante, por eso de que si entraban disparando él podía meterse debajo de la mesa. Dado que tales “mafiosos” solían ser de tamaño postal, cabían holgadamente e incluso sobraba espacio. Eso sí, por primera vez vi que todos y cada uno de los comensales tenían un móvil al lado del cuchillo -o del tenedor si eran zurdos. Acababan de nacer los “telefonini”).

Mientras me ponía morada de pescaditos fritos exquisitos le decía unas cosas tremendas, pero lo dicho, descubrió su vocación de masoquista.

Le encantaba que lo machacara.

La hortensia

Alguien lo trajo un día cualquiera a una de mis cenas y, come le caí bien, después traía también a sus amigos.

¡Problemático de caray!

Soltero, rico, dirigía las empresas de la familia... y con sus complejos se podría empedrar la isla de Ons por lo menos...

Una de sus obsesiones era que las chicas lo perseguían por su dinero, o sea que si le sonreían era porque se lo querían llevar al río, como quien dice.

(A lo mejor se daba cuenta de sus límites. Era altito y espigado pero todo hay que decirlo, tremendamente aburrido).

Un buen día decidió escogermme como asesora. Y así pasaba la cosa más ridícula del mundo.

Me llamaba muy tarde por la noche. Generalmente yo ya estaba en la cama o, de no ser así, aprovechaba para hacerlo, porque era muy soporífero.

Cuando la petunia llegaba me encontraba en chancletas, con los rulos puestos y la cara rezumando crema. Ya estaba acostumbrado.

Yo me ponía cómoda en la cama, él acercaba una silla y se ponía a soltarme sus majaretadas elucubrantes. Cuando yo me quedaba roque, apagaba la luz, cerraba la puerta de la casa con llave y la dejaba en mi buzón.

Como esto se repitió numerosas veces, puedo deducir que la inevitable somnolencia que me causaban sus soporíferas vivencias no tenía repercusiones en su psique.

Lamento la desilusión de quien esperaba confesiones picantes, pero mi lema siempre fue:

!!!Mis historias chulis son propiedad privada!!!

¡¡QUE COÑAZO LA TERCERA / CUARTA EDAD!!

... O LO QUE EL FUTURO NOS DEPARE...

Cómo aprender a afrontarla con estilo

Ayyyyy

Ayyyyy

Ayyyyy

Ayyyyy

Ayyyyy

(Lagrimitas emotivas)

PROLOGUITO SIN PRETENSIONES (A veces los eventos te pillan en bragas)

Algunos tenemos la suerte de gozar de una salud de hierro tipo Popeye.

Menda puede encender velas a todos los santos del Santoral. Pese a pasarme la vida pegando saltos de trabajo en trabajo y de país en país, nunca tuve que afrontar ningún episodio que hiciera necesario recurrir a la farmacopea... exceptuando la píldora anti-baby y los laxantes, que me papaba como Dios manda con gran fruición.

Eso sí la Cafiaspirina patria fue siempre mi panacea (*no quiero hacer publicidad, pero lo que es cierto es cierto, y al pan pan y al vino vino, que hay que decir las cosas como son*).

Como no la encontraba en otros países (se vende la aspirina, pero no la cafiaspirina), conservé siempre como un tesoro –y sigo haciéndolo, ¡vive Dios!, como decían en los cuentos de piratas- un pequeño stock del producto mágico.

Aún a riesgo de caer en publicidad ilegal, ningún medicamento ha podido superar las “virtudes” de las famosas pastillitas antedichas... que además cuestan poquito...

Pues a lo que iba, con mi salud de hierro, etc. un día me pasó lo que me pasó (pero la inmortalidad está sólo en las pelis de Spielberg)...

**CUANDO A UNA LE DAN UNA NOTICIA INESPERADA
(pero mentalmente prevista)
¡que jamás habría querido oír!**

Un buen día me llega una nota de un Departamento de la Administración Regional donde me dicen que tengo que hacer una colonoscopia. (*¡Bendita sea esa administración que impulsa a las ciudadanas de una cierta edad a tomar ciertas precauciones!*)

Bueno, llamarle “nota” es reductivo, porque en realidad consiste en un montonazo de páginas explicando todo, todo, todo cuidadosamente. En MAYÚSCULAS, **negrita** y subrayado, indicaban que la ciudadana en cuestión, o sea menda, tenía que ir acompañada.

¡Caralooo!

Toda la vida arreglándome la vida sola solita y, de repente, para que me metan una cámara por el culito (*en diminutivo parece más finolis, pero lo mío es un culón, que cada uno tiene lo que cae en suerte*) me toca pedir a alguien que me acompañe.

Humillación de mierda.

Me ahorro los detalles técnicos de la preparación al evento (se encuentran en internet y son altamente repugnantes). Aparte del pequeño dato de que dejé de comer nada sólido cinco días antes del evento en cuestión.

Llega mi turno.

Paso por alto el hecho de que para cubrirme las vergüenzas me dan una toallita verde de 20 x 20 cm.

Me dicen que me van a sedar, y a mi comentario de que puedo ser alérgica a cualquier cosa, prescinden de los prolegómenos y ponen manos a la obra. De mi “caso” se ocupan una doctora y dos enfermeras, una de ellas española. ¡El máximo del disfrute!

El lance es de película, en sentido real.

A mis pies está la pantalla, o sea que tengo el placer de verme mis tripas por dentro. Se parecen a las escaleras de una torre, con muuuuchos peldañitos circulares. Un poco rosadas y un poco verdosas (*tonalidad que después descubrí se debía a que eran los restos de la ensalada que me había papado la semana precedente, ¡¡¡aggggggggggggggg que asquito!!*).

De vez en cuando una de las enfermeras me mueve para un lado o para otro o bien me planta un codo en la tripa con gran entusiasmo. Reconozco que no es exactamente una fuente de delicias. Pero cuando me pregunta “¿le hago daño?”, me limito a responderle “bueno, pues es lo mismito de cuando como grelos, que me pongo fatal”.

Mientras tanto sigo viendo la peli en la pantalla porque, afortunadamente, me han dejado las gafas puestas.

Me encanta.

En algunos momentos se ve algo que recuerda una alcachofita florida (*pura imaginación, nunca las vi en el campo, sólo en lata*).

Para servidora es como un jardín japonés sin pedruscos.

Terminado el *show*, en vez de ir en camilla a la llamada “sala para despertar” (¿?) pego un brinco y me siento al lado de mi acompañante, a la espera de que me den los resultados de la “excavación” y sintiéndome purita comparsa de una película del realismo italiano.

Tres filas de sillitas cutres pegadas unas a otras ocupan tres lados del mísero hall, y los presentes nos miramos unos a otros a hurtadillas, sin saber cómo portarnos con el vecino de silla.

Los más avezados desempeñan el papel de informadores, diciendo a los que llegan en qué bandeja hay que poner los papeles. (*En virtud de un virtuoso ahorro, de enfermera nada monada; los pacientes se las apañan en plan mutuo socorro*).

Los que están emparentados ya se han dicho todo, y se miran las manos, los pies, leen los carteles que advierten amenazadoramente de los peligros que acechan nuestra salud... lo que sea, vaya, por eso de hacer algo.

¡La alegría de la huerta, como quien dice!

Mi acompañante y yo no nos atrevemos a comentar nuestras cositas porque en ese silencio mortal, ni siquiera los susurros garantizan la tan cacareada privacidad.

La Doctora se asoma de vez en cuando para decirme “por favor, no se mueva”.

Total, que una hora más tarde me dan un sobre con unas fotitos de las alcachofitas y me dicen que vuelva a los 15 días a recoger los resultados de la biopsia.

Claro que, como soy un cacho pedazo de borrica, no caí en la cuenta de que las cositas que se veían de vez en cuando, que a mí me parecían alcachofas floridas, eran algo distinto.

El día previsto para el retiro, agarro un taxi para ir a recoger los resultados y volver a casa a toda mecha, porque estoy super cargada de trabajo.

Dejo el taxi esperando, recojo un sobre bien cerrado.

Lo abro, claro, y saco una especie de carpetita sellada con papel celo.

Lo arranco, extraigo la hoja de papel que contiene y leo:

“adenocarcinoma”

... y la enfermera me dice que el médico quiere hablar conmigo.
Salgo de la clínica y pago al taxista.

¡Menos mal que estaba vestida como se debe

chuli,

chuli,

chuli!

COMO MACHACAR A UNA PACIENTE SIN DARSE CUENTA (digo yo)

El médico que quiere hablarme es un colega de la señora que me hizo la biopsia.

Recuerda un dibujo animado porque es pequeñito, redondito, con una carita esférica de esas fáciles de pintar: un redondel con dos borrones como ojos, un botoncito como nariz y una rayita como boca.

Pertenece a ese grupo que se define como “con frente despejada” -para no hablar de calvicie-, y que insiste en peinarse los cuatro pelos con una raya al lado que empieza a dos dedos de la oreja.

Se frota las manitas con aire de cura de pueblo.

Visto el *chow*, no es difícil imaginar lo que quiere comentar así que abro el bolso, agarro de block con espiral y lápiz... y me dispongo a iniciar el diálogo oficial.

Yo- Bueno, no son buenas noticias...

El- (hablando también como un cura de pueblo, clavadito clavadito, lentito y sin dejar de frotarse las manos). Pues no señora, es un carcinoma.

Y- Ya vi. ¿Operable?

E- Sí, claro

Y- ¿Qué tipo de operación? ¿Cuál es el tiempo previsto de permanencia en el hospital? ¿Qué pasa cuando vuelvo a casa? Vivo sola, no tengo familia en Italia y además en este momento mi mesa está atiborrada de trabajo, o sea que también tengo que organizar todo esto.

E- ¡Ah!, señora, en este momento el trabajo es la última cosa de que preocuparse, lo suyo es serio. Probablemente habrá que hacer otra colonoscopia y sin duda una tac para estar seguros de que no hay otros órganos afectados.

Y- ¿Me da una idea del tiempo previsto de permanencia en el hospital?

E- Pues unos diez días, pero claro... Depende de cuál sea la situación en el momento de la operación...

Y- ¿Qué supone la operación?

E- Pues, tendrán que hacerle una desviación del recto, provisional, y luego, otra operación y puede que la desviación resulte permanente.

Y- ¿Qué pasa cuando vuelvo a casa? Le repito que vivo sola y me tengo que organizar.

E- Pues los primeros días le mandarán a alguien para que le enseñe cómo afrontar su nueva vida, como cuidarse, como lavarse, y luego tendrá que contactar las estructuras que se encargan de hacer asistencia a domicilio (). Lo único que tiene que decirnos es si quiere operarse aquí o dónde quiere hacerlo. Pero ándese con cuidado, porque no le conviene esperar. Claro que si usted quiere quedarse en nuestra estructura, nosotros no echamos a nadie a la calle (**).*

Y- Pues no sé, hablaré con el médico de familia y luego veo.

Total, cierro el cuaderno donde tomé nota de todo a medida que hablaba (una especie de ejercicio como cuando hago interpretación consecutiva) y salgo disparada a buscarme un taxi que me lleve a casa a toda velocidad...

... para terminar el trabajo que tengo que entregar al día siguiente.

() Se estaba refiriendo a las asociaciones de voluntarios que asisten a enfermos terminales.*

*(**) Alude a las residencias para enfermos de esas de las que se sale sólo con los pies por delante.*

AGARRANDO EL TORO POR LOS CUERNOS

Nada más llegar a casa, mando un correillo a una amiga que conoce a todo quisque en el mundo de los médicos, poniéndola al corriente de la novedad y pidiéndole consejo sobre a quién dirigirme.

Luego llamo a mi médico de cabecera. Me da cita para el día siguiente, viernes a primera hora.

... y me pongo a trabajar como una loca para quemar etapas, mientras empiezo a redactar la lista de las cosas que tengo que hacer de inmediato.

A las 9 de la mañana siguiente como un clavito estoy plantada delante del médico, con las fotos de las alcachofitas. Me indica el nombre de un cirujano especializado justo en eso. Me aconseja que fije una cita con él y luego, tanto que mi caso sea “venial” como no, él mismo se encargará de organizar el papeleo para la operación como corresponda.

Me llama mi amiga para decirme que todos sus contactos han indicado el nombre de un cirujano, que es el mismo señalado por mi médico.

Llamo a la consulta de éste y me citan para el lunes siguiente por la tarde.

Trabajo todo el finde como una enana salvo el sábado a mediodía, cuando hago una tortilla gigantesca porque viene gente a comer.

Estaba tan lista y despejada que ni errores ortográficos hice.

El lunes me planto en la consulta del cirujano y, cuando llega mi turno, mientras cierro la puerta me doy cuenta que estoy diciendo: *Y- Buenas tardes; sé que lo normal es decir “encantada de conocerle”, pero maldita las ganas que tenía de verle; vivía muy feliz sin saber que existía...*

E- (Cuando me doy la vuelta veo que está riéndose) Me parece algo normal. Dígame.

Y- Este es el resultado de la colonoscopia que acaban de hacerme (le alargo las fotos de mis verdosas tripas). Después de 40 años de estupenda salud, sin tener ni siquiera una gripe... (saco block y lápiz) ¿qué cree, acabaré haciendo cacoza por una oreja? Lo más incordiante es que en este momento de crisis demencial incluso tengo muchísimo trabajo.

E- Bueno, no se preocupe. Pero hay que operar.

Y- ¿Tiene una idea de cuándo debo hacer la operación?

E- Mañana paso la comunicación al hospital; dentro de 25 o 30 días como máximo la contactan; puede llamar también a mi secretaria para saber algo más concreto.

Y- Le advierto que a mí eso de pensar en la anestesia me pone la presión a mil...

E- Pues lamento comunicarle que no se puede hacer esta operación sin anestesia.

Y- ¿Cuánto tiempo tendré que estar en el hospital? Es que tengo que organizarme eso de casa, trabajo, etc.

E- 9/10 días. Llévase el ordenador si tiene trabajo, que así no se aburre. Hay enchufes por todas partes.

Y- ¿Y cuándo vuelva a casa? Visto que vivo sola, ¿tengo que buscar a alguien que me ayude?

E- Pues lo mismo que antes, sin problemas.

Y- ¿Tengo que hacer algo más, análisis, tac, etc.?

E- No, lo hacemos nosotros cuando ingrese. Y ahora que está todo arreglado, ¿qué me cuenta de la situación económica española y de los problemas inmobiliarios?

...Sigue cotilleo insustancial.

ASÍ FUE, TAL COMO LO CUENTO

Miércoles 11.04

8.30

Llego en ayunas con mi maletita.

Mi collar hecho de 6 filas de recuerditos de plata atados con una cuerda de esparto suscita la admiración de la señora de la ventanilla de ingreso. Le doy consejos para que ella haga lo mismo mientras *firmo papeles por triplicado*.

9.00

Voy a la secretaría del cirujano, para rellenar papeles a *firmar por triplicado*.

La responsable, que no me había visto nunca en su vida, me recibe propinándome dos besotes porque su hija está estudiando español.

9.30

La jefa de enfermeras me hace *firmar más papeles por triplicado* y me “cose” en la muñeca un misterioso brazalete blanco. (*Después supe que contenía todos mis datos, en caso de que me diera un patatús y tuvieran que hacerme transfusiones u otros etcéteras*).

10.00

Sentada en el pasillo, mientras espero que me asignen una cama, admiro las chancas de los médicos, que visten batita blanca o conjuntito verde de quirófano. Predomina el color verde, pero también las hay rojas, azules o violeta.

10.30

Mi debut en la habitación, cama 7-2 coincide con el de mi compañera de la cama 7-1 que llega al mismo tiempo.

Naturalmente la presentación, antes de nombre-apellido o lo que sea es “de qué te operas”.

Descubro que ella hizo mi operación cuatro años antes y, como demostración, me enseña su barriguita recosida primorosamente.

Hasta ese momento servidora ignoraba el procedimiento operativo. Ingenuamente creía que, como en las películas del Dr. House, me entraban por algún lado con unas pincitas y cortaban al “malo” o “malos”.

11.00

Una asistente simpatísimísima vestida de amarillo me lleva de ganchete a hacer análisis. *Firmo más papeles por triplicado.*

11.30

Llega un enfermero sonriente, jovencísimo y tamaño postal, que trae un montón de papeles donde empieza a poner cruces. Naturalmente es un cuestionario, el primero al que me toca responder. Para los primeros datos no pide mi colaboración, imagino que serán esos de sexo, edad, etc. A un cierto momento la pregunta es:

Él - ¿Usted respira normalmente?

Yo - No tengo ni idea. Yo mando el aire para adentro y luego lo mando para afuera, pero no sé si eso es normal o no

Al mini-enfermero, que no se esperaba esta respuesta, le da un tal ataque de hilaridad que le resbala el codo que tenía apoyado a la pared y se pega un porrazo de órdago contra la mesa. A partir de ese momento no podía mirarme sin echarse a reír.

Todavía hoy, decenas de meses más tarde, si paso a saludar empieza a reírse en cuanto me echa la vista encima.

El siguiente interrogatorio corre por cuenta de una doctora rubia y super-guapisima... a la cual se le ponen los ojos como platos cuando le abro mi carpeta con tapas violeta para prepararme a su interrogatorio.

Dado que me mira fijamente sin decir ni ripio, le enseño el contenido, debidamente dividido en subcarpetas en orden alfabético (*casi todo controles preventivos*):

Alergia alimentaria - Análisis hasta la fecha - Colon - Corazón
-Datos diarios de la tensión del último semestre - Ecodopler -
Ecografía - Mamografía - Ojos - Pólipo - Rodillas -
Tratamiento seguido actualmente (tensión/colesterol)

Si la cara se me hubiera puesto verde como "Hulk" no se habría quedado más pasmada. Hago constar que hasta el día anterior todos los papeles estaban cuidadosamente amontonados en un cajón, sin orden ni concierto.

Total, que con este sistema puedo darle todas las respuestas con rapidez.

Eso sí, a partir de ese momento cuando se cruza conmigo en el pasillo se arrima a la pared; se ve que la tengo amedrentada.

12.00

Viene una asistente con un “tablet”; me lee el menú y toma nota de lo que quiero para comer y cenar.

12.30

Regresa la misma persona para decirme que de comer nanay, que solo consumé.

(Esta escena se repetirá durante días, elijo el menú y más tarde me dan la hoja impresa tachada. Lo bueno es que llevo 5 días tomando sólo consomé, o sea que estoy encantada de la vida con el super vacío que reina en mi interior.)

13.30

RX del tórax en algún subterráneo remoto del hospital. *Firmo más papeles por triplicado.*

Hay un momento en que una voz dice las palabras mágicas: “retenga la respiración” – después de ¿30 segundos? “respire”. Pasa ¿un minuto largo? *(la percepción del tiempo en estas circunstancias es muy limitada)* y la voz vuelve a decir “siga respirando”.

No puedo evitarlo, me entra una risa loca y digo “pues es lo que he estado haciendo hasta ahora, sino estaría violeta”. Y quedo fatal, claro.

14.00

Una enfermera me trae una jarra con dos sobres que contienen la purga previa a la colonoscopia y 4 botellines de agua mineral. Hay que beber cuarto litro cada cuarto de hora.

15.00

Acabo de beberme el primer litro cuando vienen a buscarme para hacer un electrocardiograma, siempre en un sitio remoto.

(En cuanto llego delante de la puerta tengo que ir al baño).

Entro en el cuarto del aparato y, naturalmente, *firmo más papelotes por triplicado.*

(Salgo disparada para ir al baño).

Vuelvo. Me hacen el electro.

(De nuevo corro al baño).

Me siento fuera esperando que venga alguien a recogerme.
(*Entretengo la espera yendo y viniendo al baño*).

De haber tenido a mano un tapón de botella me lo habría plantado en salva-sea-la-parte.

Regreso a la habitación y me bebo el otro litro de Moviprep, con lo cual paso en el WC la mayor parte del tiempo. Menos mal que mi compañera no sufre el mismo tratamiento, o sea que el angosto espacio es todito mío.

Mientras tanto, aprovecho para leer los carteles que están en el tablón de anuncios del pasillo y descubro que es imprescindible que disponga de un corsé para que pueda levantarme de la cama tras la operación y luego moverme.

Llamo a una amiga mía para que me haga el favor de ir a comprármela a la farmacia de al lado, porque yo ya no puedo salir de la estructura.

18.00

Pasa el cirujano con su séquito y me saluda calurosamente, diría incluso con cierto afecto, comentando que ha recibido un *mail* de mi hermano.

19.00

Me traen una taza de consomé calentito y me dicen que a partir de ese momento no puedo ni siquiera beber agua.

20.00

Me ponen la primera inyección de Seleparina (anticoagulante).

Jueves 12.04

12.00

Me bajan a hacer la colonoscopia. Teniendo vivo el recuerdo de la visión verdosa de mi tripa, cinco días antes dejé de comer, o sea desde Viernes Santo a miércoles de Pascua el menú fue consomé con sopitas de pan de mollete del que hacen los chinos de enfrente (me recuerda el pan de Caldas).

Esta vez la cosa es más chic.

Me dan una especie de calzoncillos verdes con una raja por detrás, de un material que parece papel.

En esta ocasión no hay tele, pero me entretengo con la animada conversación entre los dos médicos presentes: A controla la pantalla y da indicaciones mientras B se dedica a eliminar las alcachofitas que encuentra y que va contando Es como oír la retransmisión de un partido por la radio.

B -Venga, ya te tengo, no, caramba, resbala

A -Prueba de nuevo, más a la derecha, ya casi lo pillas

B -Te pillé (cling, el ruidito es de cuando lo mete en la probeta, imagino)

A -¿ Ves el otro?

B -Si, sí, ay, se me escapa.... Te pesqué.... Otro liquidado (cling)

Así siete veces. Lo dicho, lo cuentan tan bien y con tanto lujo de detalles que mentalmente participo en la cacería, aunque servidora se abstiene de hacer comentarios para no distraerlos, que bastante lata les daba eso de que mis “cositas” eran resbaladizas.

Luego, la auxiliar que me lleva de ganchete de un sitio a otro, se empeña en sentarme en una silla de ruedas diciendo “*señora XXXX, hay que darse importancia*”

Yo negra, pero ni rechisto.

Reconozco que ver el mundo desde allí abajo no me parece nada entusiasmante. Me esfuerzo por poner cara seria y una chispa doliente, pero me parto de risa por dentro.

(Ni siquiera de bebida me llevaron nunca encima de ruedas).

14.00

Regreso a la habitación sentada en mi “trono”.

15.00

Me propinan otro consomé y vuelven a repetirme eso de que de agua nada monada.

16.00

Entrevista con el anestesista, donde realmente me lo paso pipa. A las primeras preguntas pone directamente las cruces; resulta evidente que soy viejita y no pertenezco al grupo “transex”.

Cuando lo pongo al corriente de lo que estoy pensando, empieza a reírse y luego me pregunta:

Él - ¿Sabe cómo me llamo?

Yo – Ni idea, ignoro nombre y apellido

E- El nombre Maximiliano ¿le recuerda algo?

Y - ¡Zapata, naturalmente! ¡Nombre ilustre! ¿Cómo se les ocurrió a sus padres? Eran de izquierdas, claro.

E- Eh, sí. Vieron la película días antes de mi nacimiento y así me cayó el nombrecito

Y – Pues ha tenido suerte, si hubieran ido a ver Drácula la cosa sería más dolorosa...

Lo malo, malo, malo empieza con las preguntas referentes a los antecedentes familiares:

Él - ¿Patologías familiares?

Yo – Ni idea, cuando a 12 años le pregunté a mi madre de que murieron sus padres por poco me echa de casa. Y lo mismo se diga de cuando hice tal pregunta a una tía paterna respecto a su padre, o sea mi ignoto abuelo. Por poco deja de invitarme a comer del sofoco que le entró.

E- ¿Cuál fue la causa del fallecimiento de su padre?

Y- Creo que para escaparse de mi madre, que ya no la aguantaba más.

E- ¿Y su madre?

Y- De 97 años, siete hijos, 2 incendios, la única hija soltera y otras quisquillas

E- ¿Enfermedades infantiles?

Y- Aparte de tener anginas en alguna ocasión no recuerdo nada, salvo que cuando a 11 años me llegaron mis cosas pensé que me iba a morir y no le dije nada a nadie, esperando mi destino.

E- ¿Alguna patología suya?

Y- Pues mire, anduve dando tumbos por Europa y ni una gripe. Eso sí, toda la vida sufrí de estreñimiento... y de miopía, claro, tanto por decir algo.

E- ¿Tuvo problemas inherentes a la menopausia?

Y- ¡Qué va! Me atiborré de anti-beibis toda la vida, y a los 55 decidí que podía prescindir tranquilamente de los placeres de la carne... y de las pastillitas en cuestión, que además resultaban bastante caras. No noté la mínima molestia.

E- ¿Qué medicamentos toma?

Y- Hasta hace un mes la pastilla contra el estreñimiento; desde hace un año tengo tratamiento para la tensión y para el colesterol.

En ese momento entra un cirujano, fácilmente reconocible por vestir camisa y pantalones verdes. Claro que más tarde descubriré que como el interfecto luce dos ENORMES ojos verdes, no se quita esos indumentos ni siquiera los días en que no hay quirófano (*sólo tres a la semana*). Pobre, lo tuve mártir todo el tiempo con mis comentarios (*en voz baja, eso sí*).

Entabla una misteriosa conversación con Zapata, a la que presto atención descaradamente, porque soy muy cotilla.

Intuyo que hay “ligue” de por medio, así que me inmiscuyo en la conversación, sin el mínimo pudor.

Yo - ¿Me equivoco o aquí se están tratando cosas románticas?

Ojos verdes- Pues sí, le estoy aconsejando la tienda de unos amigos míos porque quiere comprarse algunas cosas.

Y - ¡Ajá! ¡Preparándose para ligar, claro!

OV – Bueno, recientemente en un congreso conocimos a una tipa que, al final se acercó a Massimiliano para decirle que le había gustado mucho su ponencia. La verdad es que es un poco rara, es italiana pero nos hablaba en inglés...

Zapata – Rara sí lo es, menudita, vestida de negro, pelo cortísimo y super pintada...

Y- ¡Jesús! O sea con pinta de draculina...

Z- Sí, sí, más o menos.

Y- Oiga, usted es un tipo deportivo, o sea que búsquese algo así. Aquí su amigo es puro Armani, un poco tiesecito; lo suyo es más amoldable.

(Sigue un cuarto de hora de conversación frívola. Cuando OV se va, le comento a Z: yo esta historia no me la pierdo, que soy una vieja cotilla. Le suelto “Deme su correo y ya me tendré al tanto” – Y LO ESCRIBE EN MI CUADERNO)

Después de este diálogo demencial, me explica que están haciendo un estudio clínico sobre el uso del metadona para la analgesia postoperatoria después de anestesia equilibrada integrada con Ketamina-S (+) con dosificación baja.

Probablemente no se esperaba mi respuesta barroca:

-¡Qué maravilla! Una de mis sobrinas se va a morir de envidia por eso de que me drogue gratis. Pero lo de la Ketamina me cabrea un poco, porque sé que se usa para los caballos. Acabo de ver una peli del Inspector Barnaby, donde una tipa malísima estilo draculina le tiraba los tejos a un veterinario para poder entrar en su clínica, robarle tal producto y montárselo en plan exterminadora.

Luego pasamos a tratar el tema específico de la operación en sí. La verdad es que no consigo darle ninguna información sobre si soy alérgica a algo. Lo que sí le aseguro es que soy una emotiva, y que hay dos cosas que me ponen a cien: estar encerrada en un avión y pensar en que me anestesien.

Casi casi prefiero el dolor a la pérdida de conciencia.

(NO QUIERO QUE ME ANESTESIEN, NO QUIERO QUE ME ANESTESIEN, ME HORRORIZAAAAA LA ANESTESIA)

Claro que le importa un huevo mi terror. Se ríe y basta.

Me examina las venas y me indica que no le queda más remedio que “enchufarme” lo que sea en la vena del cuello.

De golpe me siento Frankenstein, pero no se puede evitar.

Terminamos hablando de cocina, y le comunico mi manía de cocinar como una loca y luego tratar de encontrar comensales que vengan a retirar los contenedores con los víveres (*no sólo estoy llena de recipientes para el transporte, también tengo montones de bolsas térmicas adecuadas*).

Lo mío es de pena, no consigo comer, pero me hincho a cocinar, y luego ando a la caza de quien aprecie mis novedades culinarias.

Me responde que cocinar es también un *hobby* suyo, o sea que no nos ponemos de acuerdo sobre quién hace qué.

Creo que mi “demencia” lo deja talmente impresionado que luego pasa cada día a saludarme desde la puerta esperando a que mueva frenéticamente los brazos para indicarle: “OK”.

Nota marginal: cuando menda decía estas tonterías llevaba algo así como siete días sin comer nada sólido, solamente consumé de dado.

Menos mal que conseguí la marca de la tal sopita, que me buscó la mini- asistente porque nunca había conocido a nadie con tanto entusiasmo por la agüita.

17.00

Viene uno de los cirujanos con un dibujito para explicarme lo que van a hacerme. Cuando le pido una fotocopia para incluirla en mis memorias sale disparado y me trae otro ejemplar que él califica como “más bonito”.

18.00

Viene mi sobrino a verme, que así informará sucesivamente a la familia, y mi amiga armada del famoso corsé (que tiene que ir a cambiar porque es difícil calcular en cm. el volumen de la barrigota).

Viernes 13.04

A primera hora me bajan a hacer la TAC.

La sonriente asistente vestida de color naranja viene a buscarme y, siempre de ganchete, me guía por los meandros subterráneos del Hospital.

Entro en la habitación, saludo al jovencísimo doctor que la debe hacer y al fondo veo una estructura metálica en forma ovoide.

Ayyyyyyyyyy.

Ataque de claustrofobia inmediato. Para distraerme entablo el siguiente diálogo para besugos.

Yo- ¡Caramba, a Nanni Moretti no le había gustado nada que le metieran ahí, según comentaba en su película!

Él- No es lo mismo, Nanni hacía una resonancia, aquí usted tiene la cabeza fuera siempre, es más relajante.

Y- ¡Menudo alivio!

E- Le explico de qué se trata. Le introduciremos un cierto líquido en vena que le hará sentir calor y puede que note un sabor amargo en la boca. Pero la advierto cuando empieza a entrar. Luego le daré indicaciones de cuando tiene que retener la respiración y de cuando tiene que soltar de nuevo el aire (mientras me aclara el procedimiento me estoy tumbando en la camita)

Todo bien, la camita anda palante y patrás y cada vez que se acerca al borde del túnel me entra un ligero pánico. Seguimos charlando mientras me da las instrucciones, respire, no respire, ¿nota calor? ¿tiene molestias? ¿todo bien?.

Él detrás de una pared, mientras a servidora la intoxican sabe Dios con qué.

Dura poquito, y al final se acerca a mí para ayudarme a bajar de la camita, porque estoy ligeramente solidificada.

Yo- ¿Ha visto algo más de lo que había un mes atrás?

El- Mire, los datos tienen que ser analizados y estudiados; el resultado no se ve automáticamente.

Y- ¡Caramba, qué sorpresa! En las pelis del Doctor House dicen todo inmediatamente.

Al doctor, que estaba apoyado al túnel, mi comentario de tonta de baba le provoca un tal ataque de hilaridad que se le caen los papeles de la mano y allí estamos los dos a gatas recogiendo las declaraciones que me toca firmar de nuevo por triplicado.

Al volver veo la habitación equipada con ese árbol donde se cuelgan los goteros y la camilla que me espera fuera, ya lista. Me

ponen el mandilón ese que se ve en doctor House, con el culo al aire.

Viene a darme dos besazos la asistente del cirujano.

Me bajan al sótano donde están los quirófanos y donde encuentro al doctor que me explicó la operación y que empieza a vendarme las piernas (*nótese que ni me había depilado –tanto tengo dos pelos- porque con el ansia de entregar el trabajo que tenía en la mesa, lo de un pelito más o menos no me importaba un sacrosanto huevo. Sospecho que ni se enteró*).

Llega el anestesista con nombre de guerrillero sudamericano y a un cierto momento me dice que no hay prisa, que diga yo hasta que número quiero contar antes de que me pongan la mascarilla.

Ya estoy sedada, o sea que me limito a mirarlo con ojo miope diciendo *“por mi contaría hasta tres mil, pero creo que me conformo con tres. Uno, dos...”*

Lo siguiente que recuerdo es que estoy en la habitación, con mi sobrino y otros amigos que me miran.

Trato de hablar y no puedo, me salen unos gorgoritos afónicos incomprensibles. Y además me dicen que tengo un ojo torcido.

Para más inri, el esparadrapo que sujeta el “enchufe” que tengo en el cuello, de donde me sale un tubito, tiene una dimensión de esas llamadas generosas y me ha dejado la mejilla casi pegada a la clavícula, o sea que parezco un monstruo con barbilla plisada.

El resto está envuelto en la niebla. Estoy panza arriba, con tubitos por todas partes. Mi compañera de habitación, operada simultáneamente, está acompañada por una pariente que se queda toda la noche sentada en una butaquita que tiene pinta de ser muy incómoda.

No puedo beber ni moverme.

De vez en cuando pasa una enfermera armada de block que controla los saquitos y cambia las bolsas que cuelgan del “árbol”. Creo que también me controla la presión, pero no puedo jurarlo.

Sábado 14.04

Me ponen en la mesilla un montón de gasas que sirven para que me humedezca los labios con agua, porque no puedo beber. Pregunto si puedo dar una chupadita a una pastilla Valda, o por lo menos un lametón y la respuesta es nones.

Me propinan una lavadita a las partes bajas (diría que es algo humillante, si no fuera que en ese momento me importa un bledo).

En un momento que está MUY envuelto en la niebla de mis recuerdos, me dicen que tengo que levantarme y quieren ayudarme. Les pido que me expliquen el procedimiento y trataré de seguir las instrucciones.

Nótese que estoy “enchufada” al “árbol”.

Tengo que levantar las posaderas apoyándome en los pies, pasar el corsé por debajo del culete, ajustarlo con el adhesivo, sacar de la cama la pierna derecha y tratar de auparme apoyándome en la mano izquierda, o sea la del lado contrario. En ese momento sí que tienen que ayudarme, porque me da vueltas todo. Me pongo de pie y me dan una mano para que me coloque la bata, porque estoy materialmente con el culo al aire y me salen de la barriga numerosos tubitos rellenos de sustancias MUY COLOREADAS.

Me sientan en una butaquita, con mi “árbol” detrás. En la otra butaquita está arrellanada mi compañera de habitación, también ella con su “arbolito”.

Parecemos 2 Tutankamen sin sombrero egipcio.

Así nos encuentran los visitantes, a los que les entra una risa loca. (*No hay sentimientos*). Dos momias sentadas juntas amparadas por los “arbolitos” con botellas colgantes, como en las pelis, yo con mi pegote en el cuello que me obliga a estar con la cabeza torcida, ella con otro similar pero en la mano, que tampoco es una alegría.

Sigo sin poder hablar, lanzo gorgoritos susurrados... Y los visitantes, QUE, REPITO, NO TIENEN CORAZÓN, se lo pasan pipa.

Aguanto poco sentada. No siento ningún dolor pero me parece que soy de goma plastificada.

Por la noche viene la enfermera con el médico que debe hacer las pruebas del estudio al que he aceptado participar. Por primera vez me veo la barriga. Es un promontorio completamente forrado de algo que no sé cómo definir. Esparadrapo no da la idea. Es un gigantesco rectángulo sedoso de tono ligeramente amarillento.

La enfermera trata de quitarlo, pero no hay manera, porque está como cementado. El doctor también participa. Yo me siento como si fuera la protagonista de un film de Buster Keaton, porque a un cierto momento me da la impresión de que tanto el médico como la enfermera ponen cada uno por su lado una rodilla en el borde de la cama para apuntalarse y quitar el gigantesco apósito.

El doctor me explica que me va a dar pinceladas de mercurocromo en la tripa, luego pintará con un rotulador un círculo que la abarca toda (*espero que no se le termine la tinta en la labor*) y seguidamente trazará líneas horizontales.

Servidora atentísima... y aprovecho para dar una ojeada al tajo
IMPRESIONANTE

Empieza a unos 10 cm del esternón y es igualito igualito a una cremallera. Dientitos anchos plateados muy juntos. Mi mirada llega al ombligo, el resto es una colinita en este momento pintada y con rayitas.

El médico me explica que es un estudio sobre el dolor. Tiene en la mano una especie de palito terminado en lo que parece un trozo de tanza.

Me dice que lo apoyará ligeramente empezando desde afuera hasta llegar al corte en sí y yo tengo que decirle si siendo dolor y, en caso afirmativo, dar una evaluación de 0 a 10.

Sigo la operación con interés, pero ni me inmuta. Incluso cuando me lo planta en la cremallera, no siento nada de nada, excepto una presión chiquitina.

Me mira desconcertado, lo mismo que la enfermera, y al final, porque me da vergüenza digo cosas como "*dolor no, noto que algo me toca, pero nada más*".

Cuando va por la tercera raya cierro los ojos por eso de concentrarme en las sensaciones, pero no hay tu tía. Nada de nada. Como si fuera de plástico.

Casi me siento humillada, porque me parece que he decepcionado al pobre doctor jovencísimo y guapísimo que se encuentra allí un sábado por la noche, con los ojos clavados en mi barrigota, en vez de estar en una disco divirtiéndose.

Por fin me quedo sola, y aprovecho para ponerme los rulos, por eso de que una no puede andar con los cabellos desorganizados.

Cuando me dijeron lo que me dijeron, pensé en cortarme el pelo para estar más arregladita, pero luego se me ocurrió que si me daban quimio las guedejas se me iban a ir al suelo.

Por eso decidí que, si tenían una cierta longitud, podía recogerlas y conservarlas con un lacito, como hizo mi madre cuando,

al cumplir los 16 años, se me autorizó a cortar la trezota larguísima que me llegaba hasta salva-sea-la-parte.

Domingo, 15.04

Recuerdos confusos, no registrados en mi cuaderno. Estoy segura de haberme dado un toque de maquillaje para mejorar la tonalidad amarilla de mis mejillas.

(Lo haré todas las mañanas, al despertarme).

Lo máximo que puedo hacer es sentarme como una momia en la butaquita o dar pasitos por la habitación anclada al “arbolito” (¿cómo coño se llama?).

Recibo visitas, que “consigno en el cuaderno de bitácora” (recuerdo de los tiempos de mi infancia vivida a contacto con la escuela naval militar – o de las películas de piratas que acompañaron mi juventud, ¿quién sabe?).

Mi mejilla sigue casi pegada al hombro y mi voz sigue resultando prácticamente inexistente.

(Yo le doy a la lengua lo mismo, aunque sólo obtenga como resultado unos susurros demenciales).

¡Sabe Dios qué chorradas digo, pero no me atrevo a preguntar a los interesados sobre qué versa mi verborrea!

Por la noche me toca la segunda sesión de prueba del dolor, que transcurre como la primera, sin pena ni gloria...

Y además sin dolor.

¡Maravilla de las maravillas!

En cuanto me dejan sola, me planto de nuevo los rulos, como de costumbre.

Lunes, 16.04

A las 8.30 recibo la visita de la asistente del Gran Jefe que se informa de cómo pasé el fin de semana.

Consigo hablar con una voz de corneja que da miedo.

Hay una parlamentaria que fue ministra de no sé qué y alcalde de Nápoles que tiene la mismísima voz –terrible-

Comunico a mis oyentes que, si bien ya posea la voz adecuada, no tengo la más mínima intención de dedicarme a la política.

Me quitan la terapia del dolor y me comunican que el aparatito negro que cuelga del árbol me sirve en caso de que sienta dolor.

Apretando la pera me llegará una dosis de morfina. Comento, como siempre en este caso, que seré la envidia de alguna sobrina.

¡Por fin puedo ponerme un camisón!

A las 10,30 empiezo a pasear agarrada a mi “arbolito” por todos los pasillos. Sentarse es dramático, porque las sillas tienen una especie de hondonada en el centro y levantarse es complicado si no hay alguien en las proximidades que me eche una mano.

O sea que prescindo de ello y recorro incansable kilómetros de pasillo (el pasillo es corto, soy yo la que hace kilómetros a fuerza de ir de punta a punta).

No estoy demasiado interesada, pero esa noche, teniendo que estar panza arriba, sin poder moverme, con un colchón que está completamente hundido, descubro lo que es realmente el dolor, no de la operación, sino de la espalda sepultada.

Me pego 10 chutes.

Martes, 17.04

Mientras estoy espatarrada porque la enfermera me está lavando, el enfermero que rellenó el primer cuestionario me pregunta:

-¿*”Puedo hacerle una propuesta indecente?*

- Respuesta *“¡Estupendo, no veo la hora!”.....*

- *¡”Le quito el catéter”!*

Y desaparece un tubito con su correspondiente bolsa.

Ahora arrastro sólo dos bolsas, colocadas dentro de una especie de bandolera de plástico blanco opaco.

En uno de mis paseos voy al despacho de la asistente del Gran Jefe, que me enseña una caja enorme llena de bolsas de tela con colores que una paciente le mandó para sustituir las de plástico, que no resultan nada estrosas, aunque el diseño sea estupendo.

Elijo un par que se combina muy bien con los colores de mis camisones, que están teñidos con batik en tonos rojo oscuro-naranja-amarillo (*que se da el caso son los mismos del contenido de mis tubitos*).

Desde ese momento soy la paciente más conjuntada de la sección

Además, a mi compañera de habitación le traen un regalo donde la bolsa está llena de pétalos de seda exactamente de mis

colores. Me los regala, los engarzo con un hilo y engalano mi “arbolito” con ellos.

Ese día incluso los enfermos más gandules se alzan para verme, oyendo los comentarios de los parientes.

Médicos y enfermeras me saludan con gran entusiasmo.

El cirujano de ojos verdes, con una carpeta en la mano, me saluda desde lejos, con la misma pregunta que ha hecho a todos los pacientes, sólo que como estoy en el pasillo lo oyen todos

El -Señora XXXX, ¿aire y caca?

Yo -Una señora de mi edad sufre con ese tipo de preguntas tan horterías. Pero como no se puede evitar la respuesta es: 1 sí, 2 no,

(Desde ese momento todas las mañanas se limita a levantar primero un dedo y luego dos, con aire de complicidad)

A las 5 de la tarde, cuando yo tengo dos visitantes y mi compañera otros dos, aparece en la puerta un señor bajito que parece un bombero, vestido de negro, un anorak gigantesco y una visera también negra.

Nos quedamos todos paralizados, y de repente caigo en la cuenta de que es el cirujano, que viene a saludarme.

Salgo de la habitación, con él que me lleva de la mano, y nos damos un garbeo por el pasillo charlando animadamente.

Imagen inusitada la nuestra, porque no suele ir por las habitaciones.

Está obsesionado con que tiene que hablar con el hermano mío, también médico, que le mandó un correo cuando supo que me iba a operar.

Durante todos los días que pasé en la clínica, en cuanto me veía de lejos se acercaba, me cogía la mano y me decía “ahora llamamos a su hermano”

Yo le disuadía primero porque mi hermano no volvía a casa hasta las tres y media y segundo porque pensar en una conversación telefónica italo-española me ponía los cabellos de punta.

Admira mucho mi florido arbolito, le acompaño al ascensor, donde hay un montón de parientes y enfermos, y me saluda dándome cachetitos en las mejillas.

¡Escena conmovedora!

Me entra un tal ataque de risa convulsa que me tengo que quedar apoyada a la puerta, lamentando no tener una foto: el vestido de cucaracha y yo cual alegoría de la primavera con tubitos multicolores.

¡Por fin puedo ir a cenar al comedor! Pollo cocido. Después de 10 días sin masticar nada sólido ya casi no recuerdo como se hace.

No quiero irme a la cama pensando en el socavón que me espera. Pero al fin, dado que llevo todo el día galopando, me tengo que rendir.

Me pego otros 10 chutes durante la noche.

Miercoles, 18.04

Me quitan el estuche negro y me dicen que si necesito analgésico no tengo más que pedirlo.

(Hasta la fecha nunca más volví a tomar nada)

Llegan nuevas pacientes, muy jóvenes, y nos pasamos el día de cháchara por los pasillos.

Se nos pegan las parientes de los otros pacientes que me siguen como perritos falderos haciéndome preguntas sobre España, el Camino de Santiago y otros etc.

También llega una nueva compañera de habitación, que tenía que hacer una biopsia y marcharse a casa, pero la internan. Está acompañada de su marido.

Ella duerme un montón -¡qué envidia, a mí el socavón me mata!- Yo me dedico a bordar, por eso de hacer algo útil.

(En los momentos de silencio estoy atormentada por los ruidos siniestros que hacen mis tripas. El marido de la compañera está sentado al lado de la cama, leyendo, y yo ya no sé cómo carraspear para cubrir el “concierto”)

Cuando llegan mis amigas me encuentran disertando sobre los Reyes Católicos, Boabdil el Chico y la frase de su malvada madre: “llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre”.

Tengo idea de que es la historia que se estudiaba a los 12 años, o sea que dado el tiempo transcurrido desde tan lejana fecha, igual no es cierta o me engañaron.

Pesco al anestesista con el cual me doy un paseíto por los pasillos. Le doy las gracias por no haberme asesinado y el comenta que nadie le da nunca las gracias, porque la figura del anestesista

nunca aparece en la anamnesis. Le prometo que yo lo haré constar y al pobre lo traigo mártir con tanto cumplido que le hago.

Pido a un enfermero que me pese, porque me siento muy hinchada, y constato que mi prolongado ayuno me ha proporcionado 5 kilitos de peso.

Hablo con uno de los médicos que me da unas pastillas, imagino que diuréticos.

En todos los cuentos siempre hay el malo de turno, y las mejores manzanas reinetas pueden tener gusanos.

Esa noche conozco un gusano y una gusana a los cuales debo una noche horrible.

Pero como era un caso aislado, no he querido ni saber sus nombres, porque creo eran sustitutos, ajenos al departamento.

¡Un par de hijos de puta de agárrate y no te menees!

No quiero ni imaginarme que en algunos sitios puede que sean todos así.

Jueves, 19.04

¡Aleluya, me desenganchan del “arbolito”!

La pregunta del médico “ojos verdes” es insistente. O digo sí a la 2 o paso el fin de semana aquí, durmiendo en el “barranco”.

Pido algo para poner en marcha la tubería, y me dan un liquidito que se usa para los bebés.

Paso el día paseando incansablemente, adornada con la estupenda bandolera que contiene las bolsitas con mis drenajes multicolores.

Ya todo el mundo quiere que les cuente cosas de la dominación árabe, de don Pelayo, de los Reyes Católicos y la cochina de la reina que no se cambiaba la camisa, del reino galaico portugués, de las primeras lenguas escritas (*gallego y mallorquín- a lo mejor recuerdo mal, pero después de 50 años tengo derecho*).

Total, que mi auditorio está hipnotizado. Incluso cuando voy al comedor para dedicarme a mi cachito de pollo y a mi inevitable consomé, la sobremesa dura una eternidad, porque nadie quiere levantarse, ni hombres ni mujeres.

Retiran las bandejas pero todos se quedan clavados en la silla.

Si lo pienso ahora todavía sigo riéndome del *chow* que se armaba.

Viernes, 20.04

¡La tubería funciona!

Entro como una loca en la sala de médicos y enfermeras dando la buena noticia: ¡*la tubería funcionaaaaaaaaaaaaaa!*

.... Y me pongo a meter las cuatro cosas en la maleta.

Llamo a una amiga para que me venga a recoger. Pese a que no quiero dar la tabarra a nadie, ya se ha puesto de acuerdo con otra que insiste en venir a dormir a mi casa esa noche.

Quitarme los tubitos es la última cosa que queda por hacer.

Llega la doctora rubia, que quita el tubo de la derecha y me cose el agujero con dos puntos-clic-clic; pasa a la derecha, da un ligero tironcito.... nada; da otro tironcito... no se mueve.

Mira desesperada al médico que está haciendo lo mismo con mi compañera de habitación y que ni se ha percatado de nada.

Nos miramos ella y yo y con la cabeza le hago señas de que tire palante.

Tira con una cierta energía...

... la sensación es rarísima: como si me succionaran algo desde el interior de mis tripas (*como en realidad es*), se oye un “flop” y allí sale un trozo enorme de tubo muy pero que muy sanguinolento.

Recordaba un chorizo fresco.

Yo miraba horrorizada, con los ojos como platos, por si se me salía un cacho de tripa.

Otros dos puntitos-clic-clic y ya está.

¡Finalmente puedo ponerme las bragas!

Viene a verme la encargada de fijar los menús para pedirme que cambie lo que pedí, porque a la nueva paciente le tocará comer lo que yo haya elegido. Y si en vez de ver pasta se encuentra con el consomé se quedará chafadísima.

A eso de las 12 me recibe el Gran Jefe para darme más cachetitos en las maltrechas mejillas.

La asistente me entrega toda la documentación inherente a la intervención y un médico joven me da un paquete de inyecciones ya preparadas diciendo que tengo que hacérmelas en la barriga cada noche durante los próximos 24 días.

¡Ahí se arma Troya!

Por primera vez me ven completamente histérica diciendo - *No, no, no puedo, inyecciones ni loca, pastillitas y jarabe, lo que sea, pero no inyecciones*

Auditorio estupefacto. Un silencio de muerte.

Y yo que sigo, con ojos de loca:

-¿Tienen una lista de donde hay ambulatorios con enfermeros? En España los hay

-Aquí no existen, pregunte en la farmacia

-¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago?

El auditorio empieza a hacer mutis y desaparecen todos en el despacho de al lado. Queda sólo el médico joven, que es la primera vez que veo, y que me mira un poquito amedrentado.

Caigo en la cuenta de que estoy haciendo el ridículo y le pido que me enseñe a hacer las malditas inyecciones.

No es complicado: se desinfecta el cacho piel, se coge un pellizco de barriga, se planta la aguja de lado y se empuja el émbolo.

Está tirado.

Total que, después del susto que le pegué, se queda más consolado cuando le comento:

-Pues mire al final tengo que darle las gracias. Piense que en mis años mozos no pude hacerme un porrete porque no fumaba, probar otras cosas de pincharse tampoco, por mi terror de las jeringas; ahora que me ha abierto nuevos horizontes, tendré una vejez estupenda y podré recuperar todas las etapas perdidas.

Oigo las risas en el otro despacho, saludo afectuosamente...
y me largo con viento fresco fresquísimo.

CONVALECENCIA SI, CONVALECENCIA NO

¡Menudo latazo eso de la convalecencia de marras!

Cuando vuelvo al hogar, constato –y es el colmo de la felicidad– que mi micro-cuarto de baño resulta ideal en mi situación actual.

Me apoyo por todas partes, no tengo problemas para levantarme o sentarme, e incluso fue exitoso el lavado de cabellera, porque con el culo apoyado en la pared y el busto inclinado en la bañera, ni siquiera me mojé el cuello del camión.

¡Toda una sorpresa no prevista!

Lo incordiante es tener que aguantar la coraza todo el sacrosanto tiempo. Y además empieza a hacer calor.

Bueno, a fin de cuentas, hay cosas peores.

Tengo tanto trabajo encima de la mesa que funciono de modo automático.

Me meto la coraza, me levanto, me pongo a trabajar, pego un salto a comprar víveres, trabajo, preparo algo de comer que pueda resultarme apetitoso... y reanudo mi actividad frente al ordenata hasta que me entran calambres en los dedos.

A veces, cuando decido que ha llegado el momento de parar, caigo en la cuenta de que son las dos de la mañana.

Eso de ganarse el pancito cotidiano resulta cosa rica y tentadora: una paginita más, otra tabla Excel más...

Es estupendo cuando ¡por fin! me tumbo y puedo quitarme, la dichosa coraza de mis pesadillas!

EL QUE ESPERA DESESPERA

Al regresar a mi hogar (*suenan emotivo, ¿a qué sí? Pues lo es al cien por cien*), aparte del tiempo dedicado al trabajo, que requería toda mi atención, estaba esperando ansiosamente la comunicación de si tenía que hacer quimio o no.

Era mi primer pensamiento por la mañana y el último por la noche.

Enfrente de mi casa hay una estupenda sombrerería y cada día examinaba el escaparate pensando: si me quedo pelada cual bola de billar ¿me conviene un gorrito o envolverme el cráneo con un pañuelo tipo pirata?

Lo que más me incordiaba era que iba a empezar el verano y me tocaba estar a la sombra y sudar debajo de cualquier cosa que me plantara en la cabeza.

Para combatir el ansia de la espera que me corroía, empecé a dejar pelado mi balcón arrancando las hojas de las plantas con el tradicional sistema “quimio si, quimio no”.

Al final sobrevivieron solamente los cactus con espinas, y me pareció oportuno –y sano- poner punto final a mi poco original “sistema adivinatorio”.

Incluso estuve pensando en eso de la bola de una adivina, pero lo descarté, porque en el fondo, muy en el fondo, creo que a lo mejor soy una tía racional.

Porfa, que no se ría nadie

COMENTARIO MACABRO

Una noche que me sentía especialmente estresada, recordé la peli de Polanski “El inquilino del tercer piso” donde el protagonista (el mismo Polanski) un tipo con una mala pata de Oscar, lo era talmente que tuvo que tirarse por la ventana, pegarse un ostiazo, mirar a su alrededor –todavía vivo, claro- levantarse, subir las escaleras hasta el famoso tercer piso y tirarse de nuevo...

¡¡TRES VECES!!

El insomnio a veces es cosa mala malísima.

Me distraje pensando que, dado que vivo en un primer piso, identificarme en la situación de la peli me haría parecer una completa mentecata.

Me imaginaba la escena:

voy al balcón,
desplazo las plantas –todos cactus, que no se mueren nunca en teoría; a mí sí-,
me subo a una silla,
me tiro,
me levanto,
busco las llaves,
abro el portal,
cojo el ascensor (*tengo la rodilla derecha en agonía, ni hablar de subir escaleras*),
voy al cuarto de baño a hacer pis,
me vuelvo a subir a la silla,
me vuelvo a tirar,
me vuelvo a levantar,
vuelvo a buscar las llaves,
vuelvo a abrir el portal,
vuelvo a coger el ascensor,
voy de nuevo al cuarto de baño...

... Con mis vecinos multiétnicos asomados al balcón corrido de la corrala de enfrente, que igual creen que es un spot publicitario

¡¡¡Mejor meterme en la cama con los brazos cruzados tipo estatua yacente y esperar la llegada de los bomberos...

... o de la señora con la guadaña!!!

COLONOSCOPIA - 3

Ya me siento una veterana de estas lides, o sea que tres días antes de la purga dejo de comer sólidos, sobre todo nada de color verde, porque recuerdo MUYYYY ASQUEADA que la primera vez que la hice me vi las tripas con retalitos verdes pegados.

Me permito sólo 6 granos de uva, que eran los únicos que quedaban y, por eso de que no tiro nada a la basura, me los papo con pellejo y todo. Una decepción: son gordos, con color apetecible... y sin sabor

Resulta difícil creerlo, pero cuatro días más tarde el médico comenta que comí uvas y que incluso se ven las pepitas.

Dada la posición en que me encuentro no puede ponerme a dar patadas en el suelo para expresar mi rabia.

Oigo que encuentran dos cositas, pero esta vez retirarlas no es dramático. Se ve que no resbalan o no les parecen “malas” (*como así será*).

Es la primera vez que, en vez de decirme que me vaya, se miran entre ellos, me dejan en la camilla y me empujan hasta una especie de pasillo esperando que se quede libre un rincón donde ubicarme.

Noto que la enfermera ha recogido todas mis prendas de vestir, mi bolso y demás adminículos, que yacen a mis pies. El montoncito está coronado con MIS BRAGOTAS, y por más que me esfuerzo no consigo agarrarlas y esconderlas.

En ese momento ¿quién pasa por allí, abriéndose paso costeando mi camilla? El cirujano chuli chuli que me explicó lo que me cortaban con un dibujito y me vendó las patatas.

No hay modo de hacerse la longui, o sea que ahí estoy, adornada con mis bragas y saludando alegremente, por eso de hacer de tripas corazón:

“Hola doctor, siempre yo, cama 7-2 en abril, Y de nuevo divirtiéndome con la colonoscopia”.

Está encantado de verme, me da la mano y propina dos cachetitos a mis hartas maltratadas mejillas.

Luego me dejan en un cubículo cerrado con cortinas verdes, que me recuerdan los dormitorios del colegio de monjas donde estuve después del segundo incendio o cuando se hacían ejercicios espirituales.

Mi mirada sigue pegada a las bragas.

Total, que me quedo allí durante un tiempo infinito, contando ovejitas, codornices, gallinas, inventándome recetas de cocina y otros etcéteras.

Tras un período que me pareció eterno, me dicen que puedo vestirme. Y al levantarme constato que dejo un enorme charco sanguinolento.

¡¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyy!!

Vuelvo de nuevo a casa, esperando el resultado...
... que afortunadamente confirma que va todo bien.

¡¡¡ESTUPENDO!!!!

FINAL¿TEMPORAL?....DE LA HISTORIA

HAPPY END (... ¿PROVISIONAL?)

Llega el día en que me toca acudir a la cita con oncología, a la que voy

NEGRA
NEGRA
NEGRA DE TERROR

Pensando en la quimio y otros posibles horrores que aún desconozco.

Después de la habitual espera/desespera, me recibe un joven y sonriente doctor que, con una enorme sonrisa, ME DICE EN ESPAÑOL.

“Señora, usted no tiene que hacer quimio, usted no es una paciente nuestra”

¡Menos mal que estaba sentada!

Eso que se dice “se me doblaban las piernas” lo viví en primera persona.

Me convertí en puro caucho.

Pues bien, después de esta declaración MARAVILLOSA, pasé un cuarto de hora feliz, feliz, superfeliz, charlando con él y con dos enfermeras que entraron y que cuando oyeron español metieron baza porque eran fanáticas del Camino de Santiago.

Así que acabé dando mi dirección de correo electrónico a todos porque también querían tener recetas de cocina.

HAY QUE PROBARLO TODO, PARA NO ABURRIRSE

El día D vuelvo al “Istituto dei Tumori” donde me operé. Esta vez a causa de un melanomita tonto que resulta ser un puntito en la espalda, en un sitio donde no puedo verlo, así que me creo lo que me dicen.

Se trata del llamado “*Day Hospital*”, dedicado a operaciones ambulatoriales.

Llego a las 9, como está previsto. (*Luego supe que citan a todos a esa hora, se hace el papeleo, luego uno se sienta en una silla –si la encuentra libre- y espera... o desespera pendiente de que le convoquen con el número asignado, por eso de la privacidad*).

Me toca entrar en el mini quirófano a las 12.30, pero con los demás papeleos sucesivos salgo de allí a las 2.

Los resultados de la biopsia me llevan de nuevo al hospital, en plan reincidente.

En esta ocasión, cuando llego, la sala de espera está llena a rebosar, porque para cualquier cosa está presente un grupo familiar.

Reconozco a un mocetón cuarentón, delgadito y melenudo, que va siempre acompañado de padre, madre y tía con el que ya coincidí el día de la primera operacioncilla pero también 10 días más tarde cuando se trataba de quitar los puntos y recoger el resultado de la biopsia.

Voy a la ventanilla del papeleo, entrego todo, la enfermera toma nota... y de repente se para, bolígrafo en ristre:

Ella- Hummmmmmmmmmmmm... XXXX XXXXX (mis apellidos)... Hummmmm. Usted es la que escribe.

Yo- (muyyyy atónita) Bueno sí, pero ¿usted cómo lo sabe?

E- ehhhhhh, Lo sé

Y- ¿Lo ha leído?

E- (Indecisa) Nooo

Y- ¿Le gustaría leerlo?

E- Siiiiii

Y- Tengo una copia aquí, si le interesa se la doy

E- ¿Y me la dedica?

Y- Claro, ¿cómo se llama?

E- (me indica la chapita de su bata)

Y- Desde aquí no veo nada

E- (se quita la chapita y me la pasa por la rendija de la ventanilla con un boli)

Y- La he indicado como "otro angel". ¿Voy ya a la sala de espera? (Se oye un chasquido)

E- Nada de espera, acabo de abrirle la puerta de quirófano. Pase. Usted es la primera. Cama 1.

Eso de no tener que hacer antesala es mi primera sorpresa; la segunda es que la cirujana es la misma que me correspondió la vez anterior.

Me saluda toda contenta porque se recuerda de mí y está satisfecha de que su diagnóstico fuera acertado.

(Yo soy fisionomista, pero dado que tenía la cara tapada entre el gorro verde y la mascarilla del mismo color, dudo poder reconocerla nunca más.

Y espero que el tema de sus premoniciones quede zanjado aquí)

Entre charla y charla, me cortan y recosen sin que me dé cuenta.

Reconozco que tener que hacerme la cura yo solita –por segunda vez- en un punto abstracto de la espalda no es ninguna maravilla.

Me compré un cepillo de esos rematado en un cacho de goma espuma, le eché una buena porción de desinfectante y allí lo pasé por la herida tan suavcito como podía.

Lo de cambiar el apósito, en cambio, no era moco de pavo. Me limité a comprarme unos enormes, de modo que podía acertar siempre con el lugar donde pegarlo.

COLOFÓN DE ESTA INESPERADA EXPERIENCIA

La frase inicial del Quijote es: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”

La mía final es: “En un lugar de Milán, cuyo nombre recordaré siempre”

El nombre del lugar me aterrorizaba

Nunca quise ir allí

Pero como la vida es un moquero...

... cuando el destino me obligó a llegar allí con mi maletita

... me brindó la oportunidad de conocer a personas:

Médicos/médicas

Enfermeros/enfermeras

Asistentes ...

que ni sabía que existieran.

Podía ser uno de los peores períodos de mi vida.

Pero en realidad fueron 10 días que recuerdo con tanto afecto

GRACIAS a las personas que, con su

gentileza,

profesionalidad

y cariño

convirtieron una pesadilla en una aventura positiva.

Falta el final feliz.

Pero no la constatación de que el miedo es libre, por mucho que se trate de ignorarlo...

... **y la espera matadora...**

¡AY!, ¡AY!, ¡AY! ¡EL MÉDICO!... ¡QUE VIENE EL COCO!...

**Érase una vez un cardiólogo super cabreado
(por lo menos así me pareció)**

Un viernes cualquiera de un mes cualquiera

Cita a las 8 de la mañana, hora en la cual mi cerebritito tiene enormes dificultades para distinguir entre el bien y el mal.

He tardado muuuuuuuchos meses en conseguir una cita con él, e incluso cuando me operé me tocó ir a que me viera otro –que no le gustaba nada a mi cardióloga- porque servidora no consideraba prudente entrar en el quirófano sin tener una idea clara de cómo le andaba el corazón (no desde el punto de vista sentimental, se entiende, exclusivamente a nivel musculito, maquinita, bomba o lo que sea).

Llega mi turno.

Yo- Por fin consigo verle. Mi cardióloga, la Dra. XX es una fan suya y sólo se fía de su opinión.

El- (tono seco sequísimo) Es una exagerada.

Sigue la praxis habitual: fuera el jersey, tumbarse en la camilla, perita untada con gel incoloro que me planta en las costillas por aquí y por allá, el aparatito que de vez en cuando suelta un sonido inquietante, plin, plin, clin,

Me pongo de nuevo el jersey y pregunto esperanzada:

Yo- ¿Cómo va?

Él- (respuesta levemente cabreada) ESTA PREGUNTA NO TIENE QUE HACÉRMELA A MI, ES SU MÉDICO DE BASE EL QUE TIENE QUE INFORMARLA. Venga ya, usted está en un avión y le hace esta pregunta al comandante, que le responde que va todo bien. Y si después surgen problemas, el avión se estrella y usted se muere. Pues bueno, SI SU AORTA SE ROMPE USTED SE MUERE.

Lo miro fijamente sin ni siquiera parpadear, pero muy fijamente, y él me repite su teoría con todo lujo de detalles. Pero se ve que mi aire petrificado le sugiere algo porque añade:

Él- Bueno, a lo mejor la estaba vacilando.

Sigo petrificada.

De repente sonrío y dice:

Él- *A lo mejor no me salió muy bien la ocurrencia...*

La sonrisa cambia todo.

Primero me dice que espere fuera mientras redacta su informe, pero al final me quedo de cháchara e incluso le cuento algunas de las tontadas de mi vida pasada. Él corresponde con alguna confidencia personal. Creo que incluso oí algún cumplido a mi persona personalmente.

Comenta que no ha cambiado nada desde la última vez que me vieron...

... y me vuelvo a casa ligeramente preocupada, pero por lo menos cuando abro la puerta para irme el Dr. me estrecha la mano y me sonrío con cordialidad...

... ¿¿¿Será quizás porque piensa que tanto no tendrá que volver a verme porque me quedaré frita antes de la próxima cita???

¡¡¡Duda atroz!!!

Esa noche me estaba yendo a la cama a la buena de Dios, cuando de repente pensé: “tengo que cambiarme el camisón, nunca se sabe”.

¿Y cuál elegí?: uno color azul fuerte, porque recordé que un amigo mío, años atrás se quedó seco mientras estaba pagando en un restaurante, justo porque se le rompió la aorta, trocito del cual él ignoraba todo.

Su mujer me comentó que cuando la llamaron, lo encontró completamente azul.

¡Y pensar que no es uno de mis colores favoritos!...

Preferiría que me encontraran con un buen tono violeta...

Luego, como mis pensamientos “violeta” me impedían conciliar el sueño, empecé a “maquinar” si me tocaba cambiarme las bragas cada tres horas, por ejemplo, para estar siempre pulcra...

O si tenía que prescindir de aquellas con el elástico un poco descosido o con el encaje algo roto...

¡¡¡¡¡En este momento se me pasaron por la cabezota
muuuuuchas ideitas turbias !!!!!

El sábado por la noche mando este texto al médico por correo electrónico.

El lunes a las 8 de la mañana recibo la respuesta (no prevista):

“Estimada señora:

Le doy un último consejo (último porque no se necesitarán otros, no porque no habrá tiempo para dárselos): póngase tranquila los vestidos, los pijamas y las bragas de cualquier color que le apetezca, porque todavía no ha llegado su hora.

En todo caso le agradezco que me haya perdonado.

Me doy cuenta de que me ha enriquecido el encuentro que hemos tenido.

Cordiales saludos”

Pasan unos meses. Me apunto una cita con el médico... en la página equivocada... y llego el día no previsto.

Me quedo super negra, y cuando vuelvo a casa le mando un correillo:

“Ay, ay, ay, he quedado como una tonta de capirote.

Últimamente pierdo golpes a gran velocidad, es decir, que me estoy imbecilizando.

El lunes pasado en el Hospital no conseguía abrir la puerta de siempre en la clínica de siempre, ya utilizada repetidamente.

Se ve que mis baterías están descargadas... o bien no consigo exorcizar mi paranoia referente a las batas blancas (mi daban miedo incluso mi padre, mis hermanos y mis cuñadas cuando las vestían).

Le repito mis excusas por haberle hecho perder el tiempo míseramente... y le prometo que no le daré la tabarra de nuevo con mis lamentos via e-mail.

Mil gracias por su comprensión el pasado viernes”.

Respuesta inmediata:

“No necesita excusarse, porque no me ha hecho perder el tiempo; al contrario, me ha permitido recuperarlo sustituyendo el previsto con una amena charla.

Su fobia por las batas blancas me recuerda los camilleros de la Cruz de la Misericordia (una especie de Cruz Roja) de Florencia que, siguiendo las tradiciones medievales, están vestidos de negro de cabeza a pies... (a mí me parece que así es peor todavía, parecen enterradores).

Es mejor que controle su memoria sin pensar que sea solamente cansancio o estrés (el Alzheimer empieza así...) Nos vemos el próximo año (si se recuerda...)

Como estoy hecha de puro granito de Porriño, ni me inmuta ante el contenido implícito y respondo:

“No lo lea si está cabreado.

Le había dicho que no le enviaba otros correos, pero tras un par de días en que me río como una loca debido a su respuesta, me siento obligada a expresarme.

Usted no lo sabe, pero –tras nuestro primer encuentro- en mi libro (titulado “Mi vida es un patchwork”) añadí un capítulo con el título explícito “¡ay, ay, ay el médico!, ¡que viene el coco”, del cual es el inspirador, aunque usted no lo sepa.

El libro está en español, y no se mencionan nombres, sólo hechos divertidos... y además no se puede traducir, porque la que suscribe es más bestia que Camillieri cuando se trata de expresiones y frases coloquiales.

Este último “caso” añade otro trocito al capítulo dedicado al “cardiólogo super cabreado” – que usted ha leído y que resulta super divertido, según dicen los que leyeron las pruebas.

Como soy una masoquista impenitente, leer su consejo de no pensar en el estrés sino en el alzheimer me ha parecido un comentario MUY humor negro, pero MUY divertido y original.

Y, como mamita naturaleza me ha hecho dono de una imaginación bestialmente inusitada, he imaginado su encuentro con una damisela que le decía dulcemente “aquí está mi corazón, haz con él lo que quieras” y usted respondía, “casi casi me lo cocino con cebollinos y patatitas”.

En caso de que su comentario sea previsión y no broma, bromita, bromota, le envío mi comentario antes de que mi cerebritito se hunda en una asquerosa laguna de olvido.

Le agradezco su aportación a mi “patchwork” y por haberme hecho reír (si luego caigo muerta de golpe con tanta carcajada, no me importa 69 huevos)”

Diez minutos después del envío, recibo:

Me lisonjea y me complace el hecho de ser inspirador inconsciente de un capítulo de su libro al cual deseo el mayor de los éxitos.

En cuanto reúna 69 doncellas (mínimo 30 – máx. 40 años) enamoradas del mítico protagonista del capítulo dedicado al “coco”, espero que me las presente.

¡QUÉ LATAZO ESO DE PERTENECER AL GÉNERO FEMENINO!

Lo digo sólo por eso de lo que se llaman “problemitas femeninos”.

En este caso me refiero a un pólipo en salvo-sea-el-lugar, que mi ginecóloga detecta, enviando inmediatamente el informe al hospital donde trabaja para ponerme en la lista de espera.

Pasan algunos meses.

Aprovechando que no tengo trabajo decido irme a ver Praga: de jueves a martes, para ser más exactos. Billete barato y hotel en el centro al lado del metro; cuatro estrellas a precio tiradísimo.

¡De película!

Días magníficos. Estoy encantada encantadísima. No me pierdo nada de nada, salvo probar un extraño plato, algo que parece caldo gallego que sirven dentro de un pan de mollete; pero como no tenía hambre, no hubo manera de matar mi curiosidad. Tendré que volver tras un período de ayuno.

El lunes paso por delante de un café con internet y la tentación es excesiva –o la deformación profesional, que todo hay que decirlo– Con gran horror leo que uno de mis mejores clientes me mandó un trabajo ENORME el jueves anterior y se espera la traducción para el jueves siguiente.

A este punto llamo a mi contestador telefónico para ver si hay mensajes...

Y SIIIIII.

El hospital me convoca para quitarme el pólipo de marras EL MIÉRCOLES A LAS 8 DE LA MAÑANA. Tengo que confirmarlo, así que llamo por teléfono mientras hago rayitas en el papel con un lápiz, por eso de controlar los nervios.

Y sigo haciendo rayitas, puntos, comas y nubecitas, mientras pienso en cómo puedo organizarme, dado que el avión lo tengo el martes a mediodía.

Como no puedo hacer nada, me pongo en plan Pilatos lavándome mentalmente las manos y disfruto como una loca de mi último día.

El martes llego a casa a las cinco de la tarde y me planto delante del ordenata para hacer el trabajo previsto. No paro hasta las 2 de la

mañana, cuando empiezo a tener los dedos entorpecidos y hago errores.

El despertador suena a las 5,30.

A las 6,30 llamo al taxi porque el hospital queda en el quinto pino.

Soy la primera paciente que llega. Entrego todo y me quedo en un rincón *pensando en que tendría que estar trabajando*, no allí mirando al techo... y escuchando las conversaciones susurradas entre las otras pacientes y los parientes de rigor...

A LAS 10 (¡¡!!) me meten en una cama con un gotero...

... *y sigo pensando en que tendría que estar trabajando...*

A las 12 llega un enfermero muy simpático así que por lo menos me distraigo...

... *pero sigo pensando en que tendría que estar trabajando...*

A la 1 me bajan al quirófano en la camita...

... *y sigo pensando en que tendría que estar trabajando...*

A un cierto momento me plantan la famosa mascarilla... y me despierto con la anestesista y el cirujano que me están pegando gritos histéricos:

-USTED NO NOS DIJO QUE ERA HIPERTENSA, POR POCO SE NOS QUEDA, LA PRESIÓN SE LE FUE A LAS ESTRELLAS...

-Zempre-mi-prezion-baha (con la lengua que se me cae por un lado)

-NOO, USTED NOS HA PUESTO EN UNA SITUACIÓN MUY DIFÍCIL

-No-zoocy-hip..

-No pudimos extraer todo el pólipo. Tendrá que volver...

Ojos torcidos por la anestesia, sin gafas –quedaron en la habitación- sin poder hablar como una cristiana, me encuentro “encarcelada” en una habitación aislada no sé dónde.

No sé qué me ponen en el gotero, pero me convierto en una crecida del Ganges. Me tumban en una cuña que desborda constantemente mientras pienso....

... *tendría que estar trabajando...*

Cuando la inundación llega al máximo, llamo a la enfermera y pienso

... *tendría que estar trabajando...*

Pasan las horas en medio a este horror y sigo pensando

... *tendría que estar trabajando...*

A las 6 de la tarde, cuando están a punto de cerrar, se acuerdan de mi existencia, dejan que me vista y me dicen que el médico quiere hablar conmigo... para decirme que tengo que rehacer la operación. Que puedo irme a casa pero que no haga esfuerzos...

... tendría que estar trabajando...

Es la hora de punta, o sea que no puedo coger el taxi para atravesar la ciudad.

Me voy al metro que me lleva directa a casa.

Me pongo a trabajar y a las 7 de la mañana termino el trabajo, lo mando y me voy a la cama.

Cuando me despierto, recordando los comentarios que oía mientras esperaba, caigo en la cuenta de que ese día tocaban abortos.

Fui la primera que llegó y la última a entrar en el quirófano, tras horas de sabe-Dios-qué metido en vena con el primer gotero.

Cuando tuve que ir a la revisión, tanto la anestesista como el cirujano siguieron poniéndome verde.

*Nunca volví para la segunda parte de la operación
NI VOLVERÉ.*

ESO DE LA SALUD DE HIERRO DE MARRAS

Pasé años sin disponer de lo que se dice “un lugar donde caer ~~muerta~~ enferma”. Afortunadamente, disfruté siempre de la llamada salud no de hierro sino de oro purísimo de 24 quilates.

Lo que no significa que no me tocara pasar ciertos momentos que definiría como “apuradillos”.

Pero cualquier cosa que me pasaba resulta absolutamente... diría teatralmente exagerada. O sea APARATOSA....

He aquí mi peculiar anamnesis.

-Caso 1-

Estando en la casa número siete, un mediodía me encontraba en un restaurante muy “IN” cuando, de repente, sin ningún preaviso, me entró un dolor de cabeza tan bestial que no podía abrir los ojos. La persona que estaba conmigo tuvo que sacarme del restaurante cual cieguita, yo con los ojos cerrados y completamente solidificada.

Me quedé en la cama todo el día. Pero a eso del atardecer caí en la cuenta de que al día siguiente tenía que ir al teatro con mis alumnos, a ver una obra en español.

Los billetes (ya pagados por ellos) estaban en mi poder. (Perdí una mañana para ir a comprarlos).

No sabiendo qué hacer, opté por algo que a lo mejor era letal: me planté en la cabeza una bolsa de agua caliente, primorosamente atada con una bufanda.

En un primer momento el dolor era horrible, y creí que igual me estaba pasando algo grave.

Pero al poco tiempo, lentamente, se hizo el silencio en mi cabeza... y a las 7 de la tarde, pimpante como siempre, estaba a la puerta del teatro repartiendo billetes y sonrisas.

Nunca más se repitió un evento similar.

-Caso 2-

Estoy en la casa número ocho.

Vuelvo de mis vacaciones en España cargada como una mula con polvorones y demás delicias navideñas para distribuir en Navidad.

(Con aire desenvuelto conseguía pasar 17 kilos como equipaje de mano, eso sí, vestida chic y con tacones, por eso de fingir que transportaba sólo prendas de Adolfo Dominguez, voluminosas pero ligeritas).

Al día siguiente cuando trato de levantarme, estoy bloqueada de las orejas a la cintura. Una inflamación de las vértebras cervicales a las lumbares.

Por casualidad me llama una amiga –española- que vive en los alrededores de Milán, a la que comunico que estoy muy tullidita.

Tres horas más tarde, dado que la puerta está abierta, pero controlada por mi mini-portera, aparece su marido en la puerta de mi habitación llevando en las manos una pota de sopa, sabiendo que es lo que hecho más de menos.

A las 7 de la tarde llega mi médico de familia, marido de una alumna, que también es acupunturista.

Me trata como un acerico, pero después de tres días de este tratamiento, jamás he vuelto a tener un problema similar.

Y ya ha llovido desde entonces.

-Caso 3-

Estoy instalada en mi casa número once, la última porque la compré y ya nadie puede pedirme amablemente que me vaya a la mierda ni amenazarme con el desahucio.

Un sábado por la mañana, trato de levantarme... pero de repente un dolor lancinante me deja bloqueada. Llevo años oyendo a gente que se queja de lumbago, o sea que no me alarmo.

Pero levantarme es pura agonía.

Y no digamos tratar de sentarme en el wáter.

(Por enésima vez en mi vida, tras una existencia vivida entre seres masculinos, sufrí un grave ataque de esa dolencia denominada “envidia del pene”. Yo también quería hacer pis en una botellita, ¡carajo!).

Creo que es fácil imaginar mi situación durante ese fin de semana eterno.

¡Un horror inolvidable!

El lunes soy la primera cliente que entró en la farmacia. Llego andando con calmita, por no decir arrastrándome. Cuando explico lo sucedido, me largan un paquete de píldoras, de esas que mis amigas

consumen como si fueran chicles. Me dicen que tome una cada ocho horas.

Me vuelvo a casa como puedo me tomo una de esas grageas...

... Han pasado más de diez años, pero nunca tomé la segunda...

No he vuelto a tener ningún dolor.

Será que mi poco amor por la farmacopea me hace muy sensible a la química, y en mí cualquier cosita tiene un efecto perdurable.

¡Menos mal!

Yo me pregunto cómo es posible que la gente que conozco, cuando “les parece que sienten como si les fuera a empezar un dolorcito” se plantan ese producto entre pecho y espalda y lo consideran normal. Incluso lo suministran a su prole.

Claro que, con una población drogada de medicinas, mi problema es el contrario.

Cuando años más tarde me tocó afrontar una operación para extirparme las inesperadas “alcachofitas” cancerosas, me preocupé de indicar **en mayúsculas** a cada uno de los innumerables médicos que me interrogaban y que me hacían firmar papelotes tras papelotes, que yo no tomaba **NUNCA** pastillas contra el dolor.

No sé si me hicieron caso; pero lo que sí es cierto es que, en la primera visita de control que me tocó, devolví intactos los paquetes con antidoloríficos que me pusieron en las manos al darme de alta.

Eran muestras gratuitas, pero no por eso las iba a tirar a la basura, con tanto amante de la farmacopea que anda por el mundo.

Ya llegará el momento en que tenga que rendirme y me toque ponerme a chupar esas benditas caralladas.

¡Pero hasta ese momento, no me apunto al consumo!

-Caso 4-

Sea lo que sea, cualquier evento que me afecta ocurre durante el fin de semana.

Un sábado como otro cualquiera. Me preparo el café, me asomo al balcón con el tazón en la mano, doy un par de tragos, por eso de poner en marcha las neuronas....

... y pasa lo que nunca quise que pasara...

En el ojo derecho revolotean golondrinas formadas por puntitos grises; en el derecho, hay una reja con tres barrotes que si parpadeo bajan lentamente.

Espero un poco, pero eso no cambia.

Es sábado, o sea que no sé qué hacer, porque en urgencias habrá mil almas y puede que ninguno competente en oftalmología.

Caigo en la cuenta de que mi seguro de España ya me ayudó en la ocasión precedente. Así que agarro el teléfono y llamo...

... Tres horas más tarde estoy en una clínica.

El seguro incluso me quería poner a disposición un taxi para ir y volver, pero eso me resultaba incómodo.

Paso un sábado y un domingo DE PURITA MIERDA MERDOSA, pero el lunes va todo bien.

En este caso el problema no se ha resuelto, pero no he vuelto a ver ni rejas bajándose ni golondrinas revoloteando.

-Caso 5-

Hasta época reciente la frasecita "los ojos son el espejo del alma" me sonaba tonta retonta. En este momento mi credo es que, de no ser el espejo, sí brindan amplio confort.

A lo mejor es porque, tras una larga vida de gafotas, mi idea de "ojo" está un si-es-no-es difuminada.

Recientemente me ha tocado controlar un problema de mis tan gastadas pupilitas, y la frasecita de marras ha pasado a revestir una gran importancia.

Para ciertas afecciones, la estructura más especializada se encuentra en un hospital super-a-la-vanguardia-en-ese-tema que está en el quinto infierno y consiste en una especie de parque con casitas diseminadas aquí y allá.

El taxi me deja a la entrada y luego tengo que andar un montón, con un plano en la mano. Hay también un autobús interno, pero no estoy lejos. Lo malo es que 10 días antes cayó una ligera nevada, y no se puede ir campo a través, porque hay un manto de lodo con copitos blancos medio congelados.

Por fin llego. La cita es a las 2 de la tarde, o sea el momento más tranquilo, con menos pacientes, porque las mañanas son purito delirio. (*Luego descubro que a todos los citan a las 2*). Ya hay pacientes esperando. Pacientes y acompañantes, claro, porque en ciertos casos no se puede ir solos.

Llega una enfermera. Coge los papeles, me dice que me siente y que me quite las gafas... y me vacía en los ojos una tal cantidad de colirio, que me chorrea por la cara y me deja pringado el jersey (*menos mal que es gris oscuro y disimula, que si fuera blanco...*).

La señora sentada en la silla a mi lado, que ha tenido el mismo tratamiento, me coge la mano porque estamos las dos completamente cegatas e incluso con una cierta náusea.

Esperamos 2 horas en esta situación y luego se ocupan de nosotras.

Salimos juntas.

Llegamos a la verja y hay que llamar un taxi.

Los porteros nos dicen que lo llamemos con nuestro móvil.

Yo les indico que no tengo móvil, y mi compañera no ve los números en el suyo. Al final se apiadan de nosotros y nos buscan el maldito taxi, que está en una parada allí al lado.

LA (REPUGNANTE) EXISTENCIA EN PAÑALES

El que el género femenino transcurra su existencia acarreado paquetones de pañales o similares no es que sea una bendición exactamente.

En la fase de churumbel todos somos iguales, nenes y nenas.

Y es bien cierto que los bebés de las últimas generaciones tienen una suerte del caray, porque han inventado esas cosas usa-y-tira muy apañaditas y adherentes, por lo cual están siempre hechos unos bracitos de mar, secos y limpios.

Mi generación todavía fue aquella de los pañales de telita ligera, que se lavaban y lavaban... y que dejaban filtrar todos los líquidos.

¡Cuántos colchones meados y otro vieron las cunitas!

Pasan unos años –pocos- y las nenas, sin que nadie nos hubiera avisado, nos encontramos de repente con ese fenómeno denominado “nuestras cosas”... y volvemos a los pañalitos una vez al mes, durante años y años y años...

La aparición del Tampax me pareció un milagro milagroso.

*Podíamos seguir teniendo las braguitas pulcras
e ir a la playa sin problemas.*

Sigue luego un período de interregno, pre-menopáusico por así decir, no muy largo, depende de los casos...

... Y de nuevo los pañales...

... **Pero esta vez para siempre jamás...**

¡Nada, se mire como se mire, eso de pertenecer al género femenino es un tostón colooooooooooooooooosal!

... Y ...

**RESPONDIENDO A UNA PREGUNTA
(NUNCA FORMULADA) ...**

**NO PARA TERMINAR, COMO QUIEN DICE
PERO, BUENO,
POR QUÉ ME QUEDÉ EN MILÁN**

Se acercaban las Navidades. Mi situación material no era nada halagüeña. Con los trabajillos tiraba-palante, pero el que nadie me alquilara un lugar para vivir me resultaba realmente muuuuuy angustioso.

Es cierto que almas santas me acogían sin ninguna rémora, pero eso de estar de prestado no era santo de mi devoción.

Empezaba a invadir mi insomnio la idea machacona de que me tocaba liar el petate....

... pero es que no veía cuál podía ser mi meta...

Ese mes de octubre, al llegar al centro donde daba clases, me encontré al Director, delante de la puerta de mi aula, hecho un puro manojito de nervios. Claro que en cuanto abrí la puerta y entré me dí perfectamente cuenta de por qué estaba medio histérico: yo me esperaba 6 alumnos.... pero ¡¡¡ERAN 70!!! ...

Me quedé turulata de la impresión. Pero creo que para mis alumnos mi presencia no fue para menos.

Es una pena que no tenga ninguna foto mía de entonces, pero resumo mi atuendo:

- Falda larga con volantes en tonos grises y azules, comprada en Londres;
- Jersey larguísimo con un cuello de esos llamados "cisne", pero que por las dimensiones podían corresponder a la longitud de la trompa de un elefante muuuy desarrolladito;
- Chalequito tonto hecho por mí, naturalmente, creo que con colgantes, bolitas y sabe Dios cuantas cosas;
- Un colgante grandote, pero que no sabría describir;
- Zuecos gallegos de esos acordonados, no recuerdo si negros o de color natural (viví años con los dos pares);
- Pelo con raya en medio y una cola rematada con muchas trencitas...

Silencio de muerte por ambos lados.

Rompo la pausa inquietante diciendo que, dado el número tan grande de asistentes, conviene repartirlo en dos grupos: a) de 18-19.30; b) de 19.30-21.

Pongo un papel encima de la mesa y pido que pongan su nombre los que prefieren la opción b).

Muy ordenaditos hacen todo y, por fin empiezo la clase como se debe.

Este fue el inicio de un período que duró diversos años.

Pero a lo que iba, por qué me quedé en Milán.

En ese momento me alojaban unos amigos que vivían fuera de Milán.

Se acercan las Navidades, y con ello las largas vacaciones y mi viaje a Londres.

De repente, la portera me entrega un paquete a mi nombre, cosa que me sorprende, porque en realidad no doy mi dirección a nadie (es que no tengo una fija).

Abro y me encuentro un maravilloso collar de plata con colgantes de pasta de vidrio azules y verdes ... una verdadera joyita en todos los sentidos.

Me la manda una alumna sentada en la primera fila, una alta y estilizada, con el pelo oscuro corto y rizado.

No sé cuánto tiempo me quedé mirándolo...

Sigo mirándolo después de casi 40 años...

Bastó un estupendo gesto de aprecio para que jamás se me volviera a pasar por la cabezota la idea de hacer las maletas....

